

A
27
343

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: A

Estante: 27

N.º de: 343

12208202

LAS VELADAS DE LA QUINTA,
Ó NOVELAS É HISTORIAS
SUMAMENTE ÚTILES
PARA QUE LAS MADRES DE FAMILIA,
Á QUIENES LAS DEDICÓ LA AUTORA,
PUEDAN INSTRUIR Á SUS HIJOS,
JUNTANDO LA DOCTRINA CON EL RECREO.

ESCRITAS EN FRANCÉS
POR LA SEÑORA MARQUESA DE SILLERT
(aliás) Condesa de Gmlis.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO
POR DON FERNANDO DE GILLEMAN,
Académico Correspondiente de la Real Academia
de la Historia.

TOMO SEGUNDO.

MADRID: MDCCLXXXVIII.
EN LA IMPRENTA DE MANUEL GONZALEZ.

Se hallará en casa de Arribas, librera de S. Gerónimo;
en el pués de Cerro, calle de Alcalá; y en casa de Lopez,
plazuela de Santo Domingo.

122080221

BIBLIOTECA MUNICIPAL REAL GRANADA	
Sala:	A
Estante:	27
N.º. Lib.	343

LAS VELADAS DE LA QUINTA,

Ó NOVELAS É HISTORIAS

SUMAMENTE ÚTILES

PARA QUE LAS MADRES DE FAMILIA,

Á QUIENES LAS DEDICA LA AUTORA,

PUEDAN INSTRUIR Á SUS HIJOS,

JUNTANDO LA DOCTRINA CON EL RECREO.

ESCRITAS EN FRANCÉS

POR LA SEÑORA MARQUESA DE SILLERT
(aliàs) *Condesa de Gentis.*

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR DON FERNANDO DE GILLEMÁN,
*Académico Correspondiente de la Real Academia
de la Historia.*

TOMO SEGUNDO.

MADRID: MDCCLXXXVIII.

EN LA IMPRENTA DE MANUEL GONZALEZ.

*Se hallará en casa de Arribas, carrera de S. Gerónimo;
en el puesto de Cerro, calle de Alcalá; y en casa de Lopez,
plazuela de Santo Domingo.*

Come raccende il gusto il mutare esca
Cosí mi par che la mia Istoria quanto,
Or quá, or la piu variata sia
Meno á chi l' udirà nojosa fia.

Orlando furioso, Canto XIII.

Traduccion literal.

Al modo que la variedad en los manjares aviva el apetito, así yo he creído que quanto mas varios sean mis asuntos, tanto menos enfadados serán á mis lectores.

LISTA DE SUSCRIPTORES

Á LAS VELADAS DE LA QUINTA.

El R. P. D. Chrisóstomo *Abadia.*
La Real *Academia* de la Historia.
Señor D. Felipe *Aguacil.*
Señor D. Ramon *Aguirre.*
Señor D. Josef Antonio *Ainsa.*
Señor D. Pasqual *Alarcon.*
La Excma. Señora Duquesa de *Albuquerque.*
Señor D. Blas Antonio *Alcolao.*
Señor D. Lucas *Aleman* y *Aguado.*
El R. P. Fr. Antonio de *Almaden.*
Señora Doña Josefa *Amar.*
Señor D. Enrique *Amat.*
Señor D. Manuel *Andueza.*
La Excma. Señora Marquesa de *Ariza.*
Señor D. Francisco *Arjona.*
Señor D. Pedro *Arnal.*
Señor D. Manuel Antonio de *Arce.*
Señor D. Manuel *Ascargota.*
Señora Marquesa de *Ayerbe.*
Señora Doña Josefa *Ayerdi.*



Señor D. Gabriel *Bajo*.
La Excma. Sra. Condesa viuda de *Baillancourt*.
Señor D. Claudio *Barrientos* y *Ayala*.
Señor D. Miguel *Barberán*.
Señor Marques de *Bassécourt*.
Señor D. Antonio *Beltran* y *Coca*.
Señor Marques de *Beniel*.
La Excma. Señora Condesa viuda de *Benavente* (por dos exemplares.)
Señor D. Josef *Berenguer*.
Señor D. Lorenzo *Bezantes*.
Señor D. Manuel *Biniegra*.
Señora Doña Josefa *Boceta* y *Villena* (por dos exemplares)
Señor D. Juan *Boigas*.
Señor D. Laureano *Bonilla*.
Señor D. Antonio *Borrelli*.
Señor D. Manuel de *Boxadós*.
Señor D. Donato *Brasauli*.
Señor D. Josef Mariano *Brun*.
Señor. D. Andres *BellouseDancy*.
Señor D. Francisco *Belarde*.
Señor D. Josef *Berard* (por 6. exemplares)
La *Biblioteca Real* de Sevilla.

Señor D. David Pedro *Beyo*.
Señor D. Pablo *Blasco*.
Señor D. Vicente *Branchard*.
Señor D. Bernardo Maria de *Calzada*.
El Illmo. Señor Conde de *Campomanes*.
Sra. Marquesa de *Campo Real* y *Peña Fuente*.
Señor D. Francisco *Canseco*.
El R. P. D. Cayetano *Cano*.
Señor D. Joaquin *Capilla*.
Señor D. Pedro Josef *Caro*.
Señor D. Antonio *Carrillo* de *Mendoza*.
Señor D. Francisco *Castellanos*.
Señora Marquesa de *Castelfuerte*.
El R. P. Fr. Pedro *Centeno*.
Señor D. Antonio Martin de *Choren*.
Señor D. Miguel *Cisneros*.
Señor D. Santiago *Conde*.
Señora Condesa de la *Corte*.
Señor Marques de *Campo Sagrado*.
El R. P. Fr. Felipe *Candamo*.
Señor D. Joaquin *Chacon* y *Torres* (por 12. exemplares.)
Señor D. Miguel *Dominguez* Zamora.
Señor D. Francisco *Durango* y *áLzaro*.

Señor D. Pedro Josef *Dutari*.
El R. P. Fr. Felix Antonio *Dolores*.
Señor D. Fernando *Echepari*.
Señora Doña Martina *Erizano* Loinaz.
Señora Marquesa de *Espeja*.
Señora Doña Isabel de *Espeleta* y Fantuzzi.
Señora Doña Claudia *Fernandez*.
Señor D. Lucas *Fernandez* de Alfonso y Gán-
dara.
Señor D. Simon *Fernandez*.
Señor D. Antonio *Forni*.
Señora Doña Maria *Frias*.
La Excma. Señora Condesa de *Fuenclara*.
La Excma. Señora Condesa de *Frigiliana*, Du-
quesa viuda de Montellano.
Señor D. Juan Miguel *Gaiztarro*.
Señor D. Antonio *Garcia* Hugarté.
El R. P. Fr. Luis *Garcia*.
Señor D. Miguel *Garcia* San Julian y la Vega.
Señor D. Dionisio *Garcia* Urbano.
Señor D. Casimiro *Garcia*.
Señor D. Josef *Garcia*.
Señor D. Josef *Garai*.
Señor D. Ramon *Gascon*.

Mon-

Monsieur *Genaro*.
Señor D. Blas *Gil*.
Señor D. Josef *Godinez* de Paz.
Señor D. Antonio *Gomez* Martin.
Señor D. Benito Maria *Gonzalez*.
Señor D. Joaquin *Gonzalez* Salcedo.
Señor D. Miguel *Gonzalez*.
Señor D. Vicente *Gnecco*.
Señor D. Josef de *Guevara* Vasconcellos.
Señor D. Pedro Agustin *Galiano*.
Señor D. Valentin *Goiri*.
Señor D. Josef *Hermosa* Malo.
Señor D. Agustin *Hernandez*.
Señor Conde de *Humanes*.
Señora Doña Ramona *Herrera* y Navias.
Señor D. Josef Antonio *Hurilla*.
Señor D. Ramon *Iniguez* de Ortegui.
Señora Condesa de *Isla*.
Señor D. Sebastian de *Jócano*.
Señor D. Josef *Jover*.
Señor D. Gaspar Melchor de *Jovellanos*.
Señor D. Juan Maria *Liguez*.
Señora Doña Rita *Lopez* de Porras.
Señor D. Blas Antonio *Lopez*.

Se-

Señora Doña Gertrudis *Llano*.
Señor D. Pedro *Lorieri*.
Señor D. Juan *Manrique* de Lara.
Señor D. Ignacio *Marcoleta*.
Señor D. Josef Vicente *March* y Borrás.
Señor D. Ignacio *Mariaezcurena*.
Señor D. Francisco *Martinez* de Villamil.
Señor D. Manuel Josef *Marin*.
Señor D. Bartolome *Matheo*.
Señor D. Andres *Maurandi*.
Señora Doña Antonia le *Maur*.
Señor D. Francisco *Mayoli*.
Señor D. Lope Garcia *Mazarredo*.
Señor D. Pedro *Mecher*.
Señor D. Joaquin *Mendez* de Bigo.
Señor D. Juan Maria *Mesta*.
Señor D. Juan Josef *Michelena*.
Señor D. Juan Antonio *Miranda*.
Señora Doña Antonia Clara *Molina*.
Señora Condesa de *Montesclaros*.
Señor D. Juan de *Montemayor*.
La Excma. Señora Condesa del *Montijo*.
Señor D. Vicente *Moreno*.
Señor D. Benito Antonio *Moreno*.

Señor D. Josef *Moscoso*.
Señora Doña Maria Luisa *Mureo*.
Señor D. Antonio *Martins* Bastos.
Señor D. Diego *Melgarejo*.
Señor D. Carlos *Morphis*.
Señor D. Ramon *Nalda* Garcia.
Señor D. Alonso *Nebrida*.
Señor. D. Leon *Nogales*.
La Excma. Señora Condesa de *O-Reylli*.
Señora Doña Isabel Maria de *Orozco* y Seixas.
Señor D. Santiago *Ortega*.
Señor D. Josef *Ortiz* de Saracho.
Señor Marques de *Obieco*.
Señor D. Simon de *Ondarza* y Murillo.
Señora Doña Maria Bernarda *Ortiz* de Guinea
y Peral.
Señor D. Diego *Ortiz* de Almodovar
Señor D. Joaquin *Pacheco* y Tizon.
Señor D. Andres *Pacheco*.
Señor D. Josef de la *Paz*.
Señora Doña Maria Teresa *Paz* y Galtero.
Señor D. Jaime *Pedros*.
Señor D. Sebastian *Peñafiel*.
Señor D. Alexandro *Pironi*.

Señor D. Josef *Puig*.
Señor D. Antonio *Padura* y Vargas.
Señor D. Josef *Paulin* de la Bartura.
Señor D. Josef *Pizarro*.
Señor D. Antonio *Quixada*.
Señor D. Antonio *Quiles*.
Señor D. Pedro Josef *Real* y Martinez.
Señor Marques de la *Regalla*.
Señor D. Mariano *Rivet*.
Señor D. Vicente *Risel* de Almarza.
Señor D. Antonio *Robles*.
Señor D. Lorenzo *Rodriguez*.
Señora Doña Josefa del *Rosal*.
Señor D. Josef *Roxas* y Arrese.
Señor D. Manuel *Rubin* de Ccelis.
Señor D. Manuel *Ruiz* de Navarrete.
Señor D. Bernardo *Ruiz*.
Señor D. Antonio *Ruiz* de Navarrete.
Señora Doña Josefa *Rabaneda* y Muñoz.
Señor D. Manuel Felix *Riesch*.
Señora Doña Margarita *Ruliere*.
Señora Condesa de *Saceda*.
Señor D. Martin Diego *Saenz* Diez.
Señor D. Narciso *Saenz*.

Se-

Sra. Doña Francisca de Paula *Salazar* y Galvan.
Sra. Doña Maria Manuela *Salcedo* y Machado.
Señor D. Juan Francisco *Salustiano* Zamorano.
Señor D. Juan *Sanchez* Plazuela.
Señora Doña Maria Rafaela *San Christoval*.
La Excma. Señora Marquesa de *Sanfelices*.
La Excma. Sra. Duquesa viuda de *Santistevan*.
Señor D. Domingo *Sanz* Callo.
Señor Don Pedro *Sedano*.
Señor D. Miguel *Serrano* y Ortega.
Señora Marquesa de *Someruelos*.
La Excma. Señora Marquesa de *Sonora*.
Señor D. Fernando *Suarez* Barrio.
Señor D. Salvador Francisco *Serra*.
Señor D. Antonio *Tirado*.
Señor D. Josef *Tome* de Cordoba.
La Excma. Sra. Condesa viuda de *Torrepalma*.
Señora Marquesa de la *Torrecilla*.
Señora Doña Michaela *Torrente*.
Señor D. Josef Manuel *Trigo*.
Señor D. Josef *Terus*.
Señor Conde de *Toreno*.
Señor D. Josef *Torino*.
Señor D. Antonio *Valladares* de Sotomayor.
Señor D. Manuel *Velo* y Arce.

Se-

Señor D. Manuel *Velazquez*.
Señora D. Maria Josefa *Vergara*.
El Excmo. Señor Marques de *Villadarias*.
La Excma. Señora Marquesa de *Villesca*.
Señor Marques de *Villaseca*.
Señor D. Jacobo de *Villaurrutia*.
Señor D. Josef *Virues* Spínola.
Señora Doña Casilda de *Vivanco* Angulo.
Señora Condesa del *Vado*.
Señor Marques de *Villasierra*.
Señor D. Diego *Ugarte*.
La Excma. Señora Condesa de *Xerena*.
El Señor Conde de *Xerena*.
Señor D. Francisco *Ximenez* Alcalde.
Señor D. Francisco *Ximenez* Sarmiento.
Señor D. Agustin Placido *Zaenon*.
El R. P. Fr. Gabriel *Zaldivar*.
Señora Doña Isabel *Zambrano*.
Señor D. Gaspar de *Zavala* y *Zamora*.
Señora Doña Maria del Rosario *Zepeda* y *Go-*
rostiza.
Señor D. Vicente Manuel de *Zumelzú*.

Nota. El resto de suscriptores que hubiese hasta el fin del término prefixado se pondrá en el tercer tomo para no retardar la publicacion de este.

ÍNDICE DE LAS NOVELAS
de este segundo tomo.

Prosigue el cuento de Alfonso pag. 1.
Snelgrave , ó poder de un beneficio 229.
Pamela , ó la adopcion feliz 263.

Pág. 14. lin. 16. dice nuestra, lease *nuestra*.
 Pág. 87. lin. 17. dice despues, lease *despues*.
 Pág. 95. lin. 11. dice hubiera, lease *hubie-*
ran. Pág. 167. lin. 9. dice visita, lease *vis-*
ta. Pág. 173. lin. 14. dice vengenza, lease
venganza. Pág. 295. lin. 14. dice maies, lea-
 se *males*. Pág. 198. lin. 6. dice Ganches, lea-
 se *Guanches*.

CON-

CONTINUACION
 DE LAS VELADAS DE LA QUINTA.

PROSIGUE EL CUENTO DE ALFONSO Y DALINDA.

A la noche siguiente, habiendo la Marquesa prevenido á sus Hijos que no la interrumpiesen con sus preguntas, prosiguió su lectura en estos términos:

La primera diligencia que hizo Alfonso luego que llegaron á Zeuta fue escribir á su Padre una carta llena de demostraciones de arrepentimiento y sumision. En ella le declaraba el verdadero motivo de su huida, y le pedía perdon de ella; asimismo le suplicaba le concediese el permiso de acompañar á Thelismar en sus viages: y como este debía permanecer en Zeuta bastante tiempo para que Alfonso pudiese recibir respuesta de su Padre, le rogaba encarecidamente le manifes-

tase su voluntad, prometiéndole sujetarse á ella, qualquiera que fuese. Dirigió su carta á Portugal, no dudando que Don Ramiro se habría vuelto á la Provincia de Beira. Algotmas sosegado Alfonso luego que dió este paso, volvió á sus acostumbradas diversiones: cantaba y tocaba la guitarra la mayor parte del día, ó dibujaba algunas flores, que á su parecer eran otras tantas obras maestras, y se las enseñaba á Thelismar, á quien él juzgaba encantado de su habilidad.

Una mañana le hizo llamar Thelismar, y luego que Alfonso entró en su quarto le dixo: como sé la gran aficion que Vmd. tiene á la música y al dibujo, he creído que tendrá mucho gusto en conocer dos niños que ciertamente le dexarán admirado. El uno es un muchacho de cinco años que dibuja primorosamente en la misma clase que Vmd.; y el otro es una niña que toca el clave bastante bien: uno y otra están en mi gabinete, vamos á verlos. Diciendo esto Thelismar conduce á Alfonso al quarto inmediato; entran y se paran á observar á la puerta. Vé Alfonso

al otro lado del quarto una jóven que tocaba el clave, y junto á ella un niño de cinco años dibujando. Parémonos aquí, dixo Thelismar, la muchacha es mui tímida, sabe que Vmd. es inteligente, y se turbaría demasiado si se acercase Vmd. á ella. En efecto, replicó Alfonso, se ha puesto colorada quando nos ha visto entrar. Y tambien debe Vmd. haber notado, añadió Thelismar, que está tan agitada que respira con dificultad: ¿no repará Vmd. como se la levanta el pecho? En efecto, respondió Alfonso, quien lleno de satisfaccion de que su vista pudiese producir semejantes efectos, se dignó animarla gritando varias veces: *bravísimo, bravísimo*, con todo el orgullo y pedantería de un necio, que juzga que semejantes palabras deben colmar de satisfaccion y gloria á la persona á quien las dirige. Luego que la muchacha hubo concluido la sonata que tocaba, hizo una gran cortesía, y Alfonso la aplaudió con repetidas palmadas. Entonces adelantándose Thelismar, vamos, le dixo, á ver dibujar al niño; pongámonos detrás para ver mejor lo

que hace. Al acercarse reparó Alfonso que el muchacho dibujaba con guantes y sin original. ¿No le parece á Vmd. mui singular, le dixo Thelismar, que en su edad pueda dibujar de memoria? ¡Vea Vmd. con qué perfeccion vá sacando su flor! ¡Oh, es un pasmo, exclamó Alfonso! Un dibujo mui exácto... ánimo, hijo mio... redondea un poco ese contorno... eso es... como un Angel... en verdad que yo mismo no lo haría mejor. No causaban ninguna distraccion estos elogios al niño, que proseguía dibujando con la mayor aplicacion, y de rato en rato apartaba la manecita para contemplar lo que había hecho, y soplabá el papel para quitar el polvillo que dexaba el lapiz. Luego que acabó su flor, Alfonso lleno de admiracion se arroja al cuello del niño, pero al punto mismo dá un grito como espantado. Poco á poco, dixo Thelismar riéndose; vaya Vmd. despacio, porque si no puede hacer pedazos á este jóven artífice. ¡Oh Cielos, exclamó Alfonso, con que es una muñeca!—Sí, es lo que llaman un automata. (1)—¿Y la muchacha?—Es la herma-

na del dibujante.—Pero yo la he visto respirar.—Y tambien es cierto que toca efectivamente con sus dedos el clave. Por lo qual, querido Alfonso, no sería justo estimar en mucho dos habilidades que se hallan en unas máquinas. Ah, dixo Alfonso, voi ahora mismo á romper mi guitarra y mis lápices.—Haría Vmd. mui mal: es vituperable el hombre que pasa su vida tocando la guitarra y dibujando flores; pero nadie le puede á Vmd. censurar quando repunte estas dos habilidades no como ocupaciones serias, sino como recreos y diversiones que Vmd. cultivará á ratos perdidos, sin envanecerse con el corto mérito de hacerlo bien.

Esta leccion hizo algun efecto en Alfonso, pero era preciso que recibiese otras muchas para conseguir su total emienda.

Ya estaba pronto Thelismar á marchar de Zeuta sin que Alfonso hubiese recibido noticias de su Padre, por lo qual se imaginó que convenia en su propuesta, puesto que no le había respondido inmediatamente mandándole que volviese, siendo este juicio

causa de acabarse de resolver á no abandonar á Thelismar. Algunos dias antes de salir de Zeuta para las Islas Azores, Alfonso, que habia ya visto que se estaba trabajando en hacer una máquina al cabo del jardin, y cuyo uso ignoraba, supo que esta obra se hacia por orden de Thelismar. Preguntó Alfonso á este á que uso destinaba aquel artificio. El dueño de esta casa, le respondió Thelismar, me ha dicho que de veinte años á esta parte han caido dos rayos sobre ella, y yo le he prometido que no volverá á caer ninguno mas...—¿Pues cómo podrá Vmd. impedirlo?—Por medio de la máquina que Vmd. ha visto.—Pero yo no comprehendo...—Bien lo creo; no obstante no es menos cierto que en adelante no caerá ningun rayo en esta habitacion, sino al extremo del jardin. En efecto, quatro ó cinco dias despues hubo una tronada mui fuerte. Thelismar se puso á la ventana, y mostrando á Alfonso con su baston la nube espesa que estaba sobre la casa, mire Vmd., le dixo, esa nube; advierta Vmd. como se vá á apartar de nosotros

y á seguir la direccion que yo la señalo. Quiero que vaya á reventar al extremo de aquella calle de árboles. Hablando así Thelismar extiende su baston ácia la nube; parece que esta obedece á su voz sin atreverse á separarse del camino que le habia señalado por los aires. En esta ocasion parecia Thelismar un encantador que por medio de su varilla de virtudes mandaba como soberano á los elementos. ¡Gran Dios, exclama Alfonso, qué veo! Vmd. dirige á su arbitrio todas esas nubes; ya se reunen en el sitio que Vmd. las ha señalado... Pues ahora que están juntas, replicó Thelismar, quiero que se disipen, y que caiga un rayo á treinta pasos de la tapia del jardin. No bien habia dicho estas palabras quando se oyó un horroroso estampido, y cayó el rayo en el sitio mismo que habia señalado: (2) al punto cerró Thelismar la ventana, y se salió del quarto dexando á Alfonso petrificado de admiracion.

Al dia siguiente entregaron á Thelismar delante de Alfonso una carta de Dalinda, la qual leyó en alta voz porque Alfonso habia

aprehendido el idioma Sueco, habiéndose comenzado á estudiar desde que supo en España que Dalinda era de Suecia, y desde que estaba con Thelismar había hecho los mas rápidos progresos en él. La carta de Dalinda le encantó, y no pudo disimular el enternecimiento que experimentaba al oirla leer. Sentía un deleite inexplicable en comprender las palabras escritas por la mano de Dalinda, y escuchando el por menor ingenuo de sus pensamientos y afectos juzgaba que la oía hablar: conocía finalmente su corazón, y este conocimiento fixó para siempre en el pecho de Alfonso la mas frágil de todas las pasiones, puesto que reunía el aprecio y estimación al amor. Bien hubiera querido Alfonso tener en sus manos la carta de Dalinda para ver su letra; pero Thelismar despues de haberla leído la cerró en un caxon de su buró. Alfonso, con los ojos fixos en el caxon, dexó de escuchar á Thelismar, y se quedó cabiloso y sepultado en su amoroso delirio: entonces Thelismar tomó un libro, se puso á leer, y Alfonso vuelto en sí salió del quarto.

Al

Al anochecer volvió á él, y Thelismar se levantó diciéndole: como mañana nos hacemos á la vela para las Islas Azores (a), tengo que disponer varias cosas, espéreme Vmd. aquí, que dentro de media hora volveré. Diciendo esto sale del quarto, y dexa á Alfonso solo sentado en frente del escritorio donde estaba la carta de Dalinda, y la llave había quedado en la cerradura. Alfonso se vé acometido de una tentacion, que al principio la resiste. Tenía grandísimos deseos de abrir el caxon y de leer una vez siquiera la carta de Dalinda: bien conocía que esta accion era mala; no obstante, se decía á sí mismo, no es mi intencion descubrir los secretos de Thelismar. El me la ha leído, yo no sabré mas de

(a) Las Islas Azores están situadas entre Africa y América á unas doscientas leguas de Lisboa. Gonzalo Velho las descubrió á mediados del siglo XV., y las llamó Azores á causa de las muchas aves así llamadas que hai en ellas. Otros atribuyen á Martin Behem el honor de este descubrimiento. Estas Islas son nueve en todas: La mayor se llama Tercera, por lo qual comunmente las entendemos á todas baxo de este nombre. La capital de todas es la Ciudad de Angra, que lo es tambien de la Isla Tercera.

de lo que sé, y así no pretendo mas que verla y contemplar la letra.... Finalmente, despues de haber luchado algun tiempo en su interior, vence todos sus escrúpulos. Se acerca al escritorio, echa su mano trémula á la llave, pero no bien la toca quando recibe en el brazo y en el pecho un golpe tan terrible que casi le priva de sentido. Atónito y espantado se hace atrás, y dexándose caer en una silla, ¡ justo Dios! exclama, ¿ qué mano invisible es la que me ha herido? (3)... Al punto mismo se abre la puerta y vé á Thelismar. ¿ Qué ha hecho Vmd. Alfonso? le dice este con mucha severidad. Ah, le respondió este, no solo el arte sobrenatural de Vmd. produce tantos prodigios, sino que tambien creo que descubre los mas ocultos pensamientos: Lea Vmd. en mi corazon.— Veo en él un motivo que no puede servirle á Vmd. de disculpa; porque no hai ninguna que sirva de excusa suficiente á una deslealtad tan vituperable. Acuértese Vmd., Alfonso, que es mui mal hecho abusar de la confianza que se nos manifiesta, y que otra culpa de esta cla-

elase le haría perder para siempre mi estimacion. Pero esa llave, prosiguió Thelismar, no ofende sino á los imprudentes; solamente rechaza de este modo á los que quieren usar de ella sin mi consentimiento: Ahora que yo se lo permito á Vmd. puede abrir sin riesgo alguno. Luego que Alfonso oyó esto se acercó al escritorio, y despues de haber abierto el caxon, dixo: No hai duda, ó Thelismar; nada le es á Vmd. imposible: todas sus razones son sabias y prudentes y sus hechos maravillosos. Díguese Vmd. de ser siempre mi protector y guia; mi sumision, mi afecto y mi agradecimiento me harán digno de esta dicha. Al decir esto se acercó con aire enternecido y respetuoso á Thelismar, quien le recibió con un abrazo cariñoso.

La mañana siguiente Thelismar y su jóven compañero de viage se embarcaron é hicieron á la vela para las Islas Terceras: despues de una feliz navegacion tomaron tierra en la Isla de San Jorge (a) donde descansaron algunos dias.

(a) A doce leguas de Angra

Thelismar se alojó en la casita de un Sueco establecido en la Isla hacía ya seis años. Como no había en esta casa mas que una habitacion cómoda, partió con Alfonso su quarto y le hizo poner una cama inmediata á la suya. Una noche que Alfonso y Thelismar estaban en el primer sueño, se despertaron despa- voridos los dos á un mismo tiempo: creyeron haber sentido una violenta conmocion de tem- blor de tierra, y huyeron á un jardinito, en el qual encontraron al amo de la casa y á al- gunos criados que habiendo sentido la misma conmocion se habían refugiado á él. Traxe- ron hachas de viento (porque la noche era sumamente obscura) y con el temor de ex- perimentar un desastre parecido al de Lisboa, pasaron todos con la mayor inquietud cerca de tres horas en el jardin. Pero no habiendo sentido en todo este tiempo el mas leve mo- vimiento se determinaron á entrar en la casa: no obstante Thelismar y Alfonso no se quisie- ron acostar, y esperaron en conversacion á que amaneciese.

Alfonso, que no ocultaba ya á Thelis-

mar el nombre de su padre, y que le había contado ya mil veces todo lo que le había sucedido quando el terremoto de Lisboa, no quiso perder la ocasion que se le ofrecia de volverle á hablar de ello. Esta narracion siem- pre iba acompañada de una pomposa descrip- cion del Palacio magnífico de Don Ramiro, y de una prolixa y abultada enumeracion de las joyas y diamantes que poseía antes de aque- lla desgracia. Luego que empezó á amanecer se asomaron á una ventana de donde se descu- bría toda la Isla. Pero ¿ cómo se queda- rían al ver su casa y el jardin enteramente se- parados de la tierra, toda la habitacion cir- cundada de agua, y formando una Isleta en medio del mar? (4) Se estremecieron al con- siderar el riesgo en que habían estado, y no podían comprehender como había podido la casa, arrojada al mar, y á mucha distancia de la tierra, resistir á una conmocion tan violenta sin haberse arruinado enteramente. Sin du- da, dixo Thelismar, esta humilde habitacion es de un hombre virtuoso: la Divina Justi- cia es quien se ha dignado salvar y conservar

esta fragil habitacion con tan estupendo prodigio...

Aun hablaba Thelismar quando entró en su quarto el dueño de la casa. Este anciano venerable se acercó á él, y arrojando un profundo suspiro: yo vengo, Señor, le dixo, á implorar la proteccion de Vmd., no para mí, sino para mi Hijo. Aunque desterrado seis años hace de mi Patria, no dexo de acordarme de los hombres grandes que la ilustran; conozco, Señor, el nombre y virtudes de Vmd. Sé que nuestro Soberano, protector de los grandes talentos y de las ciencias, le honra con particular aprecio, y vengo á suplicarle me dé algunas cartas de recomendacion para mi Hijo.—¿Con que vuelve Vmd. á nuestra Patria?—Sí Señor.—¿Pues qué contratiempo le hizo á Vmd. salir de ella?—Yo he nacido de una clase obscura, pero á pesar de la medianía de mi suerte pude proporcionar á mi Hijo una educacion mui superior á mi estado. Este Hijo querido correspondió tan bien á mis ideas, que á los veinte y cinco años obtuvo por su mérito y talentos un empleo igualmen-

te honorífico y lucrativo. Algun tiempo despues se enamoró de una jóven, amable y rica; iba ya á casarse con ella quando una cruel desgracia me precisó á ausentarme de mi Patria. Vivía en mi casa un Negociante poderoso: una mañana encontraron á este infeliz cosido á puñaladas en su cama, y robadas todas sus riquezas. Prendieron á todos sus criados, y yo mismo me presenté tambien en la carcel. El malvado autor del delito me le imputó á mí: yo tenía varios enemigos, cuyas tramas hicieron que el asunto se pusiese en los peores términos; no obstante, gracias á las solicitudes y á los protectores de mi Hijo, conseguí que por falta de pruebas me pusiesen en libertad; pero no recuperé mi honor perdido, y no pudiendo tolerar el vivir con ignominia en la misma Ciudad, en donde antes había gozado de la pública estimacion, determiné expatriarme. Oculté este proyecto á mi Hijo; pero él observaba demasiado todos mis pasos para dexar de penetrar mis ideas. Vendí lo poco que me quedaba, y salí de Sthokolmo á la media noche. Solo

echaba de menos á mi Hijo; no obstante le dexaba gozando de un empleo que le suministraba los medios de vivir con mucha decencia, y yo sabía de cierto que á pesar de nuestros infortunios, la persona que él amaba le conservaba el mismo afecto. Estas ideas me consolaban algun tanto, y me hacían soportable lo sumo de mi desgracia. Iba corriendo en mi silla de posta, quando al amanecer advertí que un hombre á caballo me seguía á toda priesa: saco la cabeza; pero ¡qué fue de mí quando conocí á mi Hijo!..., no puedo expresar lo que sentí en mi alma. Me arrojo de la silla y me abrazo con él. ¡Qué has hecho, exclamé!—Lo que debía.—¿Pero cuál es tu designio, le repliqué, bañándole con mis lágrimas?—Acompañarle á Vmd., y consagrarle la vida que le debo.—¿Y tu empleo, tu fortuna?—Todo lo he abandonado por Vmd.; sí, todo... hasta lo que mas amaba.... Sin embargo de que vé correr mis lágrimas, crea Vmd. que sacrifico gustoso el amor á la naturaleza.—¿Pues si sabías mi fatal determinacion, ¿por qué no te

oponías á ella? ¿Acaso dudabas del poder que tienes sobre mí?—Las apariencias fatales le hacían á Vmd. reo; esta funesta desgracia le hace á Vmd. mas digno de mi amor y veneracion.... pero en fin se hallaba Vmd. deshonorado, era preciso huir. Conserva Vmd. en realidad la inocencia y la virtud, y esto debe servirle de consuelo...—¿Y podré no llorar continuamente tu desgraciada suerte?...—¡Mi suerte! ¿Quién en el mundo la ha logrado mejor que yo? Puedo manifestar á mi Padre mi agradecimiento y mi afecto, puedo recompensarle de todo lo que ha perdido. Mi mano enjugará sus lágrimas, y mi zelo y ternura harán cesar la causa de ellas. ¡O Padre mio! ¡el respeto y amor de su hijo le harán á Vmd. olvidar con el tiempo una patria injusta, unos parientes ingratos y unos amigos desleales!....El Cielo me destinaba á cumplir en toda su extension las santas leyes de la naturaleza....No, no llore Vmd., ni repunte por desgracia la mia: antes bien, Vmd. hasta aquí el dechado de los Padres, disfrute de la gloria y de la felicidad tan pura de haber formado

por sus cuidados y exemplos un Hijo digno de serlo de Vmd.

Vmd. es Padre, señor, continuó el anciano, y por tanto comprenderá fácilmente que en medio de mi desgracia me resigné con ella con paciencia. En fin, despues de haber viajado durante dos años, nos establecimos aquí: mi Hijo entró en algunas empresas de Comercio, y habiendo logrado tal qual ganancia, compró esta casa, y en ella hemos vivido con quietud y sosiego. En ella contaba acabar mis días, quando habrá dos meses que recibimos noticias de Sthokolmo, que nos han hecho mudar de dictamen. Mi inocencia está plenamente reconocida; el perverso asesino había sido puesto en libertad, pero otros delitos le han hecho volver á la carcel. Convencido de las mayores maldades ha confesado públicamente antes de espirar que él había sido el verdadero autor del homicidio que se me imputaba: hemps sabido al mismo tiempo que la joven que debía casarse con mi Hijo se mantiene soltera. Entonces no aspiré á otra cosa mas que á volver á mi pa-

patria. Debíamos marchar dentro de seis meses, pero la desgracia que acabamos de sufrir, y la pérdida de esta casa, que aunque no del todo arruinada ya no está en estado de habitarse, nos precisa á adelantar nuestra partida; y así he venido á suplicarle, señor, que nos dé cartas....

Sí, yo se las daré á Vmd., interrumpió vivamente Thelismar, y tan buenas como las podría dar á un hermano mio, ó al mas querido de mis amigos. Sí, no dude Vmd. que nuestro Soberano justo y benéfico, sabrá recompensar dignamente la virtud de su Hijo. Ah señor, exclamó el anciano llorando de alegría, permita Vmd. que vaya á buscarle para que le vea. Diciendo esto salió apresuradamente sin esperar respuesta. Volviéndose entonces Thelismar hácia Alfonso, le vió apoyado tristemente contra una silla, y tapándose la cara con las manos. Thelismar advirtió que lloraba: ¿por qué, pues, le dixo, quererme ocultar esas lágrimas? Déxelas Vmd. correr sin empacho, pues son prueba de la sensibilidad de su corazon.... En esto se enga-

ñaba Thelismar , porque atribuía al enternecimiento el llanto cruel que le hacían derramar su culpa , y los remordimientos de ella. ¡Qué delinquente no se juzgaba Alfonso, comparando su conducta con la de aquel joven cuya historia acababa de oír! Aquella sencilla narracion había traspasado su pecho, y le hacía cruel y doloroso el sentimiento mas dulce de todos , que es la admiracion que causa la virtud.

Volvió el anciano conduciendo á su Hijo por la mano: Thelismar estrechó entre sus brazos á aquel virtuoso jóven ; le ratificó las promesas que había hecho á su Padre , y los despidió á entrambos penetrados de alegría y de agradecimiento.

Entretanto varios habitantes de la Isla vinieron en barcos á informarse de la suerte de los que estaban en la casita que al romper del dia habían visto en medio del mar : estos informaron á Thelismar de como todas las casas inmediatas á la suya habían sido arruinadas y que solo la de Zulaski (que así se llamaba el virtuoso jóven de quien se ha hablado) se ha-

había conservado de un modo tan milagroso. Thelismar y Alfonso entraron en uno de los barcos y se hicieron llevar ácia la parte de la Isla que había padecido menos del terremoto; pero no habían aun caminado un quarto de legua quando se quedaron absortos al ver salir de improviso del fondo del mar diez y ocho Islas distintas. (4) ¡Oh nueva creación de un Dios justo y benéfico! exclamó Thelismar! ¡qué gozo tan dulce siente mi corazon al veros! La industria humana dentro de poco os fertilizará. Dios quiera que vuestros futuros habitantes sean todos virtuosos... Despues de haber costeadado algunas de estas Islas saltaron á tierra , y hallaron albergue en una de las habitaciones de la Isla , adonde aquella misma noche fue Zulaski á verlos. Para volver á Suecia debía Zulaski embarcarse en una nave Portuguesa , por lo qual Alfonso le entregó dos cartas ; la una para su Padre , en la qual le decía todos los parages por donde debía pasar , suplicándole le escribiese á ellos y le hiciese saber su voluntad ; la otra carta era para un amigo suyo habitante

de la Provincia de Beira, al que rogaba le diese noticias de Don Ramiro; asimismo le enviaba un itinerario exácto de su viage. Luego que Zulaski hubo recibido estas cartas, y las que le dió Thelismar, emprehendió su viage sin mas detencion; y de allí á pocos dias Thelismar y Alfonso se embarcaron para las Islas Canarias. (a)

En la Isla de Tenerife permaneció bastante tiempo Thelismar. Lo primero que hizo fue ir á ver el delicioso distrito situado entre Rotava y Realejo. (b) En este sitio se ha-

(a) Estas Islas son siete, y sus nombres: *Tenerife, la Gran Canaria, la Gomera, Palma, Isla de Hierro, Lanzarote y Fuerteventura*. El primer descubrimiento de ellas causó grandes disputas entre los Españoles y Portugueses que pretendían atribuirse exclusivamente este honor. Pero lo cierto es que los Españoles ayudados de los Ingleses fueron sus primeros Conquistadores. Además de estas siete Islas ya nombradas hai otras seis mas pequeñas al rededor de la de Lanzarote. Los antiguos conocían las Islas Canarias, y las llamaban las *Islas afortunadas*.

(b) Dos Ciudades de esta Isla. *Laguna* es la Capital: está situada á las orillas de un lago, del qual ha tomado su nombre. Los Españoles en el tiempo de la conquista, por los años de 1417, llamaron á sus Isleños *Guanches*. Casi todos los habitantes de la Ciudad de Guimar en dicha Isla son descendientes de aquellos antiguos *Guanches*.

hallan reunidas las producciones mas agradables, magestuosas y útiles que la naturaleza ha podido formar. Por una parte se ven altas montañas continuamente verdes; por otra fértiles praderas y dilatados campos de cañas dulces; mas allá peñascos de los quales se precipitan arroyos de agua cristalina; y por otra se descubren viñas y bosques, cuyos árboles siempre están cubiertos de hojas. (a) No podían Thelismar y Alfonso apartarse de sitios tan deliciosos. Un dia entero se estuvieron en ellos, unas veces paseándose, y otras sentados á la sombra de los plátanos leyendo algunos pasos de las *Metamórfosis* de Ovidio, ó algunos versos del Camoëns. Llena la imaginacion de Alfonso con las ideas que le sugerían estas lecturas, quiso antes de apartarse de allí escribir sobre la corteza de un árbol quatro versos que acababa de componer. Se acerca á un árbol robusto, bastante parecido al pino, y sacando su navaja quiere es-

B4. cri-

(a) Vease el Compendio de la Historia General de los Viages por Mr. de la Harpe, tom. 1.

cribir sobre la corteza. Pero luego que la punta hubo penetrado algun tanto, advierte que sale sangre por la abertura. (5) Casi estuvo para creer que había herido á alguna Ninfa transformada; se retira amedrentado, y arroja al suelo el cuchillo sangriento. Al verle Thelismar se sonríe y le aquieta, asegurándole que aquel supuesto prodigio nada tiene de siniestro ó extraordinario. Algunos dias estuvieron en Laguna, hermosa y grande Ciudad, cuyas casas tienen por lo comun grandes jardines y alamedas de naranjos y limones: sus fuentes, sus jardines, sus bosques, su lago, su acueducto, y la suavidad de los vientos que templan lo caloroso del clima, hacen que sea una morada deliciosa.

Otras varias Ciudades visitaron despues de esta; y finalmente llegaron á Guimar, cuyos moradores son casi todos descendientes de los antiguos Guanches, primeros habitantes de la Isla. Los descendientes de aquel Pueblo salvaje, no obstante que han renunciado á la idolatría, conservan las costumbres agresivas, y gran parte de los usos de sus mayores.

Un

Un dia que Alfonso se paseaba solo por las inmediaciones de Guimar, sus continuas cabilaciones le condujeron á un bosque poco frecuentado, en el qual se perdió. Queriendo volver al camino se metió en lo mas intrincado del bosque, del qual salió no sin mucho trabajo, y se halló en una especie de desierto despojado de árboles y de yerva, que solo ofrecía á la vista una gran llanura árida cubierta de piedras, y al fin de ella una alta montaña. Al verse Alfonso en aquel sitio se acordó suspirando de que Thelismar le había encargado repetidas veces que no se pasease nunca sin guia; pero venía ya tarde este recuerdo. Entretanto se iba acercando la noche; sigue caminando algun tiempo, pero al fin rendido del cansancio se para sobre una eminencia rodeada de zarzales y de gruesas piedras mal colocadas las unas sobre las otras. Al sentarse sobre una de ellas descompone el equilibrio de las demás, que caen rodando con mucho estrépito. Huye á la otra parte por evitar que le hiriesen; pero al volver á mirarlas repara que su caída ha dexado.

do patenté un agujero bastante capaz para entrar por él un hombre: se acerca mas, y mirando ácia abaxo distingue admirado unos escalones. Movido entonces de su mucha curiosidad entra en la gruta, y baxa una escalera mui pendiente: á lo último de ella levanta la cabeza, y ya no vé luz. Determina volverse, pero mirando ácia lo último de la gruta advierte distintamente una luz mui á lo lexos. Esto le determina á concluir una empresa que le ofrece algun suceso extraordinario, y prosigue su camino. Atraviesa un largo corredor mui obscuro, y al salir de él se halla en una espaciosa caverna alumbrada con varias lámparas colgadas de sus bóvedas. Tiende Alfonso la vista por todas partes, y se encuentra en medio de mas de doscientos cadáveres colocados en pie contra las paredes de aquel lúgubre subterráneo.

¡A qué funesto sitio me ha conducido mi imprudencia, exclama el infeliz Alfonso! Esta cueva, semejante á la de Polifemo, es sin duda alguna el asilo de algun vandido inhumano; estos muertos son, no hai que du-
dar,

dar, las víctimas de la crueldad horrible de este monstruo... pero pues no he tenido la prudencia de Ulises, tendré á lo menos su valor. Diciendo esto desembaina su espada, y se prepara á vender su vida á buen precio. No quiso tentar la huida por temor de ser sorprendido en el callejon estrecho y obscuro, única salida que él conocía; juzgó que le sería mas fácil defenderse en la cueva, fuera de que creyó fixamente que los asesinos habrían ya cerrado la entrada. Entretanto reinaba siempre un silencio profundísimo. Tuvo Alfonso sobrado tiempo para considerar despacio los tristes y raros objetos que le rodeaban. Advirtió que ninguno de aquellos cadáveres daba indicios de corrupcion, que no despedía mal olor, y que todos habían conservado la piel y las facciones. Loco se volvía Alfonso cabilando sobre todo esto, quando creyó oir pasos: aplica el oido con mucha atencion, y al instante distingue varias voces que hablaban en una lengua que él no conocía.

No queriendo Alfonso comenzar el com-
ba-

bate, caso que no tuviesen intencion de ofenderle, vá á colocarse entre dos cadáveres, esconde su espada, é imita el silencio de sus dos colaterales. A breve rato vé entrar en la cueva doce hombres vestidos de un modo muy raro, que se le iban acercando dos á dos; su porte grave y pacífico no le anuncia ninguna intencion dañada; pero al punto que vén á Alfonso prorrumpen en espantosos gritos; el furor y la indignacion se pintan sobre sus rostros: se hacen todos á un tiempo á una parte de la gruta, y sacando cada uno un puñal, embisten todos de golpe á Alfonso, que con su espada los recibe con valor. El combate fue largo y sangriento; pero la industria y valor de Alfonso triunfaron por fin de la fuerza, y aunque solo contra doce hombres furiosos, quedó por suyo el campo de batalla. Recibió dos heridas, pero costaron la vida á la mayor parte de sus contrarios, y los demás atemorizados huyeron precipitadamente. Luego que se vió solo en la cueva pensó en curar sus heridas, lo que hizo rasgando su pañuelo, y atándole sobre ellas

ellas con sus ligas: despues cortó con la espada la correa de que estaba pendiente una de las lámparas, y salió con ella sin detenerse un punto: atravesó corriendo la galería obscura, llegó á la escalera, la subió aceleradamente, y hallando franca la puerta, se arroja con ansia fuera de aquella horrorosísima. Al verse en el campo creyó que salía del infierno, y que empezaba á vivir de nuevo. Viendo los Cielos y respirando un aire puro, exclama: ¡Oh Padre mio! ¡Oh Dalinda! ¡Oh querido amigo Thelismar! Ya espero que disfrutaré de la dicha de veros. Solamente vosotros haceis que me sea preciosa la vida...
 Quando Alfonso entró en la cueva iba anocheciendo; y quando salió de ella era media noche. Guiado por el resplandor de la Luna y de las Estrellas se apartó de aquel funesto sitio, y despues de haber andado perdido mas de tres horas, llegó al romper del día á las márgenes de una laguna toda rodeada de árboles. Atormentado de una sed ardiente, la vista del agua pura y clara le hizo recobrar sus fuerzas y valor: mitigó su sed con ella,

ella, y comió algunas frutas silvestres; pero se sintió tan débil y cansado que no le fue posible volver á emprender su camino, y así se tendió sobre la yerva enfrente de una montaña cubierta de ellas, y sembrada de árboles por una y otra parte. Habría tres quartos de hora poco mas ó menos que descansaba en aquel sitio solitario, quando el Cielo empezó á cubrirse de nubes: al instante mismo se levanta un viento recio, y empieza á llover: de allí á poco cesa la lluvia, pero sigue el viento con mas furia. Procura Alfonso levantarse, y extendiendo la vista ácia la montaña advierte una extraordinaria novedad: vé que de lo mas alto de ella se vá levantando una enorme columna de color de oro en su basa, y todo lo demás de un hermoso color de violeta; esta columna se desprende impetuosamente de lo alto, rompiendo y destrozando quantos árboles encuentra en su camino; arranca los matorrales, destroza hojas, plantas y troncos, y luego que llega á lo baxo de la montaña pasa sobre un barranco, y le dexa lleno de piedras y de

tier-

tierra; abre por todas partes profundos surcos en el suelo, y en su rápida y horrorosa carrera hace un ruido semejante á los bramidos de un toro. Dirígesse ácia la laguna, y al atravesarla se sorbe toda el agua, y la dexa enteramente seca: camina despues ácia el Norte, desaparece, y se pierde en un monte inmediato. (6)

A este espantoso fenomeno se siguió un pedrisco horroroso, los granizos de un tamaño formidable tenían la figura de una estrella, cuyos rayos eran largos pedazos de hielo muy parecidos á la hoja buída de un puñal. (7) Alfonso se acogió baxo de un árbol; procuraba guarecerse la cabeza con el sombrero, teniendo levantado á alguna distancia sobre ella; con todo recibió varias heridas en las manos. En fin cesó la tempestad y el pedrisco; de allí á poco volvió á quedarse el Cielo claro y sin nubes, y Alfonso lleno de espanto y de temor, herido, aporreado, muerto de hambre y de cansancio, prosiguió su camino tristemente. Al cabo de un quarto de hora descubre, con una alegría inexplic-

ca-

cable, una casa: el deseo de llegar á ella le hizo recobrar parte de sus fuerzas ya exhaustas. La casa era de un Español, que le recibió con mucha humanidad. Alfonso le dió á entender que le habían acometido unos saltadores, y el Español le dixo que no estaba mas que dos leguas y media de Guimar.

No estaba Alfonso en estado de poder ir á la Ciudad á pie, por lo qual resolvió descansar algunos dias; pero antes de toda otra cosa escribió una esquila á Thelismar, y el Español se encargó de hacérsela entregar. Hecho esto, aceptando las ofertas de su compasivo huésped, tomó un poco de alimento, dexó que le curasen las heridas, y se acostó en una buena cama que se le había preparado. Despues de haber dormido tres ó quatro horas se levanta y viste apriesa, y saliendo de su quarto, la primera persona con quien encuentra es con Thelismar: al punto corre á abrazarle, y Thelismar le recibe con una ternura que acabó de colmarle de gozo. Iba á comenzar la historia de sus aventuras, quando Thelismar interrumpiéndole le dixo: no
pen-

ensemos en otra cosa mas que en su salud de Vmd.: mi coche nos está esperando; vamos á despedirnos del generoso Español que le ha hospedado á Vmd., y volvámonos á Guimar. A esta sazón llegó el Español seguido del hombre á quien había encargado la carta de Alfonso para Thelismar: este propio se volvía con la carta, diciendo que al punto que él había llegado á Guimar Thelismar acababa de salir de la Ciudad. ¿Pues cómo ha podido Vmd., dixo Alfonso á Thelismar, saber que yo estaba aquí sin haber recibido mi carta?—Ya lo sabrá Vmd. todo, pero ahora aprovechemos lo que queda de día, y marchemos.

Entonces Alfonso, dirigiéndose á su huésped, y manifestándole todo su agradecimiento, entró en el coche con Thelismar, y tomaron el camino de Guimar. En todo el tiempo que tardaron en llegar á la Ciudad no le permitió hablar Thelismar, y luego que llegaron le obligó á que se acostase. Durmió Alfonso doce horas seguidas, al cabo de las quales despertó enteramente bueno. Enton-

ces Thelismar le dixo que le contase sus aventuras. Antes de empezar Alfonso esta narracion le previno que lo que iba á contarle era tan extraordinario y maravilloso que se temía le había de acusar de exágeracion; pero á pesar de esta prevencion Thelismar escuchó toda la historia de la cueva sin manifestar la mas mínima admiracion, cosa que excitó la de Alfonso, y no pudo menos de manifestársela.

Querido Alfonso, dixo Thelismar, si Vmd. no fuese tan atolondrado y vano, no se hubiera Vmd. visto en tan gran riesgo, y todo lo que ahora le confunde dexaría de admirarle.—Bien comprehendo que con mas prudencia hubiera seguido sus consejos de Vmd., y que por consiguiente no me hubiera ido á pasear sin guía en un país no conocido; ¿pero cómo es posible que mi vanidad pueda contribuir á aumentar la estrañeza que me causa este suceso?—Sin ella, repito, no hubiera Vmd. corrido riesgo alguno. En quantas partes hemos estado no le he visto á Vmd. ocupado hasta ahora mas que en una sola idea,

que es la de aparentar mucha instruccion, y dexar á todos admirados con la narracion de las cosas singulares que ha visto. En nuestros viages hemos encontrado varias personas de mucho mérito, entre ellas buenos Maquinistas, Geómetras, Botánicos y Astrónomos, á todos les ha hablado Vmd. mucho, sin permitirles que hablasen ni un solo instante. Lo primero que hace Vmd. quando llega á alguna parte y puede hacerse escuchar de alguno, es guardarse de hacerle preguntas, antes bien se dá prisa en instruirle de quanto sabe. Esta especie de locura causa mui mala opinion de su juicio, y le quita todo el fruto que podía sacar de nuestros viages. Si desde que hemos llegado aquí, por exemplo, en vez de entretenerse contando quanto nos ha sucedido en las Islas Terceras, hubiese Vmd. hecho algunas preguntas acerca de su terreno y de sus antiguos habitantes, sabría que esa cueva no tiene nada de maravilloso, y que no podía entrar en ella sino con gran riesgo de perder la vida...—¿Pues cómo?...—Esa cueva es

una de las grutas sepulcrales de los Guanches; que todas están dispersas en los lugares incultos y desiertos; ellos solos saben donde están, y ocultan cuidadosamente sus entradas. Van á ellas con mucho secreto, y si encontrasen algun estrangero le tendrían por sacrilego y por víctima destinada á la muerte, y guiados de una bárbara supersticion, se creerían obligados á quitarle la vida. (8) A lo meaos, dixo Alfonso algo picado, debo á mi mala cabeza ó á mi ignorancia la ventaja de haber visto esas cuevas tan curiosas... Yo no he tenido que pelear, interrumpió Thelismar; no he padecido ni la sed, ni la hambre, ni las intemperies del Cielo, y finalmente no he causado á mis amigos las crueles inquietudes que Vmd. á mí, y tambien he entrado en una cueva de Guanches...—¿Pues cómo ha podido Vmd. hacerlo?...—Yo sabía que había estas cuevas, y tenía grandísimos deseos de ver una. Para conseguirlo, travé amistad con un Guanche, le he servido en varias cosas, y al fin le he determinado á que me llevase secretamente á una de ellas.

No.

No hallandó Alfonso que decir contra estas razones de Thelismar, baxó los ojos, y calló. De allí á poco prosiguió diciendo: á lo menos creo que lo que me resta que decirle á Vmd. le hará alguna novedad. Despues de haber salido de la cueva anduve bastante tiempo sin saber á donde iba; ya por fin llegué á una laguna...—No diga Vmd. mas, porque sé quanto vá á decirme...—¿Cómo es posible, si yo estaba solo, y á nadie he dicho palabra?...—Despues de haber bebido agua cogió Vmd. algunas frutas silvestres: luego se tendió sobre la yerva. De allí á poco se levantó una terrible tormenta...—¡Válgame Dios! ¿De qué arte ó encanto se ha valido Vmd. para saberlo?—De lo alto dé la montaña baxó una coluna; al pasar sobre la laguna la dexó seca, y...—¡Qué oigo! explíqueme Vmd. por Dios este nuevo prodigio.—En tanto que todo esto estaba sucediendo yo le veía á Vmd...—¿Pero á dónde se hallaba Vmd. entonces?—Aquí, en el terrado de casa...—Pero desde aquí á donde yo estaba hai cerca de tres leguas...—Es muy cier-

to; pero á pesar de esa distancia, vuelvo á decir que le estaba á Vmd. viendo...—Ya no puedo dudar, oh Thelismar, de que es Vmd. mas que hombre natural...—Crea Vmd., querido Alfonso, que no soi sino un hombre mui comun.—Explíqueme Vmd., pues, este extraño enigma.—No me es posible hacerlo en un día. Fácil me fuera hacerle á Vmd. saber en un instante algunos nombres, é instruirle de varios efectos, pero esto sería tratarle como á un niño. ¿Desea Vmd. conocer las causas y adquirir una instruccion fundamental?—Si Señor, con tal que sea una instruccion capaz de hacerme comprehender todo lo que Vmd. hace.—Pues bien, yo le daré á Vmd. libros, y despues que los haya leído con reflexion hablaremos, y principiáré á manifestarle los misterios que tanta admiracion le causan.—Déme Vmd. prontamente esos libros preciosos, que yo le prometo leerlos con el mayor cuidado... desde ahora renuncio á toda otra clase de lectura.—No pretendo tanto; antes al contrario: Vmd. es aficionado á la Poesía, no dexé, pues, de leer versos, pero

que sean escogidos; en vez de leer novelas, lea Vmd. libros morales; dedique cada dia una parte de él á la lectura de los libros que le voi á dar; reflexione mas, hable menos, y escuche mucho: no le pido á Vmd. mas que esto.

Inmediatamente conduxo Thelismar á Alfonso á su estudio, y dándole una docena de libros, le dixo: quando haya Vmd. leído estas obras, le comunicaré un tesoro que acabará de instruirle perfectamente: Vea Vmd. ese cofrecito, en él se halla el precio que pretendo dar á la tarea que le impongo... Ah, dixo Alfonso; ¿no debo esperar nunca otro premio?... Al decir esto se detuvo, se le encendió el color y los ojos se le arrasaron en lágrimas. Alfonso, replicó Thelismar, yo le quiero á Vmd. y le estimo; no pretendo ocultárselo: pero para obtener el precio á que Vmd. aspira es preciso que se haga digno de merecer todo mi afecto y confianza. ¡Oh Padre mio (exclamó Alfonso arrojándose á los pies de Thelismar) Padre amado!... permítame Vmd. darle este dulce nombre: espérello Vmd. to-

do de mi amor. Sí, yo conseguiré esa preciosa confianza, ese afecto, sin el qual no podría vivir...¿Dígame Vmd. qué he de hacer para conseguirlo?—Corregirse de mil defectos, y sobre todo de la ridícula vanidad de que está poseído, salir de la ignorancia vergonzosa en que se halla y adquirir conocimientos sólidos.—Todo me será fácil...—Ya ha visto Vmd. que le he hecho conocer que he leído su corazón; apruebo sus esperanzas; pero me ha de prometer que nunca me hablará del sentimiento interior que le ocupa...—¡O Cielos! ¿ni del objeto?—Nunca ha de pronunciar Vmd. su nombre...—¡Qué sentencia tan cruel!—No obstante se ha de sujetar Vmd. á ella, considerando que si quiere conseguir mi estimacion ha de empezar haciéndome ver que tiene algun dominio sobre sus pasiones.—Pues bien; yo me sujeto con gusto á todo; ¿pero si Vmd. me hablase de ella?—Entonces podrá Vmd. responder: fuera de esto, nunca diga Vmd. delante de mí palabra alguna que pueda tener relacion.—Obedeceré á Vmd. puntualmente. A lo menos no me

prohíbe Vmd. que piense en ella.—No, una vez que otra podrá Vmd. hacerlo...—¡Una vez que otra!...¡Ah, en cada instante de mi vida!...—¿Pues qué ya se vuelve Vmd. atrás?—¿Cómo?—¿No acaba Vmd. de prometerme que estudiará con aplicacion y actividad?—Sin duda.—¿Pues cómo ha de ser esto si piensa Vmd. continuamente en Dalinda?—¡Dalinda!... Gracias á Dios que no soi yo quien ha pronunciado su nombre...—Alfonso...—¡Ah! perdón Vmd. que no me acordaba.—¿Con que se obliga Vmd. á apartar á Dalinda de su imaginacion siempre que lea ó que hablemos?—¿No hablar ni pensar en ella, cómo he de poder cumplirlo?—Valiéndose de la razon no hai nada imposible al hombre.—¡Pero este esfuerzo será tan penoso, tan cruel!...—¿Con que no quiere Vmd. prometérmelo?—No quiere Dios que yo piense así; mi sumision para con Vmd. no tiene límites. No hai cosa que Vmd. pueda mandarme á que yo dexé de oberdecerle.

En este paso concluyó la Marquesa su Velada, y se separó de sus Hijos, que en to-

da la noche no dexaron de soñar con *colunas ambulantes*, y *cuevas encantadas*. Creyeron al día siguiente que su Madre había agotado en la última velada todo lo que había podido encontrar de mas extraño y maravilloso; pero ella les aseguró que quanto habían oido hasta entonces era nada en comparacion de lo que les quedaba por oir, porque había dexado para el fin las cosas mas admirables. Esta noticia acrecentó en gran manera la curiosidad de los niños, á la qual satisfizo su Madre aquella noche prosiguiendo su cuento en estos términos:

A pesar de la lei que le había impuesto Thelismar, se contemplaba Alfonso el mas feliz de los hombres: veía su pasion aprobada por el Padre mismo de Dalinda. Ya en fin podía entregarse al deleite de una esperanza bien fundada, y no le faltaba para ser del todo feliz sino una carta de Don Ramiro que le asegurase el perdon que había implorado.

Antes de salir Thelismar de las Islas Canarias quiso ver el famoso Pico de Teneri-

fe.

fe. (a) Despues se embarcó para Cabo verde. Durante la navegacion siguió Alfonso con mucho ardor el nuevo plan de estudio que Thelismar le había señalado, pero le costaba mucho trabajo reprimir el deseo que continuamente le agitaba de hablar de su pasion. El temor de disgustar á Thelismar le detenía; sin embargo, de quando en quando soltaba algunas frases indirectas, y Thelismar hacía como que no entendía su verdadero sentido.

Finalmente, no pudiendo Alfonso tolerar mas tiempo esta sujecion, halló para librarse de ella un medio que le pareció exquisito. Guardaba siempre como un precioso tesoro el ceñidor de Dalinda: imaginó volvérselo á Thelismar; y aunque este sacrificio le era mui penoso, facilmente se determinó á hacerle, considerando que tendría el gusto de ha-

(a) Pico de Tenerife, por otro nombre montaña de *Teyde* ó de *Theyte*. Esta montaña cuya figura se semeja á la de un pan de azucar de Holanda, se levanta en medio de la Isla de Tenerife. Su elevacion es tan prodigiosa que tiene mas de quince leguas de camino. No obstante se dice que el monte llamado *Chimbarazo* que hace parte de la cordillera de los Andes en el Perú tiene aun mucha mas elevacion.

hablar de su amor y de Dalinda, y que Thelismar, que no vería en este procedimiento mas que una delicadeza estimable, quizás no querría tomarle. Ocupado en esta idea, entra una mañana en el cuarto de Thelismar, y mui satisfecho le dice: vengo á hacer una confesion que me costará un grande sacrificio.—¿De qué se trata?—Es preciso primeramente que me permita Vmd. hablar de ella... no lo deseo sino para acusarme y emendar mi yerro.—Concedido: explíquese Vmd. ya... ¿Sin embargo apostaríá á que el delito no es mui grave.—A mí á lo menos me lo parece. El sentimiento mas vivo, el mas tierno, un sentimiento que debe decidir para siempre de mi suerte...—Al caso; ¿qué tiene Vmd. que decirme?—¡Ya sabe Vmd. con que extremo amo á Dalinda!—Alfonso, ese preámbulo no me gusta.—Pero es preciso.—No hai tal cosa, no se trata sino de confesarme una falta.—Pues bien: el dia que ví á Dalinda la primera vez, aquel dia en que empecé á vivir...despues que se ausentaron Vmds...enagenado, oprimido del dolor, andaba sin saber por donde

como un demente buscando en vano las pisadas de Dalinda; en fin arrastrado de un secreto encanto, me volví atrás acercándome á la fuente del amor...la casualidad...ó mas bien la divinidad de la fuente compadecida de mi pena hizo que cayese en mis manos la prenda mas preciosa, la mas...—Sería el ceñidor de Dalinda, porque ahora me acuerdo que despues le echó de menos. Esta es, replicó Alfonso con afectacion sacándola de su faldriquera, esta es la prenda, único consuelo de un amante desdichado; estaba en mi poder sin el consentimiento de Vmd.; no me creo digno de poderla conservar. Un escrúpulo bien fundado me obliga á sacrificársela á Vmd.: y es mui bien hecho, replicó Thelismar; démele Vmd., añadió, tomando el ceñidor, yo me obligo á volvérselo luego que me dé una prueba de sinceridad y de verdadera confianza. ¿Pues acaso, replicó Alfonso enteramente cortado, tiene Vmd. motivo para dudar de una y otra?—Y mui grande al ver que se vale Vmd. para conmigo de artificios...—¡Artificios!—Se avergüenza Vmd., Alfonso, y

con razon; pero me atrevo á creer que si Vmd. hubiera conseguido engañarme, su confusion sería mucho mayor. ¿Con qué cara hubiera Vmd. tolerado en esta ocasion mis elogios si me hubiese admirado de su candor y generosa escrupulosidad? ¡Ah, dixo Alfonso enterrecido, ya veo que conoce Vmd. mi corazon mejor que yo mismo!...Es cierto que buscaba un pretexto para hablar libremente de Dalinda.—¿Y creía Vmd. poderme engañar, y que yo le dexaría el ceñidor?—Yo mismo me engañaba...—Tampoco eso es verdad; no nos es posible alucinarnos acerca de lo malo que puede haber en los motivos que nos hacen obrar. En vano busca nuestra razon pretextos especiosos para escusarnos: en vano nos decimos: *esta accion es noble, es justa*, el corazon y la conciencia dicen que no.—Que he hecho yo...¡Ah Thelismar! ¿Me habrá hecho perder para siempre su estimacion de Vmd. esta falta, cuya gravedad conozco ahora tan claramente?—No por cierto; la ingenuidad con que Vmd. la conoce, el arrepentimiento que noto, la educacion descuidada que

que le han dado y la poca reflexion de que aun es capaz me inclinan á disculparle. Si yo le creyese artificioso no esperaríá nada bueno de Vmd.; pero á pesar de la falsedad de que acaba de valerse conozco en Vmd. franqueza y candor; su corazon es sensible y generoso, y creo firmemente, querido Alfonso, que conseguirá Vmd. corregirse de todos sus defectos. Esta conclusion consoló algun tanto á Alfonso, que se prometió desde luego no dexar pasar ocasion de manifestarle la mayor sinceridad y confianza.

Descenbarcaron nuestros viajantes primeramente en la Isla de Gorea; (a) de allí se dirigieron á Rufisco, (b) y desde Rufisco fueron por tierra hasta el fuerte de San Luis en el Senegal. Vieron á los *Sereres*, Nacion de Indios negros, cuyas costumbres puras y sencillas, juntamente con su hospitalidad, no dexaron de admirarlos: estas virtudes las deben sin duda á su amor al trabajo y á la agricultura.

(a) Esta Isla pertenece á los Franceses. Está á seis leguas del Cabo verde.

(b) Rufisco está á tres leguas de la Isla de Gorea.

cultura; lo que los distingue mas que todo de los demás Indios, que en general son perezosos, y menosprecian el cultivo de las tierras.

Una tarde que Thelismar, Alfonso, y otros varios que caminaban con ellos, pasaban por un desierto árido, vieron un árbol maravilloso, cuya altura á la verdad no era mas que de setenta ú ochenta pies, pero su tronco enorme tendría unos noventa de circunferencia. Las primeras ramas de este árbol se extendían casi horizontalmente, y como eran sumamente gruesas y muy largas, su propio peso hacía que sus extremos llegasen casi al suelo, de manera que este árbol solo formaba un dilatado toldo capaz de contener baxo de su sombra trescientas ó quatrocientas personas. (9) Despues de haber admirado aquella rara produccion de la naturaleza continuaron su viage. A poco trecho del árbol encontraron un Leon tendido en el suelo que al parecer estaba muerto. Empeñóse Alfonso en irle á ver de cerca, y Thelismar le acompañó. Al acercarse conocieron que el animal

estaba vivo; pero casi espirando: estaba tendido sin movimiento alguno; tenía la boca entre abierta, ensangrentada y llena de hormigas. Alfonso se compadeció de él; le limpió con su pañuelo la boca, quitándole todas las hormigas que le atormentaban, y despues sacando de su faldriquera una botella llena de agua se la hizo beber toda, en tanto que Thelismar tenía una pistola amarillada puesta contra una oreja del enfermo por si acaso recobraba con demasiada prontitud su salud y fuerzas. Algo mas aliviado el leon, volvió los ojos á Alfonso, el que creyó notar en ellos alguna expresion de agradecimiento; y no le abandonó hasta que le hubo franqueado todos los socorros que pudo darle.

Yendo Alfonso y Thelismar á juntarse con su caravana atravesaron un campo cubierto de yerva sumamente alta. Al salir de él, Thelismar que iba delante, y que no advirtió un barranco bastante profundo, cayó en él y desapareció enteramente á los ojos de Alfonso. Llega este corriendo y vé á Thelismar sentado, que le dice que al caer se ha dado

un golpe y que no puede sin su ayuda levantarse ni seguir andando. Acércase Alfonso para cogerle en brazos, al mismo tiempo oye un silvido horrible, y repara al otro extremo del barranco enfrente de Thelismar una serpiente mostruosa matizada de varios y vivos colores que tenia cerca de veinte pies de largo. (10) Este monstruo se adelantaba arrastrando y levantando la cabeza ácia Thelismar, quien haciendo un esfuerzo para levantarse y huir no pudo tenerse en pie, y cayó tendido sobre la yerba. Alfonso se arroja al barranco, se pone entre Thelismar y la serpiente, y desembainando su sable se precipita sobre el formidable reptil dándole una cuchillada tan firme y segura que le divide en dos partes. Entonces acercándose á Thelismar le ayuda á levantarse y le saca del barranco. Thelismar le abraza, diciéndole: acaba Vmd. de darme la vida, porque yo no podía ni defenderme ni huir; la serpiente iba á arrojarse á mí, y su mordedura es mortal. Yo le prometí á Vmd. que Dalinda sabrá este suceso. Alfonso demasiado enternecido para poder res-

ponderle, le dió un estrecho abrazo. Poco á poco, dixo Thelismar sonriéndose, mire Vmd. que tengo roto el brazo derecho... ¡Oh Dios mio, exclamó Alfonso!—¿Pues á no ser esto no me hubiera yo valido de mis armas?—Y no se ha quejado Vmd. nada...—No es Vmd., Alfonso mio, quien debe estrañar el valor en otros.—¡Oh Padre mio! no le tengo para verle á Vmd. padecer. Vamos á alcanzar á los demas caminantes... Diciendo esto, levanta con cuidado á Thelismar, le pone sobre sus hombros, y á pesar de su resistencia le lleva sin pararse hasta el sitio en donde esperaban los demás viajantes.

Thelismar se vió precisado á detenerse en una choza de negros que le hicieron buena acogida. Llevaba en su compañía un cirujano que le curó el brazo, y al cabo de diez dias siguió su viage. Llegaron al país de los Fullis. El Rei de estos salvages se llama Siratick; algunos Viageros dan tambien este nombre á sus Estados. El Siratick acogió á los Europeos con mucha humanidad, y les propuso si querían acompañarle á la caza de un

leon que pocos dias antes había hecho grandes estragos en las inmediaciones. El Rei joven y valeroso, queriendo hacer alarde delante de los extranjeros de su destreza y ánimo, quiso combatir con el leon. Luego que le descubrieron hizo detener á su comitiva y á los forasteros; les dió orden de estarse quietos en sus puestos, y montado en un excelente caballo, sale al encuentro al animal furioso, que al verle se arroja ácia él precipitado. El Siratick le dispara una flecha. Sintiéndose el leon herido se adelanta dando un espantoso rugido. Entonces Alfonso olvida la orden del Rei: parte como un rayo, y creyendo al Siratick en gran riesgo, vuela á socorrerle: llevaba el sable en la mano, y corriendo á escape, al pasar cerca de un arbol chocó con él con tanta violencia que el sable se le hizo mil pedazos. Alfonso casi fuera de la silla con este violento golpe, cae, y su caballo con él: á este tiempo el leon que al ver venir ácia sí un hombre armado, había abandonado al Siratick para abalanzarse á este nuevo contrario, embiste á Alfonso, y cla-

clava sus temibles garras en los pechos del caballo. Al verse Alfonso desarmado y sin defensa creyó su muerte inevitable. Los negros no se atrevían á disparar sus flechas contra el animal por no herir á Alfonso. Thelismar había querido seguir á Alfonso quando partió corriendo, pero los negros ya irritados del atrevimiento de su compañero se habían opuesto con violencia á su intento, y le detenían á pesar de sus voces, su furor y desesperacion. ¡Quál se quedó al ver que el leon se arrojaba á Alfonso! ¡Infeliz muchacho! exclamó... ¡Pero qué pasmo, qué alegría no esperada! Apenas mira el leon su presa, quando al punto pierde todo su furor; se acerca á Alfonso, y levantando una de sus manos ensangrentada, la pone con suavidad sobre la de Alfonso, y parece que le enseña la herida pidiéndole socorro. Se estremece Alfonso, y acordándose del suceso del leon moribundo que había encontrado algunos dias antes; ¡noble animal, exclama, ya te conozco! ¡Ojalá que tu exemplo sirva eternamente de confusion á los ingratos que borran de su memo-

ria el recuerdo de un beneficio!... Sí ya que tu agradecimiento me da la vida, yo quiero salvar la tuya otra vez y defenderla, si es preciso á costa de la mia. Entre tanto restañaba la sangre que corría de la herida del leon, y rasgando su pañuelo compuso unas vendas con que le sujetó y ató la mano herida. Thelismar y los Indios consideraban este espectáculo con igual espanto y admiracion. En fin Alfonso se levanta: el leon se vuelve á acercar á él, lame los pies de su bienhechor, y le hace mil caricias. Despues Alfonso se aparta poco á poco: el leon se detiene, le mira un instante, y volviendo la espalda de imprevisto se mete corriendo en un monte inmediato, y desaparece dexando atónitos á todos los espectadores de tan estraño suceso. (11)

Thelismar, despues de haber estrechado entre sus brazos á Alfonso, y haberle abrazado con el afecto del Padre mas amoroso, le reprehendió su temeridad é imprudencia. Si hubiese Vmd. tomado informes, le dixo, acerca de esta caza, ó por mejor decir, si hu-

hubiese escuchado los por menores que de ella nos han contado, habría sabido que el Siratick no corría riesgo alguno; que exercitado en esta clase de luchas, aguardaba al leon para meterle un chuzo por la boca; y que despues apeándose del caballo le habría acabado á sablazos. Yo le prometo á Vmd., dixo Alfonso, informarme mejor en adelante, y ser mas prudente. Pero al fin por lo menos he salvado la vida á mi leon, á ese generoso animal...—Sí, pero el Siratick está ofendido del poco caso que ha hecho Vmd. de sus órdenes, y á pesar del motivo que para ello ha tenido no le perdona á Vmd. el haberle quitado el honor de la victoria: por tanto me parece que harémos bien en no estar mas tiempo en su Corte. (a)

En efecto á la mañana siguiente Thelismar, Alfonso y los demas viageros salieron de Ghiorel, y continuaron siguiendo el curso del Senegal hasta el Lugar de Embakane,

D4

pró-

(a) Vease el Compendio de la Historia de los Viajes tom. 2.

próximo á las fronteras del Reino de Galam. Pasaron despues el rio Gambia, atravesaron el Reino de Farim, (a) y despues de haber recorrido gran parte de aquellas tierras llegaron á Guinea.

En este país tuvo Alfonso un encuentro que le sorprendió en gran manera. Atravesaba un bosque, é iba hablando con Thelismar acerca de la inmortalidad del alma. ¿Podrá Vmd. creer, dixo Thelismar, que hai hombres tan irracionales que afirman que no tenemos mas ventaja sobre los brutos que la de una conformacion exterior mas perfecta; y que han dicho expresamente que si el caballo (animal tan inteligente) tuviese, en vez del casco que termina sus brazos, una mano ágil como la nuestra, haría todo quanto nosotros hacemos? (b)—Pues qué ¿podría dibujar y pintar?...—¿Qué le parece á Vmd.?—Yo no lo creo; podría quando mas formar ó hacer algunas imitaciones imperfectas.—El pa-

(a) Ó de Santo Domingo.

(b) Este extraño raciocinio se encuentra en una obra intitulada *De P Esprit*.

pagayo, las urracas, los tordos y otras muchas aves pueden hablar, y repiten bien algunas palabras que han aprendido, pero no pueden ni comprehenderlas, ni por consiguiente aplicarlas en sazon; fuera de que hai animales cuya conformacion tanto exterior como interior, es perfectamente semejante á la del hombre, que andan como nosotros, tienen manos como las nuestras, y que no solo no fabrican Palacios ni cabañas, sino que aun son menos industriosos que otros muchos animales.—Vmd. quiere decir los monos; en efecto tienen sus manecitas parecidas á las nuestras, y mui diestras. ¿Y qué dicen á eso los Autores que desean que el caballo tenga manos?—Convienen en que el mono por su figura sería capaz de hacer todo lo que hace el hombre; pero añaden que su natural desasosiego se lo estorva; que está en continuo movimiento; y que á no ser por esta inquietud y viveza, sería igual al hombre. (a)—No obstante no hablaría.—No, aun-

que
(a) Todo lo que acaba de decir Thelismar se halla exáctamente en la misma obra intitulada *De P Esprit*.

que en ciertas especies, la lengua y los órganos de la voz sean los mismos que en el hombre, y que el cerebro sea absolutamente de la misma figura y tamaño que el nuestro.— El cerebro del mismo tamaño, como es posible siendo el mono tan chico!...—¿Y Vmd. cree que conoce todas las especies de monos?— Creo que sí.—¿Y todos los que Vmd. ha visto eran vivos y turbulentos?—Seguramente; y por tanto este reparo de los Autores de que estamos hablando me parece bastante justo. Porque en efecto, tengo casi por cierto que unos entes que están siempre en movimiento continuo, por mas bien conformados que sean, siempre serán incapaces de aprender...—¿Y si yo le hiciese á Vmd. ver que esa objecion que tanta fuerza le hace es hija solo de una profunda ignorancia de las cosas que todos saben?—¡Pues cómo! ¿hombres que componen un libro podrán ignorar cosas generalmente conocidas?...—Esa duda, querido Alfonso, es la mayor prueba de que Vmd. ha leído mui poco... No bien había dicho Thelismar estas palabras, quando Alfonso hizo un

ges-

gesto de admiracion, y dándole con el codo, le dixo: vea Vmd. allá baxo, repare Vmd. la estraña figura que está sentada al pie de aquel árbol.

Concluyamos aquí la velada, dixo Madama de Clemira, dexando de leer; esta noche me siento el pecho algo cansado. Estas palabras taparon la boca á todos, aunque de buena gana hubieran oido alguna explicacion acerca de la *estraña figura*.

Al dia siguiente, á la hora acostumbrada, la Marquesa prosiguió leyendo su manuscrito como se sigue:

Levantó Thelismar la cabeza, y despues mirando á Alfonso le dixo: ¿qué piensa Vmd. de aquella figura? Pienso que es un salvage, replicó Alfonso, pero es mui feo... ahora se levanta, tiene un palo en la mano... parece que huye de nosotros.—¿Con que Vmd. cree de cierto que es un hombre?—No hai duda.—¿Y si fuese un mono?—¡Un mono tan alto! Es mayor que yo, anda naturalmente como nosotros, y sus piernas son en todo parecidas á las nuestras.—Pues á pesar de todo

do

do eso es una bestia irracional. (a) *Pero tan singular que no puede el hombre verle sin entrar en su interior, conociendo y convenciéndose de que su cuerpo no es la parte mas esencial de su naturaleza.* (b)—Me dexa Vmd. admirado!... ¿Y aquel mono que estaba sentado con tanto sosiego al pie de aquel árbol, tiene como los monos chicos el movimiento continuo y precipitado?—Nada de eso; *su modo de andar es lento, sus movimientos mesurados, su natural dócil, y mui diverso de las otras especies de monos.* (c)—Pues á fé que no dirán de este los Autores de que hablábamos antes, *que tiene casco en las manos como el caballo; antes al contrario, es mas alto que nosotros, y su estructura igual en todo á la nuestra.—No ha querido el Criador hacer para el cuerpo del hombre un modelo del todo distinto del de*

(a) El *orang-outang*: los hai que tienen mas de seis pies de alto.

(b) El Conde de Buffon.

(c) Hablando de un mono de otra especie llamado *gibbon*, dice el mismo Autor: *Este mono nos ha parecido mui quieto, y su natural mui dócil; sus movimientos no son ni mui vivos ni precipitados, y tomaba suavemente lo que se le daba para comer &c.*

qualquiera otro animal... pero al tiempo mismo que le ha concedido esta forma material semejante á la del mono, ha penetrado este cuerpo animal con un soplo divino: si hubiese concedido el mismo don, no digo al mono, pero aun á la especie ó al animal mas imperfecto y torpe, esta especie ó este animal hubiera competido con el hombre, y vivificada con el entendimiento hubiera adelantado á todos los demas animales, puesto que hubiera podido pensar y hablar. Así es, que por mucha semejanza que haya entre el Othentote y el mono, el espacio que los separa es inmenso, siendo así que el interior de aquel está adornado con la facultad de pensar, y el exterior con la del habla. (a)

Estas razones admiraron á Alfonso. Yo quisiera, dixo á Thelismar, saber qué responden á esto los Autores que pretenden que solo somos superiores á los animales por razon de nuestra figura.—No conocen el animal que Vmd. acaba de ver, como ni tampoco otras muchas especies semejantes que

(a) El mismo Conde de Buffon.

varios Viageros han descrito; no obstante sus obras son modernas, y como ya tengo dicho, estas cosas son casi generalmente conocidas. Al pronunciar Thelismar estas palabras se hallaron á las orillas de un lago rodeado de peñascos, y la guia que los acompañaba les propuso que se parasen para aguardar á los demás caminantes, que se habíán quedado algo atrás. Thelismar se sentó á la sombra de algunos árboles, y sacando dos libros de su faldriquera, dando uno de ellos á Alfonso, le indicó un capítulo, diciéndole que lo leyese con atencion. Díxole este que así lo haría, añadiendo que iba á sentarse solo algun trecho de allí para leer con menos distraccion. En efecto se aparta, y despues de haber andado doscientos pasos se sienta á la orilla del lago; pero en vez de leer empieza á cabilar. El murmullo de las aguas, los peñascos, y lo fresco de la yerva, todo le trae á la memoria un recuerdo que no puede desecharse de su imaginacion. Cree que se halla en la fuente del Amor; cree que está viendo á Dalinda, y solo piensa en ella; finalmente

te no puede ya resistir al deseo de pronunciar un nombre tan querido, y cierto de que Thelismar no puede oírle, canta en voz baxa una cancion que había compuesto para Dalinda. Al acabar el último verso de su cancion oye pasos, vuelve la cabeza, y vé á Thelismar que se le acerca: calla inmediatamente, y vuelve á abrir su libro. Pero en el mismo instante, una voz dulce y sonora, que al parecer salía de los peñascos, vuelve á cantar palabra por palabra la copla que él acaba de cantar. Al acercarse Thelismar oye repetir el nombre de Dalinda, y crece su admiracion al ver que no es Alfonso quien canta. No es menor el pasmo de Alfonso. Apenas hubo acabado la voz de cantar, quando yendo á preguntar á Thelismar acerca de este prodigio, otra voz se lo estorvó volviendo á repetir la propia cancion con la misma exâctitud. No bien la segunda había acabado, quando otra, que al parecer venía de distinta parte, volvió á hacer lo mismo que las dos antecedentes, aunque en tono mas baxo, y luego que esta concluyó se acabó el concierto.

to. (12) ¡Qué encanto es este! exclamó Alfonso. Convengamos, dixo Thelismar riendo, en que los faunos y silvanos de estos peñascos son mui malos confidentes; las Ninfas de la fuente del Amor eran mas calladas; pero véelvame Vmd. mi libro, y dígame si le ha gustado el capítulo que le dixé que leyese. Turbado Alfonso, no dió mas respuesta que un suspiro, y Thelismar mudando de conversacion fue con él á juntarse con sus compañeros de viage.

Pasaron por la Costa de Oro, el Reino de Juida, y el de Benin, en el qual hallaron los naturales menos crueles y mas civilizados que sus comarcanos. Atravesaron el Congo, y en este país fue en donde Alfonso estuvo á pique de perder la vida por un efecto de su impetuosidad y natural imprudencia. Iba caminando la tropa de viajeros, y Alfonso solo delante de ellos á unos trescientos pasos de distancia. Se iban acercando á una gran laguna rodeada de cabañas de negros, quando Alfonso levantando los ojos creyó ver al otro lado del estanque una larga pared de ladri-

llos

llos á la orilla de él. No pudiendo comprender con que fin habrían levantado allí aquella pared, apretó el paso para ir á ver de cerca; pero al llegar advirtió que aquella supuesta pared se meneaba: entonces creyó distinguir claramente, en lugar de una pared, muchos soldados vestidos de encarnado y puestos en orden de batalla. Reparó en algunas centinelas avanzadas, y conoció tambien que le habían visto, porque al punto que le atisbaron avisaron á su tropa, y el aire retumbó con un sonido parecido al de muchas trompetas. Detúvose Alfonso, y estaba dudoso en si se adelantaría ó volvería atrás, quando vió que toda aquella tropa se conmovía, se levantaba del suelo, y finalmente echaba á volar. Entonces conoció que aquel formidable esquadron no era sino una bandada de páxaros grandísimos, de color encarnado, pero tan brillante, que quando empezaron á volar sus alas parecían de fuego. Llevaba Alfonso su escopeta, y descando que Thelismar viese alguno de aquellos páxaros extraordinarios, disparó al monton, y mató uno. Al estruendo

del tiro salieron de sus cabañas algunos negros, y al ver que Alfonso se llevaba arrastrando el páxaro que había muerto, prorrumpieron en horribles gritos, á los cuales salieron los demás, y reuniéndose todos acometieron á Alfonso, que en un instante se vió cubierto de una nube de piedras y de flechas. Era su muerte inevitable á no haber llegado al mismo tiempo Thelismar y el resto de los viajeros. Los negros echaron á huir, y Alfonso se vió libre á costa de algunas leves heridas y de una fuerte reprehension de Thelismar, de quien supo que aquellos negros tenían en tanta veneracion al páxaro que había muerto, que no permitían se le hiciese daño alguno, y que asimismo se creían obligados á vengar la muerte de aquellos animales, sagrados para ellos. Supo asimismo que lo que él había juzgado sonido de trompetas no era sino el grito de estos mismos páxaros, tan fuerte y penetrante, que se oía á mas de un quarto de legua de distancia. Este último suceso fue causa de que en adelante tuviese mas circunspeccion, y de que com-

pre-

prehendiese que la prudencia es prenda tan precisa como apreciable. (13)

Prosiguiendo Thelismar su viage se detuvo en algunas Tribus de salvages, cuyas costumbres deseaba conocer; pero de todos los Pueblos bárbaros del Africa la Nacion que le pareció mas apreciable fue la de los Othentotes. Sus virtudes exceden á sus vicios: cumplen exáctamente con las obligaciones de la amistad y hospitalidad; finalmente su amor á la justicia, su valor, su bondad y su continencia los hacen superiores á todos los demás salvages. (a) Es de notar que la juventud entre los Othentotes hasta los diez y ocho años está enteramente fiada al cuidado de las Madres. Quando llegan á esta edad comienzan los muchachos á tratar con los hombres, y hasta entonces no tienen comunicacion alguna con ellos, ni aun con su propio Padre. (b)

En el tiempo que estuvieron entre los Othentotes, una mañana se paseaba Thelismar

E 2

mar

(a) Vease el Compendio de la Historia General de los Viages, tom. 3.

(b) Vease la misma obra, en el mismo tomo.

mar con Alfonso. La guía llevaba en un saco las provisiones porque habían determinado comer en el campo. Al pasar por un tronco que servía de puente á un riachuelo, dexó la guía caer en el agua el saco con todo lo que estaba dentro, y temiendo sin duda el enojo de los dos, al instante echó á huir y desapareció. Este azar contristó muchísimo á Alfonso que ya se moría de hambre. Sé fixamente, le dixo Thelismar, que volveré á encontrar el camino, pero antes será mejor que descansemos un rato á la sombra de estos árboles. En efecto se sentaron sobre la yerva, y Alfonso se quejaba amargamente de la precision en que se hallaban de andar una legua antes de comer, quando Thelismar le hizo callar, diciéndole: *escuchemos*. Al instante oyó Alfonso un grito mui agudo, al qual respondió Thelismar con otro, aunque algo menos fuerte, y levantándose, venga Vmd., Alfonso, le dixo, ya que tiene tanta hambre voi á darle de comer. Dicho esto, dió tres ó quatro gritos seguidos, y Alfonso vé un hermoso páxaro de color verde y blan-

blanco que volaba delante de ellos. Sigamos á esta nueva guía, dixo Thelismar, que me parece nos ha de desquitar de la pérdida de la que nos ha dexado. A todo esto no sabía Alfonso que pensar; callaba y andaba mirando atentamente al páxaro, el qual á poco rato se paró sobre un árbol, cuyo tronco estaba hueco. Parémonos tambien, le dixo Thelismar, el páxaro vendrá á buscarnos si tiene algo de bueno que descubrirnos. Así sucedió, porque viendo el páxaro que tardaban en acercarse, vuelve á dar gritos, se acerca á ellos, se pone otra vez en el árbol, y despues revoloteando se lo indica de un modo particular. Vamos, pues, dixo Thelismar, él nos convida á comer de tan buena gana que no es posible dexar de admitir su convite. Diciendo esto se acerca al páxaro, y Alfonso se queda pasmado al encontrar en el hueco del árbol una colmena llena de miel. En tanto que los viajeros trabajaban en coger la miel, el páxaro se había puesto sobre un árbol inmediato, y parecía que observaba con suma atencion lo que se hacía. Es muy justo, dixo Thelismar,

que tenga parte en la presa; en efecto, habiendo Alfonso puesto medio panal sobre unas hojas, no bien se habían ellos apartado del árbol quando el páxaro fue á comerselo. El mismo páxaro les enseñó en media hora de tiempo otras dos colmenas, y Alfonso harto de miel emprehendió alegremente su camino. (14)

Al irse Thelismar del país de los Othenototes se embarcó para la Isla de Madagascar: despues recorrió toda la costa oriental del Africa, y dexando esta parte del mundo, despues de una corta mansion en la Isla de Socotora, desembarcó en la Arabia feliz. Vió la Meca, (15) á Medina; (16) atravesó una parte del desierto; y volviendo á entrar en Africa por el Istmo de Suez, llegó al Cairo. (17) Admiró las famosas pirámides de Egipto. (18) De allí fue á Alexandría, y hallando un navio que iba á hacerse á la vela, se embarcó para la Isla de Thera. (a)

En

(a) Isla del Archipiélago al norte de Candia. Es una de las que se llaman *Santorino* ó *Santorini* á causa de ser Santa Irene Patrona de ellas.

En los dos meses anteriores había Thelismar leído varias veces con Alfonso las traducciones de la Iliada y Odisea. Apartándose Alfonso con gusto del abrasado y bárbaro clima de la Africa, se volvió á ver con inexplicable contento baxo el hermoso cielo de la Grecia, y en sitios en donde todo le traía á la memoria las agradables ficciones de la fábula y las costumbres puras y sencillas que pinta Homero. Al desembarcar en la Isla de Thera supieron que el volcan que había en ella causaba mucha inquietud á sus habitantes á causa de que parecía que iba á hacer alguna erupcion; que echaba humo, y de quando en quando algunas piedras. Al amanecer del dia siguiente hicieron nuestros viageros que los guiasen ácia el volcan. Ya estaban á una legua de él quando la guia que los llevaba se paró diciéndoles que oía un ruido extraordinario: paráronse ellos tambien, y escuchando con atencion, oyeron una especie de bramidos que al parecer salían de lo hondo del mar. A pesar de esto prosiguieron andando aun otro quarto de legua; pero á medida que se acercaban eran

los bramidos mas fuertes, y acompañados de horrorosos silvidos. En el mismo instante observaron que el humo del volcan se condensaba, y se volvía encarnado. Volvámonos atrás, dixo Thelismar: y apenas hubo dicho esto quando oyó un ruido espantoso, y volviendo la cabeza al mismo tiempo que huían ácia el mar, ven la montaña abrasada, cubierta de llamas que se levantaban por los aires hasta perderse de vista, y arrojando por todas partes un sin número de centellas y chorros de fuego resplandeciente. Atemorizada la guia, se pierde, y los encamina por una senda que los hizo acercarse mas al volcan. Entonces se hallaron enfrente de la formidable montaña en medio de una pradera rodeada de árboles: miran con horror desprenderse de la montaña varios torrentes de fuego que corriéndolo impetuosamente desde lo alto se esparcen por la llanura, y abrasan y talan quanto se les presenta. A su llegada veían marchitarse la yerva y las flores, las hojas se secaban y caían de los árboles; desaparecían los arroyos, secábanse las fuentes, y los páxaros atolondrados caían al

suélo desde las ramas ya medio quemadas. Al mismo tiempo las nubes abrasadoras de cenizas espesas y blanquecinas esparciéndose en forma de lluvia obscurecían el aire, y una tempestad de piedras que caía por todas partes destróza y arrancaba los árboles, despeñándose con un estrépito espantoso desde los montes á los valles, y retumbando á lo lexos sobre los peñascos circunvecinos. Huyeron Alfonso y Thelismar precipitadamente de aquellos sitios asolados, y despues de haber andado perdidos algun tiempo por sendas no conocidas, llegaron por fin á la orilla del mar. Al acercarse á la playa juzgaron por el movimiento de las olas que el mar estaba violentamente agitado: en efecto á pesar de que no soplabá viento alguno les presentó el espectáculo de una furiosa borrasca. Estaban considerando éste fenomeno con una admiracion que fue mucho mayor quando vieron de improviso aparecerse en medio de las olas una multitud de llamas, que apartándose y desapareciendo al instante, hicieron lugar á una innumerable cantidad de peñascos ardientes desprendidos y arrojados desde los

profundos abismos de la tierra, y que se levantaron sobre las olas. (19) Entonces se aplacó el mar y quedó sereno; varios Isleños que habían venido á la playa hicieron saber á Thelismar que ya no vomitaba llamas el volcan y que todo se había acabado. Thelismar y Alfonso hicieron que los guiasen á su posada, y dos dias despues de este memorable suceso abandonaron aquella Isla desventurada.

Fueron de allí á la Isla de Policandro, en donde encontraron á un viagero Sueco mi amigo de Thelismar, que se ofreció á servirles de guía y acompañarlos á todas partes. Llevólos á su casa, en la qual quiso que se hospedasen; y por la noche despues de cenar encaminando sus razones á Alfonso, le dixo: ya vé Vmd. que esta casa es sencilla y sin adornos, pero si Vmd. gusta del fausto y magnificencia facilmente le dexaré satisfecho; he tenido tanto gozo en ver á Thelismar, que al instante he formado el proyecto de darles una funcion en un Palacio, cuya riqueza y estraños adornos los dexarán á Vmds. admirados. Al decir esto Federico, (que así se llamaba el ami-

amigo de Thelismar) llama á sus criados que vienen con hachas y salen todos juntos de la casa. Al cabo de media hora se hallan enfrente de una enorme multitud de peñascos. Este es mi Palacio, dixo Federico; su fachada es tosca, pero no siempre hemos de juzgar por las apariencias: parémonos aquí un instante, y dexemos que entren primero mis criados. Entonces estos distribuyeron hachas á una docena de hombres que llevaban consigo: cada qual encendió la suya y se apartó de los caminantes. Quando Federico los vió á cierta distancia prosiguió andando, y despues de haberse adelantado como cien pasos, advierten una bóveda inmensa, y quedan deslumbrados del vivo resplandor que despedía. Entremos, dixo Federico: este es el atrio de mi Palacio: ¿qué le parece á Vmd.? Esta pregunta se dirigía á Alfonso; pero estaba demasiado embebido en considerar el espectáculo brillante que se ofrecía á su vista para poder responder á ella. Las paredes de aquel atrio espacioso le parecieron todas embutidas de oro, rubies y diamantes, y la bóveda toda

da adornada con primorosas guirnaldas y flores de cristal. Hasta el pavimento que pisaban le parecía empedrado de lo mismo. (20) ¡Ah Mamá! exclamó Carolina; perdone Vmd. que la interrumpa, pero ya no lo puedo resistir...¿Todos aquellos diamantes eran finos?—No, no eran finos sino en la apariencia, pero esta era tan perfecta, que el mas diestro se hubiera engañado con ella.—¡Qué cosa tan singular!...¿Y es cierto que haya habido un Palacio semejante?—Aun existe hoy dia.—¿De veras?—Sin duda alguna.—¿En la Isla de Policandro? ¡Qué Isla tan bonita!...Mamá, nos la ha de enseñar Vmd. mañana en el mapa.—Sí, yo te lo prometo.—Si Vmd. me lo permite en la primera lección de Geografía que demos señalaré en los mapas todos los viages de Alfonso, porque me acuerdo de ellos perfectamente, como tambien de las cosas extraordinarias que vió.—Con mucho gusto; pero ahora prosigamos el cuento: Federico hizo admirar á Alfonso la extension de aquel soberbio Palacio, y despues de haberle recorrido y examinado salieron de él y se volvieron á ca-

sa de Federico. Thelismar informó á Alfonso de que el supuesto Palacio de Federico era obra solo de la naturaleza, lo que fue causa de que Alfonso le admirase aun mucho mas.

No había hecho ánimo Thelismar de ir á Italia porque ya había estado otra vez en ella; pero habiéndole rogado Federico que le acompañase hasta Reggio convino en ello por ser esta parte de la Italia la única que no había visto. Salieron, pues, los tres de la Isla de Policandro y se embarcaron para la Morea. (a) Vieron las ruinas de Epidauro y las de Lacedemonia. De la Morea pasaron á la Isla de Cephalonia, y de esta volviéndose á embarcar fueron á Reggio. (b)

Al dia siguiente de su arribo estaban los tres viajeros almorzando en el quarto de Thelismar, cuyas ventanas daban al mar, quando de improviso oyeron mil voces de alegría, que resonaban por todas partes. Salió Alfonso

(a) Península grande, antiguamente se llamaba Attica.

(b) En el Reino de Nápoles en la Calabria ulterior. Hai tambien otra Ciudad de este nombre en Italia en el Ducado de Módena.

so prontamente para inquirir la causa de tan vivas y ruidosas aclamaciones. Encuentra á varias personas que baxaban en tropel y corriendo la escalera. Empieza á preguntarlas, y sin dexar de correr le responden: vamos á la playa á ver *los Palacios de la encantadora Morgána*. Vuelve Alfonso á entrar en el quarto y cuenta á los compañeros esta estraña respuesta. Movidos de la curiosidad abren las ventanas y presencian un espectáculo cuya hermosura y singularidad excedía á quanto hasta entonces habían visto. »El mar que baña las playas de Sicilia, hinchándose y levantándose poco á poco, forma en breve una perfecta figura de una dilatada y obscura sierra de montañas en tanto que las olas que azotan las costas de Calabria quietas y unidas no presentan mas que una superficie lisa: esta última parte del mar se parece á un espacioso y brillante espejo algun tanto inclinado ácia las murallas de Reggio. Entonces apareció en este espejo la pintura mas maravillosa. Se vieron claramente muchos millares de pilastras de exquisita proporcion, colocadas con simetría,

»tría, y despidiendo todas de sí los vivos colores del arco Iris. A breve rato estas pilastras mudaron de figura doblándose á manera de magníficas arcadas, que desvaneciéndose poco á poco se convirtieron en una multitud innumerable de Palacios todos perfectamente iguales: á estos Palacios sucedieron otra multitud de torres, obeliscos y columnas, y á estas unas selvas inmensas de cipreses y de palmas.» (21) Acabada esta última decoracion desapareció aquella brillante escena, volvió el mar á su estado natural, y el pueblo que cubría la playa, aplaudió la decoracion con infinitas palmadas, repitiendo en festivas aclamaciones el nombre de la encantadora Morgána.

Con que ya hemos dado, interrumpió Pulchêria, en los cuentos de encantadoras.—No por cierto; este fenomeno como todos los demás que habeis oido está tomado de la naturaleza.—Pero es verdad que ha habido una encantadora Morgána.—Os he referido lo que decía el pueblo de Reggio: el vulgo en todas partes es amante de fábulas y prodigios, y por

por tanto los cree facilmente.—¿Pero aquéllas pinturas mágicas?...—Son efectos de causas naturales.—Ahora si que no comprehendo como hai quien no emplee toda su vida en viajar, leer é instruirse para saber ó para ver cosas tan curiosas y agradables.—Alfonso empezaba á pensar como vosotros; la admiracion que le causaban tantos sucesos extraordinarios avivaba su curiosidad, y le hacía desear con ansia una cabal instruccion. Insensiblemente iba perdiendo la aficion á todas la frioleras de que antes gustaba; reflexionaba mas, hablaba con reserva y escuchaba con atencion: pero al paso que su reflexion se perfeccionaba notaba en su conducta pasadas culpas cuya memoria le penetraba de un amargo y cruel arrepentimiento. No podía comprehender como había podido abandonar á su Padre; el largo silencio de Don Ramiro le atormentaba, causándole una inquietud y desasosiego continuo. Deseaba con ansia llegar á Constantinopla en donde esperaba hallar cartas de Portugal, y aunque amaba con extremo á Thelismar, y tenía casi certeza de obtener algun dia la mano de

de Dalinda, se resolvió á separarse de Thelismar en Constantinopla sino tenía en ella noticias de su Padre, con intento de volver á Portugal, sacrificando de este modo sus esperanzas y toda su dicha á la obligacion mas sagrada de todas. Esta resolucion le sepultó en una melancolía cuya causa en vano procuraba indagar Thelismar, y solo vió que se la aumentaba quando para disiparla le trataba con mas amor y cariño. Para distraerle de ella hablaba de Dalinda varias veces delante de él con Federico; pero estas conversaciones lexos de mitigar la oculta pena de Alfonso hacían que fuese mayor y mas intensa. En fin Thelismar se despidió de Federico, y saliendo de Reggio volvió á Grecia; atravesó gran parte de ella, y á últimos de Abril llegó á Constantinopla.

Tuvo allí Alfonso una carta de Portugal, abríola con un sobresalto indecible, no era de Don Ramiro, pero le avisaban que su Padre había vuelto á Portugal, y que tambien había estado algun tiempo en Lisboa, de donde acababa de salir, diciendo que iba á emprender un viage de año y medio. Añadían que

no se dudaba que Don Ramiro hubiese tenido varias conversaciones particulares con el Rei, y que su viage tuviese por objeto algunas negociaciones secretas; que se creía volviese á ocupar el Ministerio á causa de que ocho dias despues de su marcha habia sido depuesto su sucesor y enemigo. El que escribía la carta concluía diciendo, que no habia podido ver á Don Ramiro, como Alfonso le habia encargado, porque habiéndose detenido bastante tiempo en Francia, no habia vuelto á Lisboa sino tres semanas despues de la partida de Don Ramiro.

Contando Alfonso por la fecha de esta carta que su Padre no volvería á Portugal sino dentro de quince ó diez y seis meses, renunció al proyecto de volver á su patria hasta entonces: y en efecto, faltar enteramente de posibles no hubiera podido vivir en Portugal todo el tiempo de la ausencia de Don Ramiro. Determinó, pues, continuar sus viages, mayormente sabiendo que antes de un año habrían vuelto á Europa. Mucho le afligia el silencio de su Padre; pero ya cerciorado de

su suerte se sujetó con valor á la suya, no dudando que el tiempo y su conducta le volverían al amor y ternura de su Padre por medio de su sumision y arrepentimiento. Menos triste y cabiloso volvió á seguir con Thelismar sus acostumbradas conversaciones, y este se manifestó tan contento de la mudanza que notaba, que Alfonso creyó poderse arriesgar á hablarle de Dalinda. Al principio Thelismar se contentó con acordarle blandamente la promesa que le habia hecho. Animado Alfonso con esta tolerancia, reincidió varias veces en la misma culpa, pero viendo que Thelismar se enfadaba de veras se vió obligado á callar, aunque no sin buscar continuamente las ocasiones de hablar de su pasion y de quejarse de la estrecha lei que se le imponía.

Habia dado Federico á Thelismar una carta para un Griego amigo suyo que tenia una casa hermosa sobre el canal del mar Negro. No estaba en ella quando Alfonso y Thelismar llegaron á Constantinopla, por lo qual se fueron á Buyuk-Deré, Lugar á ocho millas de Constantinopla, en donde Nicandro (que

así se llamaba el Griego) pasaba parte del verano con su familia. El día primero de Mayo á las diez de la mañana llegaron los dos viajeros á Buyuk-Deré. Al entrar en el Lugar vieron las calles llenas de jóvenes vestidos con primor y coronados de flores, cantando y tañendo varios instrumentos; todas las casas estaban adornadas con guirnaldas y festones de rosas, y las ventanas mucho mas con hermosas doncellas Griegas rodeadas de esclavas y ricamente vestidas. Al ver tan hermoso espectáculo se quedó Alfonso embelesado, y Thelismar que sabía las costumbres de la Grecia, le dixo que de aquel modo celebraban todos los años el primer día de Mayo: que en aquel día solemne los amantes adornaban con coronas de flores las puertas de la casa de sus queridas, y cantaban debaxo de sus ventanas. (22) ¡Qué felices son! dixo Alfonso: sus dueños los escuchan...—Este favor de nada sirve aquí.—¿Pues qué sucede quando dos rivales se hallan á la misma puerta ó debaxo de la misma ventana?—Ponen juntos sus coronas y cantan alternativamente.

Des-

Después de haberse detenido bastante tiempo en la primera calle prosiguieron su camino, y viendo Alfonso á lo lejos una casa mucho mas adornada que las demás, dixo: aquella es sin duda la habitacion de alguna hermosura mui celebrada. En efecto al acercarse vió en un balcon dos damas hermosísimas, y quando estuvieron en frente de él, el que los guiaba, dixo á Thelismar, que aquella era la casa de Nicandro. Alfonso y Thelismar entraron en ella. Nicandro salió al punto á recibirlos, y después de haber leído la carta de Federico los abrazó á entrambos con mucho afecto, manifestándoles el mayor deseo de que se estuviesen en su compañía mucho tiempo. Nicandro y toda su familia hablaban bastante bien el frances, Thelismar le sabía perfectamente, y Alfonso lo bastante para hacerse entender. Nicandro llamó á sus esclavos, que llevaron á los dos viajeros á una hermosa sala revestida de marmol de Paros, en donde les estaba prevenido el baño. Después de bañarse (23) los fue á buscar Nicandro, y los llevó al quarto de Glaphira, su muger.

Estaba esta sentada en un sofá con sus dos Hijas Glyceria y Zoe y una anciana venerable, nodriza de Nicandro, á quien segun el uso de los Griegos modernos llamaban en la familia *Paramana*, dulce nombre justamente concedido por el agradecimiento, pues significa *segunda Madre*. (24) Las dos doncellas estaban magnificamente vestidas, una y otra tenían unas batas largas, en la cabeza unos velos blancos adornados con franjas de oro y ceñidores costosamente bordados sujetos con hebillas de esmeraldas. (25) Glaphira y Nicandro hicieron varias preguntas á Thelismar acerca de sus viages, y le obligaron á referirles parte de sus aventuras. A medio dia pasaron á otra sala en donde estaba puesta la mesa, y se sentaron á comer. A los postres fue Zoe á buscar su lira, y acompañándose con ella cantó varios duos con su hermana. (26) Acabado este agradable concierto Nicandro propuso á sus huéspedes si querían dar un paseo, y salió con ellos de casa.

Conduxólos á un espacioso prado, en donde vieron una multitud de zagales y zagalas

vestidos de blanco y adornados con guirnaldas de flores; casi todos tenían en las manos ramas de mirto y de naranjo. Los unos bailaban al son de la lira, otros cogían flores cantando las delicias y nacimiento de la primavera. ¿Ven Vmds., dixo Nicandro, aquella muchacha coronada de rosas y mas adornada que sus compañeras? Aquella es la Reina de la funcion, representa á la Diosa de las flores, y con el nombre de Flora recibe los tributos y omenages de toda la gente del campo; pero su imperio es parecido al de la juventud y belleza, durará poco, y su reinado debe acabar con el dia. Diciendo esto Nicandro, la Reina de la funcion hizo una seña á la qual se reunieron al rededor de ella todos los zagales. Entonces una de sus compañeras cantó un himno en alabanza de Flora y de la primavera, y á cada copla repetían todos en coro este refran: *Bien venida seas Ninfa y Diosa de Mayo*. Y despues prosiguieron bailando. (27)

Despues de haber dado algunas vueltas por la pradera, Nicandro volvió con sus huéspedes á casa: encontraron á Glaphira y á sus

Hijas en medio de todas sus esclavas, ocupadas en bordar, y contando alternativamente algunas historias y fábulas morales. (28) A pesar de que Alfonso no entendía el Griego gustó mucho de aquella diversion; Zoe era la que estaba hablando á la sazón; Thelismar la había suplicado que prosiguiese su historieta, y ella obedeció continuando con mucha gracia, que se la aumentó con los vivos colores que la salieron al rostro y el modesto empacho que manifestaba. Contaba la historia de una jóven próxîma á casarse y á dexar la casa de sus Padres; pintaba con mucha verdad y expresion el profundo dolor de una Hija amante y agradecida que se separa de los brazos de una familia querida. Glyceria su Hermana escucha esta relacion con notable sobresalto: de improviso el llanto que estaba reprimiendo inútilmente se abre camino, y riega hasta las flores que bordaba. Entonces su Madre, que la miraba con atencion, la llama enternecida; se levanta, y anegada en lágrimas corre á arrojarle á sus pies: suspéndese la historia: Nicandro se llega á Gly-

Glyceria y la abraza amorosamente. Zoe tambien enternecida vá corriendo á abrazar á su Hermana. Las esclavas manifiestan en sus semblantes la parte que toman en la comun alegría, y Nicandro, pasando luego á una pieza inmediata con Alfonso y Thelismar, les explica el motivo de todo lo que acaban de ver, refiriéndoles el asunto de la historia que Zoe había contado, y participándoles que Glyceria estaba en vísperas de casarse.

En efecto aquella misma noche el jóven escogido para ser su Esposo envió á Nicandro varias bandejas ricamente adornadas, en que iban las pedrerías y regalos de boda para Glyceria y su familia, y al dia siguiente fue á su casa acompañado de todos sus parientes. Entonces se presentó la hermosa y modesta Glyceria. Traía una bata de tela de plata bordada de oro y perlas, sujeta con un ceñidor de diamantes. Sus hermosos cabellos cogidos en trenzas ondeaban sobre las espaldas, y una corona de siemprevivas adornaba su cabeza. Arrojóse llorando en los brazos de su Madre: recibió de rodillas la paternal

nal bendicion, que Nicandro pronunció con sumo enternecimiento, pero en alta voz y con entereza, en tanto que la sensible Madre, incapaz de poder pronunciar una sola palabra, apretaba entre sus manos trémulas las de su Hija, levantando al Cielo sus ojos anegados en lágrimas.

Despues de esta tierna ceremonia, reunidas las dos familias y acompañadas de todos sus criados salieron de la casa para ir á la Iglesia. El acompañamiento iba precedido de una tropa de músicos y cantores. Iba primero la Novia sostenida de sus Padres. Tímida y temblando caminaba lentamente con los ojos bajos y las mexillas cubiertas de lágrimas que en vano procuraba reprimir. Llevaban delante de ella, segun la antigua usanza de los Griegos, la hacha de himeneo. Iban de tras sus esclavos, su Esposo, los parientes y los amigos, y de este modo llegaron á la Iglesia. Despues de la celebracion volvieron con mucha pompa los recién casados á su casa, cuya fachada estaba iluminada y adornada á toda costa. Presentaron á todos los convidados copas de vino, y

á los jóvenes solteros de ambos sexos ramilletes atados con hilos de oro, diciéndoles: *ca-saos tambien*: palabras que hicieron estremecer á Alfonso, y poner los ojos en Thelismar. Despues se pasó á la sala del banquete, en donde se bailó hasta media noche. (29)

Sacó Alfonso de esta funcion mucho pesar y tristeza. La memoria de Dalinda, y el temor de no disfrutar acaso jamás de la felicidad que había presenciado llenaron su alma de amargura. Muchos dias le duró esta melancolía; pero la novedad y gracia de los objetos que le cercaban, y mas que todo el cariño de Thelismar la desvanecieron insensiblemente.

Todos los dias despues del paseo iban Thelismar y Alfonso á la sala de labor. Glyceria y las amigas de Zoe iban regularmente á hacerla compañía. Nicandro explicaba en voz baxa á los forasteros los asuntos de los cuentos que referían las muchachas; pero quando hablaba Zoe, Alfonso estaba mas atento. Varias veces mudaba de puesto con Nicandro y Thelismar para ver trabajar á las bor-

bordadoras, y siempre se detenía mas tiempo junto á Zoe. Elogiaba la labor de todas, pero no miraba sino á la suya. Había vuelto otra vez á dibujar flores, y cada dia la presentaba un nuevo dibujo de bordado. En fin alababa sin cesar el clima, las costumbres y usos de la Grecia, y reputaba á Buyuk-Deré por el sitio mas agradable y ameno que había visto hasta entonces.

Una mañana que estaba solo con Thelismar, este le alabó mucho su conducta actual. Estoí encantado, querido Alfonso, le dixo, de ver que ya empieza Vmd. á dominar verdaderamente su pasión.—¿Pues cómo?—Sí, no puedo menos de manifestarle á Vmd. el gusto que me causa. De tres semanas á esta parte no he visto en Vmd. cosa reprehensible; sabe Vmd. disimular y superar aquella tristeza que me affigia: le hallo en el trato mas atento, solícito y amable, y lo que le debe á Vmd. costar mucho mas trabajo es que ya no me habla de Dalinda. Crea Vmd. que sé apreciar todo el valor de un esfuerzo semejante. Diciendo estas palabras

bras Thelismar abraza á Alfonso, que lo permite con semblante triste y pensativo, sin responder palabra. Hubo un breve rato de silencio, en el qual Alfonso se paseaba por el quarto cabilando, quando de improviso, dirigiéndose á Thelismar, le dice: no, no puedo engañar á Vmd.: me contemplaría indigno de los favores que le he merecido si le dexase permanecer en un error... aquí se detuvo enteramente turbado.—¿Qué quiere Vmd. decir con eso?—Lo que mas siento es que quizás, si me declaro, me pierda...—¿Perderse Vmd. usando de una noble sinceridad! ¿Es posible, Alfonso, que pueda tener ese temor?—Sepa Vmd., pues, que mi corazón no se ha mudado; sí, Dalinda solo le ha hecho sensible, y sin la esperanza de ser su Hijo de Vmd. aborreciera la vida: y no obstante... si he dexado de hablar de ella, y si he estado mas alegre, no lo atribuya á mi razón; todo al contrario...

Ven á mis brazos, interrumpió Thelismar, ven, noble y querido Alfonso: esta prueba de tu confianza y franqueza justifica del

del todo el grande amor que te tengo. ¡Oh Padre mio, exclama Alfonso, oh amigo el mas indulgente!... Ya ves, Alfonso mio, prosiguió Thelismar, quan frágil es el amor quando no vá unido con la tierna y sólida amistad. Dos ojos grandes, negros y hermosos, una fisonomía ingenua, una sonrisa graciosa, y cinco ó seis cuentecillos (que no entendías) han sido suficiente motivo para hacerme olvidar tres semanas enteras el objeto de una pasion que supones tan violenta.—Es cierto que Zoe me divertía y me gustaba; es cierto tambien que ha sido bastante causa para distraerme. No se ofrecía á mi imaginacion Dalinda tan á menudo, pero siempre reinaba en mi interior.—No, Alfonso, te engañas; no tienes aun á Dalinda un amor verdadero, porque no conoces de ella otra cosa mas que su figura.—Pero esa figura es tan hermosa y anuncia un alma tan pura, tan sensible... tambien la conozco por sus cartas, por sus gracias, por su amor á Vmd., en una palabra, Dalinda es Hija de Thelismar: ¿no es esto suficiente para que yo la ame con pasion?—Todo eso

no basta para establecer una inclinacion profunda y durable, porque no puede haberla tal, sin la confianza y la amistad. Pero volviendo á Zoe, ¿cómo no has echado de ver la impresion que te hacía?—No me paraba á considerarlo.—Conoce, pues, cuales puedan ser las consecuencias de la falta de reflexion. Mas de dos veces he advertido que Nicandro y Glaphira desaprobaban el exceso de tus obsequios á Zoe. Además tanto esmero y una preferencia tan notoria hubiera en breve causado grave perjuicio á la reputacion de la jóven á quien la dedicabas. Poco ha faltado para que hayas llenado de confusion y dolor esta casa, en donde nos tratan con un amor y confianza que exíge todo nuestro agradecimiento... Oh Cielos, interrumpió Alfonso, me horroriza el pensarlo: en adelante reflexionaré mas; haré cada dia un exâmen el mas severo de mis acciones y de mis sentimientos; y lo que valdrá mucho mas, le consultaré á Vmd., le comunicaré todos mis pensamientos, y este corazon no tendrá ni por un solo instante nada oculto para Vmd.

Ahora, dixo Thelismar, debo cumplir una promesa que no he olvidado. Diciendo esto abre una gaveta, saca el ceñidor de Dalinda, y presentándosele á Alfonso le dice: esta prenda es tuya; tú la has conquistado, puesto que prometí volvértela luego que me dices una prueba de sinceridad... ¡Ah Thelismar, interrumpió Alfonso enternecido, qué ocasion elige Vmd.! ¿Acaso me es posible recibir en esta casa una prenda tan preciosa?...— Sí, con tal que la estimes siempre lo mismo, y conserves los mismos sentimientos... Pues siendo así puedo tomarla, exclama Alfonso arrojándose á los pies de Thelismar, y recibe de rodillas el ceñidor de Dalinda, besando enagenado de gozo la mano que se lo dá. Alfonso, prosiguió Thelismar, este regalo de la mano de un Padre no es un don frívolo. En este instante hemos contrahido los dos una obligacion sagrada: sí, ahora mismo te adopto por Hijo, y te prometo una compañera amable y virtuosa: en tí pende hacerte digno de merecerla, empleando para ello, no una pasion extravagante, sino virtudes sólidas,

das. Acaba, pues, de ilustrar tu entendimiento y de perfeccionar tu razon y genio; de este modo harás ver á Dalinda que sabes amar, y á mí me manifestarás el agradecimiento que debes á mi cariño.

La llegada de Nicandro interrumpió esta conversacion. Alfonso se retiró, y fue á encerrarse en su quarto para entregarse sin estorvo al exceso de su alegría. Parece inútil decir que desde entonces ya no dibujó flores para Zoe, que no se detuvo tanto tiempo á verla trabajar, y que todas las veces que la buena crianza se lo permitió dexó de ir á la sala de labor.

A este tiempo tuvo la familia de Nicandro un gran pesar. Uno de sus amigos de vuelta de un corto viage que había hecho á la Isla de Calki, al llegar á Buyuk-Deré, cayó malo, y murió á los quatro dias. Nicandro hizo á Thelismar el retrato del amigo que acababa de perder. Le refirió que había renunciado á todos los honores á que por su estado y parentescos podía aspirar, para entregarse á las delicias del estudio y de la amis-

tad. Este sábio, continuó Nicandro, retirado en una casa deliciosa inmediata á la mía, daba á los pobres la mayor parte de sus rentas, y lo restante lo empleaba en el adorno y conveniencias de su habitacion. Sus inclinaciones eran virtuosas, y sus gustos sencillos. Cultivaba él mismo su jardin: tener gran variedad de flores, criar páxaros formando de ellos una inmensa paxarera, estas eran sus inocentes diversiones. Finalmente, querido de sus amigos, y adorado de sus esclavos: tenía una Hermana digna de ser su amiga, que vivía con él, le acompañaba á todas partes, y que nunca podrá consolarse de su pérdida. Mañana es el día señalado para el entierro de mi desgraciado amigo... Su Hermana desventurada hará el duelo durante las exèquias. ¿Pero cómo podrá, dixo Thelismar, tener bastante valor para presenciárlas?... Ah, replicó Nicandro, Vmd. que quiere conocer nuestras costumbres y la naturaleza, venga y asista á esta triste ceremonia, verá la fuerza que puede dar la desesperacion quando se exâla. El dolor entre nosotros nunca está oculto, antes al con-

trario, se manifiesta en toda su fuerza. En un Pueblo esclavo de las etiquetas y de las costumbres, el dolor debe ser triste y mudo, pero acá siempre es eloqüente y sublime.

Esta conversacion excitó la curiosidad de Thelismar, y no faltó el dia siguiente á ir acompañado de Alfonso y Nicandro á las exèquias del amigo de este. Fueron primeramente á casa de Eufrosina (que así se llamaba la Hermana del difunto): entraron en una sala toda enlutada, en donde estaba el muerto en su atahud con el rostro descubierto y ricamente vestido. Varios esclavos estaban de rodillas al rededor del féretro expresando su dolor con lágrimas y gemidos. Thelismar distinguió entre ellos un anciano que manifestaba mucha mas afliccion que los demás. Nicandro se acercó á él y le habló. Preguntóle Thelismar quien era: se llama Zaphiri, respondió Nicandro; ha visto nacer al que ahora lloramos, y como está casi tullido de las piernas, la imposibilidad en que se mira de acompañar el cuerpo hasta el sepulcro aumenta su afliccion. Acaba de decirme que ya

no le queda mas consuelo en este mundo que el de cuidar de los páxaros y cultivar las flores, que eran las delicias de su Señor.

Aun hablaba Nicandro, quando Alfonso y Thelismar se estremecieron al oír acentos y interrumpidos y gritos tan dolorosos que los penetraron hasta lo íntimo del corazón. ¡Ah, exclama Nicandro, esta es la desventurada Eufrosina! Al mismo instante entró una mujer suelto el cabello, cubierta de luto, pálida y bañada en llanto; se adelanta con pasos lentos asida de algunos esclavos que la sostienen y llevan casi arrastrando. El carácter angusto de un dolor profundo hace parecer su natural belleza mas magestuosa, y la dá nuevo realce; y sus gritos, sus lamentables gemidos tienen una expresion tan penetrante y verdadera que no es posible oírlos sin experimentar á un tiempo la admiracion, el terror y la compasion mas dolorosa.

Entretanto llega el Patriarca con su comitiva. Levantan en alto el atahud, empieza el canto fúnebre, y salen de la casa. Despues de haber atravesado el lugar y haber anda-

dado un quarto de legua llegan á un sitio lleno de mausoleos, columnas sepulcrales y cipreses. Luego que Eufrosina advierte el sepulcro preparado para su Hermano se estremece, dá un doloroso grito, y se cubre el rostro con el velo. Llegan por fin á la sepultura, y hace alto la comitiva; el Patriarca pronuncia las oraciones acostumbradas, y despues abraza al muerto. Entonces se aparta, y Eufrosina quitándose el velo se adelanta con ímpetu, y cae de rodillas junto al féretro: ¡oh Hermano mio (exclama) recibe el postrer Adios de tu desventurada Hermana!... ¡Con que no he de volver á verte, oh amigo el mas fino y leal de todos!... ¡Hermano mio!... ¿Es este mi Hermano?... ¡Infeliz de mí! reconozco todavía sus facciones... Mas, ¡oh inhumano espectáculo! quando mis lágrimas corren por su rostro; quando le llamo, y quando el dolor me acaba, veo en su semblante las inalterables señales de una triste tranquilidad... ¡Ai de mí! esta calma horrorosa es... la calma de la muerte... ¡Hermano mio! sí: ya no eres mas que una sombra... La des-

graciada Eufrosina no abraza sino tu imagen...
 ¿Y será posible que te pierda para siempre?...
 ¿Desapareces de mi vista y no he de volver
 á verte?... ¡Para siempre me dexas!... ¿Para
 siempre?... No, no me puedo sujetar á tan
 horrible separacion: no consentiré que una
 mano cruel te arranque de mis brazos para
 arrojarte al sepulcro... ¡Deteneos bárbaros, de-
 teneos!... No prosigais en labrar ese asilo tan
 funesto... Compadeceos de mi dolor... ó te-
 med mi desesperacion. A este tiempo se ade-
 lantó el Patriarca para hacer enterrar el cuer-
 po: Eufrosina prorrumpió en un grito espan-
 toso, y sus esclavos corriendo á detenerla la
 apartan del sepulcro á pesar de su resistencia;
 pero ya fuera de juicio rasga sus vestiduras,
 se arranca los cabellos y los arroja en el ho-
 yo... Despues de repente dexa de llorar: in-
 móvil y como insensible, mira atentamente
 el atahud puesto ya en el hoyo; pero al ver
 levantar la losa para cubrirle, comienza á tem-
 blar. ¡Oh Dios! (exclama) ¿Con que ya mi Her-
 mano... para siempre... No puede proseguir;
 el dolor la embarga la voz y los sentidos, y

cae

cae desmayada en los brazos de sus esclavas.
 Inmediatamente la apartaron de aquel triste
 lugar, y luego que hubo vuelto en sí, sus
 amigos y parientes la acompañaron hasta su
 casa, segun costumbre. Para llegar á ella era
 preciso atravesar el jardín de su Hermano. Lo
 primero que vé al entrar en él es al anciano
 esclavo Zaphiri, con una podadera en una
 mano, y en la otra una regadera. Este ob-
 jeto hace que Eufrosina se estremezca, y ar-
 rojándose á él: ¿qué haces, Zaphiri? le di-
 ce.—Esto cuidando de las flores que mi Se-
 ñor estimaba tanto... ¡Oh desventurado vie-
 jo! interrumpió Eufrosina (arrancándole la po-
 dadera de la mano) mi Hermano ha muerto:
 en adelante esta casa solo será para nosotros
 una mansion de llanto y de tristeza... Des-
 aparezcan todos sus adornos y primores... Abre
 esas paxareras: gocen de la libertad esas ave-
 cillas cuyo canto y alegría despedazan mi co-
 razon... Y estas flores que mi Hermano ha cul-
 tivado... perezcan tambien con él... Al acabar
 estas palabras comienza á correr como furio-
 sa por el jardín, cortando y destruyendo

todas las flores que hallaba al paso. (30)

Esta dolorosa escena hizo mucha impresion en el corazon de Alfonso. Luego que volvieron á casa de Nicandro suplicó á Thelismar le explicase de qué modo podían resultar de un mismo sentimiento dos ideas tan opuestas. ¿Por qué aquel anciano se deleitaba en cultivar las flores de su amo, quando por el contrario Eufrosina hallaba algun género de consuelo en destruirlas? Entonces le preguntó Thelismar cuál de las dos acciones le había parecido mejor. Me parece, respondió Alfonso, que la del anciano es mas natural; no obstante, la otra me ha causado una sensacion inexplicable. Una sensibilidad comun, dixo Thelismar, no produce sino efectos comunes; pero una sensibilidad profunda produce naturalmente ideas y acciones extraordinarias. Si esta muger, por exemplo, reuniese á un corazon tan sensible, ingenio, gusto y discernimiento, y quisiese escribir, no hai duda que sus producciones serían originales, se hallarían en ellas pensamientos nuevos, mucha energía y afectos verdaderos.

The-

Thelismar y Alfonso permanecieron aun algunos dias en Buyuk-Deré, despues se despidieron de Nicandro y de su amable familia, salieron de Grecia y entraron en el Asia por la Natolia. Estuvieron algun tiempo en Bagdad (a) y en Bassora, (b) y deteniéndose en la Isla de Bahrein en el golfo Pérsico, vieron la famosa pesquería de perlas: (31) de allí fueron por mar al Reino de Visapur. Durante esta navegacion una noche que Thelismar y Alfonso sentados sobre la cubierta del navio hablaban de las maravillas de la naturaleza, ya por fin, decía Alfonso, creo que las conozco todas. Puesto que eres tan sábio, le replicó Thelismar, explícame el fenomeno que actualmente se nos presenta, vuelve la vista á esta parte, y díme la causa de lo que verás. Entonces Alfonso se acerca á Thelismar, y mirando al mar repara que el navio iba navegando en un círculo.

(a) *Bagdad*, Ciudad populosa situada sobre la ribera oriental del Tigris: los Turcos la tomaron los años de 1638.

(b) *Bassora*, hermosa Ciudad situada un poco mas arriba del sitio en donde se unen el Tigris y el Eufrates: los Turcos la poseen desde el año de 1668. ; dista cien leguas de Bagdad.

círculo de fuego que con la obscuridad de la noche parecía aun mas brillante. Toda la superficie del mar estaba cubierta de estrellitas resplandecientes. Cada ola que se estrellaba contra el navío esparcía una luz clarísima, y el surco de la embarcacion de un color plateado y luminoso estaba sembrado de puntos brillantes y de color azul celeste. (3 2) Confieso, dixo Alfonso, que este espectáculo es magnífico, y que absolutamente no sé lo que es. Vamos á acostarnos, interrumpió Thelismar, y si esta noche te despiertas, me persuado que harás algunas reflexiones saludables acerca de la presuncion, que á tí mas que otro ninguno te persuade que sabes mucho, siendo así que esa presuncion carece de fundamento. No respondió Alfonso, y dando un abrazo á Thelismar entrambos se fueron á acostar. Media hora habría apenas que Alfonso se había quedado dormido, quando oyó en su camarote un ruido que le despertó. Había apagado la luz, y se asustó mucho quando al abrir los ojos vió fuego en las tablas que estaban enfrente de su cama. Se le-

levanta apresurado, y entonces crece su admiracion al ver estas palabras escritas sobre la tabla con letras grandes de fuego: *sábio Alfonso tu miedo es vano, porque este fuego no quema.* (3 3) Alfonso tan avergonzado como lleno de admiracion tocó aquellas letras, y no sintiendo calor alguno, exclamó: ¡Ah Thelismar! Lo que mas me admira es el que Vmd. sabe hacer amables aun las mismas lecciones que ofenden al amor propio. A este tiempo entró Thelismar riéndose en su quarto con una luz en la mano, y despues de haberle explicado la naturaleza de aquellos supuestos caractéres de fuego, se fue y Alfonso volvió á dormir.

Es tiempo tambien de que nosotros hagamos lo mismo, interrumpió la Baronesa, porque esta noche la velada ha sido mucho mas larga que otras.

A la noche siguiente la Marquesa prosiguió la lectura de la historia de Alfonso de esta suerte.

Luego que los dos viajantes hubieron llegado á Visapur, fueron á ver las minas de dia-

diamantes. (34) Despues fueron á la Corte del Gran Mogol. Thelismar obtuvo una audiencia del Emperador, y fue á Palacio con Alfonso. Atravesaron varios salones, y en todos vieron gran número de hermosas mugeres magníficamente vestidas y armadas con lanzas, que componían la guardia interior de Palacio; finalmente llegaron á una espaciosa galería entapizada con tisú de oro. El Monarca estaba sentado en un trono de nacar de perlas, sembrado de rubíes y esmeraldas. Quatro columnas enteramente cubiertas de diamantes sostenían un dosel de tela de plata bordado de záfiro, y adornado con festones y borlas de perlas. De una de las columnas pendía un soberbio trofeo compuesto de las armas del Emperador, que eran su arco, aljaba y cimantarra, todo guarnecido de pedrerías, y pendientes de una cadena de topacios y diamantes. El Emperador tenía un vestido de tela de oro; en medio de su turbante se veía un diamante de un resplandor que deslumbraba, y tan grande que le cogía casi todo lo ancho de la frente; varias sartas de gruesas perlas forma-

ban

ban sus brazaletes y collar, y una infinidad de piedras preciosas de varios colores enriquecían su tahalí y borceguíes. Delante de él había una mesa de oro maciza, y todos los Magnates de su Corte costosamente vestidos estaban de pie á un lado y otro del trono. Thelismar le presentó algunos instrumentos de Geometría, cuyo uso le explicó por medio de un intérprete. El Emperador se manifestó muy contento de los regalos y conversacion de Thelismar, le dixo que aquel día era el de su cumpleaños, que en todo el Imperio se hacían grandes fiestas, y convidó á los dos á pasar la tarde en su compañía.

Varios criados entraron y presentaron á todos vino en copas de cristal de roca; todos se sentaron, y entró en la sala una tropa de Músicos que tocaron varias sonatas por espacio de media hora. Acabado el concierto se sirvió un magnífico banquete en vaxilla de oro. El Emperador hizo llenar una copa de vino, y se la envió á Thelismar; esta copa era de oro guarnecida de turquesas, esmeraldas y rubíes. Luego que Thelismar hubo bebido, el

Em-

Emperador le rogó que se quedase con ella en prueba de su amistad. A los postres se hizo traer el Emperador dos grandes bandejas llenas de rubíes, que esparció por el quarto, y los Palaciegos se arrojaron con ansia á recogerlos. Poco despues le volvieron á traer otras dos bandejas de almendras de oro y plata mezcladas, que arrojó lo mismo que las primeras, y que fueron recogidas con igual prontitud. Bien podeis juzgar que Thelismar y Alfonso no quisieron participar de esta generosidad, porque la codicia y vileza de los Magnates Mogoles los llenó de indignacion. Tambien repartió el Emperador entre los músicos y algunos Palaciegos varias piezas de tela de oro y otras alhajas, y despues continuaron bebiendo. Thelismar y Alfonso fueron los únicos que no se emborracharon. El Emperador, que ya no podía sostenerse, torció la cabeza, y se quedó dormido, entonces cada uno se fue á su casa.

Quando Thelismar y Alfonso estuvieron solos, ¿qué piensas de esta Corte? le dixo Thelismar. Pienso, respondió Alfonso, que el Gran Mogol es el Soberano mas rico y magní-

nífico de todo el orbe.—¿Y crees que sea igualmente feliz y respetado?—No puedo saber si es feliz, puesto que ignoro si sus vasallos le aman, y si reina con gloria y tranquilidad, pero confieso que su persona nada tiene de augusto, ni cosa que infunda respeto. No hai Soberano alguno de Europa que no le exceda en magestad.—Sin embargo el Gran Mogol ostenta un fausto y magnificencia á la qual ningun Príncipe de Europa puede llegar. De esto puedes inferir que el oro, los diamantes, y todo el pomposo aparato del luxo asiático no pueden por sí mismos inspirar respeto alguno. ¿Y qué pensarás de aquellos vanos Européos que estiman en mucho todas estas brillantes frioleras? Yo quisiera que la muger de Europa que posee mas diamantes pudiese en el espacio de veinte y quatro horas hallarse aquí. ¿Qué diría al ver que toda su magnificencia no igualaba á la de una esclava de las mugeres del Emperador? Yo por mí, replicó Alfonso algo corrido, conozco que no volveré á hablar mas de los diamantes que mi padre perdió en el terremoto de

Lisboa. Pero explíqueme Vmd., prosiguió, por qué razon los Grandes de esta Corte, al parecer tan ricos, son al mismo tiempo tan codiciosos. ¡Con qué vileza se arrojaban á recoger el oro y las pedrerías que el Emperador les tiraba!—La causa es porque fundan toda su vanidad en lucir con soberbios vestidos y costosos adornos, y no procuran distinguirse de los demás sino por el fausto y la riqueza, y ya véis que esta especie de vanidad, llevada al extremo, es capaz de hacer cometer las mayores baxezas. Pero volviendo al Emperador, no ha mucho que decías que ignoras si es feliz. ¿Acaso crees que un Soberano tan poco respetable y tan ignorante pueda serlo?—Pero si es bueno podrá ser querido.—No se puede amar á un Soberano que se desprecia. ¿No era preciso que para hacer á sus vasallos felices fuese instruido, justo y amable? Además que este no tiene vasallos, no reina sino sobre viles esclavos; en una palabra, es déspota, exerce un poder tiránico, y padece todos los temores y sobresaltos que serán para siempre el justo castigo de los tiranos. Las

ado-

adoraciones que le tributan son violentas, y al tiempo mismo que la lisonja le ofrece inciensos, el odio trama en secreto su ruina. Pasa su vida temblando, ó descubriendo conspiraciones, desconfía de quantos le rodean, y para colmo de horrores sus mismos hijos le son sospechosos.

Al día siguiente á esta conversacion Alfonso y Thelismar fueron por la mañana á Palacio. Estaba entonces el Mogol en guerra con el Rei de Decan, y quiso aquel mismo día visitar el acampamento de su ejército. El acompañamiento que llevaba era en extremo numeroso; Thelismar contó mas de ochenta elefantes ricamente enjaezados en que iban sus concubinas: las torrecitas que dichos elefantes llevaban estaban cubiertas de planchas de oro y nacar. El enrejado de las ventanas de estas torres era del mismo metal. Un dosel de tela de plata con cordones y borlas guarnecidas de rubíes las servían de techo. El Emperador iba sobre unas andas de oro y nacar cubiertas de perlas y pedrería: otras muchas andas iguales en la magnificencia iban á prevención detrás

de la del Emperador. Delante de esta pomposa comitiva iba un crecido número de trompetas, tambores y otros instrumentos mezclados entre una multitud de oficiales que llevaban parasoles de tisú de oro bordados de rubíes, perlas y diamantes.

Después de haber admirado nuestros viajeros la magnificencia del acampamento salieron de la Corte del Mogol (35) y continuaron su viaje tomando el camino de Siám. En este Reino vieron al famoso elefante blanco, animal tan venerado en todas las Indias Orientales. Su cuarto, ó por mejor decir el templo en que habita, es de una magnificencia pasmosa; solo á él se le sirve de rodillas y con vagilla de oro. (a) «Las atenciones, dice un ilustre Filósofo, (b) los regalos, ofrendas y adoraciones le gustan sin corromperle, prueba de que no tiene alma racional; esto solo debería ser suficiente para desengaño de los Indios.»

Ya

(a) En Laos y en el Pegú logran los elefantes blancos el mismo culto y adoracion.

(b) El Conde de Buffon.

Ya no les quedaba por ver á los viajeros mas que una parte del mundo. Pasaron finalmente á la América y desembarcaron en California: de allí se encaminaron á México. Estando en camino para llegar á Tlascála, habiendo Thelismar mirado su reloj hizo parar las literas, y apeándose, dixo á los criados que esperasen y cuidasen de los caballos, porque (añadió) va á hacerse de noche. Bueno es eso, dixo Alfonso riéndose, como es posible que se haga de noche si aun no son las doce del dia. No le respondió Thelismar, pero buscando alguna sombra se encaminó ácia unos árboles poco distantes. Siguiéndole Alfonso atisbó un animal, cuya extraordinaria figura llamó su atencion: tenía de largo, poco mas ó menos, diez y nueve ó veinte pulgadas, sin contar la cola, que tenía otras doce. Las orejas eran parecidas á las de la lechuza, el pelo todo erizado, y la cola semejante á la de las culebras, y enteramente cubierta de escamas. Como estaba parado tuvo Alfonso la curiosidad de examinarle, y advirtió que estaba esperando á sus hijuelos que corrían ácia él.

él. Luego que el animal los vió juntos, los fue metiendo uno tras otro en una grande bolsa que tenía debaxo de la tripa, y hecho esto se encaminó ácia los árboles. Deseoso Alfonso de exâminar mas de espacio un animal tan extraño, y viendo que corría poco, le persiguió. Iba ya á cogerle quando viéndose el animalejo al pie de un árbol trepó á él con indecible ligereza, y enroscando la cola en una de las ramas mas elevadas se colgó de ella y quedó inmovil. (36) Preparábase Alfonso á subir al árbol quando de repente oye un estampido fuerte y continuado parecido á una descarga de artillería, y en el mismo instante se halló cubierto por todas partes de un sin número de granitos negros que le habían disparado. (37) Se hizo atrás con precipitacion, poniendo sus manos sobre los ojos heridos con la descarga que acababa de recibir. El dolor que sentía le obligó á tenerlos cerrados algunos minutos: pasado el primer dolor los abre; pero al punto prorrumpe en un grito doloroso exclamando: ¡Oh Cielos! ¡he cegado...¡Oh Thelismar, ó Dalinda, ya no vol-

veré á veros!...¿Thelismar, Thelismar en donde está Vmd.? Al mismo tiempo oyó bastante cerca de él una gran carcajada y conoció la voz de Thelismar. ¿Pues qué, prosiguió, es capaz Thelismar de alegrarse de mi desgracia? No, no es posible...Iba á proseguir, pero acordándose que Thelismar había advertido á los criados que iba á ser de noche, comenzó á tranquilizarse y á sospechar las verdad del caso. A pesar de las densas tinieblas que le cercaban se encaminó ácia la parte de donde venía la voz de Thelismar: al fin le encontró y le agarró del brazo. Alfonso, le dixo Thelismar, no puedo servirte de guia en esta ocasion, porque yo mismo la necesito tanto como tú. Gracias al Cielo, replicó Alfonso, me veo libre á costa de un buen susto. Ahora comprehendo que la causa de mi espanto no ha sido mas que un eclipse de sol, pero no creía que pudiese causar tan grande obscuridad, y no puedo concebir de qué modo ha previsto Vmd. el instante de ella con tanta exâctitud. Aun hablaba Alfonso, quando empezó á descubrirse el sol disipando la temero-

sa obscuridad que ocultaba todos los objetos. Aquel silencio profundo, aquella calma magestuosa de la noche desapareció repentinamente; pareció que toda la naturaleza revivía y las aves creyendo celebrar la venida de la aurora anunciaron con su armonioso canto el renacimiento del día. (38)

Volvieron Thelismar y Alfonso á subir en sus literas; y el eclipse, el animal singular que Alfonso había visto, juntamente con la descarga de artillería que le había causado tanto espanto, dieron motivo á una conversacion que aun no se había acabado quando llegaron á Tlascála.

Despues de haber estado en México, se embarcaron para la Isla de Santo Domingo. Esperaba Alfonso encontrar en aquella Isla alguna carta de su Padre: halló una de Portugal, pero no era suya, y las nuevas que contenía le afligieron en sumo grado. Le avisaban que Don Ramiro no había vuelto á Portugal; que era falso quanto se había dicho de que había recobrado parte de su antiguo valimiento, como tambien que se le hubiese enviado con

alguna comision secreta; y que antes bien muchos creían que estaba desterrado; pero que se ignoraba enteramente el lugar de su destierro. Estas nuevas llenaron de dolor á Alfonso: nuevamente inquieto sobre el paradero de su Padre, el remordimiento de su culpa le atormentaba con mas fuerza que nunca. Veíase sepultado en estas dolorosas reflexiones quando Thelismar fue á buscarle. Vengo á anunciarte, le dixo, que verás á Dalinda mucho antes de lo que esperabas; está en París con su Madre, y nos están aguardando: mañana salimos de aquí para Surinam, y de allí nos embarcaremos directamente para Francia. Pero en tanto que veas á Dalinda quiero enseñarte un regalo que me envía. Toma, abre esa caxita: ¿conoces esa pintura? ¡Qué ve! exclamó Alfonso, ¡el retrato de Dalinda! ¡Qué pintura tan divina! ¡Qué semejanza! ¡Y qué destreza en la mano del pintor!—Pues aun te gustará mas esa pintura quando sepas que Dalinda misma la ha hecho.—¡Dalinda! ¡Con que todo lo tiene, belleza, gracias y habilidades!... permítame Vmd. que vuelva á mirarla otra y

otra vez. Sí, estas son sus mismas facciones, esta es aquella sonrisa encantadora...; Ah Thelismar qué feliz es Vmd. en poseer esta preciosa joya!...—No obstante deseo otro retrato, quiero que Dalinda se vuelva á retratar, pero ha de ser al lado de su esposo, y quando ella me haya hecho esa pintura prometo darte esta. La respuesta de Alfonso fue apretar entre sus manos las de Thelismar y regarlas con sus lágrimas.

Mui lexos estaba Alfonso de experimentar una alegría pura y sin mezcla de pesar: miraba como una obligacion indispensable la de volver á Portugal con la esperanza de tomar algunas luces acerca del destino de su Padre. Estaba enteramente resuelto á declarar esta determinacion á Thelismar; pero este proyecto afigía demasiado su corazon para que no le causase las mas violentas agitaciones. Además de esto, nunca había tenido valor para confesar á su amigo y protector la culpa que ahora lloraba tan amargamente de haber abandonado furtivamente á su Padre. Este primer disimulo le había obligado á disfrazar la verdad con

con otros muchos; pero finalmente tomó la firme resolucion de expiar todos sus yerros con una sinceridad sin reserva, y si era preciso con los sacrificios mas dolorosos. Con estas disposiciones se embarcó para Surinam. (a)

Llegaron los dos viajeros á este país ya de noche, y al tiempo de desembarcar presenciaron un espectáculo enteramente nuevo para ellos. Les pareció que toda la costa estaba cubierta de una infinidad de luces colocadas sin simetría á distancias desiguales. Contemplaban esta agradable iluminacion quando advirtieron que varias de aquellas luces se movían adelantándose ácia ellos. De allí á poco vieron claramente diez ó doce hombres que andaban con mucha ligereza, sin embargo de que al parecer tenían el cuerpo cubierto de candelillas. Las llevaban en los gorros, en los pies y en las manos. Esta vision causó mucha novedad á Alfonso. Bien hubiera querido acercarse á ellos, pero pasaron con mucha ligere-

(a) Surinam es una Colonia Olandesa que tiene de extension treinta leguas á lo largo del rio de Surinam en la Guayana.

za sin detenerse, y como no entendía el idioma de los conductores que los acompañaban no pudo satisfacer su curiosidad. Luego que llegaron á la casa en donde debían hospedarse notó Alfonso que las luces estaban puestas debaxo de algunos vasos, y queriendo exâminarlas de cerca, se quedó admirado al ver que aquellas luces no eran otra cosa mas que unas moscas ó escarabajos de un verde de esmeralda que despedían de sí una luz mui viva.

Esta es, dixo Thelismar, la explicacion que deseabas: algunos árboles cubiertos de estas moscas, se parecen desde lexos á una araña suspendida en el aire. Los hombres que hemos encontrado habían atado algunos de estos insectos en sus gorros y zapatos, y los llevaban tambien en la mano encerrados en un tubo de vidrio. Aquella misma noche supo Alfonso que aquellas moscas tan hermosas eran útiles de varios modos. Luego que se acostó quitaron los vasos en que las tenían presas, diciéndole que no le incomodarían, y que antes al contrario matarían todos los mosquitos que encontrasen en el quarto. (39)

Lle-

Lleno Alfonso de inquietud y de pesar no pudo dormir en toda la noche. Se levantó antes de amanecer, determinado á no dilatar mas su declaracion con Thelismar, y resuelto á confiarle en aquel mismo dia su culpa y su pena. En tanto que Thelismar despertaba fue á pasearse solo á la orilla del mar, y despues de haberse paseado mucho tiempo se sentó al pie de un árbol, é insensiblemente fue perdiendo la vista, el conocimiento y las fuerzas: de allí á poco cerró los ojos, y se quedó dormido: el eco de un grito penetrante y doloroso le despierta; abre los ojos, y se halla en los brazos de Thelismar, que estrechándole entre ellos fuertemente le arranca de allí, y le lleva á cien pasos mas allá en la misma playa. Quiere Alfonso hablar, pero no puede articular sino algunas voces interrumpidas con dolorosos quejidos. Thelismar le dexa sobre la yerva, y corriendo á la orilla del mar llenó su sombrero de agua, y trayéndola á Alfonso hizo que la bebiese toda. Ayudado despues de algunos criados, pudo llevarle á su posada. Poco á poco fue re-

lo

co-

cobrando el conocimiento y las fuerzas, y finalmente pudo decir: ¿en dónde estoy? ¡Ah, hijo mio, le dixo Thelismar, ya te había yo hablado de aquel árbol fatal: ¿no te dije que debaxo de su pernicioso sombra al sueño se sigue la muerte? (40) Es verdad, replicó Alfonso en voz baxa y débil, ahora me acuerdo...—Gracias al Cielo estás fuera de todo peligro; pero si mi inquietud no hubiese guiado mis pasos ácia aquel sitio en el mismo instante que te encontré, ya te había perdido para siempre...—¡Oh Padre mio, Vmd. llora!...¡Oh amigo el mas tierno!...¡Oh el mas querido de los bienhechores!...¡Ah! ¿por qué me ha librado Vmd. de la muerte?...Hubiera á lo menos conseguido llevar al sepulcro su aprecio y estimacion. ¡Infeliz de mí! Llorando Thelismar la desgracia del desventurado Alfonso, hubiera ignorado eternamente sus delitos...—¿Y á qué viene todo eso?—Me considero colmado de sus beneficios de Vmd., penetrado de sus bondades; mi agradecimiento y ternura es el afecto que reina en mi corazon, y sin embargo soi

el

el mas infeliz de todos los hombres...—¡Oh Cielos! ¿qué capricho es ese?...—Thelismar, una palabra tan solamente le hará á Vmd. conocer mi situacion... No puedo ir con Vmd. á Francia...—¿Pues cómo?...—Una obligacion sagrada me manda volver á Portugal... ¡Ah si á lo menos compasivo el Cielo admitiese este doloroso sacrificio en satisfaccion de mi culpa!...—¿Cuál es, pues, el cruel remordimiento que te oprime?... pero no, no es posible que tú hayas cometido ni delito, ni baxeza. Háblame, tranquilízate, abre tu corazon á tu mejor amigo. A estas razones Alfonso, derramando lágrimas de agradecimiento y alegría, calla algun tiempo, y despues tomando la palabra, confiesa sin rodeos á Thelismar que le había engañado asegurándole que Don Ramiro aprobaba su viage: le cuenta asimismo sin disfraz alguno todas las circunstancias de su fuga, y pinta del modo mas tierno y expresivo sus remordimientos y las vivas inquietudes que le causa la incertidumbre en que se halla acerca del paradero de su Padre.

Luc-

Luego que acabó su discurso, Thelismar mirándole con ternura le dice: no pienses que he de abandonarte: yo mismo te llevaré á Portugal; estas palabras inspiraron á Alfonso un movimiento de gratitud tan vehemente que no pudo expresarle sino arrojándose á los pies de su generoso amigo. Sí, replicó Thelismar, espero que hemos de encontrar á ese Padre infeliz; gozaré de la dicha de verte en sus brazos, y me atreveré á asegurarle que le vuelvo un Hijo capaz ya de hacerle feliz... tardaremos mas en llegar á Francia; pero Dalinda no te verá sino ya reconciliado con el Cielo, contigo mismo, y en fin honrado con la bendición paternal.

No pudo Alfonso responder á tan cariñosas razones sino con un torrente de lágrimas. Me parece, prosiguió Thelismar, que Don Ramiro vendrá gustoso en tu casamiento con Dalinda; mi hacienda no es inmensa, pero es mas que regular, y como todos los vínculos que le sujetaban en Portugal están ya rotos, no será difícil persuadirle á que mire la Suecia como su Patria, y mi casa como la

suya. ¡Ah, ya esto es demasiado, exclamó Alfonso, ah Thelismar! déxeme Vmd. respirar... Mi corazon no puede resistir á las sensaciones que experimenta... con un bienhechor como Vmd. el agradecimiento se convierte en pasion. ¿Y cómo es posible que pueda yo explicar todo lo que mi alma siente en este instante?

Esta conversacion libertaba á Alfonso de la mayor parte de sus pesares: la indulgencia y amor de Thelismar mitigaban sus crueles remordimientos, y hacían renacer en su alma las mas lisonjeras esperanzas. Antes de partir de Surinam quiso Thelismar ver una pesquería á que había sido convidado. El día señalado para ella salieron de casa los viajeros mui de mañana: para llegar á la playa del mar tuvieron que atravesar una laguna medio seca, cubierta de árboles mui estraños. De sus ramas flexíbles se desprendían varios pelotones de filamentos, que baxando hasta la tierra, tomando raiz y creciendo de nuevo formaban otros árboles tan grandes y robustos como aquellos de donde salían, mul-

tiplicándose así sucesivamente, de suerte que un solo árbol puede producir un bosque entero. Pero lo que mas estrañó Alfonso fue el ver que todos aquellos árboles estaban cubiertos de conchas: aun á sus ramas mas altas se veían pegadas una multitud de ostras. (41) Acababa Thelismar de explicar á Alfonso las causas de esta singularidad quando llegaron á la playa: comienza la pesquería, echan las redes al mar, y las sacan llenas de pescados. Entre otros advirtió Alfonso uno semejante en todo á una anguila, pero de un tamaño monstruoso; queriendo examinarle de cerca se llega á él, y al hacer este movimiento, tropieza la punta de una varita que tenía en la mano en el pez; en el mismo instante sintió Alfonso en todo el brazo un dolor tan vivo, que no pudo menos de prorumpir en un grito involuntario. Todos los pescadores se echaron á reir, y Alfonso espantado y corrido se quedó algun tiempo inmóvil. Volviéndose á acercar despues al pez, no puedo comprehender, dixo, como con solamente haber tocado á este animal con la

varita me ha causado una conmocion tan fuerte; pero á lo menos haré ver á todos, que si su efecto me ha sorprendido, no es capaz de poderme acobardar. Diciendo esto, se baxa, y agarra al pez con la mano. Esta vez no gritó, pero experimentó un entorpecimiento general acompañado de un golpe tan violento, que hubiera caido en tierra á no haberle sostenido Thelismar. Quedó Alfonso tan aturdido de la violencia del golpe, que en algun tiempo no supo donde estaba. Luego que volvió del todo en su acuerdo, le dixo Thelismar: quiero hacerte ver otro efecto de este pez aun mucho mas admirable. Aquí estamos catorce personas, hagamos rueda cogiéndonos de las manos; yo seré el primero y tú el último, y tocando yo el pez con una varita, tú sentirás la misma conmocion que yo, á pesar de que median entre los dos doce personas. En efecto, la experiencia confirmó quanto había dicho Thelismar. (42)

Al dia siguiente salieron los viageros de Surinam, y se embarcaron para Portugal. En esta travesía correspondió Thelismar á la con-

fianza de Alfonso, satisfaciendo á una curiosidad que tenía mucho tiempo antes. No concebía Alfonso cómo había podido resolverse Thelismar á expatriarse durante quatro años, apartándose por tanto tiempo de su amada familia. Thelismar le dixo que su Soberano, protector de las ciencias y las artes, le había obligado á hacer este sacrificio. Finalmente, continuó Thelismar, los favores que debo á mi Rei, mi amor á las ciencias, y la particular inclinacion que tengo á la Historia natural me han determinado á encargarme de esta empresa, y tu amistad me ha hecho llevar con paciencia las fatigas que me han resultado de ella. El cuidado de corregirte é instruirte, y el afecto que te profeso han podido solos dulcificar las pesadumbres é inquietudes que varias veces he padecido, y que son anexas á una expatriacion tan larga.

Despues de una feliz navegacion llegaron á Portugal. De quantas informaciones tomó Alfonso acerca de Don Ramiro, no pudo saber cosa fixa. Solo sí le aseguraron que ha-

cía ya dos años que no había vuelto á Portugal, y por algunos indicios, frutos de una infinidad de pesquisas, se persuadió que su Padre se hallaba en Inglaterra ó en Rusia. Sabía Alfonso que Thelismar debía ir á Inglaterra á tratar asuntos propios; por lo que al salir de Portugal tuvo el consuelo de creer que no estaría mucho tiempo en Francia, y que iría en compañía de Thelismar y Dalinda á un país en el qual se lisonjaba que encontraría á su Padre.

Antes de llegar á Francia Thelismar hizo prometer á su alumno que ocultaría con cuidado á Dalinda su amor y esperanzas. Ahora vas á viajar en compañía de Dalinda, le dixo, sabes muy bien, Alfonso, que el deseo que reina en mi corazon es el de unir con un nudo sagrado dos personas que casi amo igualmente; pero bien sabes que no puedes disponer de tí mismo sin el consentimiento de tu Padre; y aunque no dudo que te le conceda, sin embargo, como no es imposible que pueda oponerse...—¡Oh Cielos! ¿Qué dice Vmd.?—Si yo te presentase á Dalinda á tí-

tulo del Esposo que la destino, desde luego comenzaría á tener inclinacion, por lo qual sería mui mal hecho exponernos (en medio de la incertidumbre en que nos hallamos) á turbar su reposo...—¿Yo, yo inquietarla y affigirla? ¡Ah! Mas quisiera no volver á verla en mi vida... pero esto es cierto de que mi Padre vendrá en ello con sumo gusto...—Mas en fin, puede no querer...—Pues qué, ¿será capaz mi Padre de pronunciar la sentencia de mi muerte?—No Alfonso, ó he perdido todo quanto he trabajado por tí, ó espero que tolerarás con valor este contratiempo: ¿y qué desgracia es capaz de abatirnos, quando conservamos la virtud, y poseemos un amigo verdadero?—Ah Thelismar... Vmd. será siempre el árbitro soberano de mi suerte... Vmd. dispone á su arbitrio de mis acciones, opiniones y sentimientos. La razon, la virtud, el agradecimiento y la amistad le aseguran á Vmd. que jamás perderá el dominio que tiene sobre mí; sí, yo prometo cumplir exáctamente la lei que Vmd. me impone: veré á Dalinda, y callaré... No obstante, ¡qué esfuerzo

tan

tan violento!... pero ¿puedo dudar que soi capaz de él quando Vmd. me lo manda?

Inmediatamente que llegaron á Burdeos se pusieron en camino. El carruage se quebró á treinta leguas de París, y se vieron precisados á detenerse allí. Thelismar escribió á su Muger diciéndola que llegaría á París sin falta alguna el dia siguiente á las cinco de la tarde, y dió la carta á un correo que marchaba en el mismo instante. Antes de ser de dia tomaron la posta para París. Al amanecer, Alfonso, loco de contento, abrazó á Thelismar, diciéndole: ¡qué dia tan hermoso! antes que se acabe veré á Dalinda.—Acuérdate de lo que me has prometido, y tén mucho cuidado en los primeros instantes que la veas...—No tema Vmd., y cuente con mi prudencia.—Sí, pero no te fies mucho, y si quieres creerme, modera desde ahora ese gozo y el exceso de alegría que dentro de algunas horas tendrás que ocultar enteramente. Hablemos de otras cosas...—¿Y cómo podré?—No lo dudes. Si deseas conseguir un dominio entero sobre tí mismo, acosúmbrate á

disponer á tu alvedrío de tu imaginacion , y apartar de ella qualquiera idea , sea la que fuere.—Pero con tal que mi proceder sea juicioso , nada importa que mis pensamientos se ocupen en una cosa ú otra.—¿Y cómo es posible que dé pruebas de valor el que habitualmente es débil y pusilánime? Qualquiera que se dexa dominar de su imaginacion , que no tiene medios para desechar un recuerdo peligroso , ni distraerse de una idea que le agrada , nunca será capaz de poder consultar la razon para obrar con acierto en qualquiera circunstancia. Hai dos clases de ideas : las unas que se presentan espontaneamente á nuestra imaginacion , y las otras son aquellas que la ciencia y reflexion nos sugieren. Las primeras casi siempre son vanas ó peligrosas , y son fruto de nuestras pasiones , de nuestras sensaciones , y de aquellos objetos que nos hacen mas impresion ; aquel que nunca desecha ó aparta de sí esta clase de ideas dexa de ser libre , puesto que renuncia á la facultad de elegir sus pensamientos ; en este caso el que tiene las pasiones fogosas se extravía , y el que no,

vive á medias. No es menester , pues , detenerse en un pensamiento , solo porque nos es grato , ó porque nace de un objeto presente ; antes bien se debe desechar si es fútil ó reprehensible : finalmente debemos elegir los asuntos de meditacion , y encaminar nuestra eleccion á objetos útiles. Quando hablamos es en beneficio de otros , y por tanto hemos de procurar que nuestra conversacion sea agradable ; pero la facultad intelectual nos ha sido dada para perfeccionar nuestro entendimiento y corazon : por lo qual quando paramos la imaginacion en cosas poco dignas de ocuparla pervertimos el uso de esta facultad tan noble , y tambien se puede afirmar que los pensamientos ocultos de un sabio son aun mas puros y sublimes que sus discursos y documentos. Calló Thelismar , y Alfonso dando un suspiro calló tambien algun tiempo , y despues haciendo un esfuerzo comenzó á hablar: Thelismar sacó la conversacion de sus viages , é hizo una recapitulacion de quanto en ellos había visto Alfonso , á breve rato le escuchó este con gusto , y por fin hablaron de Física y de

Química. ¡Qué feliz es Vmd.! le decía á Thelismar. No hai cosa que Vmd. ignore, y es imposible que nada le parezca ya nuevo y le cause admiracion.—¡Qué engañado estás! Los Cielos, la tierra, todo quanto nos rodea, el universo en fin, es obra de un Ser Supremo, y un libro eterno en donde el hombre hallará siempre hasta el fin de los tiempos objetos nuevos, y secretos impenetrables: en cada siglo descubrirá sublimes misterios, sin que por eso pueda llegar jamás á conocerlos todos. Con esta conversacion se iban acercando á París, y á breve rato cesaron los dos de hablar igualmente conmovidos. Despues de un gran rato de silencio: confiese Vmd., dixo Alfonso á Thelismar, que en este instante no elige Vmd. sus pensamientos, y que se ve precisado á detenersé en el que se presenta naturalmente... A este tiempo el postillon gritó á Thelismar que se notaba en el aire una cosa mui estraña. Sacó Thelismar la cabeza por la portezuela, y vió en efecto en medio de las nubes ácia París un cuerpo opáco y redondo, que parecía se iba acercando poco á poco

á la pradera. Admirado Thelismar consideraba atentamente este fenomeno, creciendo su asombro al ver que aquel cuerpo se aumentaba y se volvía luminoso: viendo que el postillon asustado había detenido los caballos se baxó de la silla para exáminarle mejor. Hallábanse á la sazón en una pradera deliciosa á seis leguas de París. Entre tanto el bulto del globo de fuego iba creciendo por momentos. Este, decía Alfonso, es un meteoro semejante con corta diferencia al que yo ví en España en las inmediaciones de Loxa. No es un meteoro, replicó Thelismar.—¿Pues qué será?—No lo alcanzo... Cada vez se acerca mas; mira que resplandeciente está ahora... ¿Tienes ahí tu antejo?—Sí Señor.—Pues dámele. Diciendo esto coge Thelismar el antejo que Alfonso le presenta, y volviendo á mirar aquel globo, exclama: es increíble lo que veo; me parece que distingo en la parte inferior de ese globo una especie de barco... no hai duda, esto será una ilusion... toma, mírale tú tambien. Vuelve Alfonso á tomar el antejo, y grita diciendo: veo un hombre.

bre. Ya está todo explicado, dixo Thelismar dando una carcajada; este es sin duda el Escita Abaris que va de viage. (a) No estraño su incredulidad de Vmd., replicó Alfonso, porque yo que lo estoi viendo apenas puedo creerlo...pero aun hai mas...¡Dios mio qué encanto es este!...Ahora veo claramente dos personas. Al acabar estas palabras se estriega los ojos...se le cae el antejo de las manos, y mira á Thelismar, el qual inmóvil y atónito había enmudecido. Algunos minutos despues el globo, que cada vez se acercaba mas, se dexó ver encima de la pradera. Ya no puedo dudar, exclamó Thelismar, ese globo de oro y púrpura contiene en sí almas vivientes...ya lo veo...¡Oh prodigio incomprehensible que confunde la razon! ¡Triunfo feliz del valor y de la industria!...¿Es posible que el Cielo haya permitido al hombre que se atreva á poner ese inmenso espacio entre él y el elemento de que fue formado, y en cuyo seno la naturaleza ha

co-

(a) Segun los Griegos, Apolo había dado al Filósofo Escita Abaris una flecha sobre la qual iba volando por los aires.

colocado su sepulcro?...De este modo hablaba Thelismar quando el globo que se paseaba por los aires empezó á baxar magestuosamente: entonces distinguen en el carro resplandeciente que pendía del globo dos figuras celestiales, dos mugeres: la una tiene la belleza noble y venerable de Juno ó de Minerva; la otra vestida de blanco y coronada de rosas se parece á la Aurora ó á la Diosa de las flores y de la primavera. Arrójase Alfonso ácia el globo; los violentos latidos de su corazon le obligan á detenerse...¡No, no es posible, exclama, que estas sean criaturas mortales!...ya se acercan... se abrazan...¡Ah! no hai duda; estas son la virtud y la inocencia que desde el Cielo baxan á la tierra para volvernos la edad de oro...Pero ¡gran Dios! ¿qué nueva ilusion es esta?...¡Oh Dalinda! Esa jóven deidad para encantarnos mejor ha tomado tu figura...Apenas creo lo que veo...pero mi corazon no puede engañarme... no hai duda, es Dalinda, ella misma...Enagelado Alfonso, llama á voces á Thelismar. En aquel instante el globo y el carro tocan á la tierra. Thelismar dá un grito penetrante; pá-

lido, temblando, enagenado de alegría, y al mismo tiempo clado de asombro y pismo apresura el paso. Las dos deidades le salen corriendo al encuentro, y se arrojan en sus brazos. Alfonso fuera de sí llega tambien apresurado, no se atreve á arrojarse á los pies de Dalinda; y el exceso de su turbacion y sobresalto le obliga á apoyarse contra un árbol, porque sus piernas trémulas no podían sostenerle. En el primer arrebató de una alegría tan viva é impensada se olvidó el globo mágico, el carro y todo aquel prodigio; no veía Thelismar mas que á su muger é hija, y su curiosidad estaba suspensa en fuerza del amor superior á todos los encantamientos. Alfonso aunque testigo de esta dulce reunion, estaba bien lexos de disfrutar de un gozo sin mezcla de dolor; porque aunque contemplaba como encantado á Dalinda; aunque disfrutaba del delicioso placer de oír lo que hablaba, y decir á Thelismar las expresiones mas tiernas y cariñosas que el afecto de hija podía inspirarla, esta misma escena tan dulce y deliciosa le traía á la memoria el recuerdo de su Padre, y co-

nocía que un remordimiento tan solo basta para emponzoñar la felicidad mas pura. Pasada aquella primera alegría se siguió la admiracion y curiosidad, y Thelismar hizo varias preguntas á Dalinda y á su Madre acerca del maravilloso modo con que habían salido á recibirle. Ellas le respondieron que no se habían servido del *globo aerostático* sino despues de haber visto varias experiencias que eran prueba del ningun peligro que había en él: que sabiendo el dia de su llegada, y teniendo además el aire favorable, no habían podido resistir al deseo de causarle una admiracion que por otro lado adelantaba el instante de verle, y que estando alojadas en casa de un Físico que tenía un globo pronto, habían aprovechado con ansia una ocasion tan favorable para volar á los brazos de un Esposo y de un Padre tan amado. Despues de esta corta explicacion se acercaron al globo para exâminarle, y la muger de Thelismar hizo en breves palabras una agradable descripcion de las experiencias hechas en los jardines de la *Muette* y de las *Tuileries*. Enterneciósese Thelismar al oír el en-

tusiasmo general producido por estas sublimes experiencias, la admiracion que toda la Nacion tributaba al inmortal autor de este descubrimiento, y á los ilustres físicos, á cuyo heroico valor debía la Francia aquel espectáculo tan nuevo y tan pomposo. Supo asimismo Thelismar que todos los sabios participaban del entusiasmo bien fundado de la Nacion. Estrañó Alfonso que la triste y negra emulacion no hubiese emponzoñado el triunfo del autor de un descubrimiento tan brillante. Con un poco de reflexion no lo estrañarás, replicó Thelismar: siempre se recibe con gusto la luz que puede guiar al fin que cada uno se propone: considera que un físico ó un químico quando hace algun descubrimiento abre un nuevo camino á todos los sabios, y les dá asunto para un sin fin de especulaciones útiles y curiosas, como tambien para muchas ideas nuevas, y finalmente les proporciona nuevos medios para distinguirse y adquirir fama. Y así lexos de procurar disminuir el mérito de la primera invencion, solo emplean su talento y estudio en hacerla mas útil, y por consiguien-

te mas gloriosa. Despues de esta breve digresion se pasearon un rato por la pradera, y despues continuaron su viage hasta París.

Poco tiempo se detuvo Thelismar en esta Capital, y marchó sin tardanza con toda su familia y Alfonso á Inglaterra. En todo el tiempo que estuvieron en Londres no pudieron adquirir noticia alguna de Don Ramiro, y pasaron al Condado de Darby. Luego que llegaron á Buxton, Thelismar los llevó á dar un paseo, diciéndoles que iba á enseñarles una fuente que por las virtudes fabulosas que se le atribuían debería colocarse mas bien en Sicilia ó en Grecia que en aquella Provincia. Afirman que sus aguas no corren sino para los corazones constantes, y que todo amante que ha cometido alguna ligera infidelidad no puede beber de ellas, porque al instante que se acerca se detienen. Ha mucho tiempo que he oido contar esta patraña, cuyo asunto me hace acordar de la fuente Acadina, y de la historia de Argyro. (43) A este tiempo los que guiaban á Thelismar le hablaron en Inglés, lengua que Alfonso no entendía. Me dicen,

prosiguió Thelismar, que estamos á cien pasos de la fuente, pero como la senda que vá á ella está llena de zarzas y de piedras van á adelantarse para facilitarnos el camino; entretanto descansemos un rato á la sombra de estos árboles, que ya nos llamarán luego que hayan limpiado la senda. Hiciéronlo así, y al cabo de medio cuarto de hora los avisaron y llegaron á la fuente. Voi, dixo riendo Thelismar á su muger, á darte una prueba de mi fidelidad, de la qual espero que nunca habrás dudado; además que esta hermosa fuente tan clara y abundante convida á beber, y así consiento gustoso en sufrir la prueba de una constancia perfecta. Diciendo esto se acercó á la fuente y bebió dos ó tres veces. ¡Que digan ahora (exclamó despues de haber bebido) que los hombres son inconstantes! Ya habeis visto... ¿Y tú Alfonso, prosiguió, no tienes sed? No Señor, respondió este sonriéndose; no obstante no tengo reparo alguno en beber.—Ea pues, llégate. Al tiempo que Alfonso iba á baxarse para beber, le detuvo Thelismar diciéndole al oido: ¿Cómo tienes cara para ex-

ponerte á esta prueba? Acuérdate de la Grecia y de aquella Zoc...—¡Ah Thelismar, que cruel es Vmd!...—En fin ya te has empeñado, aunque temerariamente, y no es tiempo de desdecirte; es preciso que bebas. En tanto que hablaban se había acercado Dalinda, y temiendo Alfonso no oyese las chanzas de Thelismar, se determinó á beber, se inclina, aplica la boca al caño; pero en aquel mismo instante se detiene el agua y dexa de correr. Confundido Alfonso y fuera de sí se queda inmóvil sin hablar palabra. Dalinda se puso colorada sonriéndose con algun género de empacho, y Thelismar callando los contemplaba maliciosamente. En fin tomando la palabra y hablando con Alfonso, le dixo: huye profano, huye lexos de esta agua sagrada.—Esta fuente debe de ser artificial precisamente; pues si no era imposible...—Te afirmo que es mui natural...—A lo menos lo parece; pero Vmd. que tiene tantos secretos maravillosos, tendrá seguramente alguno para detener quando quiere el agua de las fuentes.—¡En efecto sería un secreto estupendo!...—Le he visto á Vmd. ha-

cer otras muchas cosas tan prodigiosas...—Sin embargo, esta excede los límites de mi poder: te afirmo que no tengo influencia alguna en esta fuente, y que el prodigio que te admira es enteramente efecto de la naturaleza. Esta noche procuraré explicarte este fenomeno; entretanto cédeme el puesto, que como tengo la conciencia limpia le ocupo sin temor á pesar de la desgracia que te ha sucedido. Repara y verás como ahora vuelve á correr el agua...En efecto al irse á llegar brotó con ímpetu, y despues de haber gozado algun tiempo de su triunfo, tomó á Alfonso del brazo, y todos juntos se apartaron de aquella fuente maravillosa. (44)

No era ya Alfonso tan ignorante que creyese haber algun encanto en aquella fuente; al contrario, á fuerza de pensar en ello, adivinó poco mas ó menos la causa de un efecto tan singular; pero las chanzas de Thelismar le habían turbado de manera que en todo el tiempo del paseo no pudo volver en sí. Thelismar fingió que no hacía alto en su tristeza y distraccion, y por la noche luego que estuvie-

ron solos: ¿Has notado, le dixo, qué colorada se puso Dalinda al ver que la fuente se detuvo quando tú ibas á beber? Aquella turbacion, efecto del primer movimiento, me hace temer que tiene algunas sospechas de nuestros proyectos, y para desvanecerlas la he dicho...—¡Oh cielos! ¿Y qué le ha dicho Vmd.?—La he contado que tienes una inclinacion que yo sé; la he dicho en fin que amabas á una hermosísima Portuguesa.—¡Ah Thelismar! ¿Es posible?...—He mezclado la verdad con la mentira, diciéndola que una hermosa doncella Griega te había causado alguna distraccion, y que por eso había imaginado la burla de la fuente...¡Ai Dios mio!...¿Y qué ha dicho Dalinda?—Me ha hecho una pregunta mui estraña: ha querido saber el nombre de aquella Griega, y yo he nombrado buenamente á Zoe...—¡Es posible, Thelismar, que haya Vmd. tenido la crueldad!...—¿Cómo crueldad? Te aseguro que Dalinda me ha escuchado sin turbacion ni pesar, solo me ha parecido que me oía atentamente, y que lo estrañaba algo...—Ah, no dudaba yo de su

indiferencia... En vez de llamarle á Vmd. cruel, no debo quejarme sino de mi desgracia...— Eso es no ser conseqüente, Alfonso: ya sabes que hemos convenido en que Dalinda no debía sospechar cosa alguna de nuestro trato...— Sí, me ha mandado Vmd. que la oculte mi amor...— Y hasta ahora estoi mui contento de tu obediencia.— ¡Ah! si Vmd. supiese quan doloroso es el esfuerzo que me cuesta!... quando me obligué á un silencio tan cruel aun no conocía del todo á Dalinda. Hace ya dos meses que la oigo y la veo á cada instante, Vmd. me ha permitido aspirar á su mano, y con todo me obliga á callar!— Es cierto que te la he prometido, pero con condicion de que sabrás merecer todo mi aprecio. El esposo de Dalinda no ha de ser un hombre comun...— Si para aspirar á ese título es preciso ser digno de ella, ¿quién será capaz de merecerla? Perdone Vmd. , ó Thelismar, mis quejas imprudentes. No puedo merecer el precio que Vmd. se ha dignado prometerme, pero á lo menos para alcanzarle haré gustoso qualquier sacrificio: ¿mande Vmd. , dígame que quiere que haga?

ga?— Tan solamente una cosa, esta es que tengas un imperio absoluto sobre tí mismo.— De nuevo le prometo á Vmd. ocultar á Dalinda el amor que me abrasa, y que cada vez que la veo se aumenta al parecer, porque en realidad ha mucho que no puede ser mayor...— Eso no basta: Dalinda tiene talento y penetracion; ella vé el amor que te tengo, y sino te cree amante de otra, no tardará en sospechar la verdad. Por lo qual es preciso que me jures no decir delante de ella palabra alguna que pueda disuadirla de la idea de que amas en Portugal...— Pues qué ¿quiere Vmd. que la engañe?— No por cierto; bien puedes discurrir que ella no te preguntará nada, y así no te verás apurado para disfrazar la verdad acerca de este punto. Ya te he confiado quanto á ella la he dicho; no te pido mas sino que no me descubras, y que no destruyas con razones indirectas la opinion que la he infundido de tí...— Dalinda imagina que yo amo, y que amo á otra: ¡oh Cielos!...— Dexa que lo crea: yo lo pido, y espero que lo harás...— ¡Obedeceré, pero me despedaza Vmd. el cora-

zon!...—¡Qué expresion tan exâgerada! ¿Acaso por eso podrá pensar Dalinda que eres inconstante ó falso? Lo que yo te mando no puede disminuir la estimacion que te tiene, ese exceso de dolor no es, pues, otra cosa mas que flaqueza. A estas palabras no pudo Alfonso reprimir sus lágrimas. Thelismar le abrazó, y al punto mudó de conversacion.

Al salir de Buxton Thelismar acompañó á su Muger é Hija hasta las fronteras de Escocia. (45) Allí se separaron. Dalinda y su Madre tomaron el camino de Edimburgo. Se convino en que irían á Escocia á casa de un pariente antiguo bienhechor de la muger de Thelismar y que las esperaba con impaciencia; que en este tiempo Thelismar y Alfonso harían el viaje de Islanda. Esta separacion fue tanto mas cruel para Alfonso, quanto dexaba á Dalinda persuadida de su indiferencia, y al apartarse de ella le era preciso violentarse ocultando el dolor que le oprimía. Se portó en esta ocasion con tanto valor y entereza que apenas pudo creerlo Thelismar: temiendo manifestar su interior, apenas se atrevió á mirar á Dalinda, y

á decirle quando se despidió lo puramente indispensable que la buena crianza exige en tales casos.

Luego que se halló solo con su amigo empezó á lamentarse; pero las alabanzas y elogios de Thelismar le consolaron en breve. Se embarcaron, y habiendo llegado á Islanda fueron á Skalhot y de allí á Geizer. Lo primero que admiraron en aquellos parages desiertos é incultos fue una cascada natural de una elevacion prodigiosa; pero otro espectáculo mas nuevo fixó toda su atencion. Vuelve los ojos á esta parte, dixo Thelismar, y mira aquellas soberbias columnas de rubíes, de marfil y de cristal que adornan esa inmensa llanura...vuelve Alfonso y advierte que en la extension de un terreno vasto lleno de barrancos y peñascos se levantan en el aire una multitud de chorros de agua de diversos colores á distancias y alturas desiguales: los unos eran de color encarnado pero muy vivo, otros de una blancura que deslumbraba, algunos de agua pura y cristalina, y casi todos llegaban al parecer hasta las nubes. (46) No se cansaban Alfonso y The-

lismar de contemplar aquel espectáculo tan hermoso ; asimismo admiraron en esta misma Isla otros varios fenomenos igualmente curiosos , y despues de haber visto todas las curiosidades de la Islanda se volvieron á embarcar , y dieron la vuelta á Inglaterra. Volvió Alfonso á ver á Dalinda , y con su vista olvidó todos los pesares de la ausencia ; pero la penosa atencion que tenía que emplear para ocultar su alegría se la hacía mucho menor. Salió Thelismar de Inglaterra y se embarcó con inexplicable gusto para ir á Suecia. Despues de tantos trabajos y largos viages , consiguió por fin la felicidad de volverse á ver en su Pátria en medio de su familia y amigos. Tuvo el placer de volver á ver á aquel virtuoso Zulaski , en cuya casa se había alojado en las Islas Terceras , y que había sido arrebatada tan milagrosamente al medio del mar. Supo Thelismar con indecible gozo que la piedad filial de aquel buen hijo le había hecho el objeto de la admiracion pública : que su Soberano le había llenado de beneficios , que para colmo de sus dichas la persona á quien amaba le había

si-

sido fiel , que en fin se había casado con ella , y era enteramente feliz. Deseoso Thelismar de contemplarle en medio de su familia fue á visitarle ; le halló sentado entre su Padre y Esposa , y teniendo en sus brazos á su hijo apenas de edad de dos años. ¡Oh Zulaski , le dixo Thelismar , qué dicha puede compararse á la de Vmd.! Esta Esposa , ese niño que Vmd. ama , su fortuna , su reputacion , todos los placeres que ahora disfruta , su gloria y felicidad , todo lo debe á la virtud. Esta felicidad es tanto mas pura quanto no puede excitar la envidia de nadie ; las prendas del entendimiento envidiadas de todos hacen que el que las posee tenga mas enemigos que admiradores , pero las que nacen del corazon consiguen una aprobacion general. ¡Y qué no debe Vmd. esperar de ese hijo , tierno objeto de sus mas lisongeras esperanzas ! Para hacerle conocer la extension de las sagradas leyes de la naturaleza , y para hacerle digno de su Padre no hai mas que referirle su historia de Vmd.

Alfonso cada vez mas devorado de inquietudes acerca del destino de su Padre , y

con-

conservando todavía la esperanza de encontrarle en Rusia, declaró á Thelismar que estaba resuelto á emprender el viage de Petersburgo. Conociendo Thelismar quan grande sería el dolor de Alfonso si este último paso saliese vano, no quiso abandonarle, y marchó con él. Hallaron en Petersburgo á Federico aquel antiguo amigo de Thelismar que habían visto en la Isla de Policandro. Parece que estoí nombrado, les dixo Federico, para hacer ver á Vmds. y ver en su compañía cosas extraordinarias. Si quieren acompañarme los llevaré á un Palacio de cristal... Ya sabemos, interrumpió Alfonso, que Vmd. da ese nombre á una cueva formada por la naturaleza. Pues esta vez á lo menos, replicó Federico, no es un modo de hablar, porque van Vmds. á ver un verdadero Palacio de cristal, construido por mano de hombres, y segun las reglas de Arquitectura mas perfectas. No bastó esto para persuadir á Alfonso, y Federico para hacerse lo creer se encaminó con ellos á aquel maravilloso Palacio. Luego que le vieron prorrumpió Alfonso en una exclamacion de es-

pan-

panto al ver con efecto un Palacio transparente construido con mucho primor, y compuestó al parecer de cristales de varios colores. Acerquémonos, dixo Federico, su admiracion de Vmd. empieza ahora: vea Vmd. con cuidado esa batería de cañones. ¡Qué veo, exclamó Alfonso, cañones de cristal!... En aquel mismo instante oyeron un golpe de música sobervio. Esta armonía, prosiguió Federico, sale del Palacio encantado: la entrada está franca. ¿Tendrá Vmd. valor para entrar en un sitio que no puede tener otros habitantes sino encantadores? Seguramente, respondió Alfonso, estoí ya mui familiarizado con los encantamientos para temerlos. Diciendo esto atravesó los brillantes pórticos del Palacio, y guiado por los dulces ecos de una música celeste, llegó á un magnífico salon cuyas columnas y paredes compuestas de lo mismo que lo demás del Palacio estaban adornadas con guirnaldas y festones de rosas. Varias arañas de cristal colocadas en los ángulos del salon estaban cubiertas de un sin número de luces, que reflexando por todos lados producían una

cla-

claridad que deslumbraba, pero lo que mas golpe dió á Alfonso fue la hermosura de las damas que halló en aquel Palacio encantado. Facilmente creyó que eran deidades: sus vestidos eran semejantes, con corta diferencia, á aquellos con que nos pintan á Calypso ó á las ninfas de Diana, ó ya como el de Aretusa ó el de la hermosa Atalanta. Los adornos que llevaban se componían de mantos de armiño y martas sujetos con broches de diamantes, y en este trage su belleza y gracias ofuscaban el resplandor de la brillante mansion que habitaban.

Antes de salir Alfonso del Palacio supo finalmente de que materia estaba compuesto. Supo que los hielos del rio Neva habían suministrado los materiales para su construccion. (47) ¿Pues cómo, Mamá, exclamó Cesar, un Palacio de hielo?...¿Es posible que esto sea verdad?—No tienes que dudarle...—¿Pues cómo no se derretía estando lleno de luces?... ¿de dónde han podido sacar un hielo tan grueso, y en tanta cantidad para construirle? Además que Vmd. nos ha dicho que aquel hielo era

era de varios colores...—Mis notas responderán á todas tus preguntas...—¡Qué deseos tengo de verlas!...Razon tenía Vmd. Mamá, en asegurar que no hai cuento de encantos tan maravilloso como el de Vmd.; pero prosígale si gusta que ya no la interrumpiremos mas. Es ya mui tarde, replicó la Marquesa, mañana daremos fin á la historia de Alfonso.

Al dia siguiente prosiguió Madama de Cle-mira la lectura de su manuscrito en estos términos: Todas las pesquisas de Alfonso relativas á su Padre fueron tan inútiles como las que había hecho en Inglaterra. Oprimido de dolor halló en el afecto de su generoso bienhechor los únicos consuelos de que era capaz entonces. No puedes, le dixo Thelismar, casarte sin el consentimiento de tu Padre: tu obligacion y las leyes te lo prohiben; es preciso, querido Alfonso, que te sujetes con valor á tu destino. Has hecho de tu parte todo lo posible para encontrar á tu Padre; ahora es preciso que esperes con resignacion el tiempo en que las leyes te permiten disponer de tí mismo. Desde aquí á entonces estarás separado de

de Dalinda, y no la volverás á ver hasta que recibas su mano. Todo este tiempo le pasarás en Suecia en una casa mia, en donde yo viví antes de mis viages: ahora voi á llevarte á ella. Te dexaré solo, y volveré á Stokolmo con mi familia. Estaremos separados, es verdad; pero á lo menos viviremos en el mismo país, con la certeza de juntarnos para siempre dentro de dos años. ¡Ah, dixo Alfonso, qué destierro! qué separacion! ¡A lo menos si Dalinda supiese mi amor! ¡Si á lo menos tuviese yo el consuelo de merecer su compasion!... En fin, me someto á todo: ¡ojalá las penas que voi á padecer fuesen parte para que expie las culpas de mi juventud! Quiera el Cielo movido de mi arrepentimiento volverme un Padre que me ha costado tantas lágrimas.

Thelismar salió inmediatamente de Petersburgo, y conduxo á Alfonso al retiro que le había destinado: era este un antiguo Palacio situado en un des poblado en las inmediaciones de Salseberitz. ¡Con que esta es, dixo Alfonso, la soledad en donde debo pasar

dos

dos años! A no ser por el cruel recuerdo de mis culpas y de mi Padre, toleraría con valor este rigoroso destierro; ¡pero solo, sin mas compañía que mis remordimientos!...— Conserva ese justo arrepentimiento; pero no te dexes abatir de la tristeza: emplea el tiempo de tu retiro en perfeccionar los conocimientos cuyos principios he procurado enseñarte. Bien debes acordarte que en otro tiempo te prometí un tesoro que ahora estás en estado de apreciar. Repara en aquel estante: aquella es, querido Alfonso mio, la obra inmortal que acabará de manifestarte los secretos de la Naturaleza. (a) Algunos dias estaré en tu compañía; en este tiempo visitaremos juntos estas inmediaciones, y hallarás en ellas objetos dignos de excitar tu curiosidad.

Al dia siguiente Thelismar y el triste Alfonso tomaron un coche mui de mañana: Thelismar le prometió un paseo divertido, pero Alfonso estaba demasiadamente oprimido de su pesar para creer hallar algun moti-

(a) La Historia Natural del Conde de Buffon.

vo de distraccion. Despues de haber caminado cerca de tres millas, llegaron á un sitio árido é inculto, rodeado por todas partes de ásperas montañas: apeémonos, dixo Thelismar, y prosiguió: si no conociese, Alfonso, lo animoso que eres, no te hubiera traído á este desierto, porque vamos á emprender una aventura harto peligrosa: ¿no adviertes entre esos peñascos varias simas? Pues ahora vamos á baxar por ellas hasta el centro de la tierra. Al acabar Thelismar estas palabras se acercaron á ellos dos hombres de horrible aspecto. Estaban envueltos en unas largas túnicas de color obscuro: tenían los brazos desnudos, y cada uno su hacha de viento encendida. Estas son nuestras guías, dixo Thelismar: es preciso ahora separarnos, abaxo nos volveremos á ver.

Diciendo esto, se aparta con una de aquellas dos visiones; y Alfonso sigue á la otra, que camina delante de él sin hablar palabra. Despues de haber dado algunos pasos se halla al borde de una sima, se detiene, y advierte á la entrada de ella una cuba al parecer suspen-

ensa en el aire. Arrójase á ella la guía de Alfonso, y este con intrepidez se pone á su lado. Entonces el conductor, siempre con el hacha encendida, hace resonar el aire con su triste voz. En el mismo instante se sepulta la barca en aquel abismo: parece que una mano invisible la precipita en el obscuro centro. Levantando Alfonso los ojos no vé ya el Cielo sino como un punto imperceptible: de allí á poco le pierde enteramente de vista, y no vé otra cosa mas que á su extraño camarada, cuya figura le trac á la memoria al adusto barquero de los infiernos.

Al cabo de un quarto de hora empieza Alfonso á estrañar lo largo del camino y de la inmensa profundidad de aquel precipicio. De improviso oye al rededor de sí varios torrentes impetuosos que se precipitan con estrépito por todas partes. Aquel ruido de las aguas que no puede ver hace que se acuerde de los formidables rios del Tártaro. Su curiosidad crece al paso que su asombro; un interior presentimiento le altera y le conturba... Se siente enternecido, y ni él mismo cono-

ce lo que siente en el pecho. Párase en fin la barca, y sale de ella apresuradamente. En el mismo instante corre Thelismar á juntarse con él, y Alfonso despues de haber andado un corto trecho advierte un resplandor que casi le ciega: á pesar de que la novedad de los objetos que nota le embargan todas las acciones, se adelanta, y se halla en un espacioso y soberbio salon de plata, sostenido de columnas del mismo metal, y rodeado de quatro espaciosas galerías. Un arroyo de agua cristalina corre por medio del salon y galerías. Este suntuoso edificio está alumbrado con una infinidad de lámparas y blandones. Todo brillante, todo deslumbra en aquellas regiones subterráneas. Las luces reflexan y se multiplican en la plata de las paredes y bóvedas, y en las aguas puras y cristalinas que atraviesan el salon. Entran Alfonso y Thelismar en las galerías, y encuentran una multitud de personas ocupadas en varios trabajos. A lo último de las galerías descubre Alfonso algunas casas, vé pasar caballos, carros, y su admiracion llega al extremo reparando en un mo-

lino de viento... Pues qué, Mamá; interrumpió Carolina, ¿una Ciudad de plata debaxo de tierra, y en ella caballos, carruages y un molino de viento?...—Todavía existe esa Ciudad del mismo modo que acabo de pintarla; pero dexadme acabar mi cuento, y no me volvais á interrumpir.

Volvió Thelismar con Alfonso á las galerías. En el instante en que entraban se estremeció Thelismar, y advirtiendo que las luces se iban apagando, levanta la cabeza, y vé en lo alto una especie de velo blanquecino. Inmediatamente agarra á Alfonso por el brazo, y le obliga á tenderse boca abaxo en el suelo. Al mismo tiempo un grito terrible y general hizo retumbar las bóvedas del subterráneo; se apagan todas las luces, y á la mas brillante iluminacion se siguen unas espantosas tinieblas. Un profundo silencio aumenta el horror de aquella tenebrosa escena. En fin, á breve rato se oye un ruido semejante á un cañonazo. Entonces todos se levantan del suelo gritando que ya ha pasado el peligro. Vuelven á encender todas las luces, y Thelismar,

volviéndose á Alfonso , le dice : la muerte ha pasado sobre nosotros. Tal es el riesgo formidable á que se está expuesto á menudo en estos profundos abismos , frutos de la humana codicia. ¡Ah, no es este pueblo infeliz privado de la luz del Sol quien disfruta los tesoros que arranca del seno de la tierra! La pobreza los obliga á baxar en vida á este funesto sepulcro. En medio de las riquezas que los circundan carecen aun de lo necesario ; se consagran al trabajo mas penoso ; destruyen su salud, y apresuran el término de una vida infeliz.

¡Oh Cielos , interrumpió Alfonso , cuánta lástima me causan estas desgraciadas víctimas! (48) Pero ¿qué habrá sucedido allá abajo? ¿no vé Vmd. la gente que se junta?... Iban acercándose á ver lo que había sucedido, quando ençotraron un hombre que les dixo : que en el instante en que el vapor mefítico se había esparcido por el subterráneo, había herido á un trabajador que había tardado en apagar su luz , y que aquella gente acudía á su socorro. Aquí tengo , dixo Thelismar , un frasquito que podrá servirle ; vamos pronto á so-

correrle. Llegan al monton de gentes , y penetrando por entre todos se acercan al herido. Estaba aquel infeliz tendido en el suelo y sin sentidos. Ya está muerto, dixo uno de sus compañeros al ver llegar á Thelismar. Penetrado Alfonso de compasion se acerca , le mira... se estremece... se retira... se arroja á él... vuelve á mirarle como espantado ; la sangre se le hiela en las venas ; se le erizan los cabellos, y como si le hubiese herido un rayo , cae desmayado sin poder proferir una palabra al lado del desventurado cuya vista ha producido en él una revolucion tan terrible...

Acude volando Thelismar á socorrerle. Encarga el herido al cuidado de los que le cercan, entregándoles el frasquito y su bolsillo , y hace llevar á Alfonso á otra galería. Al cabo de un quarto de hora hace Alfonso un movimiento y abre los ojos, dando un doloroso grito. En su semblante y facciones desfiguradas se vé retratado el exceso de la desesperacion mas horrible... Finalmente exclama : ¡mi Padre!... él es! Ese es mi Padre!... Bárbaros , volvedme mi Padre... quiero que

me lleven á sus pies... quiero volverle á ver... quiero morir con él... ¡En qué sitio, en qué estado le encuentro!... Ya es muerto, ¡y yo aun vivo!... ¡Yo gozaba de la luz del día, y mi Padre gemía en este espantoso abismo!... Déxeme Vmd., prosiguió, desviando á Thelismar con aire feroz, déxenme todos; huyan de un monstruo indigno de volver á ver el día. Renuncio al mundo, á la dicha, á la luz; esta síma será mi sepulcro: ¡ai de mí, que ya es el de mi desgraciado Padre!... A lo menos la muerte vá á juntarnos...

Pronunciando Alfonso estas razones con voz interrumpida, hacía vanos esfuerzos por desasirse de los brazos de su amigo... Detente, le decía Thelismar, detente Alfonso. ¿No conoces ya á tu amigo, ó no atiendes á su voz?...—¡Ah, no veo mas que á mi Padre: no oigo ya sino los gritos de la naturaleza que clama en lo íntimo de este corazón despedazado!—Sosíégate, vuelvo á decirte; tranquilízate si puedes un solo instante, y escúchame. Si es cierto que una semejanza engañosa no te ha alucinado, aun puedes conser-

var alguna esperanza...—¡Oh Cielos! ¿pues qué, vive todavía?—Y su herida puede que no sea peligrosa... Dios mio, exclamó Alfonso arrojándose y levantando los brazos al Cielo, Dios mio, tén piedad de mis remordimientos y desesperacion; vuélveme á mi Padre... corramos, amado Thelismar, lléveme Vmd. á verle...—No, dilatemos algun tiempo una visita que podría ocasionarle resultas muy fatales...—¿Pero me asegura Vmd. que vive?—Sí, y te afirmo que el hombre que has visto aquí sin sentidos no tiene mas que una herida. He mandado que luego que volviese en sí le sacasen del subterráneo, y ya está lexos de aquí.—¿Con que ha recobrado el sentido? ¿Ha hablado? ¡Oh Thelismar! ¿Me engaña Vmd.?—Si no quieres creerme quédate aquí y pregunta á todos los trabajadores, que yo voi al punto á cuidar de él, porque he mandado que le llevasen á casa...—¿En casa? mi Padre... ¡es posible!—Le han llevado en nuestro mismo coche.—¡Ah! vamos corriendo; no tardemos...

Inmediatamente salieron Alfonso y The-

lismar de la galería, y acompañados de las mismas guías con que baxaron, salieron del subterráneo. Tuvieron que volverse á pie al castillo; no obstante á la mitad del camino hallaron un criado que les traía dos caballos. Hízole Alfonso mil preguntas acerca de su Padre, pero no pudo averiguar nada de cierto. Sus sospechas y dudas volvieron á revivir, y la inquietud que le devoraba era tanto mas insoportable quanto no se atrevía á manifestársela á Thelismar. Llegaron por fin á la casa: en vano quiso Alfonso acompañar á Thelismar al quarto del enfermo: no podrías contenerme, le dixo Thelismar; si es cierto que es tu Padre, mañana te llevaré á sus pies; pero déxame antes el tiempo preciso para prepararle.

Precisado Alfonso á obedecer pasó todo el día en una turbacion y desasosiego indecible. Finalmente, no pudiendo aguantar mas tiempo una incertidumbre tan cruel, tomó el partido de ocultar á Thelismar su pensamiento é introducirse aquella misma noche en el quarto de su Padre. En efecto, luego que

se acostó Thelismar, se encaminó ácia el quarto del enfermo. Ya sabía en el que le habían puesto, y que podía entrar sin que le viese. Abre poco á poco la puerta, y entra en el quarto con pasos trémulos: en el mismo instante oye la voz de Don Ramiro. Enagenado y fuera de sí se pára á escuchar; pero ¡qué grande fue su dolor al conocer por sus razones que estaba delirando!... ¡Alvarez! (gritaba el infeliz Don Ramiro) ¡Alvarez! ¡ven á sacarme del horroroso abismo en que me has precipitado!... ¡tén lástima de mis penas! ¡Mírame con ojos compasivos!... ¿Pero qué digo? ¿Acaso podrán penetrar tus ojos desde las celestiales moradas que habitas hasta el centro de este abismo?... ¡Oh y qué horroroso es este abismo!... Por todas partes veo la tumba de tu Esposa é Hijo... ¿No dexarán de perseguirme sus sombras pálidas y amenazantes?... ¡Oh Dios! ¡qué veo!... ¡Alvarez, tu Hijo pone un puñal en la mano del mio!... ¡Alfonso toma á su cargo tu venganza, y quiere traspasarme el pecho!... ¡Detente Hijo mio!... ¿Eres tú quien debe castigarme?... ¡Hijo mio! Tú me das la muerte,

y tú me abandonas... ¡Ah, ven á lo menos á recibir mis últimos suspiros!... Al oír estas palabras Alfonso, cuya desesperacion pasa ya á furor, vá á arrojarse á los brazos de su Padre... En aquel mismo instante Thelismar, que le había seguido, se precipita corriendo á él, y á pesar de sus gritos y resistencia le arrastra fuera del quarto.

Llegó por fin el Médico que Thelismar había hecho llamar. Don Ramiro estaba algo mas sosegado; pero el Médico no quiso decir nada hasta ver el efecto que producian los remedios que le hizo. Cobró Don Ramiro el conocimiento, y al amanecer aseguró el Médico que estaba ya fuera de riesgo. El exceso de la alegría de Alfonso al oír esta nueva igualó al del dolor que hasta entonces le había oprimido. Recobrando la esperanza de conservar á su Padre, recobró tambien su ternura y obediencia para con Thelismar. Hacía ya algunas horas que Thelismar veía por la primera vez á Alfonso injusto, violento é intratable; pero tranquilo ya acerca del estado de su Padre, volvió á ser sumiso, juicio-

cioso y mas amante que nunca de su bienhechor.

Luego que Don Ramiro supo que estaba en casa de Thelismar hizo una exclamacion, y al instante preguntó por Alfonso, ya no fue posible dilatar el que se viesen. Thelismar fue á buscar á Alfonso, y le conduxo al quarto de Don Ramiro. Alfonso bañado en lágrimas, azorado y atónito corre á arrojarse de rodillas cerca de la cama de su Padre que le extiende los brazos. ¡Oh, Padre mio, exclama Alfonso, oh amado autor de mi vida! ¿es posible que vuelvo á verle?... ¿Y que Vmd. se digna recibir en sus brazos á un Hijo ingrato?... ¡Ah! sin duda que ha leído en mi corazon mi arrepentimiento, mi dolor y mi ternura... ¡Padre mio! Yo le consagro á Vmd. mi vida, no la quiero sino para reparar mis yerros, para hacerle á Vmd. feliz y para obedecerle... ¡Hábleme Vmd. Padre mio! ¡Oiga yo el sonido de esa voz que tanto reverencio!... ¡El perdón que imploro confirmado con ella me volverá el sosiego y la felicidad que sin Vmd. no podia tener! ¿No es ilusion (dixo al cabo de un

un rato Don Ramiro) es este Alfonso, es mi Hijo el que estrecho entre mis brazos?... No, no atribuyas á nadie sino á mí la causa de tus culpas y de mis infortunios... Pero el Cielo se apiada puesto que nos junta... Te vuelvo á ver, y quanto he padecido es nada... La debilidad de Don Ramiro le impidió hablar mas; perdió el color y reclinó la cabeza contra el rostro de su Hijo. Asustado Alfonso se levantó apresuradamente y llamó al Médico, este le aseguró que no era nada, pero mandó al enfermo que no hablase mas por entonces.

Este suceso retardó un poco el progreso de su convalecencia; no obstante al cabo de quatro días pudo levantarse. Entonces Alfonso le refirió quanto le había sucedido: Don Ramiro manifestó á Thelismar la gratitud de que estaba penetrado, y luego que estuvo enteramente restablecido quiso tambien contar á Thelismar su historia en presencia de su Hijo. Confesó enteramente todos sus yerros, y no ocultó ninguna circunstancia de la historia de Alvarez, aquel virtuoso hermitaño Portugués que había encontrado en Monserrate,

Lue-

Luego que llegó al punto de la fuga de Alfonso prosiguió su narracion en estos términos:

»La huida de mi Hijo me penetró de un dolor tanto mas vivo, quanto me era imposible no mirar este suceso como un justo castigo de Cielo, y el efecto de las maldiciones pronunciadas en otro tiempo contra mí por un Padre desgraciado. ¡Ah! me decía yo á mí mismo, ¡qué justos, qué rectos son los decretos de la Providencia! Yo abusé de mis riquezas y privanza, y el Cielo me priva de uno y otro. Mi detestable ambicion quitó al infeliz Alvarez una Esposa y un Hijo. La divina vengenza me arrebató en fin el único bien que podía suplirme todos los demás... Mi Hijo, mi sola esperanza... ¡Alfonso me abandonó!... Y quando me veo en medio de este cúmulo de desgracias no puedo quejarme de ellas. ¡No puedo atribuir las á la suerte; yo, yo mismo me las he ocasionado!... De este modo, gimiendo sobre mi suerte, me veía precisado á admirar la justicia del Cielo que me perseguía.

»Sin embargo á fuerza de informaciones

»su-

»supe que mi Hijo había tomado el camino de
 »Cadiz , pero no pude seguirle al instante co-
 »mo lo deseaba y había determinado. Tuve
 »que detenerme en Granada seis semanas á
 »causa de unas calenturas ardientes que me
 »asaltaron. Al cabo de este tiempo, aunque
 »ya seguro de no poder alcanzar á mi Hijo,
 »persistí en pasar á Cadiz con la esperanza de
 »que á lo menos tendría de él algunas noticias.
 »Luego que llegué á Loxa me detuve en una
 »posada, en la qual segun las señas que dí de
 »Alfonso, y las respuestas del huesped, supe
 »sin que me quedase duda de ello, que ha-
 »bía estado algunas horas. Quise dormir en
 »aquel mismo quarto, y le registré con sumo
 »sobresalto y curiosidad. Encontré debaxo de
 »una mesa un papel, y en él escritos dos ver-
 »sos portugüeses, en los quales estaba repeti-
 »do por tres veces el nombre de *Dalinda*. No
 »pude dexar de conocer la letra de mi Hijo, y
 »como hallé escrito tambien el mismo nombre
 »repetido en los versos y escrito sobre las pare-
 »des, me chocó, y le escribí en mi librito de me-
 »morias. Al llegar á Cadiz me informé de Al-
 fon-

»fonso y aun de *Dalinda*. Estos nombres eran
 »desconocidos á todas las personas á quien ha-
 »blé; pero al fin supe que un jóven portugües
 »que ocultaba con mucho cuidado su nom-
 »bre y calidad, había estado diez dias en Ca-
 »diz en compañía de una jóven, que al pare-
 »cer había robado, y que estos dos fugitivos
 »habían pasado á Francia con ánimo de esta-
 »blecerse en aquel Reino. No dudé que mi
 »Hijo fuese el robador, y la jóven aquella
 »*Dalinda* de la qual ya había yo sospechado
 »que estaba enamorado. Al punto mismo re-
 »solví pasar á Francia; pero antes volví á Lis-
 »boa para tomar algun dinero de los caidos
 »de mi pension; é inmediatamente marché á
 »París. Despues de mucho tiempo, pesquias
 »y trabajos, conseguí encontrar á los fugitivos,
 »cuyas señas me habian dado en Cadiz; y el
 »fruto de tantos afanes fue hallarme con dos
 »personas que me eran absolutamente desco-
 »nocidas.

»Hasta entonces había conservado la es-
 »peranza de volver á hallar á mi Hijo. Pero per-
 »dida ya esta, me hallé tan desanimado y melan-

»lancólico que determiné abandonar para siem-
 »pre el mundo , sepultándome en la misma so-
 »ledad que el virtuoso Alvarez había elegido.
 »Llegué á Monserrate , fuí corriendo á la
 »Hermita de Alvarez ; ¡pero infeliz de mí!
 »aquel venerable anciano se acercaba ya al
 »término de sus trabajos. Le hallé próximo al
 »sepulcro : me recibió no obstante con aque-
 »lla afabilidad é inalterable dulzura que le ca-
 »racterizaban. Le dí parte de mi desgracia,
 »me escuchó enternecido, diciéndome des-
 »pues : ¡oh cuánto me alegrára que hallases
 »en este pacífico asilo algun alivio á tus ma-
 »les!...Si quieres establecerte en esta gruta en
 »breve la poseerás solo...¡Pluguiera al Cielo
 »que del mismo modo que te la cedo me fue-
 »se posible dexarte tambien la tranquilidad de
 »que gozo!

»Tal fue la acogida que me hizo Alvarez:
 »no me cansaba de admirar cada vez mas una
 »virtud tan perfecta. Lexos de que su presen-
 »cia aumentase mi turbacion y remordimien-
 »tos, quando estaba en su compañía me sentía
 »mas sosegado ; hallaba una dulzura inexpli-

»cable en oírle , contemplarle y servirle ; ca-
 »da instante se aumentaba mi afecto , y en
 »breve hubiera deseado prolongar sus dias,
 »aunque hubiese sido á costa de los míos. No
 »le había referido al principio mis desgracias
 »por extenso, solamente le había dicho que mi
 »Hijo me había abandonado, y que guiado de
 »algunos indicios le había buscado (aunque en
 »vano) en Francia. Pero habiéndome instado
 »Alvarez algun tiempo despues que le refirie-
 »se mas por menor mis sucesos, le hablé de
 »aquellos dos versos portugueses que había en-
 »contrado en el quarto de la posada de Loxa.
 »No bien hube acabado de pronunciar el nom-
 »bre de Dalinda, quando Alvarez interrumpién-
 »dome , me dixo : traeme de aquel armario
 »el libro en donde de diez años á esta parte
 »voi sentando los nombres de todos los estran-
 »geros que han venido á visitar esta Hermita.
 »Al punto voi volando al armario , le traigo
 »el libro , y Alvarez me hace leer la nota si-
 »guiente : *Hoi 20 de Junio ha venido á verme*
 »*una familia Sueca ; el Padre, que se llama The-*
 »*lismar, habla bastante bien el Portugués : me ha*

»encantado con su instruccion y sencillez: vie-
 »ne de vuelta de Portugal y va á Cadiz, en don-
 »de cuenta embarcarse para pasar al Africa. Su
 »Hija es sumamente hermosa y modesta. Su Pa-
 »dre ha querido que me enseñase algunos de sus
 »dibujos. Ha sacado de su faldriquera una car-
 »tera en que habia varios países copiados del na-
 »tural, uno solo hai hecho de memoria, y es pre-
 »cisamente el mas perfecto y gracioso. Este país
 »representa la fuente del Amor en la Provincia
 »de Beira. La hermosa doncella se llama Da-
 »linda. Esta nota aclaró todas mis dudas, y
 »me causó el primer gozo que habia experi-
 »mentado desde que Alfonso me dexó. Aun
 »me quedaban muchas inquietudes crueles,
 »pero á lo menos ya habia tenido algunos in-
 »dicios ciertos que hacían revivir la esperanza
 »de poder encontrar á mi Hijo. Tambien supe
 »de Alvarez que Thelismar le habia dicho que
 »sus viages durarían quatro años antes de vol-
 »ver á su Pátria. Por tanto, prosiguió Alva-
 »rez, si tu Hijo está con él, no puedes verle
 »hasta que pasen dos años; pero solo en Sue-
 »cia podrás adquirir noticias ciertas de Alfon-

»so...No, Alvarez, le interrumpí, no, yo no
 »le abandonaré á Vmd. en el estado en que se
 »halla...¡Oh Alvarez! Vmd. ha franqueado un
 »asilo á su perseguidor; Vmd. le ha dado con-
 »sejos, le ha consolado, y le permite servir-
 »le y aliviarle... Tanta magnanimidad, al mismo
 »tiempo que aumenta mi arrepentimiento dis-
 »minuye no obstante los espantosos temores
 »que me causaban mis remordimientos. Al
 »ver que Alvarez no está ya irritado contra
 »mí, me parece que el Dios de las vengan-
 »zas que me persigue debe aplacarse. Sola-
 »mente á la Religion debo la sublime pie-
 »dad que Vmd. me manifiesta; pero si su cora-
 »zon pudiese admitir parte de los sentimien-
 »tos del mio...aun me atrevería á esperar la
 »proteccion del Cielo...En tanto que le ha-
 »blaba de esta suerte mis ojos se llenaban
 »de lágrimas. Mirándome Alvarez enterne-
 »cido, me dixo, ¿Pues qué mi amistad po-
 »dría disminuir tus infortunios y calmar la
 »cruel agitacion de tu alma?...Ya puedes es-
 »tar contento...Yo admito tu cuidado, tus
 »socorros...tu mano, sí, la mano de Don

»Ramiro cerrará los ojos de Alvarez...
 »Al pronunciar estas palabras no pudo el
 »virtuoso anciano reprimir su llanto. Demasia-
 »do conocí el cruel recuerdo que le atormen-
 »taba el corazon...;Al tiempo mismo que me
 »aseguraba de su amistad, el infeliz lloraba
 »á su Hijo!...La noche que se siguió á esta con-
 »versacion sintiéndose Alvarez mas oprimido
 »que lo regular quiso levantarse. Se apoyó en
 »mis brazos, y pasó á su jardin, en donde se sen-
 »tó. Los rayos de la Luna daban sobre su ros-
 »tro: su luz plateada haciendo mayor la pali-
 »dez de él aumentaba la dulzura de su fisono-
 »mía, y de la angusta serenidad retratada en
 »su frente. Levantó los ojos y las manos al
 »Cielo, se mantuvo en esta postura inmovil y
 »como arrobado algun tiempo, y despues vol-
 »viéndose á mí: oh tú, me dixo, que tres
 »meses hace me tributas todo el cuidado que
 »un Padre podría esperar del Hijo mas aman-
 »te...Recibe en fin todo lo que te puedo de-
 »xar...Recibe la bendicion paternal de Alva-
 »rez. ¡Oh, Padre mio, exclamé, arrojándome
 »me á sus pies, amado Padre! ¡Ah! ¿Qué me

»anun-

»anuncia Vmd.?...Sí, replicó Alvarez con voz
 »débil, vas á perder un Padre que la Reli-
 »gion te había dado...dentro de un instante,
 »Hijo mio, compareceré delante del Sér Su-
 »premo, cuyos mas sublimes atributos son la
 »clemencia y bondad...;Oh Dios, prosiguió
 »Alvarez arrodillándose junto á mí...Dios, mi
 »Criador y mi Juez! Ya me veo inmediato á
 »aquel tremendo instante en que el mas vir-
 »toso de los hombres debe temer tu justi-
 »cia...;Me atrevo á esperar en tu misericor-
 »dia!...;Hé sabido perdonar!...;Mira en qué bra-
 »zos espiro!...;Mira por quien corren mis lá-
 »grimas!...;Mira á favor de quien te imploro!...
 »Escucha, Dios mio, los gemidos de Don Ra-
 »miro. Su alma no está corrompida, es sensi-
 »ble, y puede elevarse hasta tí...Acaba de
 »purificar su corazon y de abrir sus ojos...
 »¡Vuévele su Hijo! Vuévele la paz y la felici-
 »dad!...;Dignate de oir la postrer súplica de
 »Alvarez!

»Al acabar estas palabras reclinó su cabe-
 »za en mi pecho, y mis lágrimas regaron su
 »rostro venerable...;Infeliz de mí! ¡Yo acaba-

»ba de recibir su último aliento!... Ya no exis-
 »tía Alvarez... Experimenté con su pérdida to-
 »da la amargura que puede causar la muerte
 »del Padre mas amado y mas digno de serlo.
 »No obstante empezaba ya á gozar de los fe-
 »lices frutos de la solemne y dulce bendicion
 »que me había dado : Al acordarme de las
 »últimas palabras de Alvarez , ya me parecía
 »que no era yo una víctima destinada á las
 »venganzas del Cielo ; las mas lisongeras es-
 »peranzas expelían de mi corazon los funes-
 »tos presentimientos que antes me inspira-
 »ban mis delitos.

»En el recinto de la humilde morada de
 »Alvarez, al lado de una fuente , á la que ha-
 »cían sombra unos olivos, levanté con mis pro-
 »pias manos el túmulo silvestre que debía
 »contener las preciosas reliquias del mas vir-
 »tuoso de los hombres. Al punto que cumplí
 »con esta obligacion no aspiré á otra cosa
 »mas que á ir á Suecia. Pero para empre-
 »hender tan largo viage necesitaba de dinero.
 »Escribí á Portugal suplicando que se me con-
 »cediesen dos años adelantados de mi pensión

»exponiendo los motivos que me obligaban á
 »ello: se me concedió esta gracia. Fui por la
 »última vez al sitio en donde descansaban las
 »cenizas de Alvarez ; regué con mis lágrimas
 »la yerva y las flores que crecían sobre su túm-
 »ba. Hecho esto salí de España y tomé el ca-
 »mino de Suecia. Mi primer cuidado luego
 »que llegué á Stokolmo fue el de informar-
 »me de si Thelismar estaba de vuelta en su
 »Pátria. Supe que no volvería sino dentro de
 »un año ; que su Muger y su Hija no le ha-
 »bían acompañado , y que vivían en una quin-
 »ta inmediata á Salseberitz: y quando me dispo-
 »nía para ir las á ver , supe que estaba para lle-
 »gar á Stokolmo un amigo íntimo de Thelis-
 »mar llamado Federico que había viajado al-
 »gun tiempo en su compañía. Entonces que-
 »riendo absolutamente ver á Federico me que-
 »dé en Stokolmo. Le estuve aguardando algu-
 »nos meses , al cabo de los cuales llegó. Fui
 »á verle , y le hablé sin darle á conocer. Le
 »hice varias preguntas acerca de Thelismar , y
 »supe sin que me quedase duda que Alfonso
 »vivía , y que la Providencia le había puesto

»bajo la custodia y entre las manos de un
»hombre tan sabio y virtuoso.

»Enterado ya del paradero de mi Hijo,
»sentí mas que nunca la desgracia de que me
»hubiese abandonado... Ignoraba yo su arrepen-
»timiento y su dolor, é ignoraba asimismo que
»me hubiese escrito... No habiendo estado en
»Lisboa desde que me dexó mas que una sola
»vez, y esa de paso, y no habiendo vuelto á la
»Provincia de Beira no pude recibir sus cartas,
»que sin duda se habrán perdido. No pudo
»decirme Federico en qué parte del mundo se
»hallaba entonces Thelismar, por lo qual me
»determiné á ir á Salseberitz. No hallé en es-
»ta Ciudad, ni á la hermosa Dalinda, que tan-
»to deseaba ver, ni á su Madre. Me dixeron que
»habían ido á viajar, y que no volverían sino
»hasta venir con Thelismar. Vine despues á
»esta quinta; hice varias preguntas á los cria-
»dos, que me respondieron asegurándome
»que Thelismar había vivido siempre en ella,
»y que le esperaban dentro de tres meses. Esta
»certeza me obligó á establecerme en Salsebe-
»ritz, en donde me mantuve oculto y desco-

»nocido. Mi proyecto era ponerme delante de
»mi Hijo luego que llegase; ver el efecto que
»producía en él esta primera vista, y si su co-
»razon no correspondía al mio, abandonarle
»para siempre, yendo á acabar mis tristes dias
»al lado del sepulcro de Alvarez.

»Entretanto no llegaba Thelismar; mas
»de un año pasé en este estado, que cada dia
»me era mas insoportable. Iba á escribir á Por-
»tugal para avisar del sitio á donde me había
»retirado, y pedir que me enviasen mi pen-
»sion, quando me asaltó una enfermedad.
»Unas calenturas ardientes me privaron algun
»tiempo del uso de la razon: en esta ocasion,
»un traidor que me servía de criado huyó lle-
»vándose toda la ropa y dinero que me que-
»daban. El hombre en cuya casa estaba hospede-
»dado tuvo la humanidad de ocultármelo has-
»ta que estuve enteramente restablecido. En-
»tonces me hizo saber esta desgracia... me su-
»jeté á ella con valor: miré este último revés
»como un medio que el Cielo me concedía
»para acabar de expiar mis culpas. Esta idea
»me alentó, y conocí que la dulce y piadosa

»resignacion presta mas auxilios á los infelices
 »que la esperanza misma. Escribí á Lisboa, y
 »en tanto que venía una respuesta, que aun
 »no he tenido, solicité que me diesen que tra-
 »bajar en las minas de plata: lo conseguí, y
 »he vivido tres meses en aquellos profundos
 »subterranos.»

No bien había acabado Don Ramiro su narracion, quando Alfonso, cuyo llanto la había interrumpido varias veces, se arrojó á sus pies, y le dixo las expresiones mas tiernas que el arrepentimiento, la gratitud y el amor pueden inspirar á una alma noble y sensible. Don Ramiro en el colmo de la dicha apretaba á su Hijo entre sus brazos, y le bañaba con sus lágrimas, y Thelismar encantado los contemplaba en silencio.

Finalmente, Don Ramiro, Thelismar y Alfonso marcharon á Stokolmo. Thelismar presentó á Alfonso á la amable Dalinda. Alfonso se desquitó del penoso silencio á que Thelismar le había condenado tanto tiempo. Quando Dalinda supo que era amada cinco años había, conoció el poder que el honor y la gra-
 ti-

titud tenían en su amante. ¡Quánto se aplaudió Alfonso entonces de haber sido fiel á su promesa! Este virtuoso esfuerzo le había granjeado el aprecio y amor de Dalinda.

El venturoso Alfonso recibió la mano de Dalinda; justificó con su conducta y virtudes la eleccion y afecto del generoso Thelismar; reparó sus culpas para con su Padre con una sumision y cariño sin límites: nunca se separó de él; fundó su gloria y felicidad en cumplir debidamente con las obligaciones de la naturaleza, gratitud y amistad, haciendo felices á su Padre, á su bienhechor y á su Esposa.

¿Pues qué, dixo Carolina como apesadumbrada, se ha acabado ya la historia de Alfonso? Y la *velada* tambien; replicó su Madre levantándose.—¡Oh qué lástima!... ¿Y las notas?—Mañana empezaremos á leerlas.—¡Qué deseo tengo de oírlas!—Y con razon, porque son mucho mas curiosas que mi cuento; pero ahora vámonos á acostar.

Al dia siguiente preguntó la Marquesa á sus Hijos si había desempeñado bien la pro-
 me-

mesa que había hecho de componer un cuento que fuese tan maravilloso como los de encantos, y cuyos prodigios no obstante serían verdaderos. Sí Señora, respondió Carolina; y pues que en la naturaleza hai cosas tan extraordinarias y curiosas, puede Vmd. estar cierta que de aquí en adelante no iremos á buscar en los cuentos de encantadoras las cosas prodigiosas que tanto nos agradan.—Quando leais libros instructivos sabreis otra infinidad de cosas tan admirables como las que os he contado. Si yo hubiese querido emplear todos los materiales que había juntado, hubiera sido la historia de Alfonso un tomo en folio: hubiera sido tambien mas divertida, porque, para abreviarla todo lo posible, he tenido que quitar varias descripciones y relaciones; varios fenomenos curiosos, y no obstante no había puesto en mis extractos sino hechos ciertos y comprobados. He omitido todos aquellos que me han parecido falsos ó dudosos. Si hubiese sido menos escrupulosa os hubiera hablado de un lugar cuyos habitantes se vuelven locos á la edad de diez y ocho años;

de

de una fruta de la Virginia (a) que no se puede comer sin padecer un delirio por tiempo determinado; de un árbol cuyas ramas, aunque verdes, despiden tanta luz como una hacha; (b) de un animal que tiene media lengua de largo (49) &c. Os hubiera hecho la descripción de una cosa mas atestiguada y menos fabulosa: hubiera pintado á Thelismar en medio de los mares agitados, mandando al parecer á los elementos, y calmando á su arbitrio las borrascas; (50) pero no he querido poner estos prodigios dudosos, quando por el contrario he tenido que omitir otros muchos del todo ciertos. A esto debeis añadir que hai muchos de estos últimos que yo no conozco, y así podeis juzgar del gusto que os hubiera dado mi cuento si le hubiese compuesto una persona verdaderamente instruida.

En efecto, dixo entonces el Abate, me parece que hubiera Vmd. podido sacar mas partido de los fenomenos de la electricidad;

(a) Esta fruta es una especie de manzana.

(b) Vease la Geografía Física por el Abate Sauri, tom. 1.

ya fuese en accion en el discurso del cuento , ó ya en explicacion en las notas. Le aseguro á Vmd. , replicó la Marquesa , que he hecho todo quanto podía ; y si no he puesto mas ha sido por una razon mui buena : esta es , que no entiendo una palabra de Física ; he asistido , como *otra qualquiera* , á un curso de Física , pero me sucede lo que á *otra qualquiera* , que no por eso sabe ni entiende de Física... Pero , replicó el Abate , si Vmd. me hubiese creido capaz , me hubiera encargado con gusto de esta parte de las notas. Amigo mio , respondió la Marquesa , nunca debe una muger permitir que hombre alguno añada una sola palabra á ninguna obra que ella haya compuesto. El hombre á quien consulte , pasará siempre por el inventor , y á ella la acumularán que se honra con trabajo ageno. Qualquiera puede ser virtuoso , y mal autor , pero no puede ser estimable aquel que se apropia una obra que no ha hecho : por tanto se debe evitar con el mayor cuidado todo lo que pueda ocasionar una acusacion tan denigrativa. Vaya Vmd. contando las muge-

res

res que han escrito con algun aplauso , y hallará que casi todas han padecido , aunque injustamente , la nota de esa vileza. Son tantos los exemplos de esta clase que deberían obligar á las mugeres literatas á no consultar nunca á los hombres que lo son , ni tener amistad estrecha con ellos.

Esta conclusion hirió vivamente el amor propio del Abate. Segun eso , dixo sonriéndose , no sin algo de malicia : ¿ si Vmd. , Señora , llega á ser Autora y hace imprimir sus obras no consultará á nadie ? Si por cierto , respondió la Marquesa , pero en ese caso buscaría la verdad , y no alabanzas y vanas lisonjas : para esto no me valdría de gentes extrañas , ni literatas ; juntaría solamente á mi familia , y la leería mis obras ; y si se durmiese , ó se enfadase de la lectura , me aprovecharía prudentemente de esta crítica , que me parece la mejor de todas.

No respondió el Abate , pero se le conocía en el semblante que no era de su gusto la decision de la Marquesa. Mudó esta de conversacion , y á breve rato volvieron los ni-

ños

ños á hablar del cuento. ¡Qué feliz era Alfonso, dixo César, en ver tantas cosas extraordinarias! Quando yo sea grande iré tambien á viajar con Papá... veré muchos árboles raros y animales singulares... Pues en punto de animales estraños, interrumpió la Marquesa, entre varios que había puesto en mis extractos, y que no he podido incluir en mi cuento, me acuerdo ahora de uno mui singular: ¿quereis que os le pinte?—Ah, sí Señora...—Figuraos un monstruo belludo, amarillo, que tiene ocho piernas, cada una armada con dos uñas mui grandes, y entre ellas una esponja mojada: además de estas ocho piernas tiene este monstruo dos especies de manos con que agarra su presa: su rostro está cubierto de ojos como el de Argos; tiene en la frente ocho, colocados en óvalo, y le salen de la boca dos tenazas formidables, guarnecidas de agudos garfios...—¡Oh qué monstruo tan feo y espantoso!—Pues aun es mas particular el animal de que voi á hablaros. ¿Creeréis que hai en la naturaleza un animal que se multiplica haciéndole pedazos; y que este mismo ani-

mal dividido en ocho, diez, veinte, treinta ó quarenta partes, se reproduce en cada una de ellas con entera perfeccion?—¿Y esto es cierto?... Facil es de adivinar, interrumpió el Abate, el nombre de ese animal...—¿Y el otro que Mamá nos ha pintado, dixo Pulchêria, le conoce Vmd. ? Confieso, replicó el Abate, que la descripcion que acaba de hacer la Señora es para mí un enigma. No obstante, dixo la Marquesa, es mui exâcta. Quizás habré omitido algunas particularidades, pero las señas que he dado son mas que suficientes para que qualquiera que haya leído su descripcion le conozca al instante...—Mamá, ¿en qué país se halla ese monstruo?—Es mui comun en Francia...—¿En Francia?—Seguramente, y en Borgoña tambien; mil veces le habeis visto en Champceri.—Aseguro á Vmd., Mamá, que no me acuerdo haber visto cosa que se le parezca... pero díganos Vmd. por Dios su nombre.—Pues bien, ese monstruo es la araña. (a) (51)—No creía yo que lo fuese. ¿Pues

(a) La descripcion anterior conviene mas particularmente á la araña casera.

qué, una araña tiene ocho ojos... una esponja mojada entre sus uñas... y tenazas á los lados de la boca?...—Si hubieses visto una araña con una lente, hubieras descubierto todo eso, y tambien podrías verlo sin ella en una araña algo gruesa.—Al instante encargaré á Agustín que traiga las arañas mayores que encuentre, porque quiero ver sin falta las esponjas, las tenazas y los ocho ojos...—Y yo os leeré la historia de las arañas francesas y estrañeras, y sé fixamente que os gustará mucho: hallareis en ella mil particularidades curiosas.—Y el otro animal que se multiplica cortándole, ¿cómo se llama?—Ese es el polipo de agua dulce. (52)—No le conocemos; no debe de haberle en Francia: es lástima, porque aun es más curioso que la araña.—Puesto que tantos deseos teneis de ver ese prodigio os daré el gusto de que hagais la experiencia vosotros mismos.—¿Con que los hará Vmd. venir de fuera?—No, mañana los tendreis.—¿Es posible?—Los estanques de Champceri abundan de ellos.—¡Nuestros estanques!... ¡y ni aun el nombre sabíamos de

un

un animal tan particular!—La naturaleza ofrece con abundancia en todas partes fenomenos los mas estraños. La ignorancia priva al necio del gusto de conocerlos y admirarlos, mientras que el hombre instruido halla á cada paso objetos dignos de excitar y satisfacer su curiosidad.—Mamá, de aquí en adelante preguntaremos, leeremos con reflexion, tendremos lentes para exâminar todos los insectos de Champceri, y á lo menos conoceremos las curiosidades que nos rodean.

El Abate, que aun estaba algo picado de no haber conocido la araña, habló en fin, y dirigiéndose á los niños les dixo: crean Vmds. que, como su Señora Madre les ha hecho observar muy bien, el cuento de Alfonso no contiene sino un corto número de los fenomenos que nos ofrece la Naturaleza: por exemplo, la Señora no ha dicho nada de los castores y elefantes... Quizás lo habrá hecho, dixo César, porque ya sabemos la historia de esos animales... Tampoco os he dicho nada, dixo la Marquesa de una infinidad de otros animales particulares y mucho menos cono-

cidos, como son el tucan, (53) el kamichi, (54) los murciélagos de América (55) &c.

El Abate que estaba devanándose los sesos para encontrar alguna de las maravillas que la Marquesa había omitido en su cuento, tomó la palabra diciendo: es cierto que, sin hablar de los animales, los reinos mineral y vegetal ofrecen un sin fin de fenomenos de que no ha podido hablar mi Señora la Marquesa en una obra tan corta. Me parece no obstante que hubiera podido colocar oportunamente en su cuentecito el árbol de cera; (56) la planta llamada sensitiva; (57) la que llaman fraxínela; (58) y la tela de araña. &c. (59)

Después de haber relatado esta nomenclatura el Abate, muy satisfecho de su memoria, se levantó y salió del quarto. Pulchêria se echó á reír; yo creo, Mamá, dijo, que Mr. Fremont se ha ido algo enojado contra Vind. Y en caso que así fuese, replicó su Madre, ¿para qué hácermelo advertir? Si fuese verdad que Mr. Fremont tuviese un poco de mal genio y de vanidad, sería tan-

to mas escusable quanto nunca ha vivido en el gran mundo, en el qual al tiempo mismo que las mas veces se pierden algunas virtudes, se adquiere casi siempre un genio complaciente, y la urbanidad que nos enseña á ocultar nuestros defectos y esos ridículos enfados, hijos del amor propio mal entendido. Varias veces te tengo ya dicho el respeto y amor que debes al Ayo de tu Hermano. Te he repetido tambien muy á menudo que no solamente no nos es lícito, aun con las personas de mayor confianza, hacer observaciones maliciosas sobre aquellas con quienes tratamos íntimamente, sino que tambien debemos apartar de nuestra imaginacion la memoria de sus faltas, y desechar los pensamientos que nos hacen acordar de sus defectos. Esta leccion affigió algun tanto á Pulchêria, y la hizo llorar; pero como no había dicho mas que una palabra sin reflexion, la que lloraba sin enfado y se arrepentía de veras de su yerro, facilmente obtuvo el perdon, y volvió á su acostumbrada alegría.

La velada de aquella noche y las de otras

siete se gastaron en leer todas las notas del cuento de Alfonso. Luego que se hubo acabado esta lectura, advirtió César que había un prodigio de los del cuento que no estaba explicado en ellas. En las Islas Canarias, (dixo) despues de la aventura de la cueva de los Ganchos, llega Alfonso á la orilla de una laguna; en aquel sitio vé la columna de aire, y despues aquel granizo formidable; y despues quando sehalla con Thelismar, este le refiere todo lo que le ha sucedido, añadiendo que le ha estado viendo sin embargo de estar separados á distancia de dos leguas. En efecto, replicó la Marquesa, no he aclarado ese punto en mis notas; pero si mañana quereis venir á almorzar en el terrado que está al cabo del jardín os diré el secreto de Thelismar. Admitieron los niños la cita con sumo gusto, y antes de las ocho de la mañana ya estaban todos en el terrado. Hallaron puesta en él una máquina que movió su curiosidad, preguntaron lo que era. Este es un telescopio, les respondió su Madre: siéntate aquí, Carolina, y mira por este vidrio... ¡Qué veo! exclamó Carolina...

Una casa que me parece que está dentro del jardín...No obstante, replicó Madama de Cle-mira: hai dos leguas de distancia de aquí allá. La quinta que vés es la de Mr. de Luzane.— Es increíble; distingo claramente todos los que pasan por el corral que hai á la entrada... Ahora está dando de comer una criada á las gallinas...Ahora llevan las vacas á pacer...Una vieja entra por la puerta y pide limosna...A este tiempo Carolina tuvo que ceder el asiento á su hermanita.

Luego que Pulchéria miró por el telescopio dió un grito de alegría. ¡Ah Mamá! dixo, ahora veo á Sidonia, no hai duda, ella es...está hablando con las criadas...apostaré que el gobierno del corral está á su cargo, porque parece que las manda alguna cosa...¡quánto gusto tendría yo si fuera mas grande en cuidar como ella del corral!...ahora se baxa al suelo...ya se levanta...ahora vuelve á baxarse...sin duda que está recogiendo huevos...justamente; la dan una cesta en donde los va poniendo... ahora se vuelve ácia la pobre muger que se está á la entrada...se acerca á ella...la está hablan-
do

do...la hace entrar en el corral...la vieja se sienta sobre un banco...Sidonia le da su cesta, y despues se va corriendo. La muger se queda esperando...Yo tambien quiero ver, dixo César...—Déxame mirar otro poco, hermanito... Ya vuelve Sidonia...pero anda mui despacio... tiene en las manos una cazuela...¿Si será leche ...Seguramente, y se la da á la pobre...¡Ah! ¡Quánto quiero á Sidonia!...Al decir esto se levantó Pulchêria, y César ocupó su puesto. No vió ya cosa particular: Sidonia se entró en la casa; pero comprehendió finalmente de qué modo Thelismar había podido ver claramente á Alfonso á pesar de la distancia que los separaba.

En todo el dia no se habló de otra cosa mas que del telescopio y de Sidonia. Pulchêria admiró el raro modo con que había descubierto el génio benéfico de aquella amable jóven. No creería ella, prosiguió Pulchêria, que estábamos viendo todo lo que hacía. La casualidad, dixo la Marquesa, y una infinidad de circunstancias imprevistas descubren cada dia acciones mucho mas ocultas que estas. Por tan-

to lo mas seguro es obrar siempre del mismo modo que obraríamos delante de testigos; porque además de que Dios nos vé y nos juzga en todos los instantes de nuestra vida, la casualidad, la curiosidad humana, la indiscrecion de los criados y la deslealtad de los amigos falsos, publican á cada instante nuestras acciones mas ocultas.

Despues de comer preguntó la Marquesa á su Hijo, qué le había parecido un libro que le había dado algunos dias antes, era este la vida del Delfin, Padre de Luis XV. (a) César respondió que lo que mas le gustaba eran los pormenores en que entraba el autor hablando de la niñez de aquel Príncipe, contra la costumbre de casi todos los escritores, que siempre hablan de los hombres y nunca de los niños: dixo tambien que le había gustado infinito una fábula que el Duque de Borgoña había compuesto siendo aun niño. La fábula se intitula: *El Caminante y sus perros.* (b)—

¿Qual

(a) Por el Abate Proyart.

(b) Vida del Delfin, Padre de Luis XV. tom. 1. pag. 31.

¿Qual es el asunto de ella?—Se reduce á que *Licas* va de viage llevando por compañía á sus tres perros, y por provision quatro panes. Llega á un monte espeso, y á la orilla de un arroyo le acomete una fiera. Sus perros la embisten y la matan...En recompensa *Licas* da un pan á *Vorax* (que así se llamaba uno de los tres perros) y *Vorax* huye al punto: da otro pan á *Cerbera*, que tambien hecha á huir. El tercero llamado *Gargas* se presenta con la esperanza de alcanzar igual premio; pero *Licas* que era prudente, al ver que cada pan le costaba un perro, no dió á *Gargas* mas que un pedazo, y *Gargas* no huyó, sino que se quedó con él para lograr lo restante...A esto se reduce...—¿Y dime qual es la moralidad de esta fábula?...—Mamá, no me acuerdo muy bien...pero aquí tengo el libro; voi á leer á Vmd. el fin de la fábula; dice así: «O Príncipes, quando encontréis guías capaces de dirigirlos y defenderos en el peligroso monte de este mundo, guardaos de ponerlos en estado de queno os necesiten, hasta tanto que vosotros no los necesiteis á ellos.»

Me

Me persuado, dixo la Marquesa, que no has penetrado el verdadero sentido de esa moraleja; voi á explicártela en términos mas claros conservando el mismo pensamiento. Oye lo que significa:

«O Príncipes, si lograis tener Ministros hábiles, Generales diestros y amigos fieles, guardaos bien de cumplir con ellos como debeis; guardaos de recompensar dignamente su zelo y servicios, no sea que despues de haber alcanzado de vosotros quanto podían esperar os abandonen. O Príncipes, sed injustos, sed ingratos para que os sirvan y sean útiles.»

¡Ah Mamá, exclamó César; ¿Es posible que sea ese el verdadero sentido de la fábula?—No hai duda en que es el sentido literal de la moralidad con que acaba: reflexiónalo bien y lo verás tú mismo...—Es verdad. ¿Pues cómo no lo he conocido desde luego? ¿Cómo me ha podido gustar esta fábula?—Has admirado en este libro tan estimable la sola cosa que hai reprehensible. Si leyeses con menos rapidez y con mas atencion, no incurrirías en unos errores tan crasos.

Aque-

Aquella misma noche á la hora de la velada la Baronesa dixo á César: te has quejado de que los historiadores no hablan bastante de los niños; vamos á convencerte de que tu queja es infundada, porque toda la noche la emplearemos en referir casos históricos, cuyos personajes serán todos niños...—Ai Abuelita mia, ¡qué bueno es eso!—Verás que los niños sobresalientes son mas comunes de lo que imaginas.—¿Con que nos contará Vmd. varios pasages?—Tu Madre, el Señor Abate y yo os contaremos alternativamente una historia hasta tanto que ya no nos acordemos de mas, lo que seguramente llenará todo el tiempo de la velada. Yo empezaré, continuó la Baronesa, escuchadme:

Chan-chí, Emperador de la China, tenía tres Hijos. Los dos primeros nada tenían de particular; pero el último, llamado *Kang-hi*, era las delicias de su Padre y Maestros. Este niño era dócil, sensible, aplicado, sincero y activo: sabía dominarse; se podía fiar en sus promesas, porque su palabra era inviolable. Quando había tomado una resolución

útil

útil y prudente, la mantenía con una perseverancia invencible. Se abrasaba en deseos de instruirse, de sobre salir, de merecer el afecto de su Padre y de obtener la aprobacion de todos los que le rodeaban. Siempre veía todos los rostros contentos. Cada leccion que daba le ofrecía el gusto de oír alabar su aplicacion y su ingenio: todos le amaban y se ocupaban con gusto en sus recreos y diversiones; encontraba en todos la indulgencia á que la virtud y buena conducta tienen tanto derecho. Si por casualidad incurria en alguna falta no le reñían, antes al contrario se afligían con él. En fin este amable Príncipe experimentaba que los niños mas bien inclinados son tambien los mas felices.

De allí á algun tiempo cayó malo el Emperador. El mayor de sus Hijos no tenía entonces mas que doce años, y el último (que era este amable *Kang-hi*) entraba en los nueve. Conociendo el Emperador que era mortal su dolencia hizo llamar á sus Hijos, y habiéndoles declarado que su fin se acercaba, les preguntó qual de ellos se sentía con bastan-

tan-

tantes fuerzas para mantener el peso de una corona recién conquistada. (a) El mayor se eximió disculpándose con su poca edad, y suplicó al Emperador que dispusiese á su arbitrio del Imperio. Entonces Kang-hi se arrodilló delante de su Padre, regó con sus lágrimas la mano que le alargaba, y despues de un instante de silencio le dixo: »Yo por mí, Padre »mio, me siento con fuerzas para imitarle á »Vmd. Mas quiero la gloria que los placeres y »descanso. Si el Cielo nos priva de Vmd., y »si su eleccion recae en mí, prometo tomar á »Vmd. por modelo, y hacer felices á mis pue- »blos.» Esta respuesta hizo tanta impresion en Chan-chi, que al punto le nombró por su sucesor baxo la tutela de quatro personas por cuyos avisos debía dirigirse. (b) Kang-hi justificó el amor y eleccion de su Padre; se instruyó y acabó de perfeccionar sus luces y conocimientos. Apartó de su Corte los lisonje-

(a) *Chan-chi* era Hijo de Tsun-te, Fundador de la nueva Dinastía Tartaro-Chinesca, que reina en el Imperio del Caráy desde la mitad del siglo pasado.

(b) *Kang-hi*, subió al Trono el año 1661.

ros y chismosos; supo recompensar dignamente el mérito, los talentos y la virtud; fue justo, benéfico, amante de la paz, y mereció el renombre de bienhechor y Padre de sus pueblos. (a) (60)

No podré yo, Hijos míos, (dixo Madama de Clemira luego que la Baronesa hubo acabado) referiros un caso mas singular que el que acaba de contaros vuestra Abuelita, porque no puede haberle mas extraño que el de un niño de ocho años, que por sus razones, conducta y bellas prendas sabe merecer el Trono del Imperio mas vasto del Universo; pero os contaré tambien los hechos de otro Príncipe de su misma edad, y que con el tiempo fue uno de los mas grandes Monarcas de su siglo. Reinaba en Polonia el Duque Uladislao, (b) tenía un Hijo llamado Boleslao, de edad de nueve años, cuya actividad, aplicacion, buen genio, paciencia y bondad prometían las mayores esperanzas. Acababa la

(a) Vease el Compendio de la Historia general de los Viajes, tom. 7 pag. 158.

(b) En el año 1094.

Bohemia de declarar la guerra á la Polonia; un dia que Uladislaio daba las órdenes convenientes al General de sus tropas en presencia de su Hijo, este, que había escuchado con suma atencion quanto habían dicho, se arrojó repentinamente á los pies de su Padre, suplicándole le permitiese ir á la guerra baxo las órdenes del General. Acompañó estas instancias con razones tan persuasivas, tan justas y tan estrañas en su edad que el Duque igualmente admirado y enternecido le concedió lo que pedía. Se le encargó al General, y al punto marchó con él para el Exército.

Luego que llegó el Príncipe á él se granjeó la estimacion y admiracion de todos, siempre estaba atento á quanto se hacía; pero manifestaba una inteligencia tan extraordinaria, que facilmente se hubiera podido pensar que nada le era nuevo, y que no aprendía sino que se acordaba de quanto veía executar. Afable y liberal para con los soldados, lleno de política y urbanidad para los Oficiales, cautivó todos los corazones. Su magnificencia no resplandecía mas que en sus dones, solo se

la

la echaba de ver en su generosidad. Fuera de esto su alimento era el ordinario de los soldados; la tierra era su lecho, padecía alegremente las intemperies é injurias del tiempo. Siempre el primero en las mayores fatigas, y obstando un valor igualmente natural y brillante, parecía que no aguardaba el logro de la empresa sino de sus acciones. En una palabra; todo en él anunciaba las virtudes y hazañas con que había de llegar á ser un dichado de gloria para los Príncipes que reinasen despues de él. Su exemplo, que atendida su corta edad tenía mas eficacia, redobló el ardor y confianza de los Polacos: los Bohemios fueron derrotados en varios encuentros, y Uladislaio disfrutó de la inexplicable dicha de deber á su Hijo, en la edad de nueve años, la mayor parte de las felices resultas de aquella campaña.

Lo restante de la vida de Boleslao correspondió á tan gloriosos principios. Aunque guerrero y conquistador, fue humano, fue sensible, se ocupó en hacer la felicidad de sus pueblos, y supo merecer su amor haciéndolos

los felices. Este Príncipe era demasiado virtuoso para no poseer en grado eminente el amor filial. Todos los historiadores se extienden notablemente en pintar el cariño que tenía á su Padre. Quando tuvo la desgracia de perderle fue su sentimiento tal que acabó de manifestar toda la hermosura de su alma, y esto le hizo aun mas amado de sus pueblos. Quiso Boleslao llevar luto cinco años enteros por un Padre á quien lloró toda su vida: quiso que su imagen gravada con caractéres indelebles en lo íntimo de su corazón, estuviese tambien presente de continuo á sus ojos. Dia y noche tenía puesta al cuello una medalla en la qual estaba gravado el retrato de Uladislao: la miraba incesantemente para acordarse, decía, de las virtudes de un Padre tan digno de su amor y de su llanto. Quiso finalmente que el hijo que mas amaba le sirviese tambien de recuerdo; á cuyo fin le puso el nombre de Uladislao. (a) Ahora, Señor Abate, añadió la Marquesa, le toca á Vmd. No referiré, respon-

(a) Véase la Historia general de Polonia por el Caballero de Soliñac, tom. 1 pag. 313. y tom. 2 pag. 9.

pondió el Abate, casos tan bellos como los que Vmds. han contado, porque no me acuerdo por ahora sino de los hechos absolutamente desnudos. César tiene diez años, y quando su maestro de dibuxo le dice que si de dos años á esta parte se hubiera aplicado mas, estaría actualmente en estado de dibuxar cabezas al natural, da á entender que juzga ser mucho en su edad poder copiar con alguna exactitud: no será, pues, inutil decirle que el famoso pintor Pedro Mignard fue destinado al estudio de la medicina por sus parientes. En los ratos ociosos se entretenía en dibuxar. No tenía maestro, pero sí mucho gusto y aplicacion, y á la edad de once años hacía retratos mui correctos y parecidos. Entonces sus parientes le pusieron en casa de un pintor. Se dedicó enteramente á este arte y se hizo uno de los mejores pintores de la escuela francesa.

Otro pintor llamado Juan Bautista Vanloó empezó á pintar mui bien á la edad de ocho años. No pido yo tanto á César, pero quisiera que tuviese el deseo de sobresalir en quanto hace, y la noble ambicion de no

quedarse confundido entre la multitud de niños comunes.

No merecieron estas dos citas del Abate la aprobacion de los niños. César, aunque ofendido personalmente, no se atrevió á manifestar su opinion, y calló. Pero Pulchêria tomó la palabra, y con mas franqueza que urbanidad dixo sin rodeos que le habían gustado mucho mas las historias de Kang-hi y de Boleslao. Ya veo, Señorita, replicó el Abate, que no la agradan las lecciones directas. Se parece Vmd. en este punto á los tiranos, que no pueden tolerar la verdad á menos que no se les presente dulcificada y encubierta baxo del agradable velo de alguna ingeniosa fabula... Ah Señor Abate, interrumpió Pulchêria, yo no me parezco á los tiranos... Siempre me gusta la verdad, y aseguro á Vmd... pero ya conozco que he hecho mal; perdóneme Vmd. Mr. Fremont, y no forme mal concepto de mí...—Mí opinion, Señorita, es cosa poco importante...—Pues para hacerme ver que no está Vmd. enojado contra mí, yo le suplico por Dios, que tenga la bondad de darme

una

una *leccion directa*... á mí sola... me alegraré mucho...—Quando se desea oír la verdad tan de veras es preciso condescender. Diré á Vmd., pues, Señorita, que de tres semanas á ésta parte, tiempo en que el calor excesivo nos ha obligado á dar las lecciones de la tarde en la sala baxa, en la qual Vmds. trabajan en compañía de su Aya, mas de quatro veces he pensado que podia Vmd. aprovecharse mejor de lo que oía decir á su Hermanito; y acerca de esto la referiré un caso que nunca hubiera contado delante de Vmd. á no ser por la instancia tan viva que acaba de hacerme.

La Hija de Mr. Dacier, que con el tiempo fue la famosa y erudita Madama Dacier, no aprehendió en su niñez mas que á leer, escribir y hacer labores de muger: esta fue su educacion hasta la edad de once años. Su Padre tenía otro Hijo, al qual educaba con mucho esmero, y en tanto que le daba leccion, su Hermana estaba delante ocupada en hacer labor. Un día que el muchacho respondía mal á las preguntas de su Padre, su Hermana sin

TOM. II.

03

le-

levantar los ojos de su labor le sugería á media voz todo lo que debía responder. El Padre la oyó con una alegría igual á su admiracion, y desde entonces se dedicó enteramente á la educacion de una niña tan digna de todo su esmero. (a) Facilmente convenirá Vmd., Señorita, en que si esta niña en vez de atender á las lecciones se hubiese entretenido en hacer gestos y muecas á su Hermano, ciertamente no hubiera ocasionado á su Padre un gusto tan grande... No me acuerdo, dixo Pulchêria, poniéndose colorada, de haber hecho muchas muecas á mi Hermano...—Pues yo me acuerdo mui bien que el Lunes pasado le cosió Vmd. con mucho primor el vestido á la silla: que el Martes le pinchó dos veces con su aguja *para avivar*, segun Vmd. decía, *su atencion*; y que ayer le causó mil distracciones haciendo mil gestos, entre otros un cierto *hocico de liebre* que hizo reir tanto á Carolina que tuvo que salirse de la sala.

Al

(a) Vease la Historia literaria de las mugeres francesas, compuesta por una sociedad de literatos, tom. 2.

Al oír estas palabras Pulchêria, medio llorando, confundida y temerosa, miró á su Madre. No temas Pulchêria, la dixo la Marquesa, yo no hubiera sabido nada de eso si no hubieras deseado una leccion directa, y ciertamente no te reñiré porque has pedido que te se dixese la verdad sin disfraces ni rodeos. Solamente te haré observar que todas esas bufonadas nada tienen de amable; que no hacen reir algunas veces sino porque son ridiculas; que ese defecto es sobre todo chocante en una niña en quanto la hace que pierda la dulzura y la modestia que son el principal adorno de su sexô; y que en fin una criatura traviesa y revoltosa puede mui bien servir de diversion por algunos instantes á los de fuera de casa, pero necesariamente ha de ser insoportable á sus parientes y á todos los que viven con ella. Tambien tengo que reconvenirte acerca de otro punto, Pulchêria: tú me habías prometido tener confianza en mí, me habías asegurado que me confesarías siempre con claridad las faltas en que incurrieses, y no obstante no me has

dicho que habías distraído á tu Hermano mientras daba lección.

Mamá mia , respondió Pulchêria , no he dexado de hacerlo por falta de confianza , sino porque no conocía como ahora lo mal que había hecho ; y para que Vmd. vea que no es falta de confianza , confieso que Mr. Fremont no lo ha dicho todo. Ha olvidado que habrá unos ocho ó diez dias hice como que estornudaba durante la lección , haciendo una gran cortesía á cada estornudo... Mamá , añadió Carolina en tono triste , yo tambien estornudé un poco , é hice algunas cortesías ; y yo tambien , Señora , dixo el Abate , hice á lo menos quince cortesías , porque creí buenamente que estas Señoritas estaban resfriadas , y por tanto no hice mencion de esta ingeniosa travesura , porque me engañaron enteramente. Mamá , replicó Pulchêria , perdóneme Vmd. Sí , Hija mia , dixo la Marquesa abrazándola ; pero puesto que conoces ahora las consecuencias de todas esas malicias insulsas y pueriles , tén presente que no serías ya excusable si vol-

vic-

vieses á incurrir en semejantes faltas.

Prosigamos ahora , dixo la Baronesa , con las historias de niños : á tí te toca , Hija mia. Yo , respondió la Marquesa , referiré un rasgo de un niño de cinco años ; por tanto no se debe esperar gran cosa , pero este niño era Gustavo Adolfo , que llegó á ser con el tiempo uno de los mayores Monarcas de la Suecia. Se paseaba un dia con algunas criadas en una pradera cerca de Nicoping. Iba el niño corriendo á entrar entre unas zarzas , quando una de sus criadas , para obligarle á volver , le gritó diciéndole que toda aquella maleza estaba llena de serpientes muy grandes y venenosas que le picarían. Pues bien , respondió Gustavo , dame un palo y las mataré. Quisieron , pero en vano , disuadirle de este intento ; al modo que Hércules con su clava destruía todos los monstruos del bosque de Neméa , así el Príncipe niño , armado de una varita , entró por entre las zarzas determinado á acabar con todas las serpientes que hallase ; pero sus pesquisas fueron infructuosas ; no se presentó á su vista

mons-

monstruo alguno, y por aquel día se reduxeron sus hazañas á un paseo igualmente largo y penoso. (a)

Este rasgo, dixo la Baronesa, es prueba de que el valor sale del alma, y no del conocimiento de las fuerzas, ni de la reflexi6n. No se piden á un niño las prendas que por lo comun son hijas de la experiencia y del juicio, por exemplo, es mui natural que á veces sea inaplicado, incoeqüente y travieso; pero se quiere que manifieste aquellas virtudes que nacen del corazon; aquellas virtudes naturales que no necesitan de cultivo, y cuyas simientes tiene en su pecho todo niño bien inclinado. Y así un niño que fuese cobarde, inhumano é ingrato, sería un monstruo, si sus vicios no procediesen de una mala educacion...—Segun eso, Abuelita mia, nacen muchos monstruos, porque se dice que hai muchos ingratos, muchas personas de mal corazon...—La razon es porque hai muchas personas corrompidas. Raras veces produce la

na-

(a) Historia de Gustavo Adolfo, tom. 1. pag. 50.

naturaleza esta clase de monstruos; pero la mala educacion hace muchísimos.—¿Con que el haber muchos malos es por culpa de los Padres y de las Madres?—Generalmente sí; sin embargo puede un niño corromperse sin ser mal inclinado, y no obstante que se le haya dado una educacion mui buena...—¿Pues cómo?—Si no es dócil, y si no tiene gran fondo de sinceridad, los Padres mas vigilantes é instruidos no podrán preservarle de una infinidad de vicios, á los quales se entregará insensiblemente. ¿Os acordais de aquel pobre Brunet, lacayo que fue de mi Marido?—Sí Señora, aquel que murió hace dos años.—La herida que tenía en una pierna no era peligrosa; el mejor Cirujano de París le asistía; continuamente le servía una persona que no se apartaba ni un instante de él. Se advirtió que se quitaba los medicamentos que se le ponían sobre la llaga, lo que me obligó á ponerle otra persona que le zelase: nos vimos precisados finalmente á hacerle atar las manos; pero todas estas précauciones fueron vanas. Se estregaba las piernas una con otra, y

con

con un pie se quitaba la venda y el emplastro saludable que podía curarle. A esto se siguió la gangrena, y no bastaron para salvarle la habilidad y experiencia del Cirujano, la vigilancia de los enfermeros, ni la bondad misma de su complexión; murió... Un niño indócil y desobediente es la imagen mas propia de aquel desdichado. ¿De qué sirven los cuidados de los Padres, si el Hijo no conoce el valor de ellos; si no comprehende que solamente se le prohíbe lo que puede hacerle vicioso, y por consiguiente aborrecible é infeliz, y que no se le manda nada que no sea para asegurar su dicha?—Pero es preciso que un niño sea mui negado para no comprehender eso. Si nosotros desobedecemos alguna vez es por falta de memoria y de reflexión, y quando lo echamos de ver lo sentimos mucho.—Eso no basta: es preciso que me lo confeséis; debéis darmé parte de todo de la misma suerte que se va á consultar á un Médico quando se ha hecho algun exceso cuyas resultas puedan ser dañosas á la salud. Bien creo que el temor *de los medicamentos* hace á ve-

ces dilatar la consulta: pero en esto mismo consiste precisamente la necesidad de que César acaba de hablar. En efecto, solo un necio puede apetecer mas bien no curarse que hacer los remedios convenientes á su situacion, mayormente sabiendo de cierto que los remedios que se le aplicarán serán igualmente suaves y provechosos.

Quiero poner un exemplo: siempre os he encargado á las dos, Carolina y Pulchêria, que os acostumbreis á tener método y economía. En el tiempo de la larga enfermedad de vuestra Aya habeis tomado la mañana de no guardar, ni poner en su lugar las cosas, y de perder vuestros pañuelos, guantes &c. Lo he sabido al fin, pero ya mui tarde: este hábito ha degenerado en un vicio, del qual os corregireis con harta dificultad. Si desde el principio me hubieseis confesado estos descuidos, con solo la historia de *Eglantina* os hubierais emendado y hecho activas y cuidadosas.

Todos los circunstantes convinieron unánimemente en la verdad de estas reflexiones

de la Marquesa, y los tres niños prometieron que en adelante no harían ninguna falta, por pequeña que fuese, de la qual no avisasen al punto á su Madre con toda sinceridad. Prevengo á Vmd. Señora, dixo el Abate á la Baronesa, que si tiene algun rasgo que referirnos no queda ya tiempo para hablar, porque son cerca de las nueve y media. Lo que me queda que contar, respondió la Baronesa, no es mui largo. No me acuerdo ahora de otra cosa mas que de la batalla de Leucófœ, notable por una circunstancia, quizas única. En esta batalla se hallaron tres Reyes, el uno de edad de doce años, (a) el otro de diez, (b) y el otro de nueve, (c) y mandaron en persona sus exércitos. (d)

Yo tambien, dixo la Marquesa, voi á referir un caso sacado de la Historia de Francia. El desgraciado Carlos VI, á quien una cruel enfermedad privó del uso de la razon, hubiera sido, á no ser esta desgracia, un gran Rei.

(a) Clotario. (b) Teodoberto. (c) Teodorico.

(d) Teodoberto y Teodorico eran Hermanos. Vease la Historia de Carlo Magno por Mr. Gaillard.

Rei. Carlos V de Francia, su Padre, tuvo un cuidado mui particular en formar su corazon. Tenía gusto en sondear sus primeras inclinaciones. »Un dia, habiéndole llamado á su »quarto, le permitió escoger una alhaja entre las muchas que había en él. Despreciando el Príncipe niño todas las joyas y riquezas que veía, eligió como Achiles una espada que estaba en un rincon del quarto. En otra ocasion le presentó el Rei una corona de oro y una celada; el Príncipe escogió la celada, diciendo: Padre mio, guarde Vmd. para siempre su corona. Estas frioleras, que anunciaban una índole noble y animosa, llenaban de gozo á aquel sabio Monarca, tan amante Padre como virtuoso político.» (a)

Hasta aquí, dixo el Abate, no hemos citado sino niños distinguidos. Ahora voi á referir algunos quantos que se pueden llamar prodigiosos...» *Chrisiel le Berech de Exter*

(a) Historia de las Disputas de Felipe de Valois y Eduardo III. por Mr. Gaillard, tom. 2. Carlos VI. tenía doce años quando empezó á reinar.

»murió á los diez años en el de 1706. Era
 »Hijo de un Médico, sus obras póstumas se
 »han publicado en Aleman, y son varios trata-
 »dos ascéticos en los quales se nota un estilo
 »sencillo y mucho fondo de Religion."

Santiago Marini, Veneciano, defendió en
 Roma á la edad de siete años en el de 1647.
 varias conclusiones públicas de Teología, Ju-
 risprudencia, Medicina y otras ciencias.

El Hijo de Mr. Baratier, llamado Juan
 Felipe, hablaba perfectamente Latin á qua-
 tro años, y á los cinco sabía el Griego. Des-
 pues aprehendió el Hebreo, y á los seis años
 sabía quatro lenguas, la Historia y la Geo-
 grafía.

Se puede poner en el número de los ni-
 ños célebres *al Baron de Helmsfeld*, Sueco, que
 murió en 1674. Su juventud verificó las es-
 peranzas que había dado desde su mas tierna
 edad. A los diez y siete años fue admitido en
 la Real Sociedad de Londres: á los veinte ha-
 blaba diez lenguas, era excelente Matemáti-
 co y gran Jurisconsulto.

Christiano Henrique Heinekein, natural de

Lu-

Lubeck empezó á hablar á los diez meses. A
 los dos años tenía un conocimiento superficial,
 pero casi general de la Historia antigua y mo-
 derna y de la Geografía. A los cinco sabía ade-
 mas tres lenguas que hablaba con igual per-
 feccion.

Finalmente *Adriano Baillet*, á quien de-
 bemos un excelente tratado de los niños fa-
 mosos por sus conocimientos, cita otros mu-
 chos, y hubiera podido contarse él mismo en-
 tre ellos. Nació en 1705. en el Lugar de
 Nouvilles cerca de Bellovaques. Su Padre era
 Labrador. El jóven Baillet aprehendió á leer y
 á escribir en un Convento de Franciscanos, á
 donde iba á dar leccion; y aunque su Padre
 no se lo mandaba, andaba todos los dias tres
 ó quatro leguas por el deseo de instruirse. A
 poco tiempo despues un Eclesiástico instrui-
 do y benéfico se encargó de este niño tan
 digno de aprecio, y le hizo seguir los estu-
 dios. Baillet fue con el tiempo un sabio
 distinguido, y murió en 1749. No es el
 solo que ha recogido noticias acerca de los
 niños célebres por sus tareas literarias; otros

muchó. autores se han ocupado en lo mismo y nos han dado obras mui curiosas en esta clase. (a)

Me parece, dixo la Marquesa á Mr. Fre-mont, que por agradar á nuestro auditorio dixo Vmd. al principio que todos los niños de que iba á hablar eran prodigiosos. Es cierto que todos ellos son superiores á los nuestros; no obstante no hallo mas que uno solo que sea verdaderamente un prodigio, y es

(a). Entre otros Goezio, Kleffeker, Wolff, Seelen &c. Vease el Diccionario de las maravillas de la Naturaleza en la palabra *niños precoces*. Se puede tambien colocar entre los niños famosos á Eduardo VI. Rei de Inglaterra, Hijo de Henrique VIII. y de Juana de Seymur. Empezó á reinar á la edad de nueve años, y ya sabia entonces el Griego, el Latin, Francés é Italiano. Maria Stuard, Reina de Escocia, pronúnció públicamente en una sala del Palacio del Louvre en presencia de Henrique II. de la Reina Catalina de Médicis y de toda la Corte, un discurso latino que ella habia compuesto, en que probaba (contra la preocupacion tan generalmente arraigada) que es conveniente y mui útil al Estado el que las mugeres tengan instruccion: sabia tambien hacer versos franceses mui buenos para aquel tiempo; reunia además en sí todas las habilidades y gracias: bailaba, cantaba perfectamente, y tocaba con suma destreza varios instrumentos.

La historia del famoso *Pico de la Mirándula* es generalmente conocida, y asimismo es mui sabido que el célebre *Pascal* á doce años era mediano Geómetra.

el que hablaba á los diez meses. Todos los demás no me parece que son mas que unos niños mui aplicados. En efecto, respondió el Abate, todo su mérito no consistía mas que en una aplicacion constante junta con una suma docilidad. He leído con mucha atencion todo lo que hai escrito acerca de ellos, y he visto que todos tenían un respeto sin límites y mucho afecto á sus maestros, y por consiguiente una obediencia ciega y una dulzura inalterable. ¿Pero, replicó César, la memoria tan prodigiosa que tenían?...—Era fruto, no del entendimiento ni de los talentos, sino solamente de las prendas que acabo de decir. Siempre se acuerdan los niños de lo que oyen con atencion. La prueba de esto es que nunca se ha visto que un niño aplicado no tuviese una memoria mui singular. Además calcúle Vmd. si puede el tiempo que la impaciencia, el mal humor, las rabietas, las réplicas y razones fuera de tiempo hacen perder á un niño indocil y desobediente. Si se le reprehende, en vez de poner mas atencion y de escuchar con sumision, gasta el tiempo en dar excusas inú-

riles, y entonces se ve el maestro precisado á hacerle callar. Si obedece, se enfada, murmura en su interior, ya no oye nada, está distraído, colérico; ya es esta una lección perdida.—Pero no creo, Mr. Fremont, que Vmd. me repunte por un niño *indocil y desobediente*.—No por cierto, y á no ser así no estaría en su compañía. Vmd. es generalmente dócil y obediente, y no le falta aplicación, pero no posee todavía estas qualidades en un grado eminente, en dos palabras: no es lo que podía y debía ser.—Ah! le aseguro á Vmd. que nunca he tenido tanta emulación como ahora que sé que ha habido en todos tiempos tantos niños célebres, y puesto que para serlo no es menester mas que ser dócil y tener buen corazón, voi á hacer quantos esfuerzos pueda para conseguirlo, y espero que en adelante estará Vmd. contento de mis adelantamientos. Carolina y Pulchêria hicieron las mismas promesas á su Madre, y todos se fueron á acostar muy contentos de una velada que había producido tan buenas resoluciones.

La llegada de algunos conocidos que vinieron á pasar algunos dias en Champceri interrumpió las veladas; pero la noche misma del dia en que se fueron la Baronesa contó la historia siguiente.

LOS ESCLAVOS,

Ó PODER DE UN BENEFICIO.

Snelgrave era un Viagero Inglés, Capitan de un Navío de su Nacion y recomendable por su humanidad y virtudes; hizo muchos viages al Africa, (a) empleándose en lo que llaman trato ó comercio de negros, tráfico abominable, y que á pesar de lo admitido que está, no es menos vituperable puesto que ofende y ultraja á la naturaleza, y que no se puede hacer sin exponerse á los mayores riesgos, porque la injusticia y tiranía producen casi siempre la desesperacion y el despecho. Por tanto los Européos, que se emplean en la

(a) Por los años 1722.

compra y venta de carne humana, se ven precisados á tener atados todo el tiempo de la navegacion á los infelices negros todas las noches y la mayor parte del dia, y á pesar de estas precauciones los esclavos hallan á veces ocasiones de juntarse y de tramar conspiraciones, cuyas resultas suelen ser no pocas veces la muerte de sus tiranos. (a)

Snelgrave compró muchos negros cerca del rio Callabar. Distinguió entre aquellos infelices á una muger jóven, cuyo aspecto manifestaba suma angustia y dolor. Movidó de las lá-

(a) *Aun suponiendo que los negros arrancados de su patria se hallen mejor tratados, y con mas medios espirituales que en ella (que lo primero es incierto, y lo segundo les sucede á muy pocos) nunca dexará de ser una violencia contraria no solo á las leyes del Christianismo, sino tambien á las de la naturaleza, la de sacarlos con engaño ó fuerza de en medio de los suyos. Si Dios por sus altos fines los ha hecho nacer en un país en donde carecen de la luz precisa para salvarse, ¿tendremos por eso derecho de disponer de su libertad á nuestro arbitrio, ó será que el hombre quiera emendar las obras y disposiciones del Criador? Si el zelo de su bien espiritual fuese el verdadero fin que mueve á sus inhumanos opresores, podrían conseguirle por medios menos violentos y mas conformes al espíritu de la Religion, dictada por un Dios de paz y enemigo de la violencia. Procuren, pues, formar establecimientos entre ellos; denles con dulzura, y*

con

lágrimas que vertía, la hizo preguntar por su intérprete la causa de ellas, y supó que lloraba un Hijo único que se le había perdido el dia antes. Lleváronla al navio con los demás esclavos. Aquel mismo dia el Cacique ó Rei de aquel territorio hizo decir á Snelgrave si gustaba ir á visitarle. Convino en ello Snelgrave; pero conociendo la ferocidad de aquella nacion se hizo acompañar de doce marineros bien armados. Le llevaron á alguna distancia de la costa, en donde encontró al Rei sobre un asiento elevado á la sombra de algu-

P4

nos

con su exemplo las primeras nociones del Christianismo y de las virtudes tan amables, que son consequencias de nuestra verdadera Religion. De este modo conseguirían el bien espiritual y temporal de aquellos infelices; pues lo contrario es querer encubrir con el velo aparente de zelo por la propagacion de nuestra Fe su inhumana ambicion y codicia. Y si acaso quieren proseguir en su bárbaro comercio sin nota de infractores de las mas sagradas leyes de Dios y la naturaleza, muestren si les es posible un texto del Evangelio que autorice su conducta; pero para su confusion y oprobrio no hallarán sino palabras y exemplos persuasivos, y la conducta de un Dios hecho hombre que vivió y murió enseñándonos á ser benignos, humanos y compasivos, y que reserva todo el peso de sus venganzas para aquellos que desfigurando su santa Religion la han hecho aborrecible á la mancha del orbe.

nos árboles. Era numeroso el concurso: varios de los principales de la nacion le rodeaban, y su guardia compuesta de cincuenta hombres armados de arcos y flechas con el sable al lado y la azagaya en la mano estaba á espaldas del Rei á alguna distancia: los Ingleses con los fusiles al hombro se colocaron en frente del Rei.

Snelgrave le presentó algunas frioleras de Europa, y al tiempo que acababa su arenga, oyó unos gemidos tan lamentables que le hicieron estremecer; se volvió ácia la parte de donde venían, y vió á un negrito atado con una cadena á una estaca clavada en el suelo. A sus dos lados estaban dos negros de aspecto espantoso, armados con hachas y vestidos de un modo extraordinario, al parecer guardando aquel niño que los miraba llorando, y juntaba sus manecitas suplicándoles le dexasen. Viendo el Rei la alteracion que aquel extraño espectáculo había causado á Snelgrave, le dixo para sacarle de cuidado, que no tenía nada que temer de aquellos dos negros que tan sobresaltado estaba mirando. Luego le explicó con mucha gravedad que aquel niño era una

vic-

víctima que iban á sacrificar al Dios *Egho* por la prosperidad del Reino. Horrorizóse Snelgrave al oír tales razones... Solo llevaba consigo doce hombres; la corte y guardia del Príncipe Africano se componía de mas de cien negros; pero su compasion y humanidad no le dieron tiempo para considerar el riesgo que podía temer atendido el número y ferocidad de los bárbaros que le cercaban. ¡Oh amigos míos, exclamó volviéndose á los suyos! ¡Libremos á esta infeliz criatura! Diciendo esto se arroja ácia el negrito; animados los Ingleses del mismo sentimiento le siguen animosamente. Los negros dando espantosos gritos embisten de tropel á los Ingleses. Snelgrave saca una pistola, y apuntando con ella al Rei, le dice que le oiga. Atemorizado el Rei calma con una sola palabra el furor de sus negros, que al punto se quedaron inmóviles. Entonces Snelgrave por medio del intérprete explicó los motivos de su accion, y concluyó suplicando al Rei le vendiese la víctima. Este admitió la propuesta. Snelgrave estaba determinado á no disputar sobre el precio; pero su fortuna qui-

so

so que el Rei negro no necesitaba de oro ni plata; no conocía los diamantes y perlas, y así creyendo pedir mucho, exigió un collar de cuentas de vidrio azul, que al punto se le entregó. Al instante vuela Snelgrave ácia la inocente criatura que acababa de librar de la muerte; saca su sable para cortar la cuerda con que estaba atado. Espantado el niño cree que Snelgrave vá á matarlo y dá un doloroso grito. Lleno de gozo Snelgrave le toma en sus brazos y le estrecha contra su pecho: libre el niño del temor, se sonrie y acaricia á su libertador, el qual enternecido y lleno de una deliciosa conmocion, se despide de los negros y vuelve á su navio. Al llegar á bordo vió Snelgrave sobre la cubierta á la negra que había comprado aquella misma mañana. La había dado una congoja, y estaba bañada en llanto sentada al lado del Cirujano del navio, que no habiendo podido conseguir que tomase algun alimento, la obligaba á que se estuviese al aire por miedo de que no volviese á desmayarse. Al pasar Snelgrave con su gente junto á ella, volvió la cabeza y viendo al negro-

gri-

grito que un marinero llevaba en brazos, dá un grito penetrante, se levanta, corre precipitada ácia el niño, que por su parte la conoce, la llama y la tiende los brazos. Ella le recibe en los suyos...Las funestas resoluciones que ha formado, la pérdida de su libertad, los proyectos de desesperacion y los males que ha padecido, todo lo olvida...¡Qué mucho si es Madre y vuelve á encontrar á su Hijo!...Despues la informa el intérprete de todas las circunstancias de la accion de Snelgrave. Entonces agarrada siempre de su Hijo corre á echarse á los pies de su bienhechor: ¡ahora sí, le dice, ahora sí que soi tu esclava! Si no fuera por este niño, esta misma noche la muerte me hubiera librado de la esclavitud. Tú no eras para mí mas que un tirano, pero me has vuelto á mi Hijo, es darme mas que la vida, ya eres mi Padre: ¡sí, puedes contar en adelante con mi obediencia, este Hijo querido es prenda de mi palabra!...En tanto que esta muger hablaba con el fuego y expresion de la mayor gratitud, el intérprete explicaba sus razones á Snelgrave. No podía este recibir un premio

mas

mas dulce de su accion ; pero no fue él solo. Tenía á su bordo mas de trecientos esclavos, la negra les refirió todo el caso. Despues de haberla escuchado los negros , rodearon á Snelgrave expresando su admiracion con repetidas aclamaciones , y le prometieron una sumision sin límites. En efecto en lo restante del viage halló en ellos todo el respeto y obediencia que un Padre podía esperar de sus Hijos. (a)

¿Si tal es el poder de los beneficios y de la virtud en unos salvages los mas feroces , qué debe, pues, tener entre nosotros este medio infalible de grangear y sujetar á los hombres? Esta historia , Hijos míos , debe tambien confirmaros en una verdad que nunca me cansaré de repetiros , y es , que una accion virtuosa rara vez dexa de ser útil á nuestros intereses personales. César, dixo la Marquesa, ¿de qué clase es la accion de Snelgrave? ¿Es heroica?—¿Heroica?... No lo creo ; pero voi á exâminarla segun las reglas que Vmd. me ha da-

(a) Veaſe el Compendio de la Historia general de los Viages , tom. 3. pag. 39. y ſiguientes.

—Veamos ſi te acuerdas bien de ellas.— Para que una accion ſea heroica es preciso que ſea útil : que el que la ha hecho ſe haya expuesto á un gran riesgo : que le haya coſtado un gran ſacrificio , y que le hubieſe ſido poſible no hacerla ſin incurrir en nota de deſprecio.—Juſtamente : volvamos ahora á Snelgrave.—Se expuso á un gran riesgo...—Mucho menor de lo que crees. Es cierto que no llevaba conſigo mas que doce hombres , y que los negros componían una tropa de mas de cien hombres ; pero los salvages mas feroces ſon ſiempre tambien los mas cobardes. Además de eſto todos los Ingleses tenían fuſiles , y ſi ſe hubieſe travado el combate no hai duda en que los negros habrían huido á la primer descarga.—Por tanto el peligro no era mui grande , y me parece que Snelgrave hubiera ſido deſpreciable ſi pudiendo impedirlo hubieſe dexado degollar á ſu viſta aquel pobre niño : por conſiguiente no hizo mas que una accion buena , y no una accion heroica.— Mui bien dicho ; pero ſe debe eſtimar en mucho aquel primer movimiento tan generoſo é

independiente de toda reflexi6n que le hizo volar al socorro de aquel ni6o. Fue tan impetuoso este impulso, que no cabe duda en que hubiera despreciado los mayores riesgos; y esto es lo que califica su accion en gran manera. El hecho por s3 mismo no es heroico; la humanidad le prescrib3a; pero el primer movimiento que le inspir6 es sublime.

on Abuelita mia, dixo Carolina, la historia que Vmd. nos ha contado es mui buena, pero es tan corta... Pues bien, Hijos mios, respondi6 la Baronesa, voi 6 contaros otra. La accion de Snelgrave no le ha parecido 6 C3sar heroica; veamos que le parece esta.

6 El virtuoso Duque de Borbon (cu6ado de Carlos el Sabio) estuvo en rehenes por el Rei Juan, y fue ocho a6os prisionero. Su ausencia ocasion6 mucho desorden en sus Estados. Los Barones usurparon parte de sus dominios; y Chauveau, su Procurador general, se vi6 precisado por la obligacion de su empleo 6 hacer informaciones contra ellos. Libre el Duque, y de vuelta 6 sus Estados, cerr6 los ojos sobre las culpas pasadas, y no pen-

s6 mas que en grangearse los corazones de sus vasallos. Instituy6 la Orden de la *Esperanza*. En medio de la solemnidad de esta ceremonia, se present6 el r3gido Chauveau con los quadernos de las informaciones en la mano. Los presenta de rodillas al Duque, y le dice: aqu3 hallareis, Se6or, muchos reos; los unos merecen pena de muerte, los otros 6 lo menos merecen pena de confiscacion de bienes: este es el registro de sus delitos. Todos los prevaricadores estaban presentes, y temblaban de miedo. Chauveau, dixo el Pr3ncipe, has tenido cuenta tambien con los servicios que me han hecho? Coge 3l mismo los quadernos, y sin leerlos los arroja al fuego. Aquellas palabras divinas, aquella acci6n generosa hizo verter 6 todos los circunstantes l6grimas de gratitud y gozo; no hubo alguno de aquellos Se6ores, ya fuese reo 6 inocente, que no jurase sacrificar su vida por un Pr3ncipe tan magn3nimo. (a) ¡Ah, exclam6 C3sar! Esta accion si que es heroica... Ya veis pues,

Hi-
(a) Historia de las Disputas de Felipe de Valois &c.
tomo 2.

Hijos míos, prosiguió la Baronesa, á qué grandeza de ánimo nos puede hacer llegar la bondad del corazón: si se supiese quan dulce y útil es el saber perdonar, no serían tan raros estos exemplos...

Aun estaba hablando la Baronesa quando se oyó un gran rumor en la casa; los niños corren ácia la puerta, y su Madre los sigue precipitadamente. En el mismo instante oyen varias voces repetidas, y perciben claramente estas palabras: *se han hecho las paces*. Madama de Clemira se arroja aceleradamente fuera del quarto; encuentra una posta que llegaba de París, y que le confirma esta feliz nueva. La paz, exclamó Madama de Clemira: ¡Ah, bendigamos al Cielo y al Rei que nos la dan!... No pudo decir mas, porque las dulces lágrimas de la alegría le embargaron la voz. Abraza á su Madre, á sus Hijos, vuelve á leer veinte veces la carta, repitiendo á cada instante: ¡se han hecho las paces!... ¡Y son paces ventajosas!... Dentro de dos meses á mas tardar veremos aquí á vuestro Padre... Ah Mamá, dixo Pulchéria, no nos envíe Vmd.

á acostar; permita Vmd. que veamos esta noche para hablar de nuestra dicha. Se otorgó esta súplica, y sabiendo la Marquesa que la posta al atravesar el Lugar había gritado con toda su fuerza por todas las calles por donde pasaba: *se han hecho las paces*, quiso saber si algunos aldeanos habían acudido al Palacio: en efecto, casi todo el Lugar estaba á las puertas de él; hicieronlos entrar. Al punto baxó la Marquesa; ellos la rodearon con impaciencia, y ella les leyó la carta que acababa de recibir. Despues de esta lectura todos á una voz empezaron á gritar: *viva el Rei*, con aquel gozo tan natural á los vasallos que tienen la dicha de lograr un Rei que hace gloria de ser Padre de sus Pueblos. La Marquesa hizo dar de beber á todos los aldeanos; se iluminó de priesa todo el patio del Palacio y parte de los jardines; el cocinero compuso algo de comer, y toda la noche se pasó bailando y cantando con la mayor alegría. Aquella noche César y sus Hermanas se acostaron, por la primera vez de su vida, al amanecer.

Todos los vecinos de Madama de Clemira vinieron á darle la enhorabuena de un suceso tan grato á todos en general, y mas particularmente á ella. Fue preciso volver estas visitas, y empezó por Madama de Luzane, que la hizo quedarse un dia entero en su casa. Mr. de Luzane quiso enseñarla su jardin, que era á la inglesa, esto es, que ningun árbol estaba arreglado, porque en sus calles las ramas despellejaban la cara y arrancaban los cabellos; los cardos y las hortigas crecían libremente en aquel sitio campestre: se veían dos ó tres montones de tierra graduados con el honorífico nombre de montañas; algunos escombros figuraban una ruina: dos ó tres casillas viejas y puercas componían el Lugar; y algunos puentecillos de madera puestos sobre un arroyuelo de agua detenida, corrompida y sucia, se llamaba el rio. Por tanto, se vé que, á excepcion de un peñasco, de un templo y de un sepulcro, este jardin tenía todas las partes esenciales que constituyen un jardin á la inglesa, quando el que los forma tiene gusto, invencion y talentos. Y así

esta agradable posesion, obra de Mr. de Luzane, daba mayor fuerza á su natural vanidad: disfrutaba de todos los privilegios anexos á la gloria de haber imaginado un jardin á la inglesa. Declamaba con fuerza contra toda la simetría y primor empleado en los jardines comunes, creyendo admirar á todos con la novedad de sus ideas y exquisito gusto.

Carolina y Pulchéria, que desde el lance del telescopio habían tomado sumo cariño á Sidonia, se pasearon con ella, y fueron á merendar á su quarto. Hallaron en él varias cestas llenas de hojas de rosa, y preguntándola á qué uso las destinaba, respondió que eran para hacer agua de rosas. Pues qué, dixo Pulchéria, ¿Vmd. sabe hacerla? Es muy facil, replicó Sidonia. Tambien hace la Señorita (dixo entonces la Aya de Sidonia) con esas mismas hojas un color encarnado que le sirve para pintar los ramilletes que Vmds. ven puestos en esos quadros.—¿Y las hojas verdes con qué las pinta?—Saca de algunas plantas el color verde.—¡Qué bueno es eso!—¡Oh! la Señorita sabe hacer otras muchas cosas. Tam-

bien ha hecho el jarave de orchata que Vmds. han probado y han alabado tanto, y la mermelada de grosellas.—¡Qué tanto diera yo por saber otro tanto!—Ahora mismo lo sabrá Vmd. voi á darla todás mis recetas, y sin trabajo hará lo mismo que yo.—¿Con que podremos hacer agua de rosas, y colores?—Mañana mismo si Vmds. quieren. Despues que Sidonia les dió sus recetas, su Aya abrió un armario, rogando á Carolina y Pulchêria que se acercasen: vean Vmds., Señoritas, les dixo, otra clase de obras que no aprenderán tan prontamente. Vean Vmds. esos acerícos, esos cofrecitos, esas bolsas bordadas, y esos cordones de baston; Sidonia ha trabajado todo ese almacén. No hai nadie, interrumpió Sidonia, que no pueda hacer otro tanto: como no tengo habilidades, procuro á lo menos variar mis ocupaciones. Mi Madre con su exemplo me hace tomar la costumbre de no estar ociosa un solo instante. Pulchêria, que registraba atentamente todo lo que había en el quarto, atisbó debaxo de la cama un caxon grande. Preguntó á Sidonia lo que era.

Si-

Sidonia se puso colorada, y la respondió que aquel caxon no tenía nada de particular. Su Aya se echó á reir: no me atrevería, dixo, á desmentir á la Señorita; no obstante... Por Dios, le dixo Sidonia, Aya mia... Ciertamente, interrumpió el Aya, no es posible comprender la vergüenza de las Señoritas; porque ¿quién no creería al verla á Vmd. en este instante que tiene motivos justos para estar sonrojada? y con todo...—¡Por Dios, Aya mia, calle Vmd. por Dios!...—Vamos, callaré: no diré mas que una cosa, y es, que en ese caxon hai tambien labores de la Señorita, y que su Madre la ha reñido porque se ha levantado á las cinco de la mañana para acabarlas, lo que no ha podido hacer á causa de la llegada de mi Señora la Marquesa de Clemira. Este diálogo movió en gran manera la curiosidad de Carolina y Pulchêria. Esta, sobre todo no pudo contenerse, la abrazó quejándose tiernamente de su falta de confianza, y la suplicó la enseñase las bonitas labores que había en el caxon. Sidonia se sonreía, abrazaba á Pulchêria, y no la respondía. La Aya,

que estaba rabiando por ver el caxon abierto, tomó la palabra: es muy cierto, dixo, que la Señorita no debe decirlo, ni debe alabar-se... y por eso ha trabajado en secreto y sin que nadie la ayudase: en fin todo se descubre; yo por mí no hace mas que quatro ó cinco dias que lo sé, y aun ha sido á pesar suyo. Vamos, hija mía, continuó hablando con Sidonia, dé Vmd. gusto á estas dos Señoritas: yo prometo que no dirán nada á nadie... Oh, no por cierto, dixo Pulchêria. No puedo negarles cosa alguna, replicó Sidonia algo triste; pero en verdad que ese caxon no vale la pena... Aprovechémonos del permiso, dixo la Aya, sacando el arca en medio del quarto. Carolina y Pulchêria se ponen de rodillas al lado de ella para ver mejor. Pero luego que la Aya hubo abierto aquel misterioso caxon se quedaron heladas al ver que no había en él mas que unos vestidos toscos de aldeana: aquí, dixo la Aya, hai seis camisas: el lienzo es ordinario, pero vean Vmds. que puntadas! Tambien hai dos jubones y dos justillos, pañuelos, delantales y calcetas: parece que se han

quedado Vmds. admiradas, Señoritas, prosiguió la Aya... Facilmente adivinaron Carolina y Pulchêria que todo aquello estaba destinado para alguna pobre muger, y aunque muy niñas, supieron apreciar la resistencia que Sidonia había opuesto á su curiosidad. Igualmente movidas de la accion y del virtuoso empacho que aquella amable niña manifestaba todavía, se arrojaron en sus brazos, y la sensible Sidonia las estrechó repetidas veces en ellos con las mas vivas expresiones de amistad y de cariño. Enternecida la Aya las contemplaba en silencio... pero por último refirió que en efecto aquel caxon estaba destinado para una pobre muger de quien cuidaba Sidonia hacia ya un mes, y Pulchêria á fuerza de preguntas averiguó que era la misma que habían visto con el telescopio. Esta agradable conversacion se acabó al volver la Marquesa del paseo: envió á llamar á sus Hijas, y Sidonia, cogiendo á cada una de un brazo, las llevó á la sala. Por la noche al volver á Champeeri, Carolina y su Hermana contaron á la Marquesa todo lo sucedido. ¡Ai

Hijas mías , aprovechaos de un exemplo tan bello! considerad que las almas insensibles , y aun las mas duras , no pueden menos de admirar la virtud , pero se contentan con este tributo de admiracion involuntaria y estéril; por el contrario , las personas virtuosas se abrazan en deseos de imitar todo lo que admiran.—Puede Vmd. creer firmemente , Mamá , que nosotras imitaremos á Sidonia ; no lo dude , y como ella no estaremos un instante ociosas. En nuestros ratos perdidos haremos carteras , cofrecitos , agua de rosas , y trabajaremos para los pobres.—¿Sidonia no os ha dicho que estudia la Botánica , y que conoce perfectamente todas las plantas de los campos y sus propiedades?—No Señora : ¡es tan callada!...¿Pero cómo ha podido aprehender eso?—Pascándose con Mr. de la Paliniere , que como ya sabeis , es un gran Botanista. Sidonia , que no pierde ocasion de instruirse , siempre que Mr. de la Paliniere vá á ver á su Madre se pasea con él , y recoge todas las plantas que encuentra.—Si nosotras hubiésemos tenido esa idea ya pudiéramos conocer mu-

chas,

chas , porque nos hemos paseado infinitas veces con Mr. de la Paliniere.—Si hablásemos menos , y nos aprovechásemos mas de la instruccion de las gentes que tratamos ó con quienes vivimos , los hombres nos instruirían muchísimo mas que los libros , y nadie nos parecería enfadoso : Mr. d' Ormont , por exemplo , no es mui divertido...—Oh , es tan triste!... con *sus prados artificiales* ; me acuerdo de esta palabra porque siempre que viene á casa se la oigo decir cien veces.—Sí , porque yo le hago hablar siempre de Agricultura , que es la única cosa que sabe á fondo y en que se ocupa. Le doi un gran gusto en sacar esta conversacion , y al mismo tiempo me instruyo escuchándole.—Lo mismo que quando Mr. Milet estuvo cinco dias en Champceri , que siempre hablaba Vmd. de Anatomía.—Porque Mr. Milet es excelente Cirujano y mui buen Anatómico , y de este modo no hai persona de quien no se pueda sacar fruto , y cuya conversacion no sea instructiva.

Despues de estas reflexiões se volvió á hablar de Sidonia , y la Marquesa no se olvidó de

de decir á sus Hijas que solo su poca edad podía servir de excusa á la indiscrecion con que habían abusado de la condescendencia de Sionia, instándola á que las descubriese una cosa que deseaba ocultarlas, y las hizo conocer quan peligrosa es la curiosidad, puesto que hace incurrir en semejantes faltas. ¿Y habeis pedido licencia para comunicarme este secreto? añadió la Marquesa.—Si Señora, y al punto convino en ello mui gustosa.—Porque conoce todas las obligaciones de una Hija para con su Madre; ¿pero si no tuviese tanto juicio y prudencia, y os hubiese encargado ocultármelo, qué hubierais hecho?—No sé, Mamá...¿Hubiéramos podido entonces hablarla á Vmd. de ello?—¿Pero no habías dado palabra antes de abrir el caxon de no decirlo á nadie?—Si Señora.—Y con esa condicion habeis logrado lo que deseabais.—No hemos creido fuese necesario añadir: *á nadie excepto á Mamá*; porque eso ya se suponía.—No podemos ligarnos á una promesa sino por nuestras acciones y palabras: la intencion no tiene fuerza respecto á esta especie de trato, quando

no se manifiesta en las expresiones. Por tanto en este caso ú otro semejante en que prometieseis guardar un secreto sin expresar la excepcion que has hecho, os veriais obligadas ó á faltar á vuestra palabra dándome parte del secreto, ó á guardarle faltando á vuestra obligacion, que es no tener nada oculto para mí.—Ya lo comprehendo, nos sería preciso ó engañar á Vmd. ó faltar á nuestra palabra, y qualquiera de estas cosas es mui mala. Nunca nos veremos, Mamá mia, en semejante alternativa, porque no admitiremos ningun secreto sin pedir antes el permiso de comunicárselo á Vmd., y si no nos le quieren dar reusaremos saber el secreto.—Debeis hacerlo así, tanto mas quanto una persona que quisiera limitar vuestra confianza para conmigo, carecería ciertamente de principios rectos y buen modo de pensar, y su secreto podría seros peligroso.

Como la Marquesa tenía muchas cartas que escribir, no se volvieron á empezar por entonces las veladas. César pidió permiso á su Madre para leer la Iliada de Homero. No tie-

nes aun bastante edad, le dixo la Marquesa, para conocer las bellezas de esa obra: no obstante, como su lectura es indispensable para la inteligencia de una infinidad de quadros y pinturas, vengo en ello; pero no es libro que puedes leer á tus solas...—¿Y por qué, Mamá?—Leyéndole conmigo comprenderás mejor sus perfecciones, y sobre todo sus defectos.—Pero ya sé que Madama Dacier le ha puesto notas, y le prometo á Vmd. que no las pasaré sin leerlas.—Esas notas son precisamente las que yo sintiera mucho que leyese solo.—¿Pues qué, Mamá, no son juiciosas?—Tráeme la Iliada que está en aquel estante...—Aquí la tiene Vmd.—Voi á leerte algunos pasages; vaya este; pero antes es preciso enterarte de lo que trata. En una batalla, Adrasto, jóven guerrero Troyano, pelea desde su carro; sus caballos se desbocan y hacen pedazos el carro. Adrasto cae en el suelo boca á baxo; entonces Menelao se abalanza á él con intencion de atravesar con su pica á un enemigo tendido en el suelo é indefenso; pero Adrasto le pide la vida, prometiéndole un fuerte res-

ca-

cate. Iba ya Menelao á darle la vida, quando Agamemnon llega corriendo y le reprehende con enojo su piedad.

»No perdonemos á los Troyanos, dixo; ninguno de ellos se escape de entre nuestras manos; mueran hasta los niños que están en los vientres de sus Madres; perezcan todos con Ilión, &c.

»Esta exórtacion llena de fuerza y de prudencia cambió la intencion de Menelao, que al instante desví de sí al infeliz Adrasto; al mismo tiempo Agamemnon le atraviesa el pecho con su lanza. Queda aquel jóven Príncipe tendido en el suelo, y Agamemnon poniéndole el pie sobre la garganta retira su lanza." *Iliada, lib. 6.*

Y bien, Hijo mio, dixo la Marquesa, ¿qué te parece esta accion?—Me parece horrible; matar á un enemigo sin defensa es asesinarle.—Tales son no obstante los heroes del poema; pero veamos la nota de Madama Dacier acerca de esto; dice así:

»Homero alaba esta crueldad de Agamemnon; porque como hai cierta especie de compasion nociva, hai tambien una crueldad

»pro-

»provechosa. Unos enemigos tan injustos y
 »pérfidos quales eran los Troyanos no mere-
 »cían perdon alguno.» (a)

—¿Pues cómo Madama Dacier aprueba esta accion?—Nunca he creído que la inhumanidad pudiese parecerte bien; pero como todas las notas de Madama Dacier son de esta clase, he debido temer que la autoridad de una persona tan justamente celebrada hubiese á lo menos debilitado en tí el horror que debe inspirarte la crueldad...—¿Pues qué, Mamá, Madama Dacier no desaprueba nunca las acciones bárbaras?...—Nunca, ni aun las acciones mas infames. Dolon, espía Troyana, se halla en poder de Ulises y Diómedes; les pide la vida, Ulises se la otorga con tal que les declare quanto sepa. En este supuesto el cobarde

(a) ¡Qué language, y sobre todo en boca de una muger! Y además, ¡qué lógica tan falsa! ¿En qué consistía la perfidia é injusticia de los Troyanos? Paris había robado á Elena, es cierto; pero este delito lo era de un Príncipe Troyano, y no de toda la Nacion. Aun dado que la injusticia fuese general, ¿acaso esta puede autorizar un asesinato? Aun quando los Troyanos fuesen todos pérfidos, ¿era este motivo suficiente para pasar á todos á cuchillo sin excepcion y sin piedad? ¿Era esta razon bastante para no perdonar ni aun al niño en el vientre de su Madre?

de Dolon informa de todo por menor á los dos guerreros, quienes mas infames y pérfidos que él, despreciando su palabra cometen la barbaridad de matarle. Aquí tienes el lance; esta es la nota: repara como Madama Dacier aprueba esta accion infame. ¿Quieres otro exemplo mas?...Ulises despues de haber tenido en el suelo á Soco con una herida mortal le insulta diciéndole que su cuerpo quedará sin sepultura, y será despedazado por las aves de rapiña, que pelearán sobre su cadáver &c. y no hai nota de Madama Dacier: pero en otra ocasion semejante ha creído poder sacar partido de la bárbara ironía que emplea Idomeneo; y por tanto ha puesto una nota. Idomeneo atraviesa de parte á parte con su pica á Othrioneo. Herido este de muerte cae, é Idomeneo envanecido con su victoria le dice así: »Othrioneo, serás el mas valiente de
 »los mortales si cumples la palabra que has
 »dado á Priamo. (a) Aquel buen Rei para obli-
 »gar-

(a) Había prometido á Priamo rechazar á los Griegos, y Casandra debía ser el premio de sus servicios.

»garte á cumplirla ha prometido darte su
 »Hija; pero nosotros podemos contentarte
 »mejor que él. Enviaremos á buscar á Argos,
 »la mas hermosa Hija de Agamemnon, y te
 »la daremos por Esposa con tal que tu ín-
 »clito valor nos haga dueños de Troya. Ven,
 »pues, á nuestros navíos, para que arregle-
 »mos las cláusulas de tu casamiento: no so-
 »mos indignos de tener un Yerno como tú.
 »Despues de esta sangrienta burla, Idomeneo
 »le arrastraba de los pies &c." *Iliada, lib. 13.*

¡Qué horror, dixo César, insultar de ese modo á un enemigo vencido y casi espirando!... No es posible pensar cosa mas cruel é infame. ¿Cómo ha podido excusar Madama Dacier una barbaridad semejante?—Homero conviene en que esta burla es amarga; á Madama Dacier no le parece sino *heroica y chistosa*: escucha su nota.

»Homero ha insertado aquí con mucho
 »arte estas chanzas propias de un ánimo *he-*
 »*roico*, mui capaces de encender el valor de
 »los combatientes que las escuchan, y de *di-*
 »*vertir* al pacífico lector que las lee. Ade-

»más

»más Homero *realza mas con esto el caracter*
 »*de Idomeneo* haciendo ver que en medio del
 »mayor riesgo no dexa de conservar su *ale-*
 »*gría* natural, lo que es prueba de gran valor."

—¿Es posible que Madama Dacier haya hecho imprimir semejante dictamen?—Lo extrañas, y con razon. En efecto, no se debe pensar, raciocinar, ni escribir así, aunque se sepa el Griego. Demos fin á este exámen por un paso que se me presenta. Menelao vence y rinde á Pisandro, y despues poniéndole un pie sobre la boca del estómago, le hace un discurso igualmente largo é insultante: *palabras llenas de hiel*, añade Homero, y Madama Dacier hablando de este discurso dice: *que está lleno de fuerza, de oportunidad, y que es mui lacónico.* (a)—Pero Mamá, segun eso Madama Dacier tenía mui mal corazon.—Todo lo contrario; tenía un corazon mui sensible.—O sino, no tendría ni juicio ni entendimiento.—Nada de eso; es mui cierto que tenía mucho

TOM. II.

R

mé-

(a) Se podrían citar en la misma obra otra infinidad de pasages semejantes; el libro 21. está lleno de ellos.

mérito y universal.—¿Pues cómo ha podido escribir cosas tan horrorosas?—El entusiasmo y la pasión la cegaban: sabía perfectamente el Griego, por consiguiente conocía mejor que nadie todas las bellezas de la Iliada, y su pasión á Homero la privaba de aquella imparcialidad tan estimable y poco comun, y sin la qual ningun escritor puede persuadir ni instruir.—Esto prueba tambien, Mamá, como Vmd. nos ha dicho varias veces, que no debemos apasionarnos sino de la virtud, porque todas las demás pasiones nos ciegan enteramente.—Ahora espero que ya renunciarás el proyecto de leer la Iliada á tus solas.—Si Señora: había oido decir que se la permitían leer á todos los niños de mi edad, y que sus notas eran mui instructivas. El año pasado ví que mi Primo Federico leía la Iliada y la Odissea en sus horas de recreo, y por esto la pedí á Vmd. el mismo permiso; pero puesto que hai tan malos principios en esta obra, mas quiero no leerla sino con Vmd., porque de este modo me hará comprehender todas las conseqüencias de los principios peligrosos que

con-

contiene.—En general son pocos los libros que puedes leer solo sin riesgo.—¿Pero un libro de historia ahora que ya sé juzgar de las acciones?...—Ya has leído todos los compendios excelentes y trabajados principalmente para la juventud y niñez: (a) ¿qué historia quieres leer ahora?—La de Malta.—El Abate Vertot es mui buen historiador; pero sus juicios están mui lexos de ser justos y conformes á los principios de una sana moral.—Elija, pues, Vmd. misma el libro que quiera darme.—¿Me prometes leer siempre despacio y con reflexión, y referirme por la noche lo que hayas leído en el dia?—Si Señora.—Pues bien, voi á darte un Compendio de la Historia de Inglaterra, en dos tomos, que me parece mui claro y bien escrito.

De allí á dos dias César dixo á su Madre que le había disgustado una cosa que acababa de leer en el libro que le había dado. Veamos, dixo la Marquesa, léelo. Es como se sigue, dixo César:

R 2

»Los

(a) Por el Abate Milot.

»Los Franceses fueron derrotados en Azincourt por Enrique V : hizo tantos prisioneros que para seguir resistiendo al enemigo , que procuraba rehacerse , tuvo que pasar á cuchillo todos los que la suerte había puesto en sus manos." (a)

—Y bien , ¿qué es lo que te disgusta en este paso?—Me parece que el historiador es como Homero ; refiere esta crueldad como una cosa natural y aun indispensable. No hace despues ninguna reflexi6n sobre ello , por lo qual parece que aprueba esta barbaridad. La Marquesa abrazó entonces á su Hijo. No has leído , le dixo , como niño : al tiempo que leías has reflexionado , has consultado tu corazon y tu razon , y este es el único medio de leer con aprovechamiento. En efecto , el modo de referir un hecho tan atroz como el que acabas de leer es mui odioso. ¿Qué dirías , pues , de la obra que estoi leyendo ahora , en la qual se halla el siguiente retrato de Fredegunda?

»Ocul-

(a) Nuevo Compendio Cronológico de la Historia de Inglaterra , 2. tom. en fol. vease el tom. 1. pag. 75.

»Ocultó Fredegunda el defecto de su nacimiento con tan eminentes qualidades que se puede decir que si no nació en la elevacion de las primeras clases , á lo menos lo merecía. Esta es una de aquellas heroínas que no están obligadas á avergonzarse de las faltas de la suerte... La magnanimidad y elevacion de su ingenio la hicieron reinar sin competencia en tiempo de Chilpérico." (a)

¿Es posible hablar así de una muger abominable y manchada con tantos delitos? ¿Quién creerá que este es el retrato de un monstruo , oprobrio de su sexô y exêcracion de la posteridad?... Alaba mucho el Autor su destreza y maña. Sabía , dice , triunfar de todos sus enemigos ; ¿pero con qué medios? con traiciones y homicidios. Toda su maña consistía en hacer envenenar ó asesinar á los que temía ; pero mañana te leere , Hijo mio , en la Historia de Carlo Magno el verdadero retrato de Fredegunda. Tambien leeremos en otra

TOM. II.

R 3

obra

(a) Memorias histórico-críticas y Anecdotas de Francia , tom. 1. pag. 70. Esta obra es mui apreciable , y está llena de notas y observaciones curiosas.

obra del mismo Autor la narracion de la batalla de Azincourt , y espero que te dará gusto.—Me parece , Mamá, que le gustan á Vmd. mucho las obras de este Autor.—Sí , porque hallo en ellas la verdadera Filosofia , ideas nuevas , una imparcialidad perfecta , la moral mas pura , y juicios siempre justos y desapasionados : finalmente todas las utilidades que la historia debe producir ; lecciones útiles para los hombres , y sobre todo para los Reyes.—¿ Conoce Vmd. al Autor?—No le he visto quatro veces en mi vida.—¿ Y por qué no me dá Vmd. á leer sus obras?—Quiero que las leamos juntos para que no pierdas nada , que nada te se escape , y que lo conozcas todo ; y así te daré otras obras para que las leas á tus solas , y te vuelvo á repetir que leas siempre con la mayor atencion , pesando bien las reflexiones y juicios del Autor. Insisto mucho sobre esto porque es de suma importancia á causa de que con esta costumbre la lectura te instruirá verdaderamente , y en adelante podrás leer qualquier libro sin riesgo alguno. Por el contrario , si lees sin reflexion , tomarás

rás

rás insensiblemente mil ideas falsas , y la lectura lexos de aclararte el entendimiento é instruirte , no servirá sino para debilitar tu razon , trastornar tus principios , y quizás corromperte al fin. El Abate que vino á buscar á César interrumpió esta conversacion. Aquella noche se continuaron las *veladas* , y la Marquesa de Clemira contó la novela siguiente.

P A M E L A

Ó LA ADOPCION FELIZ.

Felicia únicamente ocupada en la educacion de sus dos Hijas , vivía en medio de una familia amable , á quien estimaba , y no trataba sino con sus parientes y amigos. Cada dia estaba mas contenta Felicia con su suerte. Tenía gusto en ocuparse y en estudiar , y su alma era dulce y sensible. Jamás conoció el odio , aborrecía la venganza , y sabía amar : la amistad podía esperar de ella todo quanto pudiese hacer. En fin nadie despreció mas de razon que ella el fausto y las riquezas.

Entretanto las Hijas de Felicia iban ya acercándose á la edad de tomar estado. Aun no tenía quince años la mayor de ellas llamada Camila quando su Madre se vió precisada por varias razones á casarla. No era rica Felicia, y así no podía establecer á sus Hijas sino empleando el crédito que tenía en la Corte á favor de sus Maridos. El que se presentaba para Camila era sin duda alguna lo mejor que podía esperar su Madre; pero aunque no dudó en admitirle, sintió muchísimo verse en la dura precision de casar á Camila en una edad tan tierna; en efecto semejantes casamientos son tanto mas dañosos para una jóven de catorce ó quince años, quanto sus resultas se extienden á todo el resto de la vida. Su educacion aun no perfeccionada se queda del mismo modo para siempre... Pero Mamá, interrumpió Carolina, si esa jóven tiene buen fondo siempre será obediente y aplicada como antes de casarse; y así su Madre podrá acabar de perfeccionar su educacion...—Era preciso que esa Señorita que tú supones tuviese mucho entendimiento y reflexion para aprovechar-

charse bien de los Maestros oyéndose llamar *Señora*. Además, siempre que su Marido fuese á su quarto tendría que interrumpir sus lecciones.—¿Pero si su Marido fuese aplicado?—La instruccion y habilidades que se tienen á los catorce años no pueden aun ser agradables á los demás: por tanto debes conocer que el temor de enfadar á su Marido y el gusto de hablar con él, serán causa de que haga muy pocos progresos en sus estudios. Pero volvamos á nuestra historia.

A poco tiempo de estar casada cayó Camila gravemente enferma. Felicia padeció muchas pesadumbres, que juntas con las vigiliass y continua asistencia á la enferma causaron una alteracion en su salud que le duró mucho tiempo despues de la convalecencia de su Hija. Viendo los Médicos que se sentía del pecho, la mandaron ir á tomar las aguas de Bristol. Vióse, pues, obligada á dexar á Camila en París al cuidado de su Suegra, y marchó para Inglaterra con Natalia su segunda Hija, de edad de trece años.

No se había acordado Felicia de encargar que

que la buscasen un alojamiento. Y así al llegar á Bristol no pudo hallar sino un quarto en una posada, incómodo por sí mismo, y mucho mas por estar separado tan solamente por un tabique de el de una Inglesa que estaba en cama hacia ya dos meses. Felicia, que sabía el Inglés con toda perfeccion, hizo á la huéspedá varias preguntas acerca de su vecina, y supo que la desgraciada Inglesa estaba ya desahuciada. Era viuda; su Marido, jóven de distinguido nacimiento, había sido desheredado por sus parientes por haberse casado sin su consentimiento. No había podido dexar á su Muger mas que una corta pensión vitalicia, circunstancia tanto mas dolorosa para aquella infeliz, quanto tenía una Hija de edad de cinco años, que á su muerte se hallaba expuesta á la última miseria. Concluyó la huéspedá su relación haciéndola mil elogios de Pamela (así se llamaba la niña) y aseguró á Felicia que no podía hallarse criatura mas perfecta. Esta historia interesó vivamente á Felicia, y toda la noche se le fué hablando con Natalia de su desgraciada vecina y de su niña.

Fe-

Felicia y su Hija habitaban el mismo quarto. Había ya dos horas que estaban acostadas, Natalia dormía, y su Madre se iba quedando traspuesta, quando un movimiento extraordinario que oyó en el quarto de la Inglesa enferma la hizo despertar despavorida. Escuchó atentamente y percibió voces y gemidos. Acordándose entonces de que la enferma no tenía para su asistencia mas que una criada, creyó que su socorro no la sería inútil. Se levanta apresuradamente, coge su lamparilla, y sale poco á poco para no despertar á Natalia; atraviesa otro quarto en donde dormía su criada, y al pasar la encarga no se aparte de Natalia, y despues entra en el corredor. La puerta de la enferma estaba abierta. Felicia oye acentos interrumpidos y sollozos; se adelanta temblando... Al mismo tiempo la criada anegada en llanto se arroja fuera del quarto exclamando: *Ya no hai remedio, ya ha espirado!* ¡Oh Dios mio, dixo Felicia, yo venía para ayudarla á Vmd... en este mismo instante acaba de morir, replicó la criada, ¡oh Dios mio! ¿qué será de su desgraciada hija? Yo tengo quatro criaturas,

ras,

ras, ¿ cómo podré encargarme de esta desdichada ? ¿ En dónde está la niña, interrumpió vivamente Felicia?—¡ Ah Señora ! no tiene aun la inocente edad para saber que es la muerte... Amaba á su pobre Madre en extremo, porque no puede haber criatura mas sensible... pero duerme tranquilamente inmediata al cadaver... Al oír esto se estremió Felicia. Venga Vmd., dixo á la criada, vamos á apartar esa criatura de un sitio tan funesto. Diciendo estas palabras Felicia entra en el quarto.... para llegar á la cuna de la niña era preciso pasar al lado de la cama de la desgraciada Inglesa. Felicia se estremece y se detiene. Fixa un instante sus ojos llenos de lágrimas en aquel triste y doloroso objeto : y despues poniéndose de rodillas, ¡ oh Madre desventurada, dixo, quán grande debe haber sido el horror de tus últimos instantes!... ¡ Dexas á tu Hija abandonada sin amparo y sin socorro!... pero me sirve de consuelo el creer que desde la eternidad puedes aun verme y oírme... Yo me encargo de tu Hija, y no la dexaré que olvide á la que la

dió

dió el sér; cada dia implorará la clemencia del Sér Supremo á favor de su Madre. Diciendo esto se levantó Felicia y con una turbacion igual á su enternecimiento se acercó á la cuna. Una cortinita ocultaba á la niña. Felicia con mano trémula la aparta poco á poco, y descubre á la inocente huerfanita. Contempla como arrebatada su hermosura y su semblante angélico. Dormía la niña profundamente, y al lado de la cama de su desgraciada Madre disfrutaba pacíficamente del descanso. La serenidad de su frente, el candor de su fisonomía, á quien una dulce sonrisa daba nuevo realce, y la frescura y belleza de su tez formaba con su situacion una oposicion tan singular como patética. ¡ Ah, exclamó Felicia, cómo duerme ! ¡ En qué instante, y en qué sitio!... ¡ Amable y desgraciada niña ! En vano al despertarte, en vano llamarás á tu Madre... Pero á lo menos la humanidad te dá otra : sí, yo te prohijo ; sí, hallarás en mi corazon el cariño y afecto de una Madre. Vamos, continuó Felicia, dirigiéndose á la criada, ayúdeme Vmd. á llevar esta cuna á mi quarto. Obedeció con gusto la criada,

da,

da, y la niña fue transportada sin despertarse al quarto de Felicia. Natalia se había levantado: turbada é inquieta sale corriendo al encuentro de su Madre, que la dice al entrar en el quarto: Acércate, Natalia; aquí te traigo otra hermanita; ven á verla y á prometerme que la querrás mucho. Natalia va corriendo á la cuna, y se pone de rodillas para verla mejor. Felicia le cuenta en breves palabras lo sucedido. Lloro Natalia al oír tan triste suceso; mira tiernamente á Pamela llamándola hermanita, y quisiera ya que fuese de día para oírla hablar y darla mil abrazos. Fue preciso volverse á acostar. Felicia no pudo cerrar los ojos en toda la noche; ¿pero quién podrá desear el sueño quando nos priva de él el recuerdo de una accion benéfica?

A las siete de la mañana se abrieron las ventanas del quarto, y al instante mismo despertó Pamela. Felicia fue corriendo á la cuna; al verla la niña dió muestras de admiracion, y despues mirándola atentamente se sonrió y le alargó los brazos. Felicia la estrechó entre los suyos con indecible gozo. Creía Felicia en la

la simpatía; (que es la supersticion de los corazon sensibles) se persuadió que eran efectos suyos las dulces caricias de Pamelita, y esta idea la obligó á amarla aun mucho mas. En breve preguntó Pamela por su Madre. Este nombre de Madre en su boca enterneció en gran manera á Felicia: tu Madre, la dixo, no está aquí ya... Al oírla Pamela lloró amargamente; Natalia quiso consolarla: ah, la dixo Felicia, déxala, esa afliccion tan natural; considera su situacion, Natalia, y experimentarás el mismo sentimiento.

Luego que Pamela estuvo vestida se puso de rodillas, y comenzó á rezar en alta voz: Felicia se estremeció al oírla decir: ¡Dios mio, volved la salud á Mamá! No digas eso, dixo Felicia, porque tu Madre ya no padece... Ya no padece, exclamó Pamela, ¡oh Dios mio, te doi gracias!... Estas palabras penetraron el corazon de Felicia: ¡oh Hija mia, dixo interrumpiéndola, no digas sino una oracion que yo te dictaré, dí: *Dios mio, dignaos de hacer á mi Madre feliz*. Pamela repitió esta oracion con igual fervor y enternecimiento. Despues

vol-

volviéndose ácia Felicia y mirándola con timidez é ingenuidad , permítame Vmd. , la dixo, que pida tambien á Dios me haga la gracia de juntarme en breve con Mamá. Al tiempo que decía esto advirtió que los ojos de Felicia se arrasaban en lágrimas, se levantó , y fue á arrojarse á su cuello llorando. En aquel mismo instante vinieron á decir á Felicia que su coche estaba pronto ; tomó en sus brazos á Pamelita , y siguiéndola Natalia subió en el coche, y tomaron el camino de Bath. Al cabo de quince dias volvió á Bristol, y no queriendo ir á su primer alojamiento alquiló otro.

Cada dia quería mas Felicia á Pamela ; su dulzura angélica , la sensibilidad y agradecimiento de esta niña la hacían disfrutar deliciosamente del fruto de sus beneficios. Despues de haber pasado tres meses en Bristol Felicia volvió á Francia ; toda su familia adoptó como ella á la amable Pamelita. Era imposible verla sin que agradasse, ni conocerla sin amarla. Luego que tuvo siete años , Felicia la hizo saber quien era , y la refirió la historia de la desventurada Inglesa su Madre. Es-

ta triste narracion costó á Pamela un arroyo de lágrimas , y quando Felicia dexó de hablar se arrojó á sus pies y la dixo todo lo que el agradecimiento y la mas viva ternura pueden inspirar de expresivo y sublime á una persona de veinte años. Tal era Pamela ; su alma la hacía continuamente superior á su edad. Quando hablaba de sus sentimientos no se conocían en ella ni las expresiones , ni el lenguaje de la niñez. Se podían citar mil lances preciosos , respuestas agudas y delicadas , y muchas ocurrencias que solo pueden ser hijas de un corazon sensible : esta sensibilidad viva y profunda no solo daba una gracia inexplicable á todas las acciones de Pamela , sino que tambien prestaba á su dulzura un encanto que penetraba el alma , y hacía parecer mayor su belleza. Se veía á Pamela muchas veces antes de saber si sus facciones eran perfectas , si era hermosa ó bonita : solo se advertía su fisonomía y la celestial expresion de su rostro ; no era posible verla ni alabarla como á otra qualquiera ; finalmente se hallaban en ella las qualidades y gracias cuya reunion consiguen tan

pocas personas. Tenía mucha agudeza, franqueza é ingenuidad: era alegre, pero sensible; viva, pero dócil. Los únicos defectos que tenía Pamela procedían de aquella extrema viveza que nunca le causó el mas mínimo movimiento de impaciencia contra nadie, pero que la daba una travesura y alborotamiento á que pocos niños podrán llegar. En prueba os quiero referir un lance que al mismo tiempo servirá de manifestar la humildad, respeto y ternura que tenía para con Felicia. Pamela perdía continuamente varias cosas, mas bien por su travesura y viveza que por descuido y olvido. Si iba á pasearse por el jardin ó por el campo se quitaba el sombrerito para correr mejor, y al volver á casa siempre corriendo, le olvidaba, y se quedaba entre la yerva. Despues que acababa su taréa, el deseo de ir á jugar no la permitía detenerse á recoger el dedal y todo lo demás; se levantaba con precipitacion, la almohadilla caía al suelo, y Pamela saltando por encima de todo desaparecía en un abrir y cerrar de ojos. Se tenía gusto en verla correr por el jardin, pero esto mismo la estaba prohibi-

do

do en casa. Pamela aun con el mayor deseo de obedecer, olvidaba no obstante continuamente esta prohibicion; caía regularmente tres ó quatro veces al día, y en todas las puertas se dexaba pedazos de sus vestidos y delantales. En fin á fuerza de ruegos, exôrtaciones y penitencias, insensiblemente perdió algo de este exceso de turbulencia. Felicia tenía el cuidado todas las mañanas de hacer exâmen de quanto tenía en sus faldriqueras y en la almohadilla, y esta revista diaria contribuyó no poco á que Pamela fuese mas cuidadosa. Una mañana que Felicia como de costumbre visitaba las faldriqueras de Pamela, echó de menos sus tixeras. Pamela dixo que no estaban perdidas, porque sabía donde estaban. ¿Pues en dónde las has dexado? preguntó Felicia.—Mamá, en el quarto de mi Hermana.—¿Pues cómo, en el suelo? ¿por qué no las alzaste?—Mamá, estaba en el quarto, y yéndome á sonar, al sacar el pañuelo, se me cayeron las tixeras: en aquel mismo instante oí su campanilla de Vmd., y eché á correr para venir aquí...—¿Pues qué, no cogistes las tixeras?—No Señora, por ver-

la á Vmd. mas presto...—Pero bien sabías que yo había de echarlas menos, y que te reñiría si no las hallaba...—Mamá... No pensé en eso, solo me acordé del gusto de verla á Vmd. Al pronunciar Pamela estas palabras tenía los ojos llenos de lágrimas, y se puso colorada. Felicia la miró con severidad, y Pamela se puso mucho mas colorada. Esta turbacion, y lo inverosímil que era la excusa de Pamela, persuadieron á Felicia que la inocente niña había mentido. Apártate de mi vista, la dixo: estoi cierta de que no hai una palabra de verdad en quanto me has dicho; véte sin replicar. Al oír estas terribles razones Pamela, bañada en llanto, junta las manos, y se arroja á los pies de Felicia sin proferir una palabra. Felicia creyó ver en esta accion suplicante la confesion de su culpa, y así la apartó de sí con indignacion, y la dió una agria reprehension. Pamela, obedeciendo la orden que la había dado, prosiguió callando, y no explicaba su dolor mas que con sollozos y gemidos. Felicia estaba entonces en el campo: salió de su quarto para ir á Misa, y en vez de lle-

var

var consigo á Pamela como acostumbraba, encargó á una de sus criadas que la llevase, y la dexó sin hablarla palabra. Felicia luego que llegó á la Capilla tuvo muchas distracciones involuntarias; volvió varias veces la cabeza ácia la puerta, y vió en fin llegar á Pamela, que con los ojos hinchados y llenos de lágrimas se puso humildemente de rodillas á los pies de la Capilla. La criada le dixo que no se quedase allí con toda la gente, y que pasase mas adelante. La triste Pamela respondió con voz baxa: *aun es demasiado bueno para mí este puesto.* Esta humildad agradó á Felicia, la hizo señas que se acercase, y Pamela lloró de alegría al volver á ocupar su puesto al lado de Felicia. Acabada la Misa, la criada se acercó á ella, y la dixo: Pamela no había mentido... ¿Pues cómo? la interrumpió su ama. No Señora, replicó la criada; me ha pedido que baxase con ella al gabinete, en donde hemos encontrado las tixeras en el suelo como ella había dicho. ¡Oh querida Pamela mia, exclamó Felicia tomándola en sus brazos, ¡y tú te dexabas acusar y maltratar sin decir nada

para defenderte!—Como Vmd., Mamá mia, me había prohibido que hablase...—¡Y te pusistes de rodillas, y parecía que me pedías perdón!—Siempre debo pedirle quando Mamá se enfada contra mí: quando me riñe, seguramente he hecho mal.—Pero yo era injusta.—No Señora; mi bienhechora, mi amada Madre nunca puede serlo para conmigo.—¿Quién podrá no querer á una criatura capaz de tanto amor, sumision y dulzura?

Pamela padeció mucho de los dientes. A los siete años tuvo por esta causa una enfermedad que le duró mas de un año. Para poderla cuidar mejor la hizo dormir Felicia todo aquel tiempo en su quarto. Viendo Pamela la inquietud de Felicia procuraba ocultar lo que padecía. Muchas noches pasaba sin pegar los ojos; Felicia se levantaba á menudo, la tomaba en sus brazos, y la daba de beber. Nunca recibía Pamela estos servicios sin derramar lágrimas de ternura y agradecimiento. Suplicaba á Felicia que se acostase al instante. Duerma Vmd. Mamá, la decía, su sueño me alivia; quando conozco que Vmd.

está dormida padezco muchísimo menos.

No hai sentimiento honrado y decente que Pamela no tuviese, aun de aquellos que parece no deben ser sino el fruto de la reflexión y crianza. Apenas se acordaba de Inglaterra; amaba demasiado á Felicia para no amar tambien á la Francia; pero sabía que era Inglesa, y conservaba á su pátria una aficion tanto mas virtuosa, quanto no hubiera podido considerar sin sumo dolor la necesidad de volver á ella para siempre. Un dia (tenía entonces ocho años) Felicia escribía, y Pamela jugaba á su lado. Se estaba entonces en guerra con la Inglaterra, de repente oye Felicia algunos cañonazos, y exclama: Sin duda este es el anuncio de alguna victoria ganada sobre los Ingleses. Diciendo esto miró por casualidad á Pamela, y se quedó admirada al verla perder el color, tubarse y baxar los ojos. A este tiempo entraron en el quarto varias personas, y un criado avisó que la comida estaba pronta. Pamela continuaba en estar trémula y turbada: queriendo absolutamente Felicia saber lo que pensaba,

prosiguió diciendo : es preciso saber la causa de esa salva ; aun me lisonjeo de que habremos vencido á los Ingleses... Apenas hubo dicho Felicia estas palabras quando Pamela deshecha en llanto se precipita á sus pies. ¡Oh Mamá , exclamó , perdóneme Vmd. si lloro : no por esto quiero menos á los Franceses... Pero he nacido en Inglaterra!.... Este movimiento tan singular en su edad enterneció á Felicia. Alma pura y sensible, la dixo , un instinto sublime te inspira mejor de lo que podría hacer la razon. Creyendo cometer una culpa , has cumplido con una obligacion sagrada : conserva siempre á tu pátria y á la de tus Padres ese amor tan puro ! Ama á los Franceses , lo debes hacer ; pero nunca olvides que la Inglaterra es tu pátria. Estas palabras aquietaron á Pamela y la penetraron de alegría. Aquella misma noche antes de acostarse añadió á sus oraciones la siguiente : *Dios mio hazed que los Ingleses y Franceses no se aborrezcan mas y que nunca se hagan daño unos á otros.* Con tanta sensibilidad era imposible que Pamela no tuviese una de-

vocion verdadera. Segura de que Dios la veía y la oía en todos los instantes de su vida , no cometía nunca culpa alguna de que no le pudiese perdon con lágrimas y verdadero arrepentimiento. Pero antes de implorar su perdon se las decía á Felicia. Dios , decía , no me perdonará si no tuviese confianza con Mamá ; fuera de que una culpa me pesa tanto quando Mamá no la sabe , y además ¡es tan dulce manifestar su corazon á quien se ama!... Quizás me impondrá alguna corta penitencia , pero hablará conmigo , me hará hacer reflexiones , alabará la sinceridad de su Pamela , y esta noche al acostarme quando la pida su bendicion me la dará , si cabe , con mas gusto que otras veces. Despues de estas reflexiones iba Pamela volando á los brazos de su Madre , y encontraba en ellos el premio de su candor y confianza. No pudiendo separarse de Felicia , y prefiriendo á toda otra diversion la de estar con ella aunque no hablase , estaba en su quarto en tanto que su Madre leía , escribía ó tocaba el clave , y se divertía en silencio y sin hacer el menor ruido por no

estorvarla. No obstante de rato en rato se levantaba poco á poco, y acercándose de puntillas á su Madre, la abrazaba, y despues se volvía á su puesto. Varias veces, dexando de repente sus juguetes, se precipitaba llorando en los brazos de Felicia: en vez de jugar, la decía, estaba pensando en Vmd. Mamá mía, en sus muchos beneficios... Hablando así Pamela abrazaba á su bienhechora, y recapitulaba todos los favores que la debía con la expresion del mas vivo agradecimiento.

Una criatura tan extraordinaria y amable no podía ser con el tiempo una muger ordinaria, y así Pamela á los diez y siete años verificó todas las esperanzas que en su niñez se habían tenido de ella. Era instruida, y tenía todas las habilidades que parecen bien en una muger. No había labores que no hubiese aprehendido y que no supiese hacer; no necesitaba para su ropa y adornos de bordador, costureras ni modistas. Además de esto dibuxaba bien, y tocaba el clave con mucha destreza, habilidad que apreciaba en mucho,

por

por quanto se la debía únicamente á su Madre, que había sido su Maestra. Pamela amaba la lectura, la Historia natural y la Botánica: tenía una forma de letra gallarda, y por lo tocante á su estilo no le había costado gran trabajo perfeccionarle: teniendo una alma tan sensible ¿cómo podía escribir mal, ó carecer de energía é imaginacion? Había conservado la ingenuidad y todas las gracias de su niñez; aquellos modales cariñosos, una alegría franca y comunicativa, y aquella dulzura atractiva que la grangeaba todos los corazones. Como la diversion favorita de su niñez había sido la de saltar y correr, disfrutaba de una salud excelente; era imposible alcanzarla quando corría, y andaba y bailaba con mucha gracia. Reunía á todas estas prendas una bondad que nunca la abandonó: trabajaba en secreto como Sidonia, para los pobres, y merecía el bello elogio que un célebre Autor ha hecho de una Reina infeliz, y al mismo tiempo de todas las mugeres en general; se podía decir de Pamela: *que manifestaba aquellas virtudes dulces y benéficas que la Filosofia enseña á los*

hom-

hombres, y que la naturaleza dá á las mugeres. (a)

Natalia que tenía siete años mas que Pamela, y hacía yá algun tiempo que estaba casada como su hermana Camila, era las delicias de su Madre por su amor, su conducta y reputacion; en fin estos tres objetos tan queridos y tan dignos de serlo, Camila, Natalia y Pamela eran la gloria y contento de Felicia. Esta felicidad tan pura se turbó por un suceso que ocasionó á Felicia la mayor afliccion. Tenía una cuñada llamada Alexandrina, que por sus virtudes, gracias y bellezas era el ídolo de su familia. Acometida seis meses había de una enfermedad al principio poco grave, determinó Alexandrina ir á pasar un año en las Provincias meridionales de la Francia. Felicia tuvo el doble pesar de ver marchar á su Madre con Alexandrina. Esta Madre, tan virtuosa como tierna, consintió en separarse de su Hija, en padecer las molestias de un triste viage y las penas de una larga ausencia, para acompañar á su nuera, á quien era precisa su asistencia.

(a) Gaillard, Suplemento á la Historia de la *Rivalité*.

tencia. Llevaba á lo menos el consuelo de alguna esperanza de mejoría; pero en breve le perdió. El viage no sirvió sino para aumentar la dolencia de Alexandrina, y por fin los síntomas mas funestos acabaron de quitarla el resto de esperanza que tenía... Felicia que sabía todo esto por su Madre, procuraba engañarse á sí misma, quando recibió una carta en que la decía lo siguiente:

»N....de Setiembre de 1782.

» ¡Aun vive!... Pero quizás quando recibas ésta... ¡Oh Hija mia, qué será de tu pobre Hermano! ¡Qué será de mí misma con su dolor y el mio!... Y estoi apartada de tí doscientas leguas... Aun no conociamos sino imperfectamente á esta criatura angélica que vamos á perder para siempre: una vida feliz y sosegada qual era la suya no podia manifestar á nuestra vista las virtudes sublimes que posee... No puedes formarte una idea justa de su valor, su piedad, su paciencia y perfecta resignacion. Te he escrito que no conocía su situacion, pero me he engañado.

»La sabía aun antes de salir de París, y se

»lo dixo en secreto á su criada Julia, y esta
 »me lo ha dicho á mí... Para minorar el do-
 »lor de nuestra cruel situacion, la infeliz que-
 »ría á lo menos persuadirnos que conserva-
 »ba la ilusion que ya hemos perdido; pero
 »ayer se descubrió á pesar suyo conmigo. Es-
 »tábamos solas quando me dixo que deseaba
 »recibir los Sacramentos de allí á dos dias,
 »y que me suplicaba diese esta noticia á su
 »Marido con toda la precaucion y miramien-
 »to preciso para que no se afligiese. Despues
 »que me hubo dicho esto se quedó callan-
 »do y como pensativa. Para distraerla pro-
 »seguí hablando y la dixé que te escribiría
 »esta mañana. Al oirme me pareció que que-
 »ría decirme algo, y noté que estaba dudosa:
 »apreté su mano entre las mias, preguntán-
 »dola si quería que te hiciese algun encargo
 »de su parte. Sí Señora, me dixo, tengo una
 »inquietud que me atormenta, y voi á ma-
 »nifestársela: *Ya sabe Vmd. que á los trece*
»años tuve la desgracia de perder á mi Madre;
»luego que murió me pusieron en un Conven-
»to: pocos dias despues una pobre muger me
 »hi-

»hizo llamar al Locutorio; estaba paráltica,
»y me dixo que mi Madre la habla mante-
»nido los dos últimos años de su vida: la abra-
»cé llorando, y desde entonces he cuidado de
»ella. Strvase Vmd. Mamá, prosiguió enterne-
»cida, strvase Vmd. encargar esta pobre á mi
»hermana, y decirle de mi parte que mi amis-
»tad se la dexa por manda. Julia le dará á
»Vmd. las señas de su casa, y yo la supli-
»co que se las envíe mañana á mi hermana.
 »No pude responderla sino con lágrimas, y
 »ella me besó la mano con tal ternura que
 »me penetró el alma... A este tiempo Ze-
 »mira, aquella perrita que sabes quiere tanto,
 »quiso subir á su cama, yo la cogí en mis
 brazos: tu Hermana se inclinó para besarla:
 »¡Pobre Zemira! dixo, *Mamá á Vmd. la*
»gustan mucho los perros, yo se la doi... pro-
»métame Vmd. guardarla siempre... Tú sabrás,
 »Hija mia apreciar estos rasgos. ¡Próxima á
 »dexarlo todo, acordarse de todo y no ol-
 »vidar nada!... A los veinte y quatro años, her-
 »mosa, feliz, gozando de una reputacion sin
 »mancha, pronta á separarse para siempre de

«un Marido el mas amado, de un Hijo ido-
 »latrado, de una Tia querida, que fue para
 »ella al mismo tiempo una bienhechora ge-
 »nerosa y una amable amiga... En fin con-
 »sumando un sacrificio tan doloroso, conser-
 »var una humanidad tan tierna! Ocupándo-
 »se en el virtuoso cuidado de asegurar la
 »suerte de una infeliz que no tiene mas apo-
 »yo que ella; al dexarte por manda esa po-
 »bre muger, emplearse tambien en unas friv-
 »leras que á qualquiera otra se le pasarían con
 »la mas ligera enfermedad; acordarse hasta
 »de su perra!... ¡Ah! ¿Quién será capaz de
 »no admirar una bondad tan pródiga, un
 »valor tan heroico?... A Dios, Hija mía: te en-
 »vivo el único consuelo que puedo ofrecerte
 »en este instante, que es las señas de la ca-
 »sa de la pobre muger, y creo te servirá
 »de alivio el verla y cuidarla.”

Al punto que Felicia hubo leído esta
 carta salió con Pamela, tomó el coche y
 fue á la calle del arrabal de Santiago, en
 donde vivía la pobre muger llamada *Ma-*
dama Busca, conocida en el barrio por la

San-

Santa muger. Esta infeliz paralítica tenía las
 piernas y brazos enteramente secos. Los de-
 dos dislocados estaban encogidos y contrahe-
 chos. Su rostro no tenía nada de horrible,
 pero estaba del todo seco y pálido. No po-
 día ni levantar, ni volver la cabeza; tenía-
 la inclinada sobre el pecho, y en diez y siete
 años que hacía que estaba de aquel modo
 había no obstante conservado todo su juicio
 y conocimiento. Hallábase en un quarto mui
 aseado y decente, y un Eclesiástico de as-
 pecto venerable estaba sentado junto á su ca-
 ma. Felicia al entrar dixo que era la Cuñada
 de Alexandrina, al oirla la pobre muger ex-
 clamó llorando: ¡ah Señora, qué Angel tiene
 Vmd. por Cuñada! Es mui jóven, y con todo
 hace once años que es todo mi consuelo...
 ¡Si Vmd. supiese, Señora, cuánto ha hecho
 por mí!...—¿Venía mui á menudo á verla á
 Vmd.?—Antes de casarse, como no podía sa-
 lir del Convento, me hacía llevar tres veces
 á la semana al Locutorio: entonces pedía per-
 miso para pasar la reja, á fin de estar con-
 migo en el mismo quarto, y me traía mi al-

muerdo , que ella misma había compuesto. Como yo no puedo servirme de mis manos, ella me lo daba , pero con qué bondad! ¡con qué cariño... En fin , Señora , el mayor castigo que su Aya podía darla era decir : *mañana no dará Vmd. de comer á Madama Busca ; yo sola la serviré.* Al punto se quedaba mas humilde que una oveja. Siempre me honraba llamándome su Madre , y quería que yo la llamase Hija : quando yo veía que su Aya no estaba contenta con ella la llamaba *Señorita.* Al instante empezaba á llorar , é iba corriendo á pedir perdon á su Aya... Vmds. lloran , Señoras , prosiguió la pobre muger , ¡qué sería, pues , si les dixese lo que ha hecho por mí despues de casada! ¡Una Señora jóven y hermosa como ella , venir á encerrarse cada dos ó tres dias horas enteras con una pobre parálitica!... Siempre me traía ropa , frutas ó dulces, y muchas veces me leía algun capítulo del Evangelio... Ya sabe Vmd. , Señora , qué bien canta ; un dia la rogué que cantase algo. Yo no sé , me dixo , sino canciones mundanas que no gustarán á mi Madre ; pero aprehende-

ré para darla gusto alguna cosa buena. En efecto , de allí á quatro ó cinco dias vino á cantar-me varios villancicos bellísimos : en verdad, Señora , que me parecía que estaba oyendo y viendo á un Angel... Otra vez hizo traer su harpa , y estuvo tocando aquí mas de dos horas... Pero no es esto lo mas , Señora ; ya vé Vmd. el estado en que estoi , es menester que sepa tambien que todos mis miembros están tan doloridos como disformes , y que no se pasan siete dias sin sentir terribles convulsiones... Si no fuera, Señora , para hacerla á Vmd. conocer su digna Hermana , no me atrevería á decir... ¡Ah! diga Vmd. , interrumpió Felicia llorando, diga Vmd. quanto guste... Pues bien, Señora , replicó la muger , la caridad de aquel Angel es tal, que no hai servicios que no me haya obligado á recibir de ella. Diré, por exemplo , ya que Vmd. me lo manda , que no se me pueden cortar las uñas sin hacerme padecer grandes dolores , á menos de no tener mucha maña para ello : pues aun este cuidado se había tomado sobre sí... Vmd. habrá visto sus manos tan blancas y delicadas ; pero no

sabe que aquellas manos tan pulidas lavaban cada semana los pies de una pobre enferma... Despues de haber dicho esto calló la muger , y volvieron á correr sus lágrimas. No estaban Felicia y Pamela en estado de hablar. De allí á poco entró una muchacha , y preguntó á la enferma si mandaba algo ; esta la respondió que no , dándola gracias , y la muchacha se fue. Entonces el Eclesiástico, que estaba siempre á la cabecera de la cama , tomó la palabra , y dirigiéndose á Felicia , la dixo : Vmd. sabrá con gusto que esta muchacha que acaba de salir es la Hija de una de las vecinas de Madama Busca , y las demás son igualmente serviciales y atentas. La una viene á hacerla compañía , la otra compone su quarto , otra se encarga de traerla luz y lumbre ; en fin , Señora , parece que el espíritu de caridad de su respetable Cuñada de Vmd. anima todas las personas que habitan en esta casa. Es cierto que el exemplo de aquella jóven y virtuosa Señora ha contribuido no poco á acrecentar la actividad de un zelo tan laudable... ¡Ah, dixo Felicia , qué admiracion tan útil

saco de aquí... En efecto , Señora , replicó el Eclesiástico , lo que Vmd. acaba de oír y el objeto que tiene á la vista son dignos de inspirarla semejantes sentimientos... ¡Si Vmd. conociese del todo la piedad , la sublime resignacion de esta pobre muger!... No la ha dicho sino parte de sus males : su cuerpo casi seco y sin movimiento está cubierto de llagas y úlceras... ¡Ah pobre infeliz! exclamó Felicia : pues qué , ¿ no habría medio de aliviar sus males?—No Señora ; no hay arte humano que pueda mejorar su situacion ; pero admírela Vmd. tanto mas quanto no se juzga digna de lástima...—¿Es posible?—Si Señora , replicó la muger : no solo acepto con resignacion estos males pasajeros , sino que tambien los sufro con gusto. ¿Y quién podrá estrañarlos?... ¡Por algunos dolores momentaneos tolerados con paciencia , alcanzar un galardón eterno! Nuestra recompensa será proporcionada á nuestros méritos. ¡Quánto le debo á Dios que me ha puesto en un estado en que continuamente puedo hacer á sus ojos el mérito de padecer sin quejar-

me ; en una situacion en que nada puede distraerme de su presencia , y en la qual todo me convida á no pensar en nada mas que en la eternidad!... ¡Oh y qué gratos me son mis males! ellos han expiado las culpas de mi juventud , han purificado mi corazon , me han desprendido de todos los bienes falsos... Ya el mundo no existe para mí ; ya no puede seducirme , corromperme ni perderme : mi alma no habita esta tierra estraña ; ya está unida á su Criador... ¡Oh Dios mio! yo te veo , oigo tu voz paternal que me eleva , me fortifica , me manda someterme sin réplica , y que me ofrece en premio una corona inmortal!... ¡Buen Dios! ¡Con qué gozo , con qué contento te obedezco! Adoro tu providencia , bendigo mi suerte , y no la trocaría por la mas brillante del universo!...Hablando así aquella muger se explicaba con igual afecto y vehemencia: su voz no anunciaba el estado de debilidad y abatimiento á que la habían reducido los males : sus ojos , naturalmente apagados , brillaban entonces con un fuego extraordinario. Felicia y Pamela la contemplaban y escuchaban.

ban como arrebatadas. ¿Hubiera Vmd. podido creer , Señora (dixo entonces el Eclesiástico) que en semejante estado fuese posible tenerse por dichosa? ¿Qué sería de esta muger que bendice su suerte sin la Religion? ¡Qué grande sería el horror de su situacion si dudase de las verdades eternas de que está penetrada! ¡Ah! ¿Qué podría responderla el Ateísta bárbaro é insensato que intentase seducirla quando le dixese : *quieres quitarme el único bien que me queda y de que puedo gozar ; quieres sepultarme en la mas espantosa desesperacion...* ¡Mira , oh inhumano , mira mis males ; contempla mi valor , mi paciencia , mi resignacion ; admira la paz y sosiego de mi alma , y horrorízate de tu abominable intento!

Convino Felicia en lo justo de esta reflexión ; despues se despidió de la enferma , y se fue con ánimo de visitarla todas las veces que sus ocupaciones y deberes se lo permitiesen. La Santa muger y Alexandrina fueron el asunto de las conversaciones de Felicia y Pamela en el resto del día. ¿Cómo es posible , decía Pamela , que nunca nos haya hablado

mi Tia de esta muger? Eso es , replicó Felicia , lo que debe admirarnos mas ; tal es el caracter de la verdadera virtud. Quando el motivo de una buena accion es la razon solamente , entonces hai deseo de envanecerse con el esfuerzo que cuesta ; pero quando nace de un corazon inclinado al bien , en vez de admirarnos de nosotros mismos , nos decimos : ninguna alabanza merezco ; solo he seguido mi inclinacion y los impulsos de la caridad.. Siempre que un avaro se resuelve á hacer un regalo , notarás con que pompa y publicidad lo executa , y esto prueba lo poco acostumbrado que está á tales acciones , y la vanidad que le causa. En efecto , le son tan penosas que es justo disimularle el necio orgullo que manifiesta. Advierte por el contrario la noble sencillez con que una persona generosa sabe dar. Así es que las almas comunes se envanecen con sus buenas obras porque las son penosas ; pero las almas grandes están exêntas de este orgullo por su misma elevacion , y por la sublime inclinacion que las lleva á todo lo que es decente y virtuoso. Esa reflexion , di-

xo Pamela , debería hacer amar la modestia , ó á lo menos obligar á los que no la tienen á ocultar con cuidado su orgullo , y á no alabarse nunca de lo bueno que han hecho , puesto que lo contrario solo sirve de manifestar la pequeñez de su alma , y su poca inclinacion á la virtud.

Pocos dias despues de esta conversacion recibió Felicia la triste nueva de la muerte de una Cuñada que siempre había amado con extremo , y que , con lo que había sabido de la *Santa muger* , amaba aun mucho mas. Aunque estaba prevenida tres meses antes , su dolor tuvo toda la fuerza que causa una desgracia inopinada. Fue á ver á la *Santa muger* ; tuvo el triste consuelo de llorar con ella , y de oir un elogio fúnebre digno de las virtudes de Alexandrina.

Pamela quiso reemplazar á esta virtuosa Señora en el cuidado de la pobre , sirviéndola del mismo modo , y yendo á verla dos veces á la semana. Cerca de un año había que desempeñaba la dulce obligacion que se había impuesto , quando una mañana que es-

taba con la Santa muger , y que de rodillas delante de ella la lavaba los pies , de improviso se abrió la puerta del quarto , y entró un hombre , al parecer de edad de cinquenta años , y de presencia noble y respetable: este , despues de haber dâdo algunos pasos , se paró mirando atentamente la escena que tenía presente. Pamela , puesta de rodillas , tenía sobre las suyas las piernas secas de la pobre muger , y las enjugaba ; tenía en esta postura la cabeza inclinada , y sus largos cabellos sueltos y sin orden ocultaban la mayor parte de su rostro... al ruido que hizo el incógnito levantó la cabeza ; luego que le vió se alteró , y su rostro se cubrió de un virtuoso pudor que hacía mayor su belleza y daba mas valor á la accion en que se ocupaba. Volviéndose Pamela á una criada Inglesa que la había acompañado , la riñó un poco el descuido de no haber cerrado la puerta. No bien hubo dexado de hablar quando el incógnito exclamó en Inglés : *¡Gracias al Cielo , este Angel es mi compatriota!*... La admiracion de Pamela fue extrema , y su turbacion

igual

igual al ver al incógnito acercarse , tomar una silla , y sentarse con mucha gravedad enfrente de ella. En tanto que se apresuraba á envolver las piernas de la pobre para irse , el incógnito volvió á hablar , y la dixo : *¡Oh celestial criatura!* el que no ha contemplado este quadro no puede tener sino una idea imperfecta de la impresion que pueden producir la juventud y la belleza... Despues de esta exclamacion dexó de hablar el incógnito mirando atentamente á Pamela. Estaba tan absorto en sus cabilaciones que no echaba de ver el empacho y turbacion que la causaba su presencia. Finalmente , Pamela se levantó , se despidió de la muger , y despues al pasar por delante del incógnito le hizo una gran cortesía , y salió apresuradamente dexándole solo con la Santa muger. A pocos dias despues de este suceso volvió Pamela á verla , y esta la dixo que el incógnito había estado cerca de una hora con ella , y que la había hecho mil preguntas acerca de Pamela ; que había querido saber su nombre , y el de la persona que la había educado. Aquella misma noche recibió

F-

Felicia una esuela que enseñó á Pamela, y cuyo contenido era el siguiente:

«Señora: pronto á volver á Inglaterra no puedo determinarme á partir sin ofrecirme á las órdenes de la persona generosa que se ha dignado adoptar una huérfana Inglesa. La amable Pamela hace demasiado honor á su patria y á la educacion que á Vmd. debe, para dexar de inspirar el mas vivo interés en el pecho de un Inglés que no es indigno de disfrutar de la dicha de contemplar de cerca la virtud. Tengo cincuenta años, y por tanto puedo decir sin rodeos que el espectáculo que presencié hace algunos dias ha hecho en mi corazon una impresion indeleble. Jamás se borraré de mi memoria la imagen de la hermosa Pamela de rodillas y lavando los pies de aquella desventurada paralítica. He sabido que tenía en Inglaterra parientes que rehusaban reconocerla: dignese Vmd., Señora, fiarme el secreto de su nacimiento, y por mi parte la ofrezco los servicios del Padre mas amante. Quedo de Vmd. con el mayor respeto &c. = Carlos Aresby.»

Ah

Ah Mamá, exclamó Pamela luego que hubo leído la esuela, no vea Vmd. á ese Inglés. Vmd. es todo para mí, no procure, pues, darme á conocer á unos parientes que me han abandonado: soi suya, ¿qué me falta, pues, para ser feliz?... Pero Hija mia, replicó Felicia, si supieses quien eres tendrías nombre y lograrías tu colocacion...—Vmd. me dá el dulce nombre de Hija y me permite que la consagre mi vida, ¿qué le falta á mi dicha?—Dexa que reciba á ese Inglés; confieso que su admiracion ácia mi Pamela me hace entrar en ganas de conocerle: sabe apreciarte, ¡qué mayor mérito para conmigo! pero te prometo no decirle nunca tu nombre sin tu consentimiento. Con esta condicion convino Pamela en la visita del Inglés, y á la mañana siguiente Sir Aresby se presentó en casa de Felicia. Pasados los primeros cumplidos renovó sus ofertas, y suplicó encarecidamente á Felicia le confiase el nombre de la familia de Pamela. Felicia le dixo sin rodeos que Pamela misma se oponía á esta confidencia. Sir Aresby suspiró: me es muy sensible, dixo, perder la es-

pe-

peranza de serla útil. A lo menos, replicó Pamela, no dude Vmd. de mi agradecimiento. No puedo considerar sin espanto la menor mudanza en mi suerte, puesto que hallo en el amor de mi querida y generosa bienhechora la felicidad que colma todos los deseos de mi corazon, pero no por eso soi menos agradecida á las bondades que Vmd. me manifiesta. Enternecido Sir Aresby miró á Pamela, y despues encaminando sus razones á Felicia, la dixo: yo me parto al fin de esta semana, ¿podré esperar, Señora, que Vmd. me permita escribirla de quando en quando?... Felicia interrumpió á Sir Aresby para prometerle que le escribiría, y pedirle la direccion de sus cartas. No vivo en Londres, replicó este; hago viages mui á menudo; pero si Vmd. quiere, Señora, dirigirme sus cartas á Londres con el sobrescrito á Madama Selwin, no hai duda que llegarán á mis manos. Al oír este nombre de Selwin, Felicia se alteró, y Pamela se turbó enteramente. Sir Aresby, que miraba á Felicia, lo advirtió, y le preguntó si Madama Selwin tenía la fortuna de ser su co-

nocida. Al menos conozco su nombre, respondió Felicia. Pues ese nombre, replicó Sir Aresby, es el mio...—¿Cómo?...—Si Señora; le dexé al casarme con una heredera cuya mano no podía obtenerse sin tomar el nombre de su familia: diez años hace que soi viudo, y no tengo Hijos... ¿Tenía Vmd. un Hermano? preguntó Felicia con sumo sobresalto.—Dos he tenido y los he perdido; Madama Selwin es viuda del segundo y el tercero... ¡ah Señora! aquel infeliz, ciego y descaaminado por una pasion funesta desconoció la autoridad paternal... fue desheredado... el arrepentimiento y el pesar acortaron sus dias... nuestro desgraciado Padre le siguió al sepulcro. Yo estaba entonces ausente; un nuevo enlace de contratiempos me obligó á prolongar mis viages, y no volví á Inglaterra sino al cabo de quatro años. Supe la muerte de la viuda de mi Hermano; supe asimismo que había dexado una Hija, y determiné buscar esta criatura y adoptarla. La criada en cuyo poder había quedado la niña acababa de morir, pero su Marido me dixo que

sabía de ella misma que la desventurada huérfanita había sobrevivido poco tiempo á su Madre; este hombre añadió que no había visto á su Muger sino seis meses despues de la muerte de mi Cuñada, y que entonces ya no vivía la niña... Al decir esto advirtió Sir Aresby que Pamela procuraba en vano ocultar las lágrimas que la bañaban el rostro. Admirado de su agitación y palidéz la considera con sobresalto. Felicia, tan turbada como Pamela, tenía una mano de esta entre las suyas, estrechándola amorosamente... De improviso enagenada Pamela se levanta, y adelantándose con pasos trémulos ácia Sir Aresby: sí, dixo, debo darme á conocer al Hermano de mi Padre... ¡Justo Cielo! exclama Sir Aresby precipitándose á ella. Pamela sobrecogida de un espanto que no puede vencer, se hace atrás, y se arroja en los brazos de Felicia. ¡Oh Madre mia! dixo derramando dos fuentes de lágrimas, ¡bienhechora mia! ¡De Vmd. sola soi, guarde Vmd. su Hija, no la abandone!... ¡Cediendo el derecho que tiene en mí, me dará la muerte!... Al decir esto Pamela, dexa caer su cabeza sobre

bre

bre el pecho de Felicia, cierra los ojos, y queda desmayada. Al verla en tal estado, fuera de sí Felicia baña con lágrimas el rostro de Pamela, y dá voces pidiendo socorro. En breve recobra Pamela sus sentidos, abre los ojos, y Aresby tomando una de sus manos: oh, Pamela, la dice, desecha esos vanos temores que me agravian. No tengo ni el derecho, ni el inhumano deseo de arrancarte de entre los brazos de tu bienhechora; debes consagrarla todos los instantes de tu vida!... ¡Ah! si es cierto que seas aquella niña, aquella infeliz Selwin cuya pérdida he llorado tanto, no hallarás en mí sino un amigo, un Padre amoroso, incapaz de exígir de tí el menor sacrificio... Estas razones llenaron de gozo el corazón de Pamela; abrazó á Felicia fuera de sí, y expresó á su Tio su gozo y agradecimiento con aquella gracia y aquella sensibilidad expresiva que la caracterizaban. Felicia fue á buscar un cofrecito que contenía las pruebas del nacimiento de Pamela. Leyó Sir Aresby algunas cartas y otros diferentes papeles que la criada de Miss Selwin había entregado á Felicia.

Como esta muger había recibido algunos regalos de Felicia, fácilmente comprehendieron que para no partirlos con su Marido, había supuesto la muerte de la niña, segura por otra parte de que la jóven Selwin jamás volvería á Inglaterra.

Colmados todos los deseos de Sir Aresby al encontrar á su sobrina en aquella misma jóven cuyas virtudes habían hecho en su corazon tanta impresion, quiso que tomase su nombre al punto mismo: poco tiempo despues movido del tierno afecto que profesaba á Pamela se estableció en Francia. La hermosa y sensible Pamela supo merecer sus beneficios con su cariño y su agradecimiento: nunca se separó de Felicia, siendo la mas dulce y grata de sus obligaciones el cuidado de hacerla feliz.

Habiendo dexado de hablar la Marquesa de Clemira hizo la Baronesa la señal de retirarse. No obstante como no era tarde se obtuvo una prolongacion de la velada. Se hicieron algunas reflexiones acerca de la historia de Pamela; se admiró el caracter de la heroina; sobre todo su sensibilidad, y todos

dos convinieron en que el agradecimiento es la mas amable de todas las virtudes. No se cansaban de hablar de la virtuosa Alexandrina: se notó que su exemplo había inspirado á Pamela aquella especie de admiracion que caracteriza á las almas grandes, aquella que excita el deseo de imitar una conducta sublime. Finalmente se admiró, tanto la feliz influencia que había tenido en la suerte de Pamela su beneficencia para con la muger paralítica, como el poder de la Religion que sabe dar una virtud tan sólida, un valor incontrastable, y los únicos consuelos que pueden hacer tolerar con paciencia por espacio de diez y ocho años el cúmulo de las miserias humanas. (a)

De allí á pocos dias tuvo la Marquesa de Clemira el gusto de ver que las historias de las veladas y el exemplo de Sidonia habían hecho mucho efecto en el corazon de sus Hijos, porque habiendo sabido Carolina y Pulchê-

(a) Madama Busca, que vive aun (en el mes de Agosto de 1783) está diez y ocho años hace en el estado que queda dicho.

chêria que en una aldea inmediata se hallaba una muger de parto, determinaron hacer ellas mismas las envolturas para la criatura. César, ayudado del cesterero de Champceri, se encargó de dar las cestas y escusabarañas en que debía llevarse la ropa destinada al niño, y quiso hacer, con la ayuda del carpintero, un armario grande para la Madre. La Marquesa aprobó estos proyectos: hizo recoger toda la ropa blanca vieja que había en la casa, y entregarla á Carolina y Pulchêria, que al punto emprendieron su obra con mucho ardor. No era menor el de César, Agustin y Morel para concluir el armario. Luego que todo estuvo finalizado, los carpinteros y costureras pidieron permiso para llevar ellos mismos aquel regalo á la pobre aldeana. Vengo en ello, dixo su Madre, ¿pero cómo lo hareis? De aquí á la aldea hai lo menos media legua...—Mamá, si Vmd. me lo permite iré con mi armario en un carro.—Con mucho gusto... Ah Mamá, exclamó Pulchêria, denos Vmd. licencia para que llevemos las envolturas montadas en borricos. Que me pla-

ce, respondió la Marquesa; yo por mí, que no llevaré sino un poco de dinero iré á pie, y mañana por la mañana despues de almorzar nos pondremos en camino. Esta disposicion excitó un gozo inexplicable: en efecto facilmente se concibe quan grato es unir con el gusto de hacer una buena accion el de ir en carro y en borricos.

Carolina, Pulchêria, César y Agustin pasaron lo restante del dia con suma agitacion. Los aldeanos que debían dar los borricos y el carro recibieron aquella tarde veinte recados á lo menos. Carolina y Pulchêria arreglaron las envolturas en dos cestas: se había repartido así en dos partes para que no se equivocase la labor de la una con la de la otra. Es escusado decir que no se habían olvidado de atar con mucha curiosidad cada paquete de ropa con cintas de color de rosa y azules, y que había en las cestas por lo menos tantas cintas como labor. Al dia siguiente todos los niños estaban despiertos antes de amanecer: esperaron con impaciencia la hora de vestirse: se almorzó de prisa, y finalmente

boxaron al patio, en donde esperaban los burros y el carro, del qual tiraban quatro bueyes. Carolina y Pulchêria montaron en sus burros con las cestas de las envolturas, y llevando cada una por conductora á una muchacha de la aldea que iba á pie al lado de ellas. César subió en el carro, y se sentó sobre su armario con Agustín y Morel: no es posible que un General victorioso en su carro de triunfo tuviese un aspecto mas animoso, ni semblante mas satisfecho. Madama de Clemira acompañada del Abate se puso en medio de sus dos Hijas para poder hablar con ellas, y con este orden se rompió la marcha. A pesar del deseo que se tenía de llegar á la aldea no pareció largo el camino: la alegría la mas sincera hacía que la conversacion fuese igualmente ruidosa y agradable. Se cantaba, se gritaba con tanta mas libertad quanto la Marquesa, á quien nunca causó enfado el inocente gozo de la niñez, era la primera que daba el exemplo. Se podía oír la comitiva mucho tiempo antes de verla: las risotadas, las canciones y los gritos la

anun-

anunciaban desde lexos, y varias veces hicieron correr al camino desde los prados inmediatos á las muchachas que hilaban á la sombra de los sauces, y á los pastores que guardaban sus rebaños.

No cesó el alboroto hasta tanto que se descubrió la casa de la aldeana. No obstante, entonces se acrecentó el gozo, pero mudó de caracter; al regocijo se siguió una dulce conmocion, y quando se llegó á la puerta de la casa los niños estaban tan callados, como alborotados un medio quarto de hora antes. Apéanse todos, dos hombres cargan con el armario, y seguidos de César, de Morel y de Agustín, entran los primeros en la casa. Carolina y Pulchêria se abrazan con sus cestas, y van á ofrecérselas á la aldeana con unos latidos de corazon indecibles. La Marquesa le dió algun dinero, y prometió volverla á ver despues que hubiese parido. Aquella pobre muger manifestó un gozo y una gratitud tan viva que penetraron á Madama de Clemira y á sus Hijos.

Al volver á la Quinta no se trató de otra

co-

cosa; en lo restante del día toda la conversacion fue acerca de lo mismo, y la Marquesa dixo á sus Hijos: acordaos de la felicidad y alegría de que habeis disfrutado hoi. ¿Por qué tienen tanto atractivo las pasiones? La causa es porque ocupan vivamente; los hombres prefieren extraviarse, padecer, y aun perderse, á la idea de verse consumidos del tedio; pero las pasiones no dan mas logro que una agitacion penosa, mas fruto que unos placeres que la inquietud corrompe casi siempre, ó que los remordimientos emponzoñan. Sola la virtud es quien nos presenta un manantial inagotable de gustos y felicidades. Tened presente, Hijos míos, toda vuestra vida la dulce satisfaccion que habeis sentido al formar el proyecto de socorrer á esa muger, las conversaciones tan gustosas que acerca de ella habeis tenido, el gusto con que trabajabais para ella, la actividad que os inspiraba aquella agradable ocupacion, la agitacion en que estabais ayer, el instante precioso en que salimos de casa, y el regocijo, fiesta y alboroto en todo el tiempo del cam-

mi-

mino: acordaos tambien de la conmocion que habeis tenido al descubrir la casita, y el enternecimiento que os penetró al ver á la muger, y creed firmemente que nunca han producido las pasiones placeres tan vivos y una felicidad tan pura. Además de esto, los gustos que las pasiones hacen disfrutar no son mas que unas ilusiones nocivas y frágiles, que es preciso perder, y que al disiparse dexan en el alma un vacío horroroso, mil recuerdos importunos, y muchas veces amargos arrepentimientos. Vosotros por el contrario, ¡qué satisfaccion interior tan grande experimentais! ¡qué dulce memoria os queda! ¡qué alabanzas tan lisonjeras habeis sabido merecer!

Al decir estas palabras los tres niños se arrojaron en los brazos de su Madre, protestándole que estaban íntimamente persuadidos de la verdad de sus reflexiones, y que creían firmemente que no podían ser felices sin su ternura y la práctica de la virtud. César suplicó despues á su Madre que le concediese un favor: la pidió permiso para sacar de pila con una de sus Hermanas al niño

que

que pariese la muger. Aun eres mui niño, le respondió su Madre, para ser Padrino...— Pero Mamá, yo he visto diez niños mas jóvenes que yo...—Bien lo sé, pero no puedo aprobar semejante abuso; porque en fin, ser Padrino de una criatura es en algun modo adoptarla, y esta clase de adopcion es tanto mas respetable quanto la Religion es quien la consagra.—Dígame Vmd., pues, Mamá, quales son las obligaciones de los Padrinos, y yo la prometo cumplirlas exâctamente.—El Padrino se obliga á proteger la criatura á la qual se pone uno de sus nombres: se obliga á encargarse de su colocacion; á sacarla de la miseria si se hallase en ella; y finalmente á darla quantos socorros haya menester.— Ah Mamá, ahora tengo muchas mas ganas de ser Padrino, puesto que me obligará á hacer buenas acciones...—Pues bien, lo serás... ¿Y quién de nosotras será la Madrina? preguntaron á un tiempo Carolina y Pulchêria. Este honor, replicó su Madre, se debe á la mayor; pero yo te prometo, Pulchêria, que tambien serás Madrina el verano próxîmo.

Con

Con esta promesa todos quedaron contentos, y para que nada faltase á la satisfaccion que se había logrado en aquel agradable día, la Baronesa contó aquella misma noche la historia siguiente.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

NO-

(1) **L**a voz *automaton* griega significa: *me excitan*, ó bien: *estoi pronto*.

Descripcion de diversas obras de mecánica, inventadas y executadas por Mr. H. L. Jacquet Droz, Artista de la Chaud-Defond en el Condado de Neuchatel en la Suiza.

Desde los dos autómatas, el Flautero y el Anade del célebre Mr. de Vaucanson, de la Real Academia de Ciencias, no se ha visto cosa mas hermosa, admirable y perfecta en mecánica que las obras siguientes.

La primera es una figura que representa un niño de dos años sentado en un taburete, y escribiendo sobre una mesa. Este autómatas moja su pluma en el tintero, sacude la tinta que hai de mas, y escribe correctamente todo lo que se le dicta sin que nadie le toque. Coloca como corresponde las letras iniciales, y dexa el intervalo conveniente entre los vocablos que escribe. Quando ha acabado un renglon, pasa á otro observando la distancia debida. Mientras escribe, sus ojos están fixos en lo que hace; pero quando ha acabado un vocablo, dirige la vista á un alfabeto que tiene puesto á su izquierda, como para querer imitar sus caractéres. Este mecanismo es incomprendible: pudiera tal vez adivinarse, si el número de vocablos que este autómatas puede escribir fuese limitado; pero no es así, al contrario, escribe sin distincion todas las palabras de qualquier idioma, y aun si ha comenzado un vocablo que le han dictado, y se quiere que lo dexé y que escriba otro, abandona el primero y sigue con el que se le manda.

La segunda figura es semejante á la primera en quanto al tamaño. Representa un niño tambien sentado en un taburete, dibujando con un lápiz algunos diseños.

Este autómatas executa con mucha propiedad y limpieza algunas piezas de las cuales pone primero las principales trazas observando los llenos y los delgados. Hace despues las sombras, retoca y emienda las imper-

fecciones de su dibujo. A este fin aparta de quando en quando la mano como para ver mejor lo que tiene hecho. Sopla el polvo que ha dexado la presion del lá piz sobre el papel. Finalmente los diversos movimientos de ojos, brazos y mano imitan exáctamente á la naturaleza.

La tercera pieza representa una niña de diez á doce años sentada en un taburete y tocando el clave. Este autómatá, cuyo cuerpo, cabeza, ojos, brazos, manos y dedos tienen los movimientos naturales, executa diversas piezas de música de dos ó tres partes con mucha perfeccion. Como su cabeza y ojos se mueven á todos lados, mira alternativamente á sus manos, á su música y á los asistentes. Su cuerpo flexible se inclina á veces para ver de mas cerca las notas; su pecho se levanta y baxa alternativamente para indicar la respiracion.

Finalmente, la quarta pieza ofrece un contraste del arte y de la naturaleza, un conjunto de peñascos, de jardines, de chozas y piezas de Arquitectura. Esta obra inmensa por la multitud y variedad de objetos que representa y de los efectos que produce, no ocupa mas que una extension de quatro pies y medio en quadro, sobre dos á tres pies de elevacion. La delantera de esta pieza representa un jardin terminado por la fachada de un edificio primoroso. Mas lexos se ve una campiña de la Suiza, rodeada de montes y peñascos, detrás de los quales sale un sol, llega á su medio dia, y se pone de un modo que concuerda exáctamente con las revoluciones de este astro sobre nuestro horizonte segun las diferentes temporadas del año. La campiña, llena de plantas, arbustos y malezas, contiene una cabaña de un aldeano, un molino, un arroyo y diversos ganados paciendiendo. El fondo se termina por una cadena de riscos escarpados, con diversas grutas y cavernas, en cuya cumbre se ven pacer algunas cabras. La parte pastoril se compone de un pastor y una pastora, ovejas y cabras que se ven pacer y que se oyen balar, de una vaca que brama, de un becerro que la está mamando y de un perro que guarda el ganado.

Las funciones y juego de esta pieza principian por un rústico que sale de su cabaña montado en un burro, atraviesa así el prado, pasa la puente del arroyo, y va al molino para cargar su harina. Mientras pasa delante del ganado, el perro del pastor ladra tan naturalmente, que muchos perros al oirle se han engañado y le han respondido. Un instante despues se vé salir al Pastor de su choza; se para, saca su flauta, y toca algunos preludios que un eco repite suavemente. Continúa despues su camino, advierte á la Pastora durmiendo cerca de sus ovejas la cabeza reclinada sobre un brazo; se arrima á ella y toca una sonata patética. Despierta la Pastora, se sienta, mira al Pastor, toma su guitarra y hace concierto con él hasta que interrumpidos inopinadamente por la vuelta del Aldeano que sale del molino, al instante hace su cortesía el Pastor y se esconde en la choza de la Pastora: esta vuelve á tomar con disimulo su primera postura, y entonces se ve al rústico dirigirse á su cabaña á pie y llevando delante de sí el burro cargado con un saco de harina.

El jardin rodeado de rejas ofrece en su extension unas lineas regulares de árboles labrados con arte, estatuas, surtidores de agua y muchos naranjos, sobre los quales se ven nacer capullos, despues flores que se abren, y á las quales se sigue la fruta. La pieza de Arquitectura está adornada de estatuas, de dos fuentes, cuyo juego hace ilusion, y de una paxarera donde se ven diversos páxaros revolotear y modular sus cantos naturales. En el medio del edificio se vé una portada, encima de la qual está un reloj con adornos de medio relieve. A la puerta se vé una Labradora que toca diversos minuets con un salterio, mientras dos niñas bien vestidas bailan con mucha gracia y perfeccion. Aunque todas las figuras que componen esta quarta pieza tengan movimientos muy complicados, y no mas de quatro pulgadas de alto, obran con tanta facilidad y suavidad, que qualquiera cree vér la obra de la naturaleza misma.

Mr. Jacquet Droz, jóven de 24 años á lo mas, es verdaderamente un prodigio. Mr. de Vaucanson, que ha

4
visto (a) sus piezas de mecánica, se quedó atónito, y le dixo que empezaba por donde él quisiera haber acabado.

El Jugador de axedrez que se ha enseñado al público en varias Capitales de Europa ha parecido un mas admirable en sus principios. Este jugador es una estatua de grandor natural, vestida á la Turca, y sentada detrás de un buró ó papelera, sobre la qual está colocado el tablero y piezas del Axedrez. Antes de empezar el juego se abre la papelera para hacer ver á los circunstantes que en su interior no hai mas que ruedas, resortes y palancas. Igualmente se abre una portezuela que tiene el autómeta en el pecho, por la qual se vé que solo tiene en el cuerpo alambres, cuerdas y garruchas: toda la máquina se conduce por medio de quatro ruedas al parage del quarto que señalan los espectadores, para hacer ver que no tiene comunicacion alguna con las piezas inmediatas. No es posible despues de esta prueba creer que la estatua tenga otro movimiento mas que el de sus resortes; pero al ver que aunque juegue con los mejores jugadores casi siempre gana la partida, no se puede dudar que sus movimientos son efectos de unos razonamientos sumamente profundos y bien combinados, pues que siendo el juego del axedrez el mas difícil y variado de todos se ve precisada con frecuencia á hacer jugadas muy irregulares, para sorprehender á su adversario en la marcha arbitraria que se ha propuesto.

Qualquier Lector que sepa jugar al axedrez dirá seguramente que la perfeccion de esta máquina supera á la de quantas se han visto hasta ahora, sin poder comprehender no obstante de qué modo executa tan singulares movimientos. La explicacion siguiente se ha sacado de una obrita intitulada: *La Magie blanche dévoilée par Mr. Decremps*; esto es: *La magia blanca descubierta, su autor Mr. Decremps*.

Un enano, diestro jugador de axedrez, pone la má-

(a) En Noviembre de 1774.

5
máquina en movimiento, y está oculto en la papelera ó buró: no se le puede ver quando se abre este, á causa de que entonces tiene las piernas y muslos hasta la cintura metidos en un grueso cilindro ó cañon de hierro que al parecer contiene ruedas y otros instrumentos: lo restante del cuerpo del enano está entonces fuera del buró escondido entre las faldas del Turco. Luego que se ha cerrado el buró se da vueltas á una cigüeña con pretexto de dar cuerda á los resortes, operacion que causa un ruido bastante fuerte y que al tiempo que da un viso verosmil á la experiencia, facilita al enano el poder entrar en el buró sin ser sentido. En tanto que se muda de un sitio á otro toda la máquina, cierra el enano la portezuela por donde habia pasado el medio cuerpo: despues se alzan las faldas del autómeta y se manifiesta hasta su estómago, para que se vea que no hai superchería alguna, todo lo qual aumenta la admiracion de los circunstantes, que atribuyen al mecanismo lo que solamente puede provenir de una cabeza bien organizada.

Resta saber el modo con que el enano oculto en el buró puede conocer el juego de su contrario: para lo qual hai varios medios. Primero: se puede poner en cada pieza del juego un pedazo de hierro tocado al iman, y debaxo de cada quadro del tablero una pequeña aguja de brúxula, muy sensible, para que por su movimiento señale el quadro que se ocupa con alguna pieza y el que queda vacío. Segundo: se puede señalar mentalmente cada pieza y cada quadro con un número para distinguirlo de los demás, indicando este número á la persona oculta, ya sea por señas, ó ya por ciertas palabras. Tercero: se puede hacer finalmente un tablero medio transparente, el qual, sirviendo de cubierta al buró, dexa obscuro lo interior de él para que nadie pueda ver lo que hai; pero que no obstante dexa entrar suficiente claridad para que el enano pueda ver lo que se hace fuera del buró.

En quanto al medio practicado para que el autómeta haga los movimientos necesarios, facilmente se comprehenderá que su brazo y la palanca interior que

le mueve deben considerarse como una pantágrafa cuya extremidad se mueve á todas partes para recorrer el tablero exterior en tanto que la otra se mueve interiormente para darle en pequeño los mismos movimientos, señalando los quadritos de un tablero interior mucho mas pequeño.

(2) Todos conocen esta experiencia del Doctor Franklin fundada en la electricidad.

(3) La llave estaba electrizada.

(4) En el mismo año de 1755 en que sucedió la destruccion de Lisboa, padecieron tambien mucho las Islas Azores. En la Isla de San Jorge, distante doce leguas de Angra, tembló la tierra con tanto furor, que la mayor parte de los habitantes fueron sepultados entre las ruinas de sus casas: el espanto creció á la mañana siguiente á vista de diez y ocho Islas nuevas que salieron del mar. Por otra parte se sintió un sacudimiento que echó al mar diversas porciones de tierra, de las cuales una conservó una casa rodeada de árboles; los que la habitaban entonces no conocieron hasta la mañana la mudanza de su local. *Vease el Diccionario de Historia natural por Mr. de Bomare en la palabra temblor de tierra.*

(5) Este arbol se llama vulgarmente *árbol dragon*: es un árbol grande, del qual distinguen los Botanistas quatro especies; se cria en las Islas Canarias, y es parecido, visto de lexos, al pino: su fruta es redonda, del tamaño de un guisante gordo, amarilla, y un poco ácida. Su tronco, que es áspero, se abre en diversos parages, y vierte en la cáncula un licor que parece sangre, y que se condensa en forma de una lágrima colorada, blanda al principio, y despues seca y facil de reducirse en polvo. Este suco es la verdadera y natural *sangre de dragon* de las boticas, y su uso muy frecuente en la medicina. Luego que se hace una incision en el tronco ó en las ramas de este árbol, empieza á gotear este licor. *Mr. de Bomare en la palabra sangre de dragon.*

(6) Una tromba no es otra cosa mas que una nube densa comprimida y reducida á un corto espacio por vien-

vientos opuestos que soplando á un mismo tiempo dan á la nube la forma de un torbellino cylíndrico y ocasionan la caída de esta agua de golpe en la misma forma cylíndrica. La cantidad de agua es tan considerable y la caída tan rápida, que si una de estas trombas viniese á caer sobre un navío lo echaría á pique sin remedio. En el mes de Julio de 1755 un trueno despiomó en Baviera una nube entera que se enderezó perpendicularmente, y formó como una tromba marina. Este torbellino al pasar encima de un estanque se sorbió toda el agua y la levantó á una altura prodigiosa, la despidió despues con tanta fuerza que apareció como un humo espeso; esta nube derribó en su tránsito muchas casas y árboles. Otro meteoro casi semejante sucedió cerca del Báltico el dia 17 de Agosto de 1750, era este una columna de agua pegada á una gruesa nube, y que el viento traía ácia la tierra; atraía á sí todo lo que encontraba, haces de trigo, zarzas, ramas de árboles, todo lo levantaba á la altura de treinta pies y lo dexaba caer despues hecho mil pedazos. Dicen que disparando cañonazos contra dichas trombas se rompen y se disipan. Hai tambien otra especie de tromba que se llama *typhon*; esta no baja de las nubes, sino que se levanta del mar ácia el Cielo; estos typhones no tienen otras causas que los fuegos subterranos, pues el mar entonces parece que está hirviendo, y el aire lleno de exhalaciones sulfureas. *Vease Mr. de Bomare en la palabra viento.*

Se lee en las Memorias de la Academia de Sthokolmo que el dia 17 de Agosto de 1746 se vió cerca de Nystad una columna que se levantaba de la tierra y arrastraba tras sí los rastrojos, los haces, desarraigaba los arbustos, &c. Otra mas singular se vió en 1727 en Beciers; era esta columna de un color algo morado, arrancaba cantidad de hijuelos de olivos, desarraigaba los árboles, transportó un grueso nogal á quarenta ó cinquenta pasos, y señalaba su camino por una traza muy honda en la que tres coches de frente hubieran podido pasar; la acompañaba un humo espeso y un ruido semejante al mar alborotado. Otra trom-

ba pareció en el mismo año en la Bria....Al pasar sobre un foso lo llenó de tierra y piedras, y señaló su tránsito con especies de surcos como hubiera podido hacer un trillo.

En el año de 1776 se vió en Carcasona una columna de una altura considerable; parecia baxar de una montafia, su color era amarillo obscuro desde la basa hasta su medio, y lo demás parecia encendido. El ruido que hacía este meteoro era semejante al bramido de los toros. Fue á precipitarse en el rio *d' Aude* dexando á secas una porcion de su madre. *Diccionario de las maravillas de la Naturaleza, tom. 2. en la palabra tromba.*

(7) En 1740 cayó en Roma un pedrisco del tamaño de un huevo.... En la Turingia, Provincia de Alemania, cayó otro en 1738 del tamaño de huevos de gansos.... Vallado asegura en su descripción de las Islas Orcadas que en el mes de Junio de 1680 cayeron en una tronada pedazos de hielo de un pie de grueso. Morton observó en Northampton en 1693 pedazos de hielo que tenían dos pulgadas de largo con una de grueso. A mas de esto observó piedras esféricas de una pulgada de diámetro, sobre las cuales se veían cinco puntas salientes que formaban una especie de estrella.... En 1720 cayó piedra en Crembs de la qual algunos granos pesaban hasta seis libras. *Diccionario de las maravillas de la Naturaleza, tom. 1. en la palabra piedra.*

La piedra es agua de lluvia que se condensa y cristaliza con el frio al pasar por la mediana region del aire antes de llegar á la tierra. Nicephoro-Calisto refiere que despues de la toma de Roma por Alárico cayeron en muchos parages piedras que pesaban ocho libras. En 824 cayó cerca de Autun en Borgoña entre el granizo una cantidad de pedazos de hielo de 16 pies de largo, siete de ancho y dos de grueso.... En 1723 cayeron en Leychester pedazos de hielo que tenían cinco pulgadas.... En la memorable tempestad que se experimentó en Picardia en el mes de Agosto de 1722 la menor piedra que cayó acompañada de centellas pesaba una libra, y las mayores ocho.... muchas tenían figura de agujas y de quiquillas, &c. *Mr. de Bomare en la palabra piedra.*
Edens,

(8) Edens, Viajante Inglés, refiere que habiéndole proporcionado su profesion de Médico ocasiones de hacer considerables servicios á los habitantes de las Islas Canarias, obtuvo de ellos la libertad de visitar sus cuevas sepulcrales, favor que conceden á muy pocos, y que no se puede lograr á pesar de ellos sin exponer la vida á los mayores peligros.

Tienen en suma veneracion á los cuerpos de sus antepasados, y la curiosidad de los estrangeros es reputada entre ellos como una profanacion. Estas cuevas son sitios antiguamente cavados en las peñas ó formados naturalmente. Están los cuerpos cosidos en pellejos de cabras con correas de lo mismo, y las costuras tan iguales y tan lisas que no se puede admirar demasiado el arte; pero lo que causa aun mas estrafieza es que todos los cuerpos están casi enteros. Se halla igualmente en los de ambos sexos los ojos (pero cerrados), los cabellos, las orejas, la nariz, los labios, los dientes, la barba.... Un dia que el autor de la Relacion estaba cazando conejos con huron, este animalito, que tenía un cascabel al cuello, lo perdió en una madriguera, y desapareció tambien sin que se pudiese reconocer su rastro. Uno de los cazadores, amo del huron, empeñado en buscarlo por medio de las peñas y malezas, descubrió la entrada de una de estas cuevas sepulcrales: entró en ella, &c.

Segun la Relacion de los mas antiguos Guanches había entre sus antepasados una Tribu particular que tenía el arte de embalsamar los cuerpos, secreto que conservaban como un misterio sagrado.... Esta Tribu era la misma en la qual estaba establecido el Sacerdocio y no podían casarse sino con personas de la misma Tribu. Pero despues de la conquista de la Isla, los mas fueron destruidos por los Españoles, y su secreto pereció con ellos. La tradicion no conserva mas que un corto número de ingredientes que entraban en esta operacion, &c. *Compendio de la Historia general de los Viajes por Mr. de Harpe, tom. 1.*

De todos los Pueblos antiguos ninguno tuvo mas comun el uso de embalsamar los cuerpos que los Egipcios.

10
cios. Se ven de estos cuerpos que se conservan desde mas de dos mil años. En el pecho de uno de estos cadáveres se ha encontrado una rama de romero apenas desecada; el arte de embalsamar como se practica hoi dia no fue conocido en Europa sino en estos últimos siglos. Antes se hacían grandes incisiones en los cuerpos, las que se empolvaban con aromas, y se envolvía el todo con una piel de buei adobada. *Encyclopedía.*

(9) Los Franceses llaman á este árbol *calabacero*, y su fruta *pan de monos*. Crece en el Senegal, en donde la gente del país le llama *goui* y su fruta *boui*. Su verdadero nombre es *baobad*. Sus primeras ramas, que se extienden quasi horizontalmente, tienen por lo comun sesenta pies de longitud, y su tronco cerca de setenta y ocho de circunferencia; pero muchos Viajantes han visto otros mas gruesos. Rai dice que entre el Niger y el Gambia se han medido algunos tan monstruosos que diez y siete hombres podían apenas abrazarlos juntando sus brazos extendidos, lo que daría á estos árboles poco mas ó menos ochenta y cinco pies de circunferencia. El *baobad*, añade Mr. de Bomare, es verosíblemente el mas grueso de los vegetales conocidos en el universo. No obstante se citan en obras de diversos Naturalistas otros exemplos de árboles muy conocidos y cuyo grueso era tan prodigioso que se deben mirar como monstruos en los vegetales. Rai cita la Relacion de Viajantes que han visto en el Brasil árboles de ciento y veinte pies de circunferencia. En las últimas historias de la China se hace tambien mencion de otros árboles mas maravillosos. El primero se halla en la Provincia de *Suchie* cerca de la Ciudad de Kien; se llama *sucunich*, que significa árbol de mil años. Es tan grande que una de sus ramas puede servir de cubierto á doscientas ovejas. Otro árbol de la Provincia de Chekiang tiene cerca de 400 pies de circunferencia.

(10) Hai una serpiente que se llama *serpiente del Reino de Damel*. Estos animales son muy comunes en aquella region del Africa Occidental. Quando muerden á algun Negro, al instante pone el herido pólvora sobre

11
bre la llaga y la pega fuego; por poco que tarde, el veneno se introduce, y se sigue la muerte muy prontamente.... Los Sereres, nacion de Negros, las cogen con lazos para comerlas. Hai serpientes que tienen quince ó veinte pies de largo y medio pie de grueso. Las hai del todo verdes, otras hai negras, salpicadas y ondeadas de bellos colores.

La *boisingua* ó *boisinga*, ó serpiente de cascabel, es comun en las dos Indias; no tiene mucho mas de cinco pies de largo, pero es del grueso de un muslo: tiene su campanilla al extremo de la cola; esta es un conjunto de anillos huecos y sonoros unidos unos á otros y pegados á un músculo de la última vértebra de la cola. La naturaleza quiso que este peligroso animal no pudiese ocultar su marcha, pues no se puede mover sin que se oiga su campanilla. *Mr. de Bomare.*

En la Costa de los esclavos, en el Reino de Juda y en el de Benin, todos los salvages adoran una especie de serpiente que llaman *serpiente fetiche*. Estas serpientes son muy dóciles, y no tienen veneno. En aquel país sería grave delito el matarlas. Los Negros las miran como Dioses bienhechores y las tributan un culto muy particular, al mismo tiempo que destruyen con el mayor cuidado las otras serpientes nocivas y ponzoñosas.

(11) Los Franceses del Fuerte de San Luis tenían una leona que guardaban encadenada; sobrevinola un tumor en una quixada.... y á poco tiempo estuvo á los últimos. Los del Fuerte la quitaron la cadena y arrojaron su cuerpo en un campo inmediato. En esta situacion estaba quando el Señor Compagnon, autor del Viaje de Bambuk, la vió volviendo de caza, tenía los ojos cerrados, la boca abierta, y ya llena de hormigas. Tuvo compasion de este pobre animal, la lavó la garganta con agua, y la hizo tragar un poco de leche. Un remedio tan sencillo produjo efectos maravillosos; volvieron á traer la leona al Fuerte, y poco á poco se restableció, pero sin olvidar á aquel á quien debía tan grande beneficio. Cobró tanto cariño á su bienhechor, que no quería tomar nada sino de su mano, y quando estu-

vo del todo curada lo seguía en la Isla con un cordon al cuello lo mismo que un perro de los mas mansos.

Habiéndose escapado de su jaula un leon del Gran Duque de Toscana, entró en la Ciudad de Florencia causando mucho espanto. Entre los fugitivos se halló una muger con su niño en brazos, al qual con el susto dexó caer. Lo cogió el leon en ademan de devorarlo, quando la madre llevada del mas tierno movimiento de la naturaleza, vuelve atrás, se arroja á los pies del leon y le pide su niño. Este la mira con atencion, y movido al parecer de sus gritos y lágrimas, se aparta del niño sin haberle hecho el menor mal.... ¿Sería acaso porque las desgracias y desesperacion tienen en sí una expresion que se hace comprehensible á las fieras mas bravas? Pero lo mas admirable en este lance es sin duda alguna aquel movimiento ciego y sublime que precipita á la madre á los pies del feroz bruto, terror de toda la naturaleza: este olvido de la razon, mui superior á la razon misma, y que hace recurrir á esta muger desesperada á la compasion del monstruo mismo que no anhela la mas que mortandad y estragos, indica bien el instinto de los grandes dolores que suponen siempre la imposibilidad de no mover á piedad.

Lo cierto es (dice Mr. de Buffon) que el leon, cogido jóven y criado entre animales domésticos, se acostumbra facilmente á vivir, y aun á jugar inocentemente con ellos; que es dócil para con sus amos, y aun cariñoso, principalmente en su primera edad, y que si algunas veces su natural ferocidad se manifiesta, raras veces la emplea contra los que le hicieron bien.... Pudiera citar muchos sucesos particulares en los quales confieso haber hallado alguna exágeracion, pero que no obstante están bastantemente fundados para que reunidos prueben á lo menos que su cólera es noble, su ánimo magnánimo y su natural sensible. Muchas veces se le ha visto desdeñarse de acometer débiles enemigos, menospreciar sus insultos y perdonarles libertades ofensivas: se ha visto á este animal cautivo, estar triste sin enfadarse, tomar al contrario costumbres dóciles, obedecer á su amo, acariciar la mano del que le alimenta, dar

dar la vida algunas veces á los que se le habían echado para que los devorase, y como si se hubiese vinculado por este acto generoso, continuarles despues la misma proteccion, vivir quietamente en su compañía, repartir con ellos su alimento, y aun dexárselo quitar enteramente, y padecer mas bien el extremo de la hambre que perder el blason de su primera generosidad.

La descripcion de la caza del leon se ha sacado de la Historia general de los viages.

(12) Era un eco.

Se halla un eco muy particular cerca de Rosneath, hermosa casa de campo en Escocia al Oeste de un lago de agua salada que se pierde en el rio Elyde diez y siete millas mas abaxo de Glasco. Este lago está rodeado de colinas; y unas, son áridos peñascos, otras, están cubiertas de bosques. Si se pone un trompeta diestro sobre una punta de tierra que el agua dexa descubierta, y vuelto ácia el Norte toca una aria, al instante un eco repite el aria con la mayor exáctitud, pero con tono mas baxo que el trompeta. Luego que este eco cesa, otro repite mas quedito la misma aria con la propia puntualidad. Siguese á este otro tan fiel como los antecedentes, aunque mucho mas débil; y luego que este concluye cesa el concierto. Se ha repetido diversas veces la misma experiencia y siempre resulta igual efecto.

Antiguamente hubo en el castillo de Simoneta una pared desde la qual se oía repetir quarenta veces lo que se decía. Adisson y otras personas que han viajado por la Italia hacen mencion de un eco que repite cinquenta y seis veces un pistoletazo aun quando la atmósfera está cargada de niebla. En las Memorias de la Academia de Ciencias de Paris del año 1692 se hace relacion del eco de Genetay á dos leguas de Rohan, que tiene de particular que la persona que canta no oye la repeticion del eco, sino solamente su voz; al contrario los que escuchan no oyen sino la repeticion del eco, pero con variaciones singulares, pues aparenta el eco aproximarse á veces, y otras alexarse. Algunas veces se oye su voz mui distintamente, y otras veces no se percibe;

uno no oye mas que una voz , otro distingue diversas: á uno le parece salir de la derecha , á otro de la izquierda , &c. Este eco subsiste todavía , pero ha perdido mucho de lo que era antes , por haber plantado en las cercanías gran cantidad de árboles.

Eco es palabra griega que significa sonido. En la teoría de los ecos se llama el parage donde se pone el que habla *Centro-phónico* , y el objeto ó sitio que devuelve la voz *centro-phono-cámpico* , esto es , *centro que rechaza el sonido*. Encyclopedía.

(13) Este páxaro se llama *flamenco*, *fenicóptero* ó *becarudo*. Los Griegos le llamaban *phenicópteros*, voz que en su idioma significaba *páxaro con alas de llama* , porque en efecto, quando vuela opuesto al Sol aparece ardiente como una asqua. El plumage de los jóvenes es de color de rosa , y quando tienen diez meses sus plumas adquieren el color de fuego. Nuestros mas antiguos naturalistas franceses llamaban á este páxaro *flambant* , y poco despues , dice Mr. de Buffon, olvidada la etimología se acostumbraron á escribir *flamant* , y de un páxaro de color de fuego ó de llama hicieron un páxaro de Flandes , y aun le supusieron algunas relaciones con los habitantes de aquellas Provincias donde nunca se ha visto. No es el único distintivo de esta ave su hermoso color; su pico de una figura extraordinaria... sus piernas de excesiva altura , su cuello largo y delgado , su cuerpo montado á mayor altura , bien que mas pequeño que el de la cigüeña , presentan una figura de estraña belleza y de una especie distinguida entre los grandes páxaros aquátiles.

Este páxaro se halla en el antiguo continente desde las costas del Mediterraneo hasta la punta mas austral del Africa. Se hallan en gran número en las Provincias Occidentales del Africa, en Angola y en el Congo, en donde por respeto supersticioso no permiten los Negros que se mate ninguno de estos páxaros.... El flamenco es ciertamente ave transmigrante: se vé gran cantidad de ellos en la Isla de Santo Domingo, una de las Antillas.... Siempre van á vandadas , se forman naturalmente en fila , lo que visto á cierta distancia parece como una pared de ladrillos , y de mas cerca , sol-

dados puestos en fila. Establecen centinelas , y quando estos descubren algo que los asusta , dan un graznido retumbante que se oye de lexos y parecido al sonido de una trompeta ; entonces toda la vandada echa á volar. Su carne es comida estimada. Los antiguos hablaron de ellos como de un caza exquisita , &c.

(14) Este páxaro se llama el *Cuco indicador* (a). En lo interior del Africa (dice Mr. de Buffon) á cierta distancia del Cabo de Buena Esperanza es en donde se halla esta ave conocida por su natural instinto de indicar los nidos de las abejas silvestres. Al salir del sol y al anochecer es el tiempo en que se oye su grito *cherrs cherrs* , que es muy agudo , y parece llamar á los cazadores y otras personas que buscan la miel en los desiertos. Estos le responden con tono mas grave arimándose siempre. Luego que los descubre , comienza á volar al rededor del sitio donde sabe que hay alguna miel , y si tardan los cazadores en llegar redobla sus gritos , les sale al encuentro , y despues vuelve á su puesto ; se para en un árbol inmediato y revolotea , indicándoles de un modo mui perceptible el lugar que oculta la miel. No omite ninguna diligencia para incitarlos á aprovecharse del pequeño tesoro que ha descubierto , y del qual no puede verosimilmente gozar sin el auxilio del hombre , sea porque la entrada de la columna es demasiado angosta , sea por otras circunstancias que no explica el observador (b).

»No es esto un cuento de Viajante ; es la observacion de un hombre instruido , que asistió á la destrucción de muchas repúblicas de abejas , víctimas de la traicion de esta pequeña espía , y que da cuenta de

(a) Los *Holentotes Holandeses* le llaman *Honing Wizer* , esto es cazador de miel.

(b) El Doctor *Spartman* en su obra del *Viage al Cabo de Buena Esperanza* lo explica mui bien : este páxaro (que él ha tenido en sus manos) es mui pequeño , por consiguiente no puede arrojarse contra los crueles agujeros de las abejas ; fuera de esto , suelen estar los panales debaxo de tierra . ó en un tronco obstáculos que él por sí no puede superar , y así llama al hombre para que le ayude , y mas comunmente á una especie de Zorra pequeña que hai en aquel país mui amante de la miel , y que *Spartman* llama *Ratel*.

»de lo que ha visto á la Real Sociedad de Londres:
 »Hé aquí la descripción que hizo de la hembra despues
 »de haber logrado los dos solos individuos que pudo
 »adquirir habiéndolos muerto, causando el mayor es-
 »cándalo á los Hotentotes, puesto que en todo país
 »la existencia de un ser útil se mira como objeto pre-
 »cioso. Tiene la parte superior de la cabeza gris, la
 »delantera del cuello y el pecho blanquecino, con un
 »matiz verde que va perdiéndose y queda quasi insen-
 »sible sobre el pecho; tiene el vientre blanco.... el pico
 »pardo en su basa, amarillo en su punta; los pies ne-
 »gros.... la longitud total seis pulgadas y media, y el
 »pico unas seis líneas.«

Añade Mr. Buffon en una nota que á veces ha su-
 cedido que siguiendo el cazador la voz de este cuco
 ha sido devorado por las fieras; lo que ha sido causa
 de que se diga que el páxaro se entendia con ellas pa-
 ra entregarlas su presa. *Hist. nat. tom. 12. de las aves,*
edición en 12.

(15) La Meca, Ciudad de Asia en la Arabia feliz,
 es á poca diferencia grande como Marsella. Su Tem-
 plo magnífico atrahe allí un concurso prodigioso de to-
 das las clases de sectas Mahometanas, que van en ro-
 mería: es la patria de Mahoma.

(16) Medina, Ciudad de la Arabia feliz. La pala-
 bra *Medinach* significa en Árabe una Ciudad en gene-
 ral, y aquí la Ciudad por excelencia, porque Maho-
 ma estableció allí la residencia del Imperio de los Mu-
 sulmanes y murió en ella. Antes se llamaba Lotreb. En
 medio de Medina está la famosa Mezquita que van á
 visitar los Mohometanos: y en sus esquinas están los
 sepulcros de Mahoma, de Abubeker y de Omar. Medina
 está gobernada por un Scherif, quien se dice de la es-
 tirpe de Mahoma, y es Soberano independiente. *En-*
cyclopedia.

(17) El Cairo es la capital del Egipto. El Sultan
 Selim la tomó á los Mamelucos en 1517, y desde aquel
 tiempo está sujeta á los Turcos: el antiguo Cairo dis-
 ta de él tres quartos de legua, sobre la orilla del
 Ni-

Nilo (a). Los Coptos tienen allí una Iglesia magnífica.

(18) Las pirámides de Egipto fueron edificadas pa-
 ra servir de sepulcro á los Soberanos que las manda-
 ron hacer. Los Egipcios de menor esfera, en vez de pi-
 rámides se hacian aquellas cuevas que se descubren
 cada día, en las quales se hallan momias.

Todas las pirámides tienen una abertura que dá
 paso á un corredor baxo muy largo que conduce á un
 quarto en donde los antiguos Egipcios ponían los cuer-
 pos de aquellos para quienes se habían hecho las pi-
 rámides. Todas estaban colocadas con mucha regulari-
 dad: cada una de las tres grandes, que aun existen,
 están situadas á la cabeza de otras pequeñas que ape-
 nas se ven por estar cubiertas de arena; todas están
 fundadas sobre un peñasco liso escondido debaxo de
 arena blanca. En todas hai pozos hondos quadrados y
 abiertos en la Peña Viva: Las paredes de algunas tien-
 en figuras geroglíficas abiertas tambien en el peñasco.
 Las tres principales pirámides conocidas de los Viajan-
 tes están á cerca de nueve millas de distancia del Cairo. La
 mas hermosa de todas está colocada en la cima de un
 peñasco en el desierto de las arenas de Africa á dis-
 tancia de un quarto de legua ácia el Oeste de las lla-
 nuras de Egipto.

Este peñasco sobrepuja cerca de cien pies el nivel
 de dichas llanuras, pero con un declivio suave y fa-
 cil de subir. Esta posicion contribuye mucho á la ma-
 gestad de la fábrica. En esta pirámide se hallan quar-
 tos, corredores, &c. Para visitarla por afuera se su-
 be tomando aliento de rato á rato; ácia la mitad de
 su altura se halla un quartito quadrado que solo sirve
 para descansar. Quando se ha llegado arriba se encuen-
 tra una azorea ó plataforma de la qual se goza de la
 vista mas agradable, bien que mirada de abaxo pare-
 ce terminar en punta: está construida con diez ó doce
 gruesas piedras, que forman un quadrado de 16 á 17
 pies de lado: no se puede baxar sino por defuera y

Tom. II.

b

la

(a) Se llaman Coptes ó Coptos los Christianos de la Sectas de
 los Jacobitas. El origen de este nombre tiene oposiciones diversas:
 algunos quieren que sea de Copte ó Coptos, Ciudad de Egipto.

la baxada es bastante peligrosa. Midiendo esta pirámide de una esquina á la otra por delante, encontró el Padre Vansleb que tenía 300 pasos; habiendo despues medido la misma cara con una cuerda, se hallaron 128 brazas, que hacen 704 pies. La entrada de la pirámide no se halla en el medio. Su altura medida con una cuerda por delante es segun el mismo viajante de 112 brazas de cinco pies y medio cada una; que componen 616 pies (a). No se puede saber con todo de quanto excede su anchura á su altura, porque la arena impide que se pueda medir la basa. *Encyclopedía.*

(19) La Isla de Thera en el Archipiélago, que tiene doce leguas grandes de Francia de circuito, se levantó desde el fondo del Mar por la violencia de un volcan que desde entonces produjo otras seis Islas en su golfo: aun no se ha extinguido este volcán, pues en 1707 se volvió á encender con mayor furia que antes, y produjo una nueva Isla de seis millas de circunferencia. El Mar se vió entonces muy agitado, cubierto de llamas, entre las quales salieron con un estrépito espantoso cantidad de peñascos ardientes: toda la costa en las cercanías de la Isla de Thera ha padecido tan fuertes conmociones que ya no se halla fondo para el anclage de los navíos. *Mr. de Bomare.*

Una de las mas violentas erupciones del Vesuvio (la 22 de este volcán) fue la del 20 de Mayo de 1737. La montaña vomitaba por varias bocas grandes torrentes de materias metálicas derretidas y ardientes que se esparcían en los campos é iban á echarse en el mar (a).

E]

(a) San Pedro en Roma no tiene mas que 443 pies de alto.

(b) Las producciones del volcán son substancias formadas por la destruccion de otros cuerpos fósiles que por la actividad de un fuego subterráneo se calcinan como las piedras de Volcan propia-mente dichas ó liqúefactas medio vitrificadas y llenas de poros como las pomeces, ó bien totalmente vitrificadas como el vidrio de volcán ó piedra obsidiana, en una palabra, todas las especies de lavas son obras de volcanes. Se llaman lavas las materias de volcanes, como son las diferentes especies de pomeces, la piedra del Vesuvio ó de Nápoles, la Puzolana, la piedra obsidiana ó Gallinácea, &c. Todas estas materias han sido las unas calcinadas, otras medio derretidas y otras totalmente vitrificadas. Se hallan lavas de color negrísco ó encarnado, á veces blanquecinas, amarillas ó pintadas de partículas vitriosas, &c. *Mr. de Bomare.*

El Señor Montealegre que comunicó esta relacion á la Academia de París, observó con horror uno de estos rios de fuego, y vió que su curso era de 6 ó 7 millas desde su origen hasta el mar, su anchura de 50 ó 60 pasos, su profundidad de 25 á 30 palmos, y en ciertos hondos ó valles de 120. *Mr. de Bomare.*

Las erupciones de los volcanes se anuncian ordinariamente con ruidos subterráneos semejantes á los truenos; con silvidos espantosos, con un rasgamiento interior, &c. Sabemos por la Historia que en dos erupciones del Vesuvio echó este volcán tan grande cantidad de cenizas, que volaron hasta el Egipto, la Lybia y Siria. En 1600 hubo en Arequipa una erupcion de un volcán que cubria todos los terrenos vecinos hasta treinta ó quarenta leguas de arenas calcinadas y de cenizas; algunos parages quedaron cubiertos de tres varas de estas materias. La lava que el Ethna vomitaba formó á veces arroyos que tenían hasta 18000 pasos de longitud....

Muchas veces se han visto volcanes hacer salir de su seno arroyos de aguas hirviendo, peces, conchas y otros cuerpos marinos. En 1631 en una erupcion del Vesuvio el mar quedó seco y pareció que este volcán se lo había sorbido; pero á poco tiempo, despidiendo el agua del mar, inundó con ella los campos.... Se hallan volcanes en las regiones las mas frias asi como en las mas cálidas (a). *Encyclopedía.*

(20) La boca de la caverna de Policando (b) es muy grande; todo el fondo de ella está cubierto de conge-

b2

la-

(a) Los betúmenes son materias oleosas y minerales que se encuentran en el seno de la tierra en forma fluida y á veces nadando en la superficie de las aguas, ó en forma glutinosa y á veces sólida. Una sola especie se conoce de betumen líquido, y es el *petróleo*, ó aceite de piedra, así llamado porque se destila por las rendijas de las peñas; parece, pues, que lo que llaman *naphia* es lo mismo que el *petróleo*, aunque algo mas líquido, mas blanco y mas puro; los betúmenes sólidos son el succino, el azabache, el asfalto y el carbon de piedra; los hai algo blandos, como la pez asphalta. Siendo los betúmenes muy inflamable y abundantísimos, se miran como las causas de las llamas perpetuas de los volcanes. *Mr. de Bomare.*

(b) En los Mapas se lee *Policandro* en lugar de *Policando*.

laciones formadas por las gotas de agua que destilan de la parte superior, pero son de naturaleza ferrea, punteagudas por arriba y duras, capaces de herir los pies....El techo presenta grandes y variadas bellezas.... Estas congelaciones tan primorosas no son los únicos adornos que esta caverna haya recibido de la naturaleza: se halla tambien en ella una especie de mina de hierro en figura de estrellas brillantes como acero pulido. Los pedazos en algunos parages están algo colorados y brillantes como diamantes.... En otro sitio de la bóveda se ven grandes grupos de cuerpos redondos, colgando como racimos de uvas. (a) Algunos son encarnados, otros de un negro obscuro, pero muy relucientes: el mayor adorno del techo consiste en la misma especie de congelaciones en forma de cristales, muchas son punteagudas como si se hubiesen amolado sus extremos... pero lo que es mas notable es que algunas están doradas naturalmente de un modo tan regular como si saliesen de las manos del mas hábil dorador, &c. *Maravillas de la naturaleza, tom. 1.*

(21) Mr. Swinburne, autor de un excelente viage de España, que ya he citado, hizo otra obra igualmente apreciable que tiene por título *Travels in the*

toct

(a) Son las *Stalactites*: estas y las *Stalagmites* están compuestas de substancias terrestres ó lapídeas que se formaron en el agua, ó que han sido acarreadas por este fluido en concavidades subterráneas donde se reúnen y se endurecen tomando varias figuras. Si se imaginan gotas de agua que por filtracion por piedras porosas se cargaron de partículas lapídeas (sin que por esto pierda el fluido su transparencia) y que despues han sido arrastradas con una rapidéz relativa á su fluidez, á su gravedad y al declivio del suelo en unos canales abiertos por la naturaleza entre peñascos y subterráneos, se tendrá una idea de su formacion. El agua de estas partículas lapídeas se separa facilmente por la evaporacion; estos cuerpos se pegan entonces intimamente á las paredes humedecidas por el agua, unas veces á las bóvedas, otras veces á los muros, &c. Se dá propiamente el nombre de *Stalactites* á las cristalizaciones ramificadas que tienen la figura de bolos ó de fondos de lámparas piramidales con una barra ancha que las pega á las peñas de abaxo arriba. Se llaman *Stalagmites* las concreciones abutadas, esto es, que son globosas ó apezonadas á modo de coliflores ó crinidillas de tierra. Las *Stalagmites* están casi siempre en la basa del suelo ó piso subterráneo, esto es de arriba abaxo, ó contrapuestas á las *Stalactites*, bien que igualmente formadas por el agua que va goteando.... Quando la concrecion es hueca y en forma de tubos ramosos se llama *Osteocolei*. *Mr. de Bomare.*

two Sicilies, Viage de las dos Sicilias. He copiado de esta obra la descripcion del fenomeno que los naturales llaman en efecto la *fata morgana*, nombre derivado, dice Mr. Swinburne, de la opinion establecida entre los pueblos de que este espectáculo es producido por una encantadora ó por un mago. El vulgo queda pasmado á la vista de este fenomeno, y para verlo corren por las calles con aclamaciones de alegría. Este curioso fenomeno aparece en Reggio raras veces. Mr. Swinburne no lo vió, pero dice que se hallarán las causas doctamente señaladas en *Kirker Minazi*, y otros Autores. Mr. Swinburne trae una exácta descripcion de el sacada de una relacion del Padre Angelucci, testigo ocular de este fenomeno, y es la misma que he traducido literalmente y colocado en mi cuento sin mudar nada, ni añadir ningun adorno. Como este artículo es bastante largo, me contentaré con indicarlo, en el caso que se dudase de la fidelidad de la traduccion. Mr. Swinburne explica las causas y razones de este fenomeno. Esta explicacion sobrepuja mi inteligencia: para comprehenderla sería necesario tener algunas nociones de Óptica y Geometría, que me faltan enteramente, y por tanto no traduzco este artículo.

Se hace mencion (aunque superficialmente á la verdad) de este fenomeno en una obra francesa en quatro tomos, intitulada: *Retablo del universo.*

(22) »Los amantes, dice Atheneo, antiguo Autor Griego, adornan con flores las puertas de sus amadas como si fuesen puertas de un templo. De allí viene sin duda el uso de los Griegos actuales de coronar con flores el dia primero de Mayo las puertas de sus casas, y de las personas que aman: van á cantar, y á pasearse delante de las habitaciones de sus queridas para atraerlas á lo menos á las ventanas, y tales eran tambien los festejos que se practicaban en el tiempo de Horacio...

»Las jóvenes adornan sus cabellos con flores naturales, con las cuales se coronan; los mozos que se pican de amantes finos hacen lo mismo... *Viage literario de la Grecia por Mr. Guys, tom. 1.*

(23) »Había antiguamente una fiesta instituida en honor de Hecate porque había hospedado á Theseo. Hecate hizo tambien votos, y aun ofreció víctimas para que consiguiese victoria y volviese con felicidad. De allí vino el establecimiento de la fiesta que la puso en la clase de las Diosas... En la antigua Grecia luego que un forastero llegaba, el dueño de la casa lo tomaba de la mano en señal de confianza. La primera obligacion era llevarlo al baño y darle vestidos para mudarse... Entre los Griegos modernos quando un forastero llega, el dueño de la casa sale á recibirlo y le abraza... le conduce al quarto el mas cómodo de la casa, y mientras le hace preguntas sobre los sucesos de su viage, los esclavos previenen el baño, halla ropa blanca y vestidos para mudarse, y los criados se llevan los que traía, para lavarlos ó componerlos mientras se mantiene en la casa. *Mr. Guys, tomo 1.*

(24) »Se vé aun hoy, como antiguamente, en todas las casas acomodadas de Grecia la nodriza del amor de la ama hacer parte de la familia. Entre los antiguos una muger que había criado una niña, nunca la dexaba, ni aun despues de casada... Entre los Griegos modernos, así como entre los antiguos, la nodriza es las mas veces una esclava que se compra en visperas del parto... El cariño de las nodrizas Griegas á los niños que han criado está de tal manera ligado á sus costumbres, que el nombre moderno de nodriza es *paramana*, término mui dulce, y aun mas expresivo que el antiguo, puesto que significa *segunda madre*. Los Griegos tratan á las doncellas esclavas, como antiguamente, con mucha dulzura y humanidad; despues de un cierto tiempo se tiene cuidado de darlas la libertad, y aun adoptan á veces algunas, y las llaman *hijas de su alma*... Las criadas ó las esclavas trabajan, como antiguamente, en bordar con sus amas, y hacen todo el trabajo de la casa... Quando sale el ama no se quedan en casa las criadas, tienen que acompañarla: esta costumbre es tambien mui antigua entre los Griegos... El legislador Za-

»leuco para reprimir la vanidad y el luxo de su tiempo mandó que ninguna muger libre se hiciese acompañar mas que de una criada, á menos que no se hubiese embriagado. *Mr. Guys, tom. 1.*

(25) »Siempre han gustado las Damas Griegas de adornarse con joyas. Sus hebillas de cintura, sus collares y sus brazaletes están enriquecidos de piedras preciosas, y bien que se complacen en coronar sus cabezas con las mas bellas flores de la primavera, los diamantes brillan siempre al lado de los jazmines y rosas. Se adornan con frecuencia aunque no tengan que salir de su casa, y sin el motivo de ser vistas... Solo por algun grave motivo de dolor se privan del uso de estos adornos... Quasi todas las mugeres Griegas dexan constantemente de adornarse en la ausencia de sus Maridos... Las de hoy dia quando van al templo, no queriendo ostentar sus joyas, las hacen llevar consigo para adornarse con ellas antes de entrar en la casa á donde van, y se las quitan del mismo modo para la vuelta finalizada la visita. El uso del velo es mui antiguo; es, como antiguamente, una parte esencial del traje de las Griegas, y distingue las condiciones; se diferencian el de la ama, de la criada, de la muger libre y de la esclava. Los Griegos atribuyen el origen del velo á la modestia y al pudor, virtudes igualmente timidas..”

El velo de las Damas Griegas hoy dia es de muselina, texida de oro en sus extremos. *Vease Mr. Guys, tomo 1.*

El uso de tener la cabeza cubierta ó descubierta en los templos ha sido mui vario entre los diferentes pueblos del orbe. Los antiguos Romanos tributaban su culto á los Dioses con la cabeza cubierta. Segun la antigua usanza en los sacrificios y otras ceremonias sagradas, el sacrificador inmolaba la víctima con la cabeza cubierta con un velo. No obstante, los que sacrificaban al honor y á Saturno como amigo de la verdad tenían la cabeza descubierta. En las preces que se hacían ante el altar grande de Hércules, era costumbre presentarse con la cabeza descubierta, ó sea á imitacion de

la estatua de Hércules, ó sea porque este altar y el culto de Hércules existían antes del tiempo de Eneas, quien introduxo el primero la costumbre de hacer el servicio divino con un velo sobre la cabeza. *Encyclopedia.*

(26) »Los banquetes de los Griegos por poco alegres que sean, siempre acaban con canciones. La lira de los Griegos modernos se parece á la que Orfeo, segun la describe Virgilio, tañia unas veces con los dedos, otras veces con un arco... La guitarra y la lira son los principales instrumentos que usan los Griegos. »Los pastores tocan igualmente la gaita, flauta ó lira.» *Mr. Guys, tom. 1.*

(27) Los Griegos modernos han conservado los bailes campestres en honor de Flora. »Las mugeres y muchachas del Lugar van el primer dia de Mayo á bailar en los prados, á coger y esparcir flores, y se adornan con ellas de pies á cabeza. La que lleva el baile está siempre mas adornada que las demás, y representa la Diosa Flora y la Primavera. Una de las bailadoras canta: *bien venida seas Ninfa, Diosa del mes de Mayo...* En las aldeas Griegas, así como entre los Búlgaros, se observan todavia las fiestas de Ceres. »Quando se acerca la cosecha se va bailando al son de la lira á visitar los campos: vuelven del mismo modo con la cabeza adornada de espigas enlazadas entre los cabellos.

(28) »El bordado es la principal ocupacion de las mugeres Griegas: debemos á los Griegos este arte, que es mui antiguo entre ellos, y el qual han perfeccionado hasta lo sumo... Si se entra en el quarto de una doncella Griega se ven las ventanas con celosías, y los muebles se reducen á un sofá, un cofrecito embutido de marfil, en el qual están las sedas y las agujas, y un bastidor para bordar... Los apólogos, los cuentos, romances &c. tienen su origen de la Grecia. Los Griegos modernos siempre gustan de ellos, han admitido los de los Orientales con el mismo ardor con que en otros tiempos adoptaron las fábulas de los Egipcios... Las mugeres viejas gustan siempre de contar cuentos, y las mozas se pican á porfia de repetir los cuentos que

»apre-

»aprehendieron, ó que saben hacer por lo que ellas mismas han visto.

(29) »Los Griegos no tienen hoy dia tiempo señalado para sus bodas como los antiguos, que se casaban ordinariamente en el mes de Enero... Antiguamente el novio compraba la posesion de la novia con servicios efectivos que tenia que hacer al Padre de esta. Después se suavizó esta obligacion, y los servicios se permitieron en regalos que se hacian para obtenerla... Hoy dia un Griego que se casa hace regalos á los parientes de la novia, pero estos son puramente arbitrarios; no está en la obligacion de comprar la muger con quien se casa, puesto que al contrario no la tomaría sin un dote proporcionado á su nacimiento.»

Sobre el famoso escudo de Aquiles describe Homero la marcha de los novios. »Allí, dice, se ven bodas y festines. Las novias salen de sus casas y pasean las calles con una numerosa comitiva y mucho orden... Todo resuena con los cánticos de Himeneo; tropas de novios preceden y siguen la marcha nupcial bailando al son de las trompetas y flautas &c.» Se ven hoy dia en los acompañamientos de boda de los Griegos la misma pompa, la misma comitiva y la misma música: á los novios preceden los bailarines, instrumentos y cantores que entonan el epithalamio: la novia adornada costosamente, los ojos baxos, y sostenida por mugeres, ó por dos de sus mas cercanos parientes, camina con extrema lentitud &c... »Antiguamente la novia llevaba un velo encarnado ó amarillo, uso que los Armenios han conservado... su destino era para ocultar el modesto rubor, el encogimiento y las lágrimas de la novia... No han olvidado los Griegos modernos la brillante Hacha de Himeneo; la llevan delante de los novios, y la ponen en el quarto nupcial, donde arde hasta que se consume: seria un presagio adverso si se apagase por alguna casualidad; y por esto se vigila con el mismo cuidado que las Vestales lo practicaban con el fuego sagrado.»

Al llegar á la Iglesia los novios llevan cada uno su corona, la que durante la celebracion el Sacerdote mu-

da alternativamente, dando la del novio á la novia, y la de esta al novio. Tambien á los antiguos se debe esta corona... No debo olvidar una ceremonia esencial que los Griegos han conservado; esta es la copa de vino que se presentaba al novio en señal de adopcion, y era el símbolo del contrato y de la alianza; la novia bebía vino en la misma copa, que despues se presentaba á todos los parientes y convidados. *Mr. Guys, tom. 1.*

Mr. Guys, Hijo del que acabo de citar, hace la descripcion siguiente de un casamiento Griego que presencié.

»La hermosa novia mui engalanada y adornada la
 »cabeza con trenzas de hilo de oro entretexidas á sus
 »hermosos cabellos (segun costumbre de los Griegos)
 »baxó de su quarto. Se adelantó con solicitud para abra-
 »zarse á su Padre y á su Madre, que la esperaban ro-
 »deados de diez Hijos que les quedaban... ¿Quién de
 »nosotros hubiera podido ver sin enternecerse aquella
 »amorosa y respetable Madre, que no pudiendo apartar-
 »se de su Hija la estrechaba entre sus brazos, y esta la
 »regaba con sus tiernas lágrimas, que un exceso de go-
 »zo y de ternura hacia derramar en el pecho materno?...
 »Tambien lloraba el Padre; pero vueltos los ojos al
 »Cielo la dió con entereza su bendicion, haciendo vo-
 »tos por la felicidad de los dos Esposos &c... Acabada
 »la ceremonia se reparten entre los jóvenes que han
 »asistido ramos de flores enlazados con hilos de oro,
 »diciéndoles en Griego: *casas tambien.*»

Mr. Guys acaba esta relacion diciendo que la Señora Vanlenep (así se llamaba la Madre de la novia) condujo á su Hija á un quarto ricamente alhajado, cuya tapiceria y la cama adornada de las mas hermosas flores bordadas sobre fondo blanco, eran obra de esta buena Madre, que diez años continuos habia trabajado en ello sin que nadie lo supiese. *Mr. Guys, tom. 2.*

Los Griegos ofrecen en el interior de sus familias un espectáculo capaz de producir el mayor enternecimiento.
 »Se vé en la Grecia (dice Mr. Guys) los niños abrazar
 »las rodillas y besar respetuosamente la mano de su Pa-
 »dre, solicitando aquella bendicion, de la qual no que-

»da ya memoria sino en la Historia de los Patriarcas.»
Mr. Guys, tom. 1.

(29) Las casas de los Griegos están divididas en dos partes por una sala grande que ocupa el centro y toda su anchura; en esta sala se dan las fiestas y se hacen todas las ceremonias que necesitan de espacio grande. Tal es el Diván de los Turcos, la Galería de los Italianos, el Salon de Compañía de los Franceses. (a) De un lado están los quartos de los hombres, sus dormitorios y los comedores; el otro está destinado para las mugeres, y compone lo que llaman *Gynácea*. En los quartos baxos están las cocinas, las cocheras, las callerizas &c. No hai chimeneas en los quartos de las casas Griegas, no usan mas que de un brasero que se pone en medio del quarto. Esta práctica es mui antigua en todo el Oriente, no tenían otra los Romanos, y los Turcos la han conservado. Para preservar la cara de la incomodidad y ardor del brasero imaginaron lo que llaman el *tenlur*: es una mesa cuadrada, debaxo de la qual se coloca el fuego. Esta mesa se cubre con un tapete que cuelga de todos lados hasta el suelo, y de otro de seda mas ó menos rico que cubre el *tenlur*, al rededor del qual se sientán sobre sofás ó sobre almohadas. Se puede poner á un tiempo los pies y las manos debaxo del cobertor, el qual envolviendo el brasero por todas partes mantiene un calor moderado y permanente... *Mr. Guys, tom. 1.*

(30) »Una muger Griega llora su Marido, su Hijo &c. con sus amigas durante algunos dias, cantan sus alabanzas, y solemnizan su pérdida con lágrimas... Las expresiones del dolor son aun hoy dia las mismas que antiguamente, como arrancarse los cabellos y rasgarse los vestidos... Los Padres y Madres siguen sus Hijos quando los llevan al sepulcro: los Griegos observan la antigua costumbre de lavar los cuerpos antes de amortajarlos... Si es una jóven la ponen sus mejores vestidos y la coronan de flores; las mugeres echan desde sus ventanas rosas ó aguas de olor sobre

(a) Y el Locutorio de los Ingleses.

»el atahud quando pasa... Los antiguos adornaban los
 »muertos con coronas de flores para indicar que final-
 »mente habían vencido las miserias y pesadumbres de
 »la vida... La comida funeral no ha sido omitida por los
 »Griegos modernos. El pariente mas cercano está en-
 »cargado de este cuidado, y con esto se dá fin á las
 »exéquias... Los Padres y Madres en la Grecia llevan
 »el luto de sus Hijos, (a) luto que dura mucho, y es-
 »te uso es tambien antiguo entre ellos... Han conser-
 »vado tambien el uso de vestir los muertos con sus mejo-
 »res vestidos, y de llevarlos á enterrar con la cara des-
 »cubierta. (b)»

Se halla en esta misma obra de Mr. Guys una carta de Madama Chenier al Autor, (c) que me ha dado la idea del episodio de Eufrosina. No referiré de esta carta mas que los pasos de que me he aprovechado; todos los demás que he suprimido no tienen relacion alguna con mi episodio.

»Una Señora Griega, igualmente distinguida por su
 »calidad como por la hermosura de su alma, y que á
 »las bellas prendas de su sexó juntaba el mérito de una
 »buena educacion, vivía con un Hermano menor, el
 »qual por un exceso de virtud habia renunciado á los
 »honores y empleos que hubiera podido pretender en
 »virtud de su nacimiento y enlaces: tenía para con su
 »Hermana toda la ternura de un Hermano y todo el
 »afecto de un amigo virtuoso. Este Hermano querido
 »contraxo una fiebre maligna, y murió... Su Hermana
 »acompañó la comitiva fúnebre, precedida y seguida
 »de una porcion de la nobleza Griega: todo manifes-
 »taba el abatimiento de esta alma sensible: el desorden
 »de su velo, de sus vestidos, la descompostura de su
 »peinado añadian nueva fuerza á todas las señales de
 »su dolor... Despues de las oraciones acostumbradas se
 »hizo la ceremonia que los Griegos conservan, y que
 »se llama *el último Adios*. Despues que el Patriarca hubo
 »abrazado el cuerpo, los parientes y convidados hicie-
 »ron

(a) Tambien en Italia. (b) Lo mismo se estila en Italia.
 (c) Tom. 1. pag. 283.

»ron lo mismo. Esta escena, que la idea de una eter-
 »na despedida hace sobradamente dolorosa, produjo
 »mucho mayor efecto quando la Hermana deshecha en
 »lágrimas, y no consultando sino á los impulsos de su
 »intenso dolor, desgarró sus vestidos y arrancó sus ca-
 »bellos para cubrir con ellos el féretro de un Herma-
 »no que en breve dexaría de ver para siempre: procu-
 »raron abreviar esta escena lúgubre y volver á llevar
 »á la hermana afogada á su casa, entonces sus sentidos
 »estaban mas sosegados y su dolor algo calmado...»

Despues de esta narracion se detiene Madama Chenier para hacer la descripcion del jardin del difunto: desde él se descubría el mar, y estaba adornado, como he dicho, con una paxarera llena de diferentes ave-
 cillas; con hermosas flores y árboles frutales: á mas de esto habia un estanque que contenía toda clase de peces. »Este jardin (continúa Madama Chenier) estos pá-
 »xaros y estos peces eran la diversion del sabio que la
 »muerte acababa de arrebatar á su Hermana y amigos:
 »fácilmente se puede conocer quanta expresion daría á
 »la escena siguiente el sitio referido... Adónde está mi
 »Hermano, decía aquella hermana arrebatada de dolor
 »recorriendo con la vista todo el jardin... ¡Ya no
 »existe! ¡Pasó como una sombra!... ¡Oh vosotras flores
 »que cultivaba con tanto gusto, ya no teneis la fres-
 »cura que debiais á sus cuidados... pereced pues con
 »él... y séquense vuestras raíces!... y vosotros peces,
 »que no teneis ya amo, ni amigo que atienda á vues-
 »tra conservacion, volveos al mar! corred tras de una
 »vida incierta!... y vosotros paxaritos si sobrevivis á
 »vuestra tristeza... que no sea sino para acompañar mis
 »suspiros con vuestros cantos lúgubres!... ¡Mar tran-
 »quilo: tus olas están ahora alborotadas! ¿Acaso tomas
 »tambien parte en mi dolor?... Representése el lector el
 »efecto que produciría sobre los oyentes este doloroso
 »apóstrofe hecho con aquella tranquilidad que solamen-
 »te presta el dolor á las grandes almas. Volviéndose
 »despues esta Dama ácia sus esclavos; *llorad, hijos míos,*
 »les decía, *ya no teneis Padre, ya no existe mi Her-*
 »mano; *la muerte cruel nos le ha llevado... desapareció*

»como una sombra! y ya no le veremos mas!... estos sitios que su presencia hacia agradables, ya no deben ser para nosotros sino una mansion de tristeza y de afliccion. No es posible dar á la naturaleza mayor expresion, mas fuerza y sencillez. El lector verá con gusto este bosquejo de eloqüencia griega &c.

»Los sepulcros de los Griegos están colocados, como los de los Turcos y demás Naciones del Oriente, cerca de los caminos de las Ciudades y Lugares; no están cerrados con paredes, pero no por esto dexan de ser asilos sagrados... Los sepulcros de Griegos y Armenios están adornados de álamos... Los antiguos habian escogido este árbol como el mas conveniente á los muertos porque no produce fruta alguna, y lo mismo es el ciprés... A más de las lápidas que se ponen sobre los sepulcros se encuentran colonillas sepulcrales, las que, como antiguamente, solo tienen los nombres de los que allí se han enterrado... Los Griegos van en ciertos dias á llorar sobre los sepulcros... Durante las fiestas de la Pasqua, que los Griegos celebran con mucho regocijo y esplendidez, con festines y bailes públicos, hai un dia señalado en que van en tropas á los sepulcros: allí lloran á sus parientes, sus amigos y quizás tambien su antigua libertad... Antiguamente las mugeres griegas se cortaban sus largas trenzas sobre la tumba de sus parientes y amigos." *Mr. Guys, tom. 1.*

De todos los pueblos del orbe ninguno emplea mayor magnificencia en sus funerales que los Chinos. La idea de la muerte, dice Mr. Sonnerat, no cesa de atormentarlos. No obstante les parece menos cruel si pueden comprar un atahud, y colocar su sepulcro en la ladera de una colina en una situacion agradable: gastan sumas excesivas para las exéquias, que á veces se executan seis años despues de muertos con una magnificencia incomparable: alquilan hombres, que visten de blanco, para hacer el duelo y llorar detrás de la comitiva. Durante algunos dias consecutivos pasean al difunto sobre el rio al son de muchos instrumentos. El barco que lo lleva, así como la comitiva, están ilumi-

minados, de modo que los fuegos de diversos colores representan dibuxos hasta el extremo de los mástiles &c. *Viage á las Indias Orientales y á la China hecho de orden del Rei por Mr. Sonnerat, tom. 2.*

(31) La concha que produce las perlas es una ostra con cáscaras nacaradas que se pesca en los mares orientales y en la Isla de Tábago: hai quatro pesquerías grandes de perlas en el Oriente. La primera en la Isla de Bahrin en el golfo Pérsico: la segunda sobre la costa de la Arabia feliz, cerca de la Ciudad de Cátifa; esta pertenece á un Príncipe Árabe: la tercera cerca de la Isla de Zeilan, y la quarta sobre la costa del Japon. Hai tambien quatro pesquerías de perlas en Occidente, que todas están situadas en el golfo Mexicano, á lo largo de la costa de Nueva España: tambien se pescan perlas en el Mediterraneo, y en las costas del Oceano, en Escocia y otras partes. La pesquería cerca de la Isla de Zeilan es la mas considerable, y produce un gran beneficio á la Compañia Holandesa: esta Compañia no hace pescar por su cuenta; pero permite á los habitantes del país que tengan para esta pesca tantos barcos quantos quieren, y cada barco paga á lo menos sesenta pesos. En el dia que debe empezar se vé llegar una afluencia extraordinaria de gentes y barcos: la pesca se principia desde la mañana y se anuncia con un cañonazo: al instante salen todos los barcos y se adelantan en el mar, precedidos de dos gruesas chalupas Holandesas que se anclan una á derecha y otra á izquierda, para señalar á cada uno los límites que no puede pasar. Los Buzos de cada barco se hunden á la profundidad de tres, quatro y cinco brazas. Cada barco tiene diferentes Buzos que van al agua alternativamente: luego que sube el uno, el otro se hunde. Están atados á una cuerda fixa por su extremo á la verga del bastimento, y dispuesta de modo que los marineros del barco por medio de una polea la pueden tirar ó afloxar como quieran segun la urgencia: el que se zabelle tiene atada al pie una piedra de unas treinta libras de peso á fin de hundirse mas apriesa, y una especie de saco atado á la cintura, en el qual mete las

ostras que va pescando. Luego que ha llegado al fondo del mar recoge prontamente las ostras que encuentra y las mete en su saco. Para volver á respirar hace señas tirando fuertemente de una cuerdecita diferente de la que le abraza el cuerpo. Raras veces sucede que un Buzo pueda detener el aliento mas de un quarto de hora : tienen la precaucion de ponerse algodón en los oídos y narices. Como á veces están pegadas las ostras á los peñascos , entonces con un instrumento que llevan consigo las arrancan. Aseguran que ven claramente á sesenta pies de profundidad. La pesca dura hasta medio día , y entonces todos los barcos vuelven á la costa. Al llegar , cada dueño de un barco hace transportar sus ostras en fosos cavados en la arena ; allí las tienen al aire , y se espera á que se abran de por sí (lo que sucede al cabo de dos ó tres días) á fin de sacar las perlas sin estropearlas. Despues de sacadas y lavadas tienen cinco ó seis cribas que se encavan unas dentro de otras dexando alguna distancia entre sí. Los agujeros de la segunda criba son mas pequeños que los de la primera , y así á proporcion de las demás. Las perlas que no pasan de la primera criba son del primer orden , las que se quedan en la segunda son del segundo orden , y así hasta la última , la qual no teniendo agujeros se queda con toda la semilla de perlas. Los Holandeses se reservan siempre el derecho de comprar las mas gruesas , á lo menos tienen la preferencia en el precio que se ofrece por ellas.

(32) *Mar luminoso* es un fenomeno comun en ciertos mares. La proa del navío que surca las aguas del mar las hace borbollar , y parece encenderlas ; en medio de la obscuridad de la noche voga la nave en un círculo luminoso del qual queda en el surco un rastro grande de luz : el mar es mucho mas luminoso en las cercanías de las Islas Maldivas y de la costa de Malabar que en qualquier otro parage del mar Oceano , y así Mr. Godeheu hallándose en aquellos mares observó el fenomeno siguiente. Le pareció el mar cubierto de estrellitas : cada ola al romperse esparcía una luz muy brillante. El rastro del navío era de un blanco

vivo y luminoso salpicado de puntos brillantes azulados. Le dixeron que el mar en los parages donde aparecía mas luminoso abundaba de animalejos , no solamente luminosos , sino que tambien despedían de su cuerpo un licor oleoso que nadando sobre la superficie esparcía aquella luz viva y azulada. No son visibles dichos animales sino mirados con una lente de mucho aumento , y el licor que despiden se queda en el filtro por el qual se hace pasar el agua del mar que de este modo dexa de ser luminosa. *Mr. de Bomare.*

(33) Lllaman fósforos á aquellos cuerpos que aparecen luminosos en la obscuridad. Los hai naturales y artificiales. Los primeros son los gusanos luminosos , las ostras , los dailos , la madera podrida , el pescado corrompido , los ojos del gato , el gusano luminoso , el mar luminoso &c. Muchas veces la carne , la sangre , los pelos y una infinidad de otras materias procedentes de plantas ó animales suelen ser noctilucas. (a) El arte produce tambien fósforos ; para ello basta calentar y frotar fuertemente los diamantes , pedernales , maderas duras y resinosas &c. , como tambien calcinar la piedra de Bología , echar espíritu de nitro sobre la piedra caliza ó cocer alumbre con miel &c. Los fósforos producidos por estas últimas operaciones se llaman pyróforos , y son tanto mas singulares , quanto con ellos se puede encender yesca , quemar papel ó escribir letras de fuego. *Mr. de Bomare.*

(34) Hasta este siglo no se conocían minas de diamantes fuera de las Indias Orientales , pero despues se encontraron en el Brasil , en América , como tambien de rubies , topacios y otras piedras preciosas. Las mejores minas de diamantes y las mas ricas se hallan en los Reinos de Golconda , de Visapur y de Bengala. El diamante es la piedra preciosa la mas pura , la mas dura , la mas pesada y la mas diáfana. Ordinariamente no tiene color ; sin embargo se encuentran de todos colores , bien que nunca se ha visto diamante de un color tan hermoso como el rubí , de tan bello verde como la es-

Tom. II.

c

me-

(a) *Noctiluca* quiere decir que brilla en la obscuridad.

34
meralda, ó de un azul tan fino como el záfiro &c.
Mr. de Bomare.

En la Catedral de Génova hai una copa hecha de una sola esmeralda de un verde hermoso. (a) He visto tambien en la Haya en el Gabinete de Historia natural del Stadhouder un topacio que no está labrado. Me dijeron que pesaba catorce libras.

(35) Toda esta relacion de la magnificencia del Gran Mogol se halla en todos los Viajes. He copiado particularmente el Viage del Inglés Rhoe, tom. 5 del Compendio de la Historia general de los Viajes por Mr. de la Harpe. La copa de oro enriquecida de turquesas, esmeraldas y rubíes fue regalada por el Gran Mogol á Rhoe, quien vió distribuir *los dos azafates llenos de rubíes y almendras de oro y plata*. Las descripciones del Trono del Emperador, de su vestimenta y de su marcha al campamento se han sacado de la misma obra. He añadido á estas descripciones algunos pormenores tomados del Viage de Tavernier, que se halla en el mismo tomo.

(36) Este raro animal se llama *sariga* ú *opossum*. »La sariga, dice Mr. de Buffon, es únicamente originaria de las Provincias meridionales del Nuevo Continente... Se halla no solamente en el Brasil, en la Guayana, y en Nueva España, pero tambien en la Florida, en la Virginia &c... La hembra tiene debaxo el vientre una cavidad ancha en la qual recibe y dá de mamar á sus hijos... Estos salen de ella y vuelven á entrar diversas veces al dia &c.»

La América abunda de animales extraordinarios, entre otros hai tres especies de hocico largo, boca estrecha y sin diente alguno, con la lengua redonda y larga para introducirla en los hormigueros y conseguir una copiosa caza de hormigas. Estos animales se llaman el *tamanor*, el *tumandúa* y la *osa hormiguera*.

El *pangolin* y el *fatagin* son tambien dos animales muy singulares. Son cuadrúpedos, y están en gran par-

(a) Si es verdad, como todos lo aseguran, que esta copa sea de esmeralda, es cierto que no es ni mas brillante, ni mas hermosa que lo puede ser una de vidrio.

35
parte cubiertos de conchas. Los *tatús*, otros animales cuadrúpedos de la América, están cubiertos como las tortugas, los cangrejos &c. de una sola corteza ó concha muy sólida.

La *girafa*, que es el cuadrúpedo mas alto que se conoce despues del elefante, tiene los brazos mucho mas largos que las piernas (a).

(37) Se llama *árbol del diablo* un árbol que crece en América. Su fruta quando está madura es elástica. Quando la cáscara de ella se deseca con el calor del sol, se abre con estrépito y despide á lo lexos sus pepitas, y por esta operacion de la naturaleza le dieron dicho nombre. En el tiempo de la perfecta madurez de sus simientes la fruta produce el efecto de una pequeña artillería, cuyo ruido continúa algun tiempo rápidamente y se oye de bastante lexos. Estas mismas frutas transportadas antes de su madurez en un parage seco, ó expuestas sobre una chimenea á un calor moderado, se desecan poco á poco y despues producen el mismo fenomeno. *Mr. de Bomare.*

(38) La palabra *eclipse* viene de una voz griega que significa desfallecimiento. Refiere Tito Livio que Sulpicio Galo, Teniente de Paulo Emilio, en la guerra contra Perséo predixo á los soldados un eclipse que sucedió al otro dia, evitando de este modo el terror que hubiera causado. El espectáculo de un eclipse total de sol es cosa muy singular. Clavio, que fue testigo del de 21 de Agosto de 1560 en Coimbra, nos dice que la obscuridad era casi mas grande, ó á lo menos mas sensible que la de la noche. No se veía en donde se ponía el pie, y las aves caían al suelo por el espanto que les causaba una obscuridad tan triste. *Encyclopedía.*

(39) La *acudia* es un insecto que vuela y es luminoso, se halla en América. Algunos creen que el *cucajú* ó *cocojus*, que tiene las mismas propiedades, es el mismo insecto que la acudia. Este insecto, de la clase

c 2 de

(a) Las *gerboisas*, pequeños cuadrúpedos, tienen al contrario los brazos mucho mas cortos que los pies.

de los escarabajos, (a) es del grueso del dedo pequeño y largo de dos pulgadas. Es tan luminoso de noche, que cuando vuela esparce mucha luz. Pretenden que cualquiera que se frotase la cara con la humedad producida por las manchas relucientes de este fósforo viviente aparecería resplandeciente todo el tiempo que durase la humedad. Antes de la llegada de los Españoles no usaban los Indios de velas; se servían de estos insectos en sus casas para alumbrarse de noche. Con uno de ellos se lee y escribe tan fácilmente como con una vela. Quando los Indios viajan de noche atan uno de estos insectos á cada dedo pulgar del pie y llevan otro en la mano. No viven estos insectos despues de cogidos sino tres semanas á lo mas: mientras están sanos son luminosos, pero en enfermado se debilita su luz, y se extingue al punto que mueren. Estos insectos tienen otra utilidad: si se dexan volar en las casas destruyen los mosquitos. No se sabe de cierto si la acudia es el mismo insecto que la lucérniga. Madama de Morian, que observó estos insectos en Surinam, dice que su luz es hermosa, y que uno solo la bastaba cada noche para dibuxar las figuras que están grabadas en su obra de los insectos de aquel país... Se hallan en Italia moscas relucientes, ó por mejor decir escarabajos del grueso de una abeja á corta diferencia, cuyo vientre es bastante luminoso para que tres de estos insectos puestos en un tubo de vidrio sean suficientes para distinguir de noche todos los objetos de un quarto. El Abate Nollet experimentó que la luz de este insecto se extendía en los parages en donde se habían escachado. (b) *Mr. de Bomare*.

El escarabajo mas singular es el que Mr. Rolander describe. La primera vez que cogió este insecto, que es

(a) Se comprehenden comunmente baxo el nombre de escarabajos aquellos insectos cuyas alas membranosas están resguardadas de baxo de unos estuches á modo de cáscaras... Estos estuches se llaman *elytres*: todos los insectos cuyas alas están resguardadas de este modo se llaman tambien *cleopterios*.

(b) Los fosos de Mantua están llenos de estos insectos; la verva y los árboles están cubiertos de ellos, lo que produce de noche el mas vistoso espectáculo.

es fosfórico, salió de su cuerpo un ruido semejante al de una arma de fuego y un humo azulajo... En otra ocasion, acostumbrado ya el Autor á la artillería de estas moscas, imaginó hacer cosquillas á una de ellas con un alfiler, y disparó hasta veinte tiros de seguida... Admirado Mr. Rolander al ver salir tanto aire de cuerpo tan pequeño, abrió el insecto, y halló en su cuerpo una vexiguita aplastada, pero no pudo descubrir si era el reservatorio del aire ó algun intestino. Se pudiera (añade el Autor que cito) llamar á este insecto *el artillero*. *Diccionario de las Maravillas de la Naturaleza, tom. 2.*

(40) Este árbol se llama *higuero*. Crece á la altura de nuestros nogales: al abrir su corteza con una navaja sale de ella una substancia lactea que es un veneno mortal. Los Indios mojan en ella las flechas que quieren emponzoñar. No se corta este árbol sin tomar las mayores precauciones. Su fruta se parece á nuestras manzanas, su olor es agradable, pero su substancia interior está impregnada de un zumo blanco tan peligroso como el de la corteza y hojas. El manzanillo crece en la mayor parte de las Islas Antillas á la orilla del mar. A qualquiera que duerme á la sombra de este árbol se le encienden los ojos y se le hincha el cuerpo &c., y si no se apartase prontamente podria morir. Dicen que el agua del mar bebida al instante es el remedio mas eficaz contra los efectos del veneno de este árbol; otros dicen que una cucharada de aceite.

Hai tambien en América otro arbusto cuya raiz produce un veneno mui sutil, se llama *manioque*, crece desde tres hasta ocho ó nueve pies de alto. Su raiz comida cruda sería un veneno mortal, pero quando está seca y se ha preparado se la saca una harina con la qual se hace una especie de pan llamado *casavé*. Lo esencial es quitar á esta raiz su leche, que es un verdadero tósigo. Esta leche tiene la blancura y el olor de la leche de almendras: aunque es veneno, en dexándola depóner se saca una substancia blanca y de buen alimento, que se halla en el fondo de la vasija, que se lava muchas veces con agua. Este sedimento tiene todas las

38
apariencias del almidon mas blanco; llámalo *musache*, y lo emplean para el mismo uso que nuestro almidon, pero estos polvos quemán los cabellos con el tiempo; lo que no quita que se hagan con ellos una especie de roscas mui gustosas. Este arbusto es mui comun en la Isla de Santo Domingo. (a) *Mr. de Bomare*.

(41) El *mangle* es un árbol que crece en las Indias Orientales, principalmente en las Islas Antillas y ácia la embocadura de los rios. De sus ramas flexibles, dice Mr. de Bomare, salen paquetes de filamentos que baxan hasta el suelo, donde se arraigan, y producen otros árboles tan gruesos como aquel del qual han salido, y de este modo se reproducen. Un árbol solo puede producir toda una selva... En la Isla de Cayena los pantanos están cubiertos de mangles. Las ostras se pegan al pie y á las ramas que cuelgan.

(42) Este pez extraordinario es la *torpedo* ó *trimielga*; tiene la propiedad de causar un entorpecimiento doloroso á los que le tocan. Las trimielgas mas grandes de los mares de Francia no tienen dos pies de largo; Africa y América tienen trimielgas semejantes á las nuestras por sus efectos, pero de figuras diferentes. Este pez es mui conocido en Surinam: sus efectos son mucho mas vivos que el de la verdadera trimielga, y se parecen en un todo á la conmocion eléctrica. La causa, pues, parece debe atribuirse á un fluido que se exhala del animal... Quando este pez huuye con velocidad se puede sentir la conmocion metiendo la mano en el agua á quince pies de distancia de él... Quando se reciben conmociones violentas el entorpecimiento es general, y aun la cabeza queda un poco turbada... La especie de torpedo que describe el Doctor Firmín en su Historia Natural de Surinam hace experimentar un entorpecimiento sumamente doloroso en los brazos hasta las espaldas quando se toca con

(a) Es mui singular que se pueda comer con tanta seguridad un pan que no es otra cosa sino el extracto de un veneno mortífero, quando se r flexiona que este peligroso alimento puede dar la muerte. Ero prueba claramente que no hai riesgos con los cuales el hombre no se pueda familiarizar con la costumbre.

39
con las manos ó con un palo, y se comunica con fuerza á catorce personas asidas de las manos. Este animal parece ser el mismo que la anguila que Mr. de la Condamine describe en su Viage del rio de las Amazonas... Mr. Adanson vió otro semejante en el rio Senegal... La anguila temblona de Cayena es tambien una especie de torpedo; llega á veces á tener el grueso de un muslo, con quatro ó cinco pies de largo: se diferencia poco de la torpedo de Surinam. *Mr. de Bomare*.

(43) La *fuelle Acadina* se hallaba en la Sicilia, y estaba consagrada á los Hermanos Paliscos, (a) divinidades particularmente honradas en aquella Isla: atribuían á esta fuente una propiedad maravillosa para dar á conocer la sinceridad de los juramentos. Los escribían sobre tablitas que despues se echaban al agua, y si no sobrenadaban estaban persuadidos de que su contenido era un perjurio.

Argyra era una Ninfa de Thesalia. Celéno su Esposo, viéndola próxima á morir, iba tambien acabando con una languidez mortal: compadecida Venus de su ternura los metamorfoseó al uno en rio y á la otra en fuente, que como Alfeo y Arethusa se reunieron mezclando sus aguas. No obstante Celéno llegó á olvidar á *Argyra*, y desde entonces tuvo la virtud de hacer perder á los amantes la memoria de sus amores quando beben de sus aguas ó se bañan en ellas.

La Grecia tiene además otras muchas fuentes maravillosas, como la fuente *Cassalia*, Ninfa que Apolo metamorfoseó en fuente, y la consagró á las Musas, y á la qual dió la virtud de inspirar á los poetas.

La fuente *Aganipe*, la *Hipocrene* ó la fuente *Cabalina* tenían la misma virtud. La fuente *Acidalia* era en donde se bañaban las Gracias. Juno se bañaba en la fuente de *Canathos*, cerca de Nauplia. *Diccionario de la fábula.*

c 4
La
(a) Los Pálicos ó Paliscos eran gemelos, Hijos de Júpiter y de Thalia. Esta Musa, temiendo la cólera de Juno, rogó á la tierra que la tragase. La tierra se abrió y la ocultó en su centro. Los Paliscos nacieron en él: en este sitio se formaron dos lagunas temibles á los perjuros y á los delinquentes. Otros dicen que en este sitio empezaron entouces á verse los fuegos del monte Etna.

(44) La fuente de Buxton en el Condado de Darby, de la qual habla Childrey en las curiosidades de Inglaterra, corre solamente todos los quartos de hora... *Diccionario de las Maravillas de la Naturaleza, tom. 1. pag. 339.*

Es menester suponer que Thelismar instruido de este fenomeno contaba con atencion los minutos en su reloj sin que Alfonso lo advirtiese, á fin de aprovechar exactamente los instantes en que la fuente debía parar y volver á correr, como sucede en todas las fuentes intermitentes.

En la Provenza se halla una fuente que corre y se pára ocho veces en una hora. La fuente de Forroganches, Diócesis de Nimes, corre y se pára regularmente dos veces en veinte y quatro horas. Las fuentes de las cercanías de Paderbosn, que llaman *Bullerbares*, dicen que corren doce horas, y descansan otro tanto. La de Haute-combe en Saboya corre y se pára dos veces en una hora &c. &c. *Diccionario de las Maravillas, tom. 1.*

La fuente caliente de Bozeley en la Provincia de Shrop ofrece el fenomeno mas admirable. Habrá cinquenta y cinco años que brotó por la primera vez, habiendo precedido un fuerte uracan. Apenas hubo cesado la tempestad quando, á media noche, un ruido terrible despertó á todos los habitantes, que viendo la tierra conmovida y trastornada, creyeron hallarse en el instante de la destruccion general. Muchos salieron de sus casas huyendo ácia un montecillo cerca del rio Severne. Allí se levantaba y baxaba la tierra muchas veces en un minuto. Uno de los habitantes hizo en la tierra un agujero de algunas pulgadas de diámetro. Al instante salió un chorro de agua con tanta violencia que le derribó en el suelo: un instante despues, habiendo pasado el mismo hombre con una luz cerca de dicho surtidor, se encendió el agua vomitando llamas. Se interceptó la comunicacion del aire, y desaparecieron las llamas. Desdè aquel tiempo conserva la fuente las mismas propiedades: se enciende luego que se le arrima una luz, y la actividad de este fuego es tal que en un instante reduce á cenizas gruesos troncos de árboles verdes.

des. A pesar de la violencia de la llama, el agua no tiene el menor grado de calor, y está tan fria como la de las otras fuentes... »Cerca de Velleja en Italia hai una »manantial cuya agua se enciende en arrimándola una »pajuela ó mecha encendida." *Mr. de Bomare.*

(45) En Escocia hai una montaña llamada montaña de *Cor-keak*, que tiene la singularidad de ser el meridiano (a) mas elevado del universo: su altura perpendicular tiene, segun dicen, mas de quatrocientos (b) toesas. Esta montaña está rajada y entreabierta hasta su cumbre con una hendidura que mira al Mediodia, y las dos cimas sirven para hacer como una especie de cuadrante que indica las horas por la sombra que hacen sobre las peñas opuestas. *Compendio de Historia Natural por el Abate Saury, tom. 1. (c)*

(46) He aquí el extracto de una carta en la qual el Doctor *Troil* dá cuenta de un viage que hizo á Islanda para exáminar el monte Hecla.

»El Cielo estaba raso y el agua de la laguna parecía una luna de espejo: ocho surtidores de agua se levantaban en el contorno de esta laguna; observé particularmente uno cuya coluna de agua que tenía de seis á ocho pies de diámetro subía á la altura de diez y ocho á veinte y quatro pies. Estaba el agua muy caliente, y nos hizo cocer en seis minutos á lo mas un pedazo de carnero y algunas truchas que pusimos en ella. Reikum nos ofreció un espectáculo semejante. El surtidor que vimos allí se levantaba hace algunos años á sesenta ó setenta pies de altura; pero habiéndose desmoronado las tierras cubrieron una porcion de su orificio, y el agua no subió quando le vimos mas que á cinquenta y quatro ó sesenta pies. Habiendo llegado á Geizer, cerca de Skalhott, vimos el agua levantarse con ímpetu por una boca ancha y formar una cascada á la qual no son comparables las

»de

(a) Debla decir Gnomon, y no Meridiano.

(b) Esto es, novecientas treinta y tres brazas y media.

(c) Se halla en la Suiza un fenomeno de esta clase llamado el agujero de San Martin. Este es una especie de meridiana natural en un peñasco taladrado, por el qual en Marzo y Setiembre á medio dia alumbrá el Sol el campanario del Lugar de Elin, en el Canton de Glaris.

de Marli, de San Cloud, de Cassel ni d'Herrenhau-
se. Observamos, en la circunferencia de cerca de una
legua larga, quarenta ó cinquenta surtidores de agua
hirviendo, que sin duda provienen de un mismo de-
pósito. El agua de los unos era mui clara, y en otros
era turbia y arcillosa. En unos tenía color hermoso
de ocre del qual se llena al paso sobre estas tierras
ferreas, y en otros salía con un color de leche. Unos
de estos surtidores eran continuos, otros interrumpi-
dos, mas ó menos &c. Sentimos temblar la tierra en
muchos parages... se levantó una columna de agua de
noventa y dos pies &c." *Noticias de la República de
las Letras y Artes, año 1783, num. 9, Miércoles 26 de
Febrero.*

(47) Durante el riguroso invierno de 1740 construyeron en San Petersburgo, segun las reglas de la mas primorosa arquitectura, un palacio de hielo de cinquenta y dos pies y medio de largo, sobre diez y seis y medio de ancho con veinte de altura. El Neva, rio inmediato, en el qual el hielo tenía dos ó tres pies de grueso, había suministrado los materiales. Al paso que se sacaban los pedazos de hielo del rio, se labraban y adornaban con dibujos, y despues de colocados se regaban por un lado con aguas de diversos colores. Se colocaron enfrente de dicho palacio seis cañones de hielo hechos á torno, con sus cureñas y sus ruedas de la misma materia, y dos morteros de bombas con las mismas proporciones que los de fundicion: estos cañones eran del calibre de los que admiten tres libras de pólvora, no se les puso no obstante mas que un quarteron, y despues se les metió una bola de estopas y una bala de dicho calibre. La prueba de uno de estos cañones se hizo delante de toda la Corte, y la bala atravesó á sesenta pasos de distancia una tabla de dos pulgadas de grueso. Este hecho puede hacer creible lo que refiere *Olaus Magnus* el Historiador del Norte acerca de las fortificaciones de hielo, de las cuales aseguran que las Naciones Septentrionales saben servirse en las ocasiones. Un Físico de Inglaterra hizo en 1763 una experiencia curiosa: tomó un pedazo de hielo cir-

cular de dos pies y nueve pulgadas de diámetro y cinco pulgadas de grueso, con el qual formó una lente que expuso á los rayos del sol y pegó fuego, á siete pies de distancia, á pólvora, papel, lienzo &c. Algunos Autores hacen mencion de los hielos de Islanda y de los de algunos parages de los Alpes, que tienen mal olor y que arden en el fuego en lugar de apagarlo: pero semejantes aguas concretadas no producen inflamacion por otra causa que el betumen que contienen. Antigualmente no se creía que el agua del mar helada se convirtiese en agua dulce. Mr. Adanson quedó admirado al ver que unas botellas que había llenado de agua salada se hallaron llenas de agua helada y dulce sin haber depuesto salmuera ninguna. Este hecho ha sido demostrado despues por Mr. Oward-Nairne y por las experiencias de Mr. Cook... Es fixo que quanto mas hiel, tanto mas el hielo aumenta de volumen, y no obstante mas disminuye de peso, cosa contraria á lo que sucede en los demás cuerpos.

(48) La mina de plata de Salseberitz en Suecia ofrece uno de los mas hermosos espectáculos. Se baja á esta mina por tres bocas anchas semejantes á pozos de los cuales no se vé el hondo; la mitad de un tonel sostenido de un cable sirve de escalera para baxar á estos abismos por medio de una máquina movida por el agua... no se tiene mas que la mitad del cuerpo en el tonel estrihando sobre una pierna sola; se tiene por compañero un satélite negro como nuestros herreros, quien entona luego una canción lúgubre con una hacha encendida en la mano: al llegar á la mitad de la profundidad se empieza á sentir mucho frio; se oyen los torrentes que caen por todas partes; finalmente despues de media hora se llega al hondo del abismo; entonces se disipa el temor, ya no se vé nada de espantoso, al contrario todo es brillante en aquellas regiones subterranas. Se entra en una especie de salon sostenido por dos columnas de mineral de plata, concurren allí quatro espaciosas galerías. Los fuegos, que sirven para alumbrar los trabajadores, se repiten por reflexión sobre la plata de las bóvedas y sobre las aguas de un

arroyo que corre en medio de la mina. Allí se vén gentes de todas Naciones: los unos tiran carros, los otros mueven ó levantan piedras: todos tienen su empleo y encargo. Finalmente es una Ciudad subterránea; hai hosterías, casas, caballerizas, caballos; pero lo que hai mas singular es un molino de viento que un corriente de aire muéve; el molino anda continuamente en esta caverna y sirve de levantar las aguas que incomodarian á los mineros...

En 1478 se halló en Hartz un pedazo de plata tan grande que despues de batido se hizo con él una mesa donde podían sentarse á comer veinte y quatro personas... En tiempo de Olaus Wormius se sacó de las minas de Noruega una masa de plata que pesaba ciento y treinta marcos... La plata disuelta por el ácido nitroso produce cristales que derretidos y despues echados en molde dan la piedra infernal que sirve para roer las carnes... Se encuentran ordinariamente seis metales. 1.º el plomo. 2.º el estaño. 3.º el hierro. 4.º el cobre. 5.º la plata. 6.º el oro. Vé aquí el orden de su dureza. 1.º el hierro. 2.º el cobre. 3.º la plata. 4.º el oro. 5.º el estaño. 6.º el plomo. Y sigue el orden de su ductilidad: 1.º el oro. 2.º la plata. 3.º el cobre. 4.º el hierro. 5.º el estaño. 6.º el plomo. El oro es el mas ductil de todos los metales. Se lee en las Memorias de la Academia de Ciencias que una onza de este metal puede ser tirada en un millon; noventa y cinco mil pies de largo, esto es, en una línea de setenta y tres leguas de largo, cada legua de dos mil quinientas toesas.

De los parages profundos de la tierra, como de las grutas, y sobre todo de las venas metálicas en las minas, y principalmente de sus galerías y subterráneos de donde se saca el carbon de piedra, salen exhalaciones de diferentes especies (a) que producen asimismo diversos efectos. A estas exhalaciones dan los mineros diversos nombres segun su naturaleza: las unas se llaman

(a) Se deben llamar propiamente *vapores* los humos húmedos que se levantan del agua y de los otros cuerpos líquidos; y *exhalaciones* á los humos secos que se exhalan de los cuerpos sólidos, como la tierra, el fuego, los minerales, las sales &c.

propriamente *exhalaciones*; las otras *fuego brisú*; otras *mofetas* ó *pusel*, y otras *gás*. Hai tambien en las minas, que han estado largo tiempo abandonadas, unos vapores subterráneos que llaman *inhalaciones*, que contribuyen infinitamente á la composicion y descomposicion de los minerales, puesto que por su medio se hacen continuamente disoluciones á las quales se siguen nuevas combinaciones... El *fuego brisú*, ó *terú*, ó *fuego silvestre* se eleva á veces en ciertas minas de carbon, de metales &c. Este vapor sale con una especie de silvido por las rendijas de los subterráneos en que se trabaja, y aparece con la forma de aquellas telas de araña que vuelan por el aire en el otoño... Quando este vapor no está bastante dividido por el aire, se enciende en las lámparas ó linternas de los trabajadores, y produce efectos semejantes á los truenos ó á la pólvora. Para precaver estos efectos peligrosos atienden los mineros á estos hilos blancos que oyen y vén salir de las rendijas, los agarran antes que se puedan encender en sus lámparas y los escachan entre las manos, y quando es grande la cantidad apagan la luz que los alumbraba, se echan boca abaxo en el suelo, y por sus gritos avisan á sus compañeros que hagan lo mismo: entonces la materia que se encendió antes de que hayan podido apagar sus luces pasa por encima de sus espaldas y solamente daña á los que no tomaron la misma precaucion, que están expuestos á ser muertos ó heridos. Se oye salir esta materia con ruido &c. El fenomeno mas singular que las exhalaciones minerales nos ofrecen es aquel que los mineros llaman *globo*: aparece en la parte superior de las galerías de las minas con la forma de una especie de faldriquera redonda, cuyo pellejo es parecido á una telaraña. Si este saco llega á rebentarse, la materia que estaba encerrada dentro se esparce en los subterráneos y mata á quantos la respiran... Se llaman *gas* unas exhalaciones mas ó menos visibles y producidas por subterráneos profundos como son las galerías de las minas. Algunas veces salen de ciertas cavidades, grutas ó hendiduras de la tierra &c. El supuesto duende de las aguas minerales es una espe-

pecie de gas... Hoi dia se da tambien el nombre de gas á toda especie de vapor invisible, que es capaz de destruir la elasticidad del aire, que apaga las llamas &c. Todos los vapores que resultan de substancias vegetales y animales quando se queman, las de los cuerpos putrefactos y de las letrinas son tambien especies de gas. El aire fijo propiamente dicho, ó *gas mefítico*, es un fluido elástico transparente, sin color, y miscible al agua en toda proporcion &c... no se diferencia del aire comun por ninguna de sus propiedades; pero este gas difiere del aire: 1.^o en que su peso específico es mayor; 2.^o en que es incapaz de servir á la vida y respiracion de los animales. Luego que se pone qualquier animal debaxo de un recipiente (a) lleno de gas mefítico, perece al instante; 3.^o el gas mefítico no sirve para mantener la combustion de ningun cuerpo, porque esta facultad, como la de mantener la vida de los animales terrestres, es propia y privativa del aire con exclusion de toda otra substancia; y así no solamente no se puede encender en el gas mefítico ningun cuerpo combustible, sino que los cuerpos mas inflamables encendidos primero en el aire y metidos en el gas mefítico se apagan tan prontamente como si se metiesen en agua, con esta sola diferencia que la extincion sucede en el gas mefítico sin ningun ruido ni estremecimiento, y como no moja los cuerpos, pueden al instante volverse á encender en el aire comun: la 4.^a propiedad en que se diferencia el gas mefítico del aire comun es en mezclarse con el agua en cantidad mucho mayor que el aire puro. Conviene observar que aunque el gas mefítico haga morir al instante los animales quando lo respiran, se puede beber agua llena de este gas sin peligro ninguno, y al contrario es saludable y apta para curar varias enfermedades. Esto demuestra que no es por ninguna calidad cáustica ó corrosiva particular que dicho gas mata los animales, sino porque no siendo aire no puede equivaler á este fluido

(a) Recipiente se llama la campana de cristal que se adapta á la máquina pneumática; en esta campana se hace el vacío.

fluido el único apto para la respiracion así como para agente del fuego. *Mr. de Bomare.*

(49) Aunque se sepa que el mar produce masas de animales enormes, como las ballenas y los unicornios, (a) no se puede asentir á la existencia de los *krakens*: »Dicen que son animales que viven en los mares del norte, cuyo cuerpo tiene hasta media legua de largo; »parecen como un conjunto de peñascos flotantes ó de »piedras cubiertas de algas.» Se discurre que será una especie de polypo, cuyos brazos para corresponder á la masa del cuerpo son del tamaño de los mayores árboles de los navios. »Añaden que atrahe á los peces con los »humores que despidе y colorean el mar, y como todo »debe ser singular en semejante animal, dicen que se »abre por la espalda, tragándose así todos los peces »que están encima de él.» *Mr. de Bomare.*

(50) Plinio, y despues de él diversos Autores, han adelantado que el azete calmaba las olas del mar... Si nos atenemos á las aserciones mas respetables y multiplicadas, parece que no se podrá dudar del hecho: vease aquí el extracto de una carta sobre este asunto dirigida á un amigo de Mr. Franklin... »Mr. Gilfred Lawson, que sirvió mucho tiempo en las tropas de Gibraltar, me asegura que los pescadores de aquella plaza »tienen la práctica de verter un poco de azete sobre el mar, á fin de que calmando así su agitacion puedan »ver las ostras &c.» Plinio dice tambien que se aplaca una tempestad echando un poco de vinagre en el aire... Mr. de Bomare cita otra carta que es del célebre Franklin: en esta carta el Filósofo Inglés dá cuenta de una experiencia que hizo sobre el estanque de Clapham... »El viento, dice, levantaba entonces crecidas olas en su superficie... fui entonces por el lado del viento, »donde las olas empezaban á formarse; una cucharada »de azete que vertí allí produjo al instante en el espacio de muchas toesas en quadro una calma que se »extendió poco á poco hasta que hubo llegado á la

»COS-

(a) El unicornio de mar es una especie de ballena de los mares de Groelandia; llámase tambien *narhyval*.

»costa de sotavento, y poco despues se vió toda la »porcion del estanque, que era á corta diferencia de »medio acre, tan lisa como una luna de espejo...» Mr. Franklin explica este fenomeno: no comprehendo bastante esta explicacion para referirla...

(51) Esta descripcion de la araña doméstica es exácta: la pelotilla semejante á una esponja un poco mojada que tiene la araña entre sus dos uñas, la sirve como á las moscas para andar y trepar sobre los cuerpos mas lisos: estas esponjas suministran un licor pegajoso que basta para hacerlas adherir. En el extremo del vientre de la araña hai seis pezones musculosos y puntiaguados en sus extremos, que son otras tantas hileras en las quales se quaja el licor que debe volverse seda quando se ha secado, despues de extraido de dichas hileras; cada uno de estos pezones está compuesto él mismo de mil hileras imperceptibles que dan paso á otros tantos hilos. Si se considera la finura de esta seda de araña de seis mil hilos, no alcanza la imaginacion á comprehender la excesiva sutileza de los hilos que salen de las pequeñas hileras... No todas las arañas tienen el mismo número de ojos, y ademas están colocados de diverso modo en casi todas las especies... cuentan ocho especies: la araña doméstica, la de los jardines, la negra de las cuevas, la tarántula comun en Italia, (a) la araña acuática, la albañil, la vagamunda y la de los campos. Se han hecho con la seda de las arañas guantes y medias; pero esta seda no vale tanto como la de los gusanos de seda.

En las Islas de América hai arañas mui gruesas, suelen hallarse algunas gruesas como el puño, pero no son venenosas... estas arañas en siendo viejas están cubiertas de un bello negro tan suave y tan tupido como el terciopelo; sus telas son tan fuertes que los paxarillos tienen bastante que hacer para desprenderse de ellas... segun el parecer de algunos habitantes de aquellas Islas sus pelos pican y queman como las ortigas. Hai en

(a) La tarántula fue así llamada de Taranto, Ciudad de la Pulla, donde es comun; dicen que es venenosa, pero su picadura no hace bailar ni cantar.

la Luisiana una especie de araña gruesa como un huevo de paloma, pero mucho mas larga, su color es negro mezclado de color de oro. Este insecto hace en los árboles telas de una seda fuerte, retorcida y dorada, algunas veces del tamaño del hondon de una cuba, en las quales muchas veces se prenden los páxaros... En la Isla de Ceilan se halla una araña de color de plata &c. *Mr. de Bomare.*

(52) Los polipos de agua, que se hallan en las lagunas y aguas detenidas, se diferencian en tamaño y color. Mr. Trembley hace mencion de tres especies que llama de brazos largos. La primera especie es la mas pequeña, no tiene mas que cinco á seis lineas de largo, es mui fácil de hallar; no hai mas que recoger algun puñado de lentejas acuáticas (a) y ponerlas en un vaso transparente lleno de agua: á poco tiempo se ven los polipos, que al principio no parecen sino puntos verdes, estender sus brazos; al menor movimiento el insecto retira sus brazos y no parece mas que un granito de materia verde. El número de los brazos de los polipos es ordinariamente desde seis á doce. Estos animales andan y mudan de lugar, pero hacen todos sus movimientos con una extrema lentitud. Quando se quiere tener el gusto de ver la multiplicacion de los polipos es menester poner uno en la cavidad de la palma de la mano con un poco de agua, y quando el animal ha salido de su estado de contraccion se le corta por medio. La parte donde está la cabeza andará y comerá el mismo dia de la separacion con tal que sea en dias de calor: en quanto á la parte posterior, la crecerán brazos al cabo de veinte y quatro horas, y en dos dias quedará hecha otro polipo perfecto, que armará sus redes agarrando y comiendo su presa. Córtese un polipo de qualquier modo y en tantas partes quantas sea posible y siempre se verán reproducirse de cada pedazo un polipo nuevo. Los polipos se multiplican naturalmente por renuevos. Quando se vé sobre un po-

Tom. II.

d

li-

(a) Es una planta que se halla en las lagunas, en las aguas detenidas &c. sobrenada sobre las aguas; sus hojas orbiculares tienen la figura de una lenteja.

lipo una ligera excrescencia que toma la forma de un boton, es la cabeza del joven polipo. En los tiempos mui calorosos un polipo se forma y separa de este modo en veinte y quatro horas: á veces se ven salir de un solo polipo diez ú ocho hijuelos.

El descubrimiento de los polipos de agua dulce y el de los polipos marinos arquitectos de los corales, de las coralinas y de muchas producciones *polípodas*, que se habían tomado por plantas marinas, son uno y otro conocimientos mui modernos. Los polipos de mar son animales mui pequeños, que escaparon á la vigilancia de mui buenos observadores que los tomaron por flores. Son gusanos, de los cuales hai un gran número de especies diversas, que fabrican los sobredichos corales, las coralinas, litófitas, escartas, esponjas, las variedades de madreporas tan numerosas, y todas las demas substancias que se habían tomado otras veces por plantas; pero las observaciones de los Señores Poissonel, Reaumur, Bernard de Jussieu &c. hicieron ver que no eran sino habitaciones y celdas construidas por unas especies de insectos que multiplican en tanto número que es imposible avaluarlos, y que estas habitaciones edificadas cada una por otros tantos individuos son, respecto á los polipos, lo que es el abispero para la abispa. Se quitó á estas producciones el nombre de plantas marinas; se llamaron polípodas ó producciones polípodas... A mas de todos estos polipos hai aun los grandes polipos marinos, que son la *sepia* ó *sibia*, el *calamar*, la *liebre marina* &c. Estos animales tienen los pies ó brazos colocados en la cabeza; tienen ordinariamente desde tres pulgadas hasta tres pies de largo, son ovíparos: se ignora si tienen para multiplicarse los medios de los polipos de agua dulce. Parece cierto que sus brazos vuelven á crecer quando se han cortado, así como los de los cangrejos. Los grandes polipos marinos se servían en las mesas de los antiguos. *Mr. de Bomare*.

(53) El tucán es un páxaro mui singular, particularmente por lo grueso y largo de su pico, que lexos de ser un instrumento útil, „al contrario no es, dice „Mr.

„Mr. de Buffon, sino un cuerpo en palanca que entorpece el vuelo del páxaro. (a) El pico excesivo é inútil „del tucán incluye una lengua aun mas inútil; esta no „es un órgano carnoso ó cartilaginoso... es una verdadera pluma mui mal colocada, como se ve, y encerrada en el pico como en un estuche. El nombre de „tucán significa pluma en el idioma del Brasil.”

Los tucanes se hallan en todos los climas de la América meridional; su plumage es mui hermoso.

(54) El *kamichi* es un páxaro grande y negro de la América, „mui notable, dice Mr. de Buffon, por „la fuerza de su grito y por la de sus armas. Lleva „sobre cada ala dos poderosos espolones, y sobre la cabeza una corona de puntas duras de tres á quatro „pulgadas de largo, sobre dos ó tres lineas de diámetro en su base &c.”

(55) Los *murciégalos* se hallan en diversos paises; pero en la mayor parte de los climas cálidos se ven algunos de monstruoso tamaño: hai una especie mui común en la América, á la qual Mr. de Buffon dió el nombre de *vampiros*, „porque chupan la sangre de los „hombres y animales quando duermen...” El vampiro es de un aspecto feísimo... Los viajeros concuerdan en decir que estos *vampiros* chupan la sangre de los hombres y animales sin despertarlos.

Mr. de Buffon supone que no es ni con sus dientes, ni

(a) Parece que esta expresion del illustre Conde de Buffon es en algun modo contraria al espíritu de admiracion y respeto que en toda su obra manifiesta para con el Autor del universo; porque si en efecto le fuese inútil al tucán su pico, ya tentamos en las obras del Criador algo de inútil (lo que nunca será) y en prueba copiara lo que dice del pico del tucán el Autor del Estudio de la Naturaleza: „El pico tan „grueso y tan largo del tucán, y su lengua en forma de pluma eran „necesarios á un páxaro que se mantiene de los insectos esparcidos „en las costas del mar Americano. Necesitaba, no solo de un almocafre „para cabar y remover la arena, sino tambien de un instrumento ó „cuchara grande para recoger dichos insectos, y una lengua larga y „sensibile para sentir el contacto de ellos. Cada animal tiene los pies, „el cuello ó el pico formado de un modo admirable y apyo para „el terreno en que ha de estar, y para los alimentos de que ha de sustentarse... El Omnipotente, inmenso é incomprehensible Criador del universo, no ha hecho en flores, plantas y animales sino aquello mas conveniente á los climas, aire, elementos y usos á que los destina; nada hai de inútil en sus obras; todo es perfecto, y cada produccion tiene en sí las señales ó atributos de su Artifice: perfeccion y utilidad.

ni con sus uñas con lo que abren el cutis de los animales, sino que se valen de su lengua para hacer en el pellejo aberturas suficientes para sacar sangre y abrir las venas sin causar dolor vivo. Mr. de Buffon no ha visto la lengua del vampiro. Cree que es puntiaguda y cubierta de pelitos duros mui finos y mui agudos. *Mr. de Bomare.*

(56) El arbol de cera es un arbusto; le hai de dos especies: el uno crece en la Luisiana, el otro en la Carolina. Este arbusto tiene el porte del mirto, y sus hojas tienen, á poca diferencia, el mismo olor; su fruta, que tiene el grueso de un grano de culantrillo, contiene huesos cubiertos de una especie de resina que tiene alguna semejanza con la cera; los habitantes de aquellos paises hacen velas con ella. El *arbol de sebo* crece en la China y en la Guayana; se levanta á la altura de un guindo; su fruta consiste en granos blancos del grueso de una avellana, cuya carne tiene las calidades del sebo; se hacen velas con ella. El incienso es tambien produccion de un arbol, y los Chinos sacan igualmente de un arbol su hermoso barniz. *Mr. de Bomare.*

(57) Todos saben que al tocar las hojas de la *sensitiva* se marchitan al instante, y vuelven á recuperar su primera frescura un instante despues. Mr. Adansson vió en Africa un arbusto sensitivo, cuyas hojas se abaxan quando se pasa por debaxo de él. Tambien dicen que hai en Panamá un arbusto con hojas espinosas, cuyas ramas se abaxan quando se pasa cerca de él; los naturales le dieron el nombre de: *buenos dias*.

Se ve en el jardin del Rei una nueva planta, descubierta poco ha, originaria de Otahiti, que llamaron *planta oscilante*; es del género de la sensitiva, pero mucho mas extraordinaria.

(58) La *fraxinela* ó *díctamo blanco* es una planta viváz que crece espontaneamente en las selvas de Lengadoc, de Provenza, Italia y Alemania... Los extremos de sus ramas y los pétalos de las flores están llenos de una infinidad de caños llenos de azeite esencial, como se puede observar facilmente con un microscopio. Esparcen en los dias de verano por la noche

che y á la madrugada vapores etereos inflamables, y en tanta abundancia que si se pone al pie de esta planta una vela encendida, de repente se levanta una gran llama que se extiende sobre la planta entera, formando entonces una zarza ardiente mui vistosa. *Mr. de Bomare.*

(59) El *amianto* es una materia compuesta de hilos mui sutiles... Hai muchas especies de amiantos, los hai amarillos, grises y blancos; tambien los hai verdes y colorados. Se hila el amianto y se fabrica una tela que se echa en el fuego sin temor de que se consuma; al contrario, se blanquea con la accion del fuego, y de sucia y pierca que estaba sale del fuego pura y limpia. El fuego consume las materias crasas y combustibles sin poder alterarlas; no obstante, cada vez que se saca del fuego pierde algo de su peso. En el tiempo de los antiguos Griegos y Romanos se quemaban los cadáveres de los Reyes en lienzos de amianto, á fin de que sus cenizas no se mezclasen con las de la hoguera. El amianto es mui apto para hacer mechas ó torcidas, porque no experimentan ninguna mudanza que pueda ofuscar la luz. Los Paganos le empleaban en sus lámparas sepulcrales. *Mr. de Bomare.*

(60) La China debe á este gran Principe la abolicion de una costumbre tan bárbara como insensata. Era un uso bastante comun entre los Tártaros que á la muerte de un hombre una de sus mugeres tenía que ahorcarse... Habiendo muerto en Pekin en 1668 un Tártaro de distincion, una de sus mugeres, de edad de diez y siete años, se disponia á darle esta prueba de amor; pero sus parientes presentaron un memorial al Emperador para suplicarle que aboliese tan odiosa costumbre. Este Principe mandó que se abandonase como un antiguo resto de barbarie: tambien estaba establecida esta costumbre entre los Chinos, pero sucedian los exemplos con menos frecuencia, y sus filósofos no la habian aprobado... En general los Chinos son de un genio suave y tratable, tienen mucha afabilidad en su modo, sin que se perciba ninguna mezcla de dureza, pasion ó arrojo colérico. Esta moderacion se observa en la plebe misma.

ma. Los Europeos, que tienen que tratar con los Chinos, deben evitar toda especie de prontitud y arrebato de cólera. Estos excesos están tenidos en la China por vicios contrarios á la humanidad, no porque los Chinos sean menos vivos que nosotros, sino porque se enseñan desde luego á ser dueños de sí mismos.

La modestia de las mugeres Chinas es extrema; viven constantemente en el retiro, con tanta precaucion en cubrirse que no se las vé ni las manos. Si presentan alguna cosa á sus parientes cercanos la ponen sobre una mesa temiendo no las toquen la mano... Las causas para divorcio entre los Chinos son: 1.^o una muger habladora, que se hace incómoda por este defecto, se expone á ser repudiada aunque sea casada de mucho tiempo, y que haya dado muchos Hijos á su Marido: 2.^o una muger que falta á la sumision que debe á su Suegro y á su Suegra: 3.^o la esterilidad es otro motivo de divorcio: 4.^o los zelos &c... La noche de las bodas conducen á la novia al quarto de su Marido, en donde halla sobre una mesa tixeras, hilo, algodón y otras materias para labores, dándola á conocer que debe amar la labor y huir del ocio.

Nada se puede comparar con el respeto que los Hijos tienen á sus Padres y Madres, y los Discípulos á sus Maestros: hablan poco, y siempre están en pie en su presencia. El uso les obliga, principalmente al principio del año, el día de su nacimiento y en otras ocasiones, á saludarlos de rodillas pegando diversas veces con la frente en el suelo.

Aunque un primogénito nada haya heredado de su Padre no por eso tiene menos obligacion de alimentar á sus Hermanos y darles estado; debe reemplazar el puesto del Padre que han perdido. Los que no tienen heredero varon adoptan un Hijo de su Hermano ó qualquier otro pariente, y á veces un extraño. El niño adoptado logra todos los privilegios de Hijo legitimo; toma el nombre del que le adopta, y queda su heredero. Si despues nace otro Hijo en la misma familia, siempre el adoptado entra en la reparticion de la sucesion. Está permitido á los Chinos tomar segundas Mugeres, que

que están subordinadas á la Esposa legitima; no obstante, la lei no concede esta libertad sino quando la primera ha llegado á la edad de quarenta años sin señal de fecundidad.

No se llevan todos los colores indiferentemente en la China: el pajizo pertenece solamente al Emperador y Príncipes de su sangre. El raso con fondo colorado está destinado á cierta especie de Mandarines en los días de ceremonia, los demás llevan ordinariamente el negro, azul ó morado. El color del pueblo es generalmente el azul y negro... La camisa es de diferentes especies de telas, segun las temporadas. Es uso bastante comun en los grandes calores llevar sobre el cutis una red de seda que impide que el sudor se comuniqué á los vestidos. El color que pertenece á las mugeres es encarnado, azul ó verde; pocas mugeres usan del negro ó morado, á menos que no sean de edad avanzada &c.

En la China el luto de Padre ó Madre debe ser de tres años. Pretenden que este uso se funda en el agradecimiento que debe el Hijo á su Padre y á su Madre por los tres primeros años de su vida, en los cuales necesita de su continua asistencia. El color de luto es blanco; pero durante el primer mes despues de la muerte de un Padre ó Madre el vestido de los Hijos es un saco de cáñamo de un color subido, que en la calidad no se diferencia de los sacos de mercancías. Su cintura es una cuerda floxa: se permite á los Chinos guardar todo el tiempo que quieran el cadaver en sus casas. Los guardan á veces durante tres ó quatro años; su asiento durante este tiempo es un taburete, y su cama una estera de caña cerca del atahud. Se privan del uso del vino y de ciertos alimentos. Se dispensan de asistir á las fiestas, no frecuentan las concurrencias públicas; no obstante es menester al fin que el cadaver se entierre, porque es para un Hijo una obligacion indispensable la de colocar el cuerpo de su Padre y de su Madre en el sepulcro de sus antepasados.

Hai entre los Chinos dos fiestas célebres, la primera es la del principio de año, y la otra la de los faroles.

les. En esta última fiesta toda la China está iluminada, cosa que parece un incendio general. Todos los habitantes del Imperio, en el campo, como en las Ciudades, encienden faroles pintados de diversos colores, y los cuelgan en sus patios, en sus ventanas y quartos. Los ricos hacen inmensos gastos en faroles: se vén faroles de diversas figuras, mui dorados y magníficamente adornados, pero nada realza mas la fiesta que los fuegos artificiales que se executan en todos los barrios de las Ciudades: las fiestas duran cinco dias. La opinion comun sobre el origen de esta fiesta es que se estableció poco tiempo despues de la fundacion del Imperio por un Mandarin, el qual habiendo perdido su Hija en la orilla de un rio, fue él mismo en su busca con hachas y faroles, pero inútilmente, acompañado de un inmenso número de gente, de los quales se había hecho querer por sus virtudes; pero las noticias literarias dan otro origen á estas fiestas; pretenden que el Emperador Kye, último Monarca de la familia Hya, quedándose de la division de los dias y noches, que inutiliza una parte de la vida, hizo edificar un palacio sin ventanas donde juntó un cierto número de personas, y que para quitar la obscuridad dispuso una iluminacion perpetua de faroles, lo que dió principio á esta fiesta... La magnificencia de los Chinos brilla en sus obras públicas, como son las fortificaciones, los templos, las torres, los arcos triunfales, las puentes, caminos, canales &c. cuentan cerca de tres mil torres á lo largo de la muralla grande. La tercera parte de los habitantes del Imperio se empleó en construirla. Esta famosa obra se conserva tan entera como el primer dia que se edificó. El mas famoso edificio es el de Nankin, que se llama la *Torre grande*, ó la *Torre de Porcelana*: esta es un octógono de cerca de quarenta pies de diámetro, de suerte que la longitud de cada cara es de quince pies, tiene nueve pisos, la pared al nivel del terreno no tiene menos de doce pies de grueso sobre ocho y medio de altura; está revestido de porcelana que se ha conservado mui bien aunque tiene mas de trescientos años. Dan á esta torre desde el pie hasta el remate del te-

xado doscientos pies de elevacion... Cuentan en la China mas de mil y cien arcos triunfales, levantados en honor de Príncipes, hombres y mugeres ilustres, y personas célebres por su sabiduría y virtudes.

La agricultura está particularmente honrada en la China... Una lluvia favorable es una ocasion de visitas y de cumplimientos entre los Mandarines. Siguiendo el uso antiguo, al principio de la primavera el Emperador labra la tierra con un arado y siembra diversas especies de semillas, cêremonia que se hace con mucha pompa. Nombra doce Grandes para servirle de comitiva y arar despues de él; está además acompañado de cinquenta labradores respetables, y á los quales el Emperador mismo distribuye diversos regalos. Los Mandarines observan la misma ceremonia en cada Ciudad... El Emperador Yongchin exígia de todos los Gobernadores de las Ciudades que le envasen cada año el nombre de un aldeano de su distrito, distinguido por su aplicacion al cultivo de la tierra, por una conducta irreprehensible, por la union de su familia, por la paz mantenida con sus vecinos, y en fin por su frugalidad y sabiduria. En consecuencia de la certificacion del Gobernador ascendía á este virtuoso y diligente labrador al grado de Mandarin del orden octavo, y le enviaba patentes de Mandarin honorario, distincion que le daba el derecho de llevar el vestido de Mandarin, de hacer visitas al Gobernador de la Ciudad, de sentarse en su presencia, y de tomar el té con él. *Compendio de la Historia de los Viajes, tom. 8.*

FIN DE LAS NOTAS DEL II. TOMO.

A R R

La H^a Antonio

Fenero P P